



KATEE ROBERT

LAS
PRUEBAS DEL
TAROT

ENFRÉNTATE
A TU DESTINO

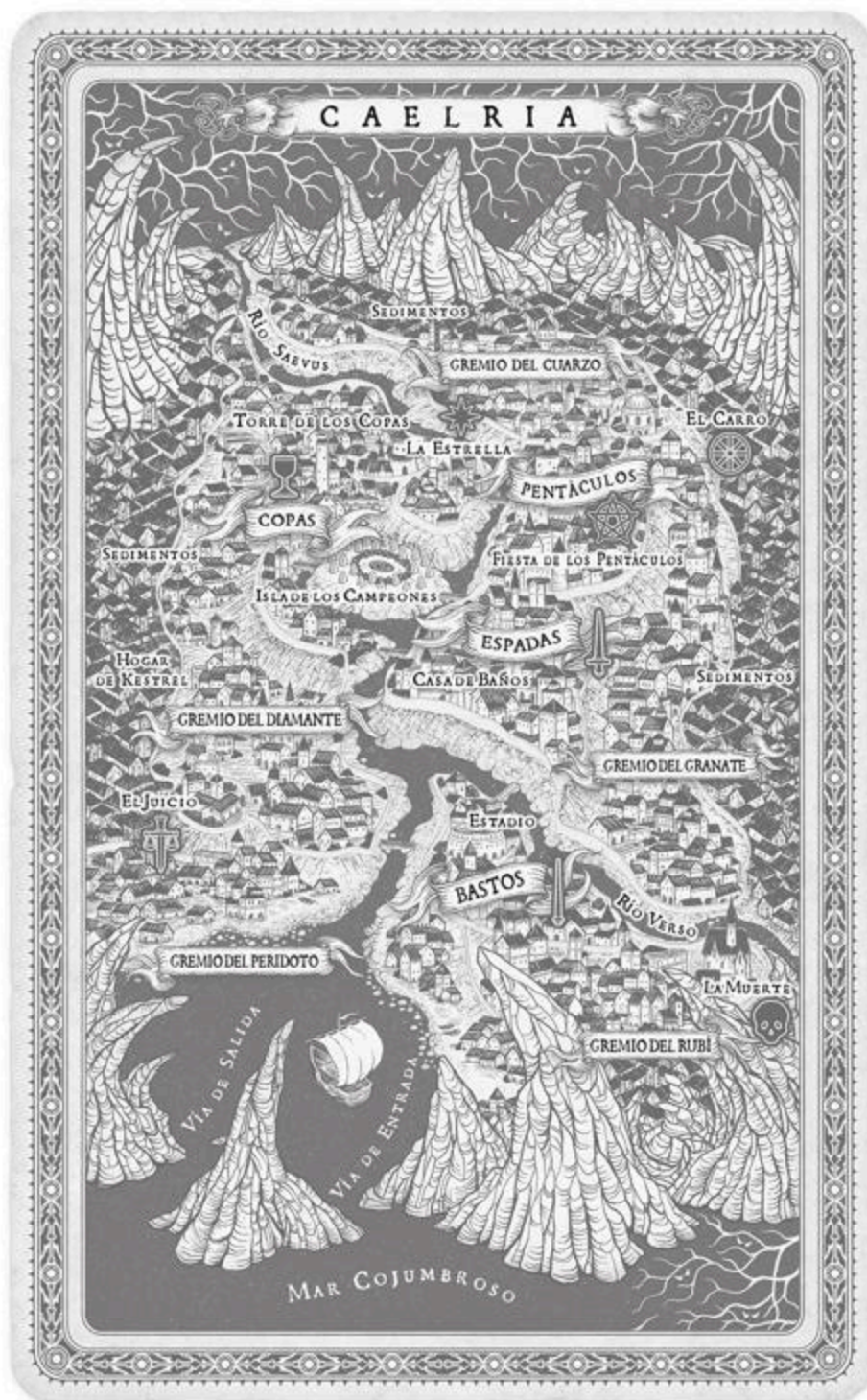
LAS PRUEBAS DEL TAROT

KATEE ROBERT

Traducción de Jesús Jiménez Cañadas



Para Tim, por no dudar jamás de que llegaría aquí



Las Pruebas del Tarot habrán de comenzar tras la duodécima campanada del primer equinoccio del año de la Rueda de la Fortuna. Cuando empiece la ceremonia, todos los aspirantes a campeones han de estar reunidos para representar al dios de su elección.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



1

Hoy es el día más importante de mi vida. Ahora mismo debería aprovechar para dormir unas horas, acurrucada entre Quoll y Pika, con el fin de estar tan preparada como sea posible para el baño de sangre que se avecina.

En cambio, a petición de mi exnovia, lo que hago es ascender hacia una parte de los Sedimentos por la que casi nunca paso. Quién sabe por qué querrá Mara que nos veamos tan cerca de las murallas; probablemente se trate de un último intento a la desesperada para hacerme cambiar de opinión. Qué necia soy por haber accedido. Debería dar media vuelta ahora mismo y regresar a la relativa comodidad de mi cama.

Me detengo a recuperar el aliento y me asomo al borde de un tejado. Se me corta la respiración por la altura. Creía haber perdido hace años el miedo a una caída mortal, pero, claro, apenas he tenido motivos para alejarme tanto de las calles de ahí abajo. Y aún me queda un buen trecho que ascender, porque mi destino está en uno de los tejados más altos.

Quizá Mara pretenda arrojarme desde allí. Suelto una risita y me

sujeto a uno de los agarraderos cincelados del edificio que tengo enfrente. Están desgastados y lisos a causa de cientos de manos y pies que han pasado por este lugar a lo largo de los años. Me impulso y sigo ascendiendo, atisbando a la gente que vive aquí: dos ancianos bebiendo en una mesa ajada. En el siguiente edificio veo una familia arrebujaada sobre una alfombra en el suelo. En otro, una pareja que está... Aparto la vista de golpe y sigo subiendo. *Lo que hacen* no es asunto mío.

Tardo una hora más en llegar a la cumbre. Cada nivel que subo me acerca más a la muralla en sí: un gigantesco monstruo que nos impide escapar. Aquí, el aire me parece diferente, pero quizá sea mi imaginación. Me encuentro en la parte más alta de los Sedimentos y, aun así, la muralla se eleva hacia el cielo nocturno. En esta parte debe de medir casi cuarenta y cinco metros; es uno de los grandes dedos que se alzan para bloquear el Sol, un recordatorio omnipresente de que los habitantes de los Sedimentos estamos aquí atrapados para siempre, entre la muralla y el resto de la ciudad, que descansa sobre una alta colina. Nos encontramos, literalmente, a la sombra de ambas, hasta el punto de que el Sol solo nos toca un rato cada día durante la mayor parte del año. Y en invierno ni eso: no nos alcanza en absoluto.

Me obligo a avanzar por el tejado hacia la muralla. Podría alargar la mano y tocar la piedra si quisiera. Pero *no* quiero. Su mera presencia me pone de los nervios, como una voz ligeramente desafinada.

Para distraerme, me giro y contemplo las partes de Caelria que alcanzo a ver. En cada lado, la muralla se curva alrededor de la ciudad, dejando los Sedimentos bajo su sombra. Es como si quienes viven en la colina —los gremios, la Corte Menor y sus ciudadanos privilegiados— arrojasen a los marginados para que se estrellasen

contra la muralla, como una ola contra la piedra. El único lugar donde los Sedimentos *no* tocan la muralla es en el pequeño trecho del mar Cojumbroso donde esta se adentra, un mar que da forma a la bahía en la que se encuentra Caelria. Aquí, en la ciudad, se nos niega hasta el horizonte.

—Has venido.

Al girarme veo a Mara, que está en el tejado a mi espalda. No la he oído llegar, pero es algo a lo que ya estoy acostumbrada. Nadie oye a Mara a no ser que esta quiera que la oigan.

—Me pediste que viniera.

—Sí, bueno, te pido muchas cosas, pero solo accedes a veces.

Es muy delgaducha, un amasijo de huesos y cartílagos, de piel demasiado pálida, cabellos de tono rubio oscuro y un rostro tan afilado como su temperamento. Mara atraviesa el tejado con movimientos rápidos y furtivos y me da un fuerte abrazo.

—Supongo que no has cambiado de opinión sobre lo de ir a la Criba.

Me tomo la libertad de aferrarme a ella durante un instante demasiado largo. Aunque nuestra relación se haya acabado, no fue por decisión mía. En realidad, tampoco fue decisión de Mara. Lo que va a suceder mañana pesa demasiado sobre ambas.

—Sabes bien que no.

—Siempre queda la esperanza. —Suspira y me da un último apretón—. En ese caso, espero que puedas perdonar a una amiga que se preocupa por ti.

Mi suspicacia aumenta. Creo que Mara sería capaz de encerrarme bajo llave en alguna habitación durante las siguientes doce horas..., lo suficiente para asegurarse de que no participo en la Criba. Pasarán otros veintidós años hasta que se me presente otra oportunidad de formar parte de la Cinque, para poder tomar

decisiones que afecten realmente a la ciudad, encontrar respuestas a lo que le sucedió a mi madre hace tantos años. Para entonces, ya seré tan vieja y estaré tan rota como Mouse. No puedo dejar pasar esta oportunidad.

—Mara... —Trago saliva para reprimir las palabras a la defensiva que amenazan con salir por mi boca—. No quiero pelearme contigo. Por favor.

—Yo tampoco quiero pelearme contigo. —Me agarra de la mano y me lleva hasta el extremo opuesto del tejado. Me da la sensación de que la temperatura baja con cada paso que damos hacia la muralla—. No vamos a tardar mucho tiempo.

—Estupendo. Sabes bien que la muralla me pone de los nervios.

No entiendo cómo puede vivir así la gente que hay bajo este tejado. En nuestro apartamento apenas cabemos Mouse, Pika, Quoll y yo misma junto con los pequeños, pero al menos nos separa cierta distancia de la muralla. En ocasiones, estoy casi convencida de que *no* siento la presencia de la muralla, que queda fuera de mi vista.

Mara pone los ojos en blanco.

—No entiendo por qué la odias tanto. Si no fuera por la muralla, los monstruos de las tierras salvajes arrasarían Caelria. ¿A quién crees que se comerían primero? No sería a esos hijos de puta ricos que viven colina arriba.

Es otra discusión que hemos tenido tantas veces que ya no da para más. Mara no se equivoca, pero tampoco está del todo en lo cierto. Dentro de Caelria hay muchos otros depredadores, la mayoría de los cuales cazan en los Sedimentos. Por mucho que estemos protegidos de las tierras salvajes, no estamos a salvo del todo. Inspiro hondo y, reprimiendo mi réplica habitual, digo:

—No dispongo de mucho tiempo.

Tengo que recoger a Mouse, que me va a acompañar al Distrito

de Bastos para entrar en el estadio antes de que suene la duodécima campanada. El estadio suele usarse para albergar a los prisioneros condenados a muerte, pero, cada veintidós años, durante el primer equinoccio del año de la Rueda de la Fortuna, se emplea para celebrar la Criba.

Mara también suelta un suspiro.

—Si tan decidida estás a hacer esto, deja que te ayude de la única forma que sé. —Alza una mano antes de que yo tenga oportunidad de protestar—. No quiero discutir, Kestrel. No me vengas con que no crees en los dioses cuando estás a punto de luchar para convertirte en la campeona de una de ellos. Ya hemos visto lo que pueden hacer los de la Cinque. ¿De dónde crees que proviene su magia?

—Nunca he dicho que no crea en los dioses. —No puedo evitar que me salga un tono brusco. Nunca lo consigo—. Está claro que existen..., igual que lo está que no les importamos una mierda más allá de las Pruebas del Tarot.

Yo tenía tres años cuando se celebraron las últimas Pruebas. Aunque pudiese recordar aquella época, en realidad no las presencié personalmente. Puede que fuera mejor así, teniendo en cuenta que mi madre estaba entre los campeones que se abrieron paso a sangre y fuego hasta la victoria. Poco le duró la alegría: apenas un mes después, la ejecutaron por traición. ¿Pero cuál fue el delito que cometió? Al parecer, no es algo que deba saberse en la ciudad. Ni siquiera Mouse lo sabe a ciencia cierta, por más talento que tenga para discernir entre rumores y mitos hasta llegar a la verdad.

—La Cinque...

—A la Cinque tampoco le importamos una mierda. Al menos a la de ahora.

La Cinque: los cinco ganadores de las Pruebas. Se supone que

son las voces de los dioses en el Concilium, el órgano de gobierno de Caelria. No he visto que los cuatro miembros que siguen vivos desde las últimas Pruebas —el Juicio, el Carro, la Estrella y la Muerte— hayan hecho lo más mínimo para ayudar a la gente que tanto los necesita. Puede ser que no les importemos a los dioses o que estos se encuentren demasiado lejos como para obligar a sus campeones a hacer nada. La conclusión es la misma: no vale la pena preocuparse por ellos en el día a día.

—Todo eso cambiará cuando yo gane —añado.

—Puedes mentirte a ti misma si lo necesitas, pero a mí no me mientas —dice Mara impertérrita—. A ti lo que te impulsa es la muerte de tu madre, su espectro.

Pues claro que sí. ¿Qué otra cosa iba a ser? Mi madre logró todo lo que Mouse y ella habían soñado, pero fue asesinada antes de poder usar aquel poder que tanto le había costado conseguir para ayudar a los demás habitantes de los Sedimentos. Mouse lleva a mi lado desde que ella murió, guiándome hacia las Pruebas. Hacia el cambio, hacia las respuestas.

—Quiero saber por qué murió. Por qué la traicionó la Muerte.

Los demás también la traicionaron, pero fue la Muerte quien la ejecutó.

—Ya lo sé. —Sus palabras son poco más que un suspiro—. Pero la Muerte es parte de la Cinque desde hace veintidós años, y ya por aquel entonces era temible, cuando aún no había tenido la oportunidad de cultivar sus poderes. Antes de darte las respuestas que buscas, te matará.

—Fue aliado de mi madre y acabó cortándole la puta cabeza —espeto—. Me debe una respuesta.

—Pero tú no piensas decirle a nadie que tu madre fue la última campeona de la Luna, porque ya sabes lo que sucederá si lo haces.

—Mara me dedica una larga mirada, como si se estuviese pensando si quiere volver a tener otra vez la misma discusión—. A tu madre la acusaron de traición. Dicen que sus poderes la convirtieron en un animal salvaje. Aunque ganases, te espera el mismo destino.

—Eso es mentira.

Mi madre no se volvió loca; me da igual lo que digan los rumores que siguen corriendo por la ciudad. El Concilium se lo inventó para justificar su ejecución. Mouse me contó la verdad.

—Kestrel...

Reprimo una maldición.

—Mara, por favor, no quiero discutir. Ya hemos hablado de esto y jamás nos ponemos de acuerdo. No me has traído aquí para volver a pelearnos. Por favor.

—Tienes razón. Lo siento. Es que no quiero que te pase nada malo.

Se detiene delante de un lienzo hecho jirones que algún alma con iniciativa ha clavado en la muralla. Entiendo por qué en cuanto lo aparta y veo lo que esconde...

—¿Qué es esto? —Me acerco lentamente y contemplo el dibujo que hay en la pared. Es un círculo casi perfecto dividido en partes iguales sobre las que hay unos símbolos inconfundibles. Es la imagen de la Rueda de la Fortuna, una de los veintidós dioses de Caelria—. ¿Por qué no hemos ido al templo de la calle del Pez?

Está más cerca de casa; de haber ido allí, no tendría que haber subido hasta aquí, joder.

—Porque está cerrado. —Mara recorre con un dedo la curva del círculo—. El último clérigo murió hace unos meses. Pocos días después, los Bastos compraron el templo.

—¿Pero por qué está dibujado este símbolo aquí? —No consigo apartar la vista de la imagen. Aunque no es más que un dibujo sobre

la piedra, desprende una energía extraña, haciendo que me hormiguee la piel—. Podrías haber creado el altar más cerca de casa.

—Aquí arriba no viene nadie. —Se gira y me agarra de las manos, con una súplica en sus ojos azules—. Vamos, Kestrel. Haz una ofrenda conmigo. Lo peor que puede pasar es que no funcione, pero habrás complacido a una vieja amiga.

—Lo peor que puede pasar es que *sí* funcione, y la suerte de la Rueda se vuelva contra mí. —Solo hay algo peor que no tener suerte: tener mala suerte.

Mara esboza una sonrisa.

—¿Ves? Sí que crees que nos están observando los dioses.

—Tal y como tú misma has señalado, soy una ladrona. Por supuesto que me da miedo que la suerte de la Rueda se vuelva contra mí. —Alzo la cabeza y contemplo la larga superficie de la muralla hasta llegar al leve gajo de la luna creciente, que ya se está ocultando—. Pero no voy a ser la campeona de la Rueda, sino de la Luna.

—Ya lo sé. Por eso he venido preparada. —Me enseña dos monedas, baqueteadas como solo lo están las cosas verdaderamente viejas. Con una floritura, en su otra mano aparece un alfiler—. Un par de gotas de sangre, algunas palabras sinceras y te librarás de mí.

La leve sonrisa que esbozo desaparece y un dolor familiar brota en mi pecho.

—Yo jamás he querido librarme de ti, Mara. No fui yo quien lo decidió.

El dolor que sentí después de que rompiese conmigo ha dado paso a una ternura omnipresente, pero, por mucho que a Mara le guste reescribir el pasado a veces, no pienso permitirselo. Es otro de los motivos por los que probablemente lo nuestro jamás habría

funcionado, aunque hubiese apoyado lo que voy a hacer hoy.

—Ya lo sé. —Lanza las monedas al aire con un ligero movimiento y las atrapa de nuevo—. Pero deberías llegar a las Pruebas tan protegida como sea posible.

La curiosidad acaba con mis reticencias. Me inclino para echarles un vistazo de cerca a las monedas. Hace mucho tiempo, puede que cuando los clérigos establecieron el calendario de los dioses, este tipo de monedas eran de uso común. Durante las últimas Pruebas no resultaba difícil hacerse con ellas. Sin embargo, a medida que he ido creciendo, cada vez se ven menos, hasta el punto de que ya no recuerdo la última vez que vi una.

—¿Dónde las has encontrado?

—Por ahí. —Eso significa que las ha robado.

Suelto un suspiro.

—Esto es una mala idea.

—Cállate ya. —Se sienta con las piernas cruzadas—. Dame la mano.

No puedo sino hacerle caso. Me siento, y mis rodillas rozan las tuyas. Dejo que me agarre la mano y deposite en ella las dos monedas. En una se ve la inconfundible Rueda de la Fortuna, mientras que la otra muestra el ciclo lunar, de llena a nueva y una vez más a llena, sobre un garabato que se supone que es un río. La Luna.

Mara agarra mi mano libre y, sin perder un instante, me da un pinchazo en el dedo corazón. Contemplo la sangre que brota: un punto negro resplandeciente sobre mi piel en medio de la oscuridad.

—Ay.

Me ignora.

—Para la Rueda de la Fortuna, nuestra ofrenda es una gota de sangre a cambio de buena suerte para Kestrel. —Pega mi dedo a la

moneda de la Rueda—. Y para la Luna...

A Mara se le quiebra la voz. Me contempla con esos límpidos ojos azules en los que está todo mi pasado y también mi futuro, dividido entre una muerte segura y la posibilidad de algo más, de algo mejor, no solo para mí, sino para todos los habitantes de los Sedimentos. Aunque Mara no me vea con muchas posibilidades de sobrevivir a las Pruebas, *comprende* por qué voy a participar. Los Sedimentos no les importan a los dioses ni a la Cinque actual, pero a mí *sí*.

—Bendice a tu hija, Luna. Será la mayor campeona que has visto jamás —añade Mara, y pega mi dedo ensangrentado a la moneda de la Luna.

Me doy cuenta de que estoy aguantando la respiración a la espera de... algo. Que la Luna altere su curso y me bañe con su luz a modo de bendición. Que sople una brisa que no apeste a humanos e inmundicia, incluso a esta altura. Un hormigueo. *Algo*. Sin embargo, lo único que pasa es que sigo aquí sentada, sintiéndome como una niña que se ha inventado un juego. Carraspeo.

—Bueno, ha sido bastante decepcionante.

Mara me da un golpecito en el hombro.

—Ten fe, Kestrel. Es la primera regla de la religión. —Se pone en pie, con un crujido en la rodilla (una vieja herida), y rueda los hombros—. ¿Me dejas un momento a solas?

—Claro.

Me levanto y me alejo para darle algo de intimidad. Ella apoya la mano sobre el dibujo de la Rueda de la Fortuna en la pared e inclina la cabeza. No alcanzo a oír lo que dice, y si hace una ofrenda de sangre, tampoco lo veo. No lo habría visto ni aunque lo hubiese intentado. Mara tiene las manos más rápidas que conozco. Ni siquiera ha tenido que huir en su vida de los Bastos, cosa que casi

ninguno de nosotros puede decir.

Unos instantes después se acerca a mí. Tiene los hombros hundidos, pero, en cuanto ve que la observo, se endereza y sonríe.

—Te acompaño a casa.

—No hace falta.

—Lo que no hace falta es que *tú* pongas pegas cada vez que alguien te ofrece la más mínima ayuda. —Me pasa un brazo por los hombros y me da un apretón—. Vámonos, no sea que el viejo piense que te has escapado y se le pare el corazón.

No consigo reírme mientras bajamos desde estas vertiginosas alturas. No descendemos hasta la calle, ya que las únicas personas que caminan por las calles siempre enlodadas de los Sedimentos son aquellas que no pueden trepar..., y quienes pretenden atacar a las que no pueden trepar. Lo que hacemos es seguir una senda indirecta, ascendiendo y descendiendo por los edificios apiñados. Aunque los Sedimentos se extiendan por la ciudad entera, ocupamos literalmente la sombra entre la colina y la muralla que se construyó para protegerla hace mil y pico de años. En un espacio tan estrecho, lo único que se puede hacer es construir hacia *arriba* cuando surge la necesidad. Por ello, hay gran cantidad de huecos y grietas por los que introducirse, cornisas a las que encaramarse. Y, cuando no hay nada de lo anterior, la gente construye escaleras de mano o talla agarraderos en las paredes exteriores.

—¡Séptima campanada! —Anuncian los campaneros mientras descendemos por el lateral del apartamento que queda justo encima del mío, aprovechando los ganchos que clavé en la pared hace unos años.

Me encojo.

—Seguro que Mouse ya está despierto. —Duerme cada vez menos a medida que van pasando los años. He oído que, en la

colina, la gente vive casi hasta los cien años; pero aquí, en los Sedimentos, con suerte se llega a los cincuenta. Mouse, que tiene cuarenta y cinco, está encanecido y hundido tras décadas de poca luz y escasa comida.

—Tienes tiempo de sobra para llegar al estadio si sigues decidida a participar en ese suicidio tan elaborado. —Mara no puede evitar convertir las palabras en armas. Abre la boca, pero parece pensarse la pulla que estaba a punto de soltar—. Maldita sea. Lo siento. De verdad que lo intento.

Se nos daban bien muchas cosas, pero la delicadeza no se contaba entre ellas. Trago saliva para deshacer el nudo que siento de repente en la garganta.

—Mara...

Ella me interrumpe:

—Más vale que vayas a despedirte de los pequeños.

Se me encoge el estómago. Me detengo delante de la puerta, pero no hago ademán alguno de abrirla. Dentro de esta casa está todo mi mundo: Mouse, Pika, Quoll, los pequeños. Durante veintidós años he luchado, entrenado y hecho todo lo que podía para asegurarme de que las personas a las que considero mi familia no se morían de hambre. Las últimas Pruebas apenas duraron una semana y Mouse no ha encontrado evidencia alguna de que los anteriores durasen mucho más. Sobrevivirán ese tiempo con la comida y los recursos que he escondido para ellos. Estoy segura. Casi del todo.

Sin embargo, en ese momento de vacilación, no puedo evitar susurrarle mis miedos a la única persona que sé que me entenderá.

—Estoy preocupada por ellos. Mouse es viejo y Pika solo tiene dieciocho años. —Yo a los dieciocho me sentía como una anciana, pero ahora miro a Pika y solo veo a la niñita que me seguía a todas partes durante años. Da igual..., *tiene* que dar igual. A nadie que

viva en los Sedimentos le dura mucho la infancia—. Si me sucediera algo durante las Pruebas...

—Kestrel. —Mara me agarra del brazo—. Les echaré un ojo mientras tú no estás. No importa cuánto tiempo sea.

El nudo que siento en el estómago se aprieta aún más.

—No es necesario que lo hagas.

—Ya me conoces. Jamás hago nada que no quiera hacer. —Sonríe, aunque no consigue enmascarar del todo el miedo que asoma a sus ojos—. Bastante tendrás de lo que preocuparte en las Pruebas como para distraerte con lo que esté sucediendo aquí. Tengo guardada algo de comida y soy mejor ladrona que tú. No pasarán hambre y no tendrán motivos para desesperarse tanto como para atraer la atención de los Bastos. Te lo prometo.

No puedo sino abrazarla.

—Gracias. —Jamás le habría pedido algo así, a pesar del cariño que aún nos tenemos. No solo porque Mouse me enseñó a ser fieramente independiente, sino porque no suele haber sobras en los Sedimentos. Me siento bien al apretarla contra mí, me resulta natural. Dioses, cómo la echo de menos. Hundo mi rostro en su cuello y susurro—: Voy a cambiarlo todo. Solo tengo que sobrevivir a las Pruebas para pasar a formar parte de la nueva Cinque. A partir de entonces todo mejorará. Ya lo verás. —Voy a descubrir qué le pasó realmente a mi madre. Y voy a matar a la Muerte para vengarla.

Mara se echa hacia atrás, pero apenas lo suficiente para unir su boca a la mía. Me da un beso fiero, apasionado. El roce de su lengua se me antoja una despedida. Es ella quien se aparta antes de que lo haga yo.

—No dejes que te maten, Kestrel.

Me falta un poco el aliento, me duele un poco el corazón. Doy un

paso atrás.

—Ese es el plan.

Los ojos de Mara destellan.

—No me cabe duda de que lo intentarás. No soportaría la idea de que murieses por culpa de un plan que has heredado. —Antes de que se me ocurra una réplica, Mara se marcha a la carrera. Salta desde el borde del tejado del apartamento que hay bajo el nuestro y, tras una breve caída, aterriza sin problemas en un alféizar.

Yo inspiro y vuelvo a inspirar. Dejo que mi respiración aleje estos sentimientos contradictorios que siempre acompañan a la presencia de Mara: amor, frustración, comodidad, pena; todo ello enmarañado en mi pecho. Alargo la mano hacia la puerta, intentando convencerme de que es mejor así.

Al menos, si muero durante las Pruebas, Mara pasará un duelo por una amiga, y no por la pareja con la que esperaba compartir su futuro.

La Luna es una de las diosas antiguas más atroces. A pesar de que, en la superficie, parece ser tan digna de confianza como el Sol en su constante danza por nuestros cielos, una vez que se profundiza un poco, se descubre un interior maligno. Miedo, mentiras, la creencia en lo invisible..., todos esos rasgos amenazan Caelria a un nivel fundamental si se permite que campen a sus anchas por la población.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



2

Plantada en la puerta de nuestro diminuto apartamento, me limito a contemplar la normalidad que me sale al paso. Pika acaba de sacar de la cama a los dos pequeños, Fawn y Colt, mientras discute con Quoll a quién le toca preparar el desayuno. Están todos aquí, tan sanos como cabría esperar. Dentro de un par de semanas, todo cambiará a mejor. He de creer que así será. Por más pesimista que sea Mara a veces, la verdad es que no tengo la menor intención de morir en las Pruebas. Ni antes de ellas, de hecho.

Pika está delgada, como cualquier otro habitante de los Sedimentos, y su piel, de un tono moreno claro, está demasiado pálida por la falta de sol. Aún lleva puesta la gorra con que se protege las trenzas, que le da un aspecto aún más joven. Siento una punzada en el pecho, pero consigo esbozar una sonrisa cuando Pika me ve, y ella sonríe a su vez.

—Pensábamos que te habías escaqueado para no tener que despedirte.

—Sabes muy bien que despedirse da mala suerte.

Ella se encoge de hombros.

—Aun así, todos queríamos tener oportunidad de verte antes..., bueno, antes de que pase todo.

—No sería capaz de irme en mitad de la noche —No les haría algo así a ninguno de ellos..., ni a Mouse. Aún no ha salido de su habitación, el único cuarto privado de este sitio, así que me esfuerzo en soltar toda la tensión de los hombros por lo que está a punto de suceder—. Todavía tengo algo de tiempo. Os ayudo con el desayuno.

La familiaridad de esta tarea resulta reconfortante. Para variar, Colt no quiere pescado en el desayuno. Espero que se le pase esa aversión, porque es de las pocas comidas que no escasean, por estar tan cerca del Distrito del Peridoto. Los pescados secos tienen un precio razonable la mayoría de las estaciones. A mí tampoco me gustaba a los siete años, pero la comida es comida. Fawn come obedientemente, sin decir ni una palabra. La encontramos hace un año, después de que su madre muriese en un ataque. Durante los primeros meses no pronunció una sola palabra, e incluso ahora, que se encuentra más cómoda, sigue siendo tan callada que a veces me preocupa. Tiene seis años y es tan menuda que podría pensarse que es más pequeña. Quoll, por su parte, con quince años, es mi chico problemático, lo cual significa que es un amasijo de hormonas y está convencido de que es inmortal. Ha tenido más encontronazos con los Bastos que Pika y yo juntas. Me aterra la idea de que algún día no sea lo bastante rápido como para escapar.

Me pregunto, y no por primera vez, si estaré haciendo lo correcto al participar en las Pruebas. O al *intentar* participar en las Pruebas, porque no hay garantía alguna de que llegue mucho más allá del escenario en mi intento de convertirme en la campeona de la Luna. Se llama Criba por un motivo: será un derramamiento de sangre de proporciones legendarias. Muere más gente en las pocas horas que se tarda en elegir a cada campeón que en las Pruebas

propiamente dichas.

Mouse lleva años entrenándome, pero imagino que otros con más recursos e información también se han entrenado. Las dudas amenazan con adueñarse de mí, agravadas por la preocupación por la familia de la que soy responsable. ¿Qué les pasará mientras yo no esté aquí? Mara dice que cuidará de ellos, pero no tengo garantía alguna de que lo haga. También podría pasarle algo a ella.

Como si hubiese adivinado mis pensamientos, Mouse elige este momento para entrar en la estancia. Esta mañana tiene bastante mal aspecto. Su pálida piel está casi amarilla y las arrugas que rodean su boca y sus ojos se han vuelto más pronunciadas de lo normal. Su cabello ya estaba encaneciendo cuando fui lo bastante mayor como para fijarme en esas cosas, pero ahora lo tiene blanco casi por completo.

Mouse pasea la mirada entre todos nosotros y da un cabeceo.

—Kestrel, ha llegado la hora.

El ambiente se agria. Pika parece hundida. Quoll suelta todo el aire de los pulmones, pero tiene los ojos demasiado enrojecidos como para dárseles de valiente. Y los pequeños, aunque no comprenden del todo lo que está pasando, captan la tensión.

«No quiero irme».

Reprimo con todas mis fuerzas ese pensamiento. Es mi miedo el que habla. Jamás he permitido que mi miedo me gobierne, y no pienso empezar ahora.

—Estoy lista. —Estrecho a Pika entre mis brazos y le susurro al oído—: Si tienes algún problema, ve a ver a Mara, ella te ayudará.

—Así lo haré. —Me devuelve el abrazo con fiereza y se aparta enseguida.

El siguiente es Quoll. Se aferra a mí más tiempo del que yo esperaba.

—Mátalos a todos y vuelve a casa. Si no lo haces, jamás te perdonaré.

Se aleja restregándose los ojos.

Colt y Fawn resultan, a su manera, más sencillos de manejar. Me dan sendos abrazos enormes y dejan que Pika los lleve de nuevo a la mesa del desayuno. Al girarme veo que Mouse ya me espera, con un par de capas en los brazos. Ambas prendas están hechas jirones y descoloridas, de un tono gris que quizá fuera azul al principio de su vida, o puede que negro. También son las mejores prendas que he poseído en toda mi vida.

Me echo la capa por los hombros y salgo por la puerta sin mirar atrás, seguida por Mouse. Descendemos por una senda distinta a la de Mara, mucho menos teatral. Los campaneros anuncian la octava campanada. Tardaríamos demasiado por la ruta habitual, así que hemos de arriesgarnos a atravesar la calle: el camino más directo. Nos quedan cuatro campanadas hasta la Criba, pero tenemos que cruzar todo el Distrito del Peridoto y, luego, girar hacia el norte por el puente que lleva al Distrito de Bastos. Sería más rápido ir por el Distrito de Diamantes, aunque resaltamos demasiado incluso con estas capas nuevas, por lo que corremos el riesgo de atraer la atención de los Bastos. Hoy no podemos permitirnos retrasos por culpa de abusones borrachos de poder con permiso explícito de la ciudad para hacer lo que se les antoje.

Qué ironía ir buscando ahora el estadio de los Bastos, cuando suele ser un destino que hay que evitar a toda costa. Me parecería hasta divertido si no estuviera tan nerviosa.

—No hace falta que vengas conmigo. —Independientemente de lo que suceda durante la Criba, Mouse tendrá que volver a casa solo. Aunque su mente sigue igual de despierta, su cuerpo ya no es tan ágil como en su día, por lo que podría sufrir un ataque, o torcerse

un tobillo, o...

Debería haberle pedido a Mara que nos acompañase. Le dolería ver tanta violencia, pero al menos Mouse podría regresar sano y salvo a casa.

—Claro que voy. —Su tono es inflexible. La última vez, la única, que escoltó a alguien hasta el estadio para unirse a las Pruebas, ese alguien era mi madre. Los dos eran muy jóvenes y estaban llenos de esperanza. Al menos así lo cuenta Mouse. Ninguno de los dos podía prever cómo iba a acabar aquello: con mi madre muerta y con él a cargo de la hija de la mujer a la que amaba..., o al menos que tanto le importaba.

Oigo el estruendo del Distrito del Peridoto antes de girar el recodo y verlo. Los Sedimentos no son un lugar pacífico y tranquilo, pero el Peridoto jamás duerme. Toda la ciudad depende de los recursos que entran y salen por el mar y el río, lo cual implica que hay gente deambulando por aquí a todas horas. La mayoría de los negocios solo hacen una pausa a mediodía y a altas horas de la noche. A mí me encanta, y no solo porque resulta mucho más fácil vaciarle los bolsillos a algún forastero en Caelria que a los miembros del gremio que viven aquí.

Estamos en una de las tres ciudadestado que existen en Zaersia, un continente dominado por las tierras salvajes y las criaturas que moran en ellas. La única manera segura de viajar es por el río, y ni siquiera eso garantiza que una persona o un envío llegue a su destino. Quienquiera que fundase Caelria hace algo más de mil años pasó la vista por aquí y se dio cuenta de que este era el lugar más estratégico en el que plantar una ciudad. Nos encontramos en la desembocadura del río Saevus y abarcamos la encrucijada donde este se convierte en el río Verso y se desplaza hacia el este hasta la ciudad-estado de Grexium. El Saevus recorre el continente de cabo a

rabo, empezando en el norte, en la ciudad-estado de Perfodia. Ninguna de las demás ciudades-estado cuentan con puerto y sus respectivos ríos se cruzan tras las murallas de Caelria. Por ello, todo el comercio se lleva a cabo aquí; más específicamente en el Distrito del Peridoto.

Pero hoy no me siento tan emocionada al atravesar las calles del Peridoto porque la Criba es inminente. ¿Y si ni siquiera consigo llegar al escenario? ¿Y si toda una vida de entrenamiento no ha servido para nada? Si Mouse me ve morir hoy, no sobrevivirá, y menos sabiendo que fue él quien me puso en esta senda. No puedo permitir que algo así suceda. *No pienso permitirlo.*

Al apartarme de la sombra de la muralla, el sol me acaricia la cara. Es una sensación cálida y reconfortante. Si fuese un poco más sentimental, tal vez creyese que esto es una promesa de que todo saldrá bien. Sin embargo, los augurios son más cosa de Mara que mía.

Le echo un ojo a Mouse —que ya no está tan saludable como antaño, y encima nos estamos pegando una buena caminata— mientras estudio a la gente en derredor. Pasamos junto a un grupo de grexs que escoltan un carromato lleno de gallinas. Visten de forma similar a nosotros, con casaca corta y pantalones, aunque su ropa es de mucha mejor calidad y no se ha remendado hasta que hay más parches que tela original. Las gallinas no parecen estar muy contentas de estar aquí; se dedican a cacarear y aletear, armando un gran barullo.

Seguimos caminando y atravesamos un pequeño mercado que se monta unas cuantas veces por semana. Suele estar lleno de comerciantes a punto de marcharse de Caelria que quieren sacar beneficios por última vez, y no tener que cargar con más mercancías de las estrictamente necesarias. Debe de haber llegado hace poco

un cargamento desde Perfodia, porque hay media docena de personas que intentan vender gemas. Les iría mejor en el Distrito del Granate, que está especializado en piedras preciosas, pero quizá ya hayan probado allí. Casi choco contra una mujer cuya inconfundible capa de color rojo rosado indica que forma parte del Gremio del Rubí. Me dedica una leve sonrisa y sigue caminando, en dirección al mercader de gemas más cercano.

Veo a otros grexs, esta vez una pareja, que muestran sacos de arroz y anuncian ofertas a voz en grito. A mi pesar, aminoro la marcha.

—Estos precios no están nada mal.

Nos supondría un retraso, pero el arroz se conserva mejor que la mayoría de la comida y tiene la ventaja de llenar mucho y poder emplearse en diferentes platos. Hasta Colt se lo come sin rechistar.

—Kestrel. —Mouse me agarra del brazo y me aleja de los mercaderes—. No podemos entretenernos.

—Cierto. Perdona.

Por pura costumbre, me fijo en los bolsos de los desconocidos que me rodean, aunque consigo resistir el impulso de birlárselos al pasar a su lado. Huelo el río Saevus antes de verlo. Quizá hubo una época en la que sus aguas corrían claras y prístinas, pero ahora mismo es el lugar donde se vierten los desechos químicos del Gremio del Diamante, así como los tintes del Gremio del Cuarzo y la basura de toda la ciudad. Aquí, en la desembocadura del río, la mezcla resulta particularmente desagradable, sobre todo durante los días de verano, cuando el calor impide respirar siquiera y el hedor te hace lagrimear.

Vamos hacia el norte, donde el terreno empieza a ascender. Los campaneros anuncian la campanada para cuando llegamos al puente que conduce al Distrito de Bastos. Evidentemente, no somos los

únicos que asistimos a la Criba, pero ni siquiera la sensación de seguridad que proporciona una multitud basta para tranquilizarme. Ya no hay vuelta atrás.

En cuanto cruzamos el puente, las calles pasan a estar adoquinadas. Los edificios que hay a los lados son más pequeños de lo que estoy acostumbrada. Solo cuentan con unas pocas plantas, porque al parecer los Bastos no necesitan maximizar el espacio para su gente, como nos pasa a los demás. Hay depósitos de agua sobre la mayoría de los tejados..., al menos eso sí me resulta familiar. No se puede tomar agua del mar y las únicas personas que beben del río son quienes han perdido la cabeza de pura desesperación. Los depósitos de agua son vitales para acumular agua de lluvia en Caelria y almacenarla para su consumo. Estos de aquí son bastante más elegantes que el par de barriles viejos que Mara y yo subimos al apartamento hace algunos años, cuando los que teníamos empezaron a oxidarse y me dio miedo que los pequeños se pusieran enfermos.

Por supuesto, el primer edificio que reconozco es un templo dedicado al elemento primordial del fuego. Está formado por columnas, sin paredes, lo que me permite ver sobre el altar del centro un amplio cuenco de metal, cuyos bordes lame el fuego. Un clérigo con túnica negra se desplaza alrededor del cuenco y va añadiendo con cuidado combustible para asegurarse de que las llamas jamás se apaguen. Otros dos clérigos reciben a la cola de gente que se apelotona con fajinas tan bien agarradas que tienen los nudillos blancos, lista para hacer su petición al fuego.

Cuando yo era niña, había que viajar hasta uno de los distritos de la corte para ver un templo dedicado a un elemento primordial. Esa religión les pertenece a las Cortes Menores y cada una de ellas cuenta con uno de los elementos como patrón. En el resto de la

ciudad eran bastante más comunes los templos a los arcanos Mayores. Ahora, muchos se derruyen y se ven reemplazados por otros dedicados al culto a los elementos primordiales, a medida que la podredumbre de la Corte Menor desciende colina abajo, apoderándose de todo aquello que toca.

—Kestrel —la tensión en el tono de Mouse atrae mi atención.

Mouse señala con un cabeceo. Yo sigo su mirada hacia el lugar donde el gentío se abre, rodeando a tres personas plantadas en el centro de la calle. Me agarra del brazo y tira de mí hacia los edificios.

—Juicio.

Es uno de los ganadores de las últimas Pruebas. Uno de los aliados de mi madre, a quien traicionó sin vacilación alguna.

Yo sigo caminando por pura costumbre, pero le clavo la mirada al hombre del centro del grupo. Está pálido y tiene el cabello corto de un tono castaño claro y un cuerpo flácido debido a la vida acomodada que lleva. Después de ganar, el Juicio se hizo con un terreno en el Distrito del Diamante, al este de nuestra casa en los Sedimentos. Por ello, es el integrante de la Cinque con el que más encontronazos he tenido en los últimos veintidós años. No con él personalmente, sino con las jaurías de esbirros que envía a aterrorizar a la gente de los Sedimentos cada vez que se aburre. Este hombre enjaula a la gente y la tortura por capricho, y es el miembro de la Cinque que más miedo da..., incluyendo a la Muerte. Podría haber usado su poder para mejorar la ciudad, y en cambio se ha convertido en un mezquino dictador que prefiere hacer daño a quienes son menos poderosos que él. Luchó y mató junto a mi madre, pero no fue capaz de decir una sola palabra en su defensa.

No esperaba que tuviese un aspecto tan *normal*.

El Juicio se gira hacia nosotros. Su mirada vacía revolotea entre la multitud que tengo alrededor. ¿Estará usando los poderes que le

concedió el dios a quien representó en las últimas Pruebas para identificar la culpa que siente cada persona? Es una magia horrible, invasiva. Cuando yo era más joven y necia, le dije a Mouse que a mí el Juicio no me preocupaba, porque no tenía nada por lo que sentirme culpable, y que, si esa era su única magia, me limitaría a acabar con él de un tajo. Mouse se rio en mi cara y dijo que yo no tendría ninguna oportunidad, que si el Juicio se enfrentaba a mí, acabaría arrodillada a sus pies enseñándole la garganta desnuda solo para escapar de la culpa que me provocaría.

Miro de reojo a Mouse y me pregunto si él también está pensando en esa conversación que tuvimos. Le clava la mirada al Juicio. Si no se anda con cuidado, va a llamar la atención. Esta vez me toca a mí agarrarlo del brazo y apartarlo de un tirón. Desde aquí ya se ve el estadio, un gigantesco edificio que abarca varias manzanas, de unas tres plantas de alto.

—Hemos llegado con tiempo de sobra, seguro que encontramos un buen sitio. —O eso espero. No me agrada la idea de tener que abrirme paso luchando con cientos de personas para llegar al escenario y convertirme en campeona de la Luna. Es una tarea imposible. La mayoría de la gente que se ha reunido aquí hoy viene a presenciar la Criba, no a participar, así que no hay motivo para pensar que tengo pocas posibilidades de llegar viva al escenario, pero el miedo se adueña de mí, impulsándome a apretar el paso.

Cruzamos la arcada que da al estadio en sí. Es mucho mayor de lo que pensaba. El óvalo del centro ha sido cavado en la tierra para que las gradas que lo rodean parezcan aún más altas. A pesar de que falta una campanada hasta que empiece la Criba, los bancos tallados en el graderío ya están medio llenos.

—Por aquí. —Mouse va en cabeza. No puedo sino seguirlo mientras se abre camino hacia el óvalo de arena del centro del

estadio.

Por más que quiera mostrarme fría y serena, toda esta situación resulta abrumadora. Al mirar con más atención, compruebo que las gradas superiores están claramente divididas entre gremios y casas de la Corte Menor. La blancura del Gremio del Diamante se encuentra justo frente a nosotros, seguida del tono verde del Gremio del Peridoto, el amarillo del Gremio del Cuarzo, el rojo rosado del Gremio del Rubí y el rojo negruzco del Gremio del Granate. Luego están los ciudadanos de la Corte Menor. La mayoría de ellos no forman parte de la corte, pero llevan los colores de los distritos en los que viven: turquesa, azul marino y cobre, los colores de los Copas; blanco y escarlata, de los Espadas; púrpura y negro, de los Bastos, y verde y marrón, de los Pentáculos.

Las gradas inferiores están más mezcladas. La gente lleva los mismos colores, pero se halla en pequeños grupos en lugar de ocupar sectores completos. Una parte de ellos son aspirantes a campeones, al igual que yo. ¿Cuántos habrán venido para presentarse por la Luna? Los escruto en busca de alguna indicación, pero hay demasiado caos. Quizá no haya nadie, quizá sean docenas. No lo sabré a ciencia cierta hasta que no anuncien el nombre de la Luna.

Aunque hay asientos casi al lado de la arena, Mouse elige un sitio a medio camino y me hace un gesto para que me siente. Yo vacilo, calculando la distancia entre el lugar en el que nos encontramos y el escenario ubicado en medio del óvalo.

—Para cuando llegue a la barrera, la lucha por la Luna habrá acabado. —No puedo permitir que suceda tal cosa. Todo esto no puede haber sido para nada. Cambio el peso de un pie a otro—. Deberíamos acercarnos.

—No hace falta que nos acerquemos. No vas a tener que luchar

por la Luna. —Me lo ha dicho mil veces y sigo sin creérmelo. Para Mouse, ser la campeona de la Luna es algo sagrado, porque es el papel que desempeñó mi madre cuando ganó. Cuando murió, en cambio, dudo mucho de que el resto de la ciudad pensase igual. Los demás aspirantes a campeones no permitirán que algo como la ejecución de la última Luna por traición impida que se hagan con el poder. Solo hay veintidós campeones cada vez que se celebran las Pruebas, y aquí hay miles de personas contemplando ese escenario, imaginando lo que podrían hacer si ganasen las Pruebas.

Ser parte de la Cinque implica tener acceso al Concilium, el órgano de gobierno de Caelria. Implica tener voto en las políticas que afectan a toda la ciudad. Implica poder proponer esas políticas. Sí, el papel acarrea también riquezas y lujo, pero todo eso no es tan importante como el poder; en este caso, en sentido literal, porque la Cinque se queda con la magia que les otorgan sus respectivos dioses.

—Fíjate.

Mouse señala al lugar por el que acaban de entrar en el estadio el Juicio y un par de esbirros, ambos vestidos de negro y armados hasta los dientes. La gente se aparta de su camino mientras el Juicio se dirige a la arena, en cuyo borde se detiene. Todos los miembros de la Cinque volverán a competir en un intento de mantener sus puestos. Si optan por no hacerlo, perderán su magia, que pasará al siguiente campeón. Mouse jamás ha sabido de nadie en toda la historia de las Pruebas que haya tomado semejante decisión.

No para de llegar gente al estadio, ocupando los sitios vacíos. Mouse carraspea.

—Ahí está la Estrella. Es inmune al veneno; de hecho, empapa en él sus guantes de encaje. Prefiere matar con sigilo y, durante las últimas Pruebas, se apoyó muchísimo en sus aliados para ganar.

Entre sus aliados estaba mi madre, pero cualquier lealtad que la Estrella tuviese para con ella acabó con las Pruebas..., porque tampoco abrió la boca para defenderla.

Aprieto la mandíbula para no señalar que Mouse me ha hablado de todos los campeones pasados más veces de las que soy capaz de contar. No me lo repite porque crea que no me sé todos estos datos; lo hace porque está preocupado.

—Tiene pinta de Copa —digo. Y es cierto. Desde esta distancia, no veo muchos detalles, pero es una mujer delgada de pelo rubio corto y piel pálida vestida con unas capas de tela fina de color turquesa que caen por su cuerpo como si de agua se tratase.

—Está aliada con los Copas. Ellos valoran su alianza e intentarán ponérselo fácil llegado el momento. No te fíes.

No pienso fiarme de *nadie*. Dado que hay cinco ganadores, la esencia del juego se basa en las alianzas, pero Mouse rechaza de plano aliarse con nadie. Mi madre sí que lo hizo y, aunque técnicamente eso la ayudó a ganar junto con los otros cuatro, cuando la Corte Menor declaró que había cometido traición, los demás le dieron la espalda sin dudarlo.

—Ahí está el Carro. —No necesito haberlo visto antes para reconocerlo. Es un gigantón que les saca más de una cabeza a todos los que lo rodean. Su calva resplandece bajo el sol y tiene la pálida piel de los muslos cubierta de tatuajes. Lo acompaña una docena de personas mientras atraviesa la multitud a paso largo, acortando enseguida la distancia. Su magia se basa en la inercia: una vez que se pone en movimiento, es prácticamente imparable. Cuanto más se mueve, más poderoso se vuelve. En cuanto me haga con los rayos de la Luna, la mejor jugada para acabar con el Carro será tenderle una trampa en la que no pueda moverse. No sé cómo voy a conseguir *eso*, pero es un problema para el futuro. En un mundo

perfecto, algún otro campeón acabará con él antes, aunque yo nunca he vivido en un mundo perfecto, y dudo mucho de que mi suerte vaya a cambiar ahora.

Mouse, a mi lado, se pone tenso.

—Ha llegado la Muerte. —Señala, pero me cuesta localizarlo en medio de la multitud. A diferencia de los demás, no lo acompaña ningún séquito. Tiene el cabello oscuro y la piel pálida, está tan delgado que casi parece cadavérico y lleva una simple armadura negra—. No permitas que te toque. Le bastaría un único arañazo para matarte. —La voz de Mouse se vuelve ronca—. El muy cabrón asesinó a tu madre a sangre fría. La Corte Menor le dio la orden y la cumplió sin dudarlo. No hubo juicio ni explicación pública. Un día, tu madre estaba viva y, al siguiente, la Muerte le cortó la puta cabeza.

Siento un nudo en la garganta. Mouse no suele hablar mucho de la muerte de mi madre. Le duele. A mí también, pero los únicos recuerdos que yo tengo de ella son algún suave abrazo o el aroma a gayuba. Tomo té de gayuba cuando quiero sentirme más cerca de esa mujer que es una desconocida y, al mismo tiempo, la luz que guía mi vida.

—No sobrevivirá a las Pruebas —prometo.

—No te acerques a él, Kestrel. —Mouse me agarra con demasiada fuerza la muñeca—. Su magia es el menor de sus poderes. Es capaz de retorcer la verdad con palabras. Puede que creas que eres inmune, tu madre también lo creía, pero se equivocaba, y tú también si lo piensas. No puedes confiar en nada de lo que te diga.

—No me acercaré a él —miento. Antes de vengarme, voy a obtener respuestas sobre la muerte de mi madre.

Ahí abajo, trece personas se internan en la arena. Los colores que llevan los identifican como lo que son: los miembros que quedan

del Concilium. Cinco líderes de gremios, así como el rey y la reina de cada una de las cuatro Cortes Menores. Uno de los Bastos da un paso al frente y alza las manos para que el estadio entero guarde silencio.

La Criba está a punto de comenzar.

Aunque se entiende que la Criba es un mal ineludible —y un entretenimiento necesario para la ciudad—, su existencia demuestra a la perfección los bárbaros que son los dioses antiguos. No importa cuál sea su dominio, ansían sangre y violencia en su honor.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
ratado sobre la historia de los dioses antiguos



3

Nos hemos reunido hoy en este lugar para honrar a los dioses antiguos celebrando las Pruebas del Tarot, que determinarán quiénes serán los miembros de la próxima Cinque. —La voz del Basto es baja y agradable, aunque parece propagarse por todos los rincones del estadio. No estoy segura de cómo lo hace, pero al fin y al cabo poco importa. Se gira despacio, contemplando a la multitud, y prosigue—: Los miembros del Concilium están aquí presentes para supervisar la Criba. Anunciaremos a cada dios uno tras otro. Una vez que se nombre a un dios, podréis intentar llegar al escenario. La primera persona que suba se convertirá en campeona de ese dios. —Hay una tensa pausa durante la que nadie del estadio parece respirar—. Empezaremos, como siempre, por el Loco.

Le maestro del Gremio del Rubí da un paso al frente. De los cinco gremios de Caelria, el del Rubí es el único con integrantes que trabajan en los Sedimentos. Quien participa de alguna manera en el trabajo sexual de Caelria debe formar parte del Gremio del Rubí. Violar esa ley es una necedad en muchos sentidos, aunque no sé por qué iba nadie a hacer algo semejante. Los Rubíes cuidan de sus

miembros, incluso de quienes viven en los Sedimentos. El gremio les proporciona alojamiento seguro, casas de baño privadas y varias ventajas más a cambio de un porcentaje de sus ganancias.

Jamás había visto a le maestre gremial en mi vida, pero conozco su reputación. Es Fox, un nombre que da a entender que en su día fue parte de los Sedimentos. Siempre me ha fascinado el misterio que supone que alguien de la misma procedencia que yo haya conseguido ocupar dicho puesto siendo todavía joven. Fox tiene la piel morena clara y el cabello corto de color rojo oscuro. Contonea su cuerpo de generosas curvas con un vestido rosa intenso con el que parece casi imposible caminar, aunque Fox lo consigue y se acerca grácilmente al Basto. Le sonrío al público y varias personas a mi alrededor sueltan un suspiro como respuesta. Incluso desde tan lejos, capto su hermosura..., pero, claro, se trata de una Rubí.

—Si queréis ser campeones del Loco... —Fox sonrío—, ha llegado el momento, amores. ¡Dad un paso al frente para demostrar que os lo merecéis!

Aunque me lo esperaba, la oleada de gente que se abalanza sobre el óvalo de arena me provoca un nudo en el estómago. Es un caos. Hay quienes intentan correr a toda velocidad directos hacia el escenario, pero solo consiguen avanzar unos pasos antes de que quienes van detrás los derriben de un tajo. A partir de entonces, todo se convierte en una batalla campal y me llega un tufo a muerte —y a sangre y mierda y otras cosas que es mejor no mencionar—. He de respirar hondo para mantener la calma.

No tengo ni idea de cuánto dura la lucha. Durante una pelea, el tiempo suele alargarse extrañamente, incluso en aquellas que se presencian de lejos. Los gritos se mezclan con los vítores de la multitud. El público lo está disfrutando, ¿pero por qué no iba a hacerlo? Este estadio se construyó para la muerte y el

entretenimiento. Trago saliva e intento mantener la expresión neutra.

Quien emerge victorioso del barullo chorreando sangre es un hombre alto de piel pálida y cabello pelirrojo que enarbola una maza que bien podría ser tan larga como mi brazo. Suelta una risa al tiempo que la estrella contra la cabeza de la última persona que quedaba en pie, sin dejar de caminar hacia el Concilium y el escenario. Se acerca a le maestro gremial y dice algo, a lo que Fox niega con la cabeza. Acto seguido sube al escenario. En alguna parte suena un gong que anuncia el primer campeón: el Loco.

El Rey de Copas es un hombre bajo y delgado con la piel morena clara y el cabello y la barba encanecidos. Lleva las inconfundibles ropas de los Copas: múltiples capas de tela color turquesa y azul marino con detalles cobre que resplandecen bajo la luz del sol. Se apoya pesadamente en un bastón y atraviesa la arena para anunciar al Mago.

Al igual que con el Loco, tiene lugar una auténtica carnicería. Ahora, los cadáveres se acumulan sobre la arena, cuya sangre forma charcos en el suelo dibujando patrones carmesíes. Espero que la lucha continúe, pero entonces vuelve a oírse el gong, tan alto que me sacude hasta los huesos, y se detiene.

El rey se echa a reír, con un sonido que parece más intenso de lo que cabría esperar de su menudo cuerpo.

—Tenéis que ser mucho más rápidos si queréis ser campeones.
—Señala tembloroso a la segunda persona que se ha plantado en el escenario—. Tenemos a nuestro Mago.

Así pues, el sigilo sí que es una opción. Yo estudio al Mago mientras los candidatos a campeones que siguen vivos se retiran de la arena. El nuevo campeón es bajo —junto al gigantesco Loco, lo parece incluso más—, de complexión delgada, piel tostada y melena

negra rizada que le llega por los hombros.

El maestro Diem, del Gremio del Cuarzo, anuncia a la Sacerdotisa. Esta vez identifico a la campeona antes de que llegue al escenario: se trata de una mujer baja de piel bastante morena con el cabello negro recogido en dos moños. Derriba a sus oponentes con una facilidad que me provoca un hormigueo en la piel. Cuando cae el último, la mujer limpia la sangre de sus cuchillos y ocupa su puesto como campeona de la Sacerdotisa.

Y así sigue el proceso. Se suceden los maestros gremiales, los reyes y las reinas. Van llamando a los dioses uno tras otro, contemplando con deleite las oleadas de muerte que se estrellan a sus pies. La Emperatriz, el Emperador, el Hierofante, los Amantes: cada uno de ellos se abre paso hasta el escenario y reclama su puesto.

—El siguiente es el Carro.

Mouse prácticamente está dando botes en su asiento a mi lado. ¿Estará contemplando esta Criba o la de hace veintidós años, en la que vio la proclamación de los campeones sentado junto a mi madre? En aquel entonces, la estrategia de mi madre fue esperar hasta que se nombró a uno de los últimos dioses, con la esperanza de que la mayoría de los aspirantes a campeones hubiesen muerto ya o estuviesen demasiado cansados como para presentar batalla en condiciones. La Luna es el número diecinueve de veintidós, así que no fue mala estrategia. Espero que me sirva a mí también hoy.

La Reina de Espadas da un paso al frente. Es una mujer alta y corpulenta de piel muy oscura y melena ensortijada que empieza a encanecer. Lleva la inconfundible armadura ornamentada al estilo de los Espadas, que hace parecer que tenga olas rompiendo en sus hombros. Tiene aspecto de ser muy capaz de abrirse camino luchando hasta ocupar el puesto de campeona sin ningún problema.

Pasea la vista por el estadio y exige silencio sin siquiera alzar las manos. Una vez la gente se calla, se limita a decir:

—Carro.

Yo me había preguntado si alguien estaría dispuesto a enfrentarse a los campeones pasados. Al parecer, la respuesta es sí, aunque ahora se lanzan a la arena menos personas que con los dioses anteriores. El Carro suelta un bramido a modo de risa, salta con facilidad el murete que rodea la arena y echa a correr. Aunque sé cómo funciona su magia, no estoy preparada para ver cómo parece crecer con cada paso que da. Pronto supera los dos metros diez de altura, corriendo a todo lo que le dan las piernas.

Los esperanzados rivales no tienen ni una oportunidad. Queda claro que el Carro ha aumentado de velocidad y podría llegar al escenario antes que los demás sin problema. No lo hace. En cambio, lo que hace es correr alrededor del escenario, arremetiendo contra cada uno de sus oponentes. Juraría oír los huesos rompiéndose por encima de los gritos y vítores de la multitud. Algunos aspirantes intentan huir al comprender lo que se les viene encima, pero él los aplasta todos sin dejar de reír. Está *disfrutando* de la matanza.

—¿Lo entiendes mejor ahora? —me dice Mouse al oído—. Los miembros de la Cinque han tenido veintidós años para acostumbrarse a usar los dones de sus dioses. Debes evitar luchar contra ellos a toda costa.

No me extraña que mi madre se aliase con el Carro. Tenerlo de su lado debió de ser crucial a la hora de ganar las Pruebas la última vez. Vencerlo va a ser... Ni siquiera sé si será posible. Mi idea de tenderle una trampa no es buena, sobre todo tras haber visto el Distrito de Bastos. Hay menos lugares en los que esconderse y huir de lo que estoy acostumbrada. Aunque los caminos estuviesen hechos de barro en lugar de adoquines, la idea de cavar un agujero

que lo inmovilice resulta imposible. El Carro va a ser un problema.

Los campeones de la Fuerza y del Ermitaño se abren paso hasta el escenario con gran destreza, dejando un reguero de sangre tras ellos. La Rueda de la Fortuna imita al Mago y aprovecha la lucha para subir con sigilo al escenario. Alzo las cejas al ver la ornamentada armadura que cubre sus estrechos hombros. Es de plata por completo, lo cual me indica que pertenece a los altos rangos de los Espadas, probablemente a la nobleza. ¿Qué hace alguien así *aquí*? También lleva bastón; seguro que debido a la férula que parece tener en su pierna izquierda, por lo que asoma por el bajo.

A pesar de que las Pruebas se celebran específicamente durante el año de la Rueda de la Fortuna, Mouse no ha encontrado ningún registro que indique la última vez que su campeón llegase a formar parte de la Cinque. Parece una elección extraña para alguien que a todas luces cuenta con los privilegios de la Corte Menor.

La Justicia y el Colgado aplastan sin dificultad a los demás contendientes. Luego le toca el turno a la Muerte. La anuncia el Rey de Bastos —que en realidad es una mujer mayor baja de piel trigueña y una larga melena gris lacia que lleva recogida para dejar su rostro al descubierto—. Yo aguanto la respiración.

Se oye un barullo entre la multitud. Algunas personas parecen a punto de saltar el murete y echar a correr hacia el escenario, pero nadie abre la boca cuando la Muerte se levanta y echa a andar con tranquilidad. No mira al gentío; no parece preocuparle la posibilidad de un ataque. ¿Por qué iba a hacerlo? Todo el mundo sabe de lo que es capaz. Aun así, yo pensaba que *alguien* intentaría arrebatárle el puesto como campeón de la Muerte.

La muchedumbre guarda un silencio casi absoluto mientras la Muerte pasa por encima de los cadáveres al cruzar la arena

ensangrentada. Inclina la cabeza mirando al Rey de Bastos, frío y educado, y sube al escenario, donde se detiene junto al Colgado.

El gong aún tarda varios segundos en sonar, como si quienquiera que sea responsable de tocarlo se hubiese quedado tan pasmado como los demás. Yo pensaba que el Carro sería el oponente más aterrador al que podría enfrentarme, pero esto es mucho peor. *Percibo* el miedo entre quienes me rodean y, por más que intente resistirme, yo también lo siento. La Muerte da miedo... y tiene las respuestas que llevo buscando toda mi vida. Me clavo las uñas en las palmas de las manos en un intento de centrarme. Yo ya sabía que la Muerte iba a ser un problema. Esto no cambia nada.

La Templanza opta por el sigilo. Ni siquiera veo al aspirante hasta que sube al escenario. El Diablo parece ser alguien del Distrito de Bastos, ya que va vestido de púrpura y negro, y logra la victoria a base de tajos con su enorme espada. La Torre hace lo mismo, aunque lleva unas ropas tan extrañas que por un momento me pregunto de dónde viene, porque no reconozco el estilo de su armadura, que es considerablemente más grande en un hombro, como si la hubieran diseñado para protegerle el cuello, pero ¿por qué solo un lado?

Luego llega la Estrella, a quien anuncia el Rey de Pentáculos, una persona de aspecto frágil con cabellos canos y piel pálida. A diferencia de lo sucedido con la Muerte, varios aspirantes parecen interpretar su delicada constitución como señal de ausencia de peligro. Pronto descubren lo equivocados que están. La Estrella pasa por entre ellos esquivando sus ataques sin problema al tiempo que roza su piel desnuda con las manos enguantadas. Uno tras otro, todos los aspirantes caen al suelo, sangrando por la boca, los ojos y las orejas. Yo me estremezco. Qué manera tan horrible de morir. La Estrella sube con gracia al escenario y hace una reverencia. A la

multitud le encanta.

—Ha llegado la hora, Kestrel. —Mouse me aprieta la mano—. Haz que esté orgulloso de ti. Gánate el puesto. Te espero al otro lado.

El maestro gremial Fortuo, del Gremio del Peridoto, da un paso al frente. Es un cabronazo avejentado con reputación de ser tan inflexible como justo. Es alto, con la complexión de un barril, un barrigón y un pecho a los que no me gustaría tener que dar un puñetazo. Tiene la piel ligeramente tostada y el pelo rizado y canoso con bastantes entradas. Carraspea y vocifera:

—La Luna.

Yo me pongo en pie, lista para echar a correr escaleras abajo y saltar sobre el murete para vencer a los demás aspirantes en la carrera hasta el escenario. Estoy dispuesta a matar si hace falta, pero está claro que el sigilo y la velocidad son armas igual de válidas, así que prefiero optar por ello si es que puedo elegir. Tardo tres pasos en percatarme del silencio que se ha adueñado del estadio.

Ninguno de los demás aspirantes a campeones se mueve. Ni siquiera se inmutan, como ha sucedido al anunciar a la Muerte.

—Ese puesto está maldito —murmura un hombre junto a mí mientras bajo por los escalones hacia la arena.

—Mala suerte asegurada —dice otro.

—Mentirosa.

—Traidora.

—Deshonrosa.

—Es una maldición, sin duda.

Uno tras otro, los murmullos van subiendo de tono hasta transformarse en otra cosa. No es un rugido ansioso de violencia, como en el resto de la Criba. Esto es más extraño, más sutil pero no

menos persistente. Un hormigueo que me recorre la piel y me da ganas de gritar.

La sensación empeora cuando algunos empiezan a darse cuenta de que estoy bajando los escalones para reclamar la plaza de campeona de la Luna. Varias cabezas se giran en mi dirección y los susurros crecen hasta el punto de que siento el impulso de dar media vuelta y huir. Me parece que todos los ojos de este lugar están clavados en mí. La pesadilla de cualquier ladrón es llamar tanto la atención sin tener un solo sitio en el que esconderse. Me obligo a continuar, con el mentón bien alto, y apoyo una mano en el murete para pasar por encima, entrando en el óvalo.

El Sol ya no se halla en su cénit, pero sigue haciendo un calor infernal en la arena, y el hedor a muerte es muchísimo peor aquí abajo. Casi de inmediato, la sangre empapa la fina suela de mis botas, calándolas. Esquivo un cadáver tras otro. Contemplar sus expresiones doloridas solo servirá para provocarme pesadillas, aunque mirar a los campeones y al Concilium resulta peor. Algunos de los reyes y reinas parecen de verdad sorprendidos. La mayoría de los campeones muestran cierta curiosidad, pero los tres miembros de la Cinque que se encuentran en el escenario me escrutan con mucha más atención de la que me gustaría. En particular, la Muerte, que tiene una expresión extraña, y su piel, pálida de por sí, se ha vuelto espectral.

Asiento con la cabeza mirando al maestro gremial Fortuo, que se recupera de la conmoción y me dedica lo que parece ser una sonrisa genuina. Su envejecido rostro se arruga hasta el punto de que sus ojos casi desaparecen.

—Vamos, chica, sube aquí. —Las palabras son bruscas, pero no desagradables.

Subo al escenario y asumo mi destino.

Aunque la muerte de los campeones sirve al propósito de las Pruebas, para que podamos recibir a otros cinco miembros con voto en el Concilium, resulta vital que tengamos la oportunidad de conocerlos, de comprender sus motivos, sus objetivos y sus vicios. Los fundadores fueron muy perspicaces a la hora de crear una estructura que permitiese averiguar todo ello. Por la noche, los campeones se aseguran de cumplir las necesidades de sus dioses. Por el día, los miembros de la Corte Menor les tomamos la medida y nos preparamos según lo que descubramos.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



4

Si caminar hasta el escenario para ocupar mi lugar como campeona de la Luna ya me ha resultado horrible, estar plantada tan cerca de la matanza resulta peor en muchos sentidos. La Reina de Copas anuncia al Sol. Pocos segundos después, los aspirantes a campeón dan un salto al frente. Cada vez son menos. No tardo en identificar a quien probablemente será el ganador: se trata de un hombre de mi edad con la piel canela, cabeza afeitada y una fiera sonrisa. Enarbola dos dagas como si hubiese nacido con ellas y no tiene problema para acabar con sus competidores. Una mujer está a punto de llegar al escenario corriendo como si le fuera la vida en ello, pero el tipo le arroja una daga con gesto despreocupado y la alcanza por la espalda cuando le quedan pocos pasos de distancia. Siento cómo se mueve el aire cuando la mujer se desploma. Apartar la vista sería señal de debilidad, pero resulta horrendo ver cómo crece el charco de sangre bajo su cadáver.

Resulta mucho peor el momento en que el tipo se acerca, le extrae la daga de la espalda y sube de un salto al escenario junto a mí, esbozando una sonrisa.

—Si vas a vomitar, no me manches los zapatos.

De golpe, ya no siento náuseas. Resulta mucho más sencillo estar enfadada que gestionar la confusa mezcla de emociones que me invaden.

—Que te follen.

—Qué agallas —murmura el tipo mientras le maestre gremial Fox se adelanta para anunciar al siguiente campeón—. Quizá sobrevivas a la primera noche, a fin de cuentas.

Si sigo hablando con este gilipollas arrogante, podría cometer alguna imprudencia. Así pues, prefiero centrar mi atención en Fox, que me contempla en este mismo instante con sus intensos ojos ambarinos, con una expresión que casi consigo identificar. Luego se gira hacia la multitud.

—Juicio.

Solo quedan dos dioses, así que hay otra oleada de contendientes que intentan llegar al pedestal. Esta vez es una docena. Apenas dan tres pasos cuando el Juicio alza la mano. En un primer momento me parece que solo está dando la nota, pero entonces brota de él una pálida niebla azul. Resulta hermosa, lo cual ya es de por sí terrible a su modo. En parte, siempre he creído que Mouse exageraba al hablar de los peligros del Juicio, pero me equivocaba. Me equivocaba muchísimo.

La magia recorre la arena en cascada, cada vez más deprisa. Yo me crispo al ver que alcanza al primero de los contendientes, se le engancha al tobillo y trepa por su cuerpo. En apenas un instante, lo ha rodeado del todo. Espero que le cause algún tipo de daño físico, pero lo que sucede es que cae de rodillas, dejando escapar un agudo lamento que oigo incluso por encima de los rugidos de aprobación de la multitud.

Uno tras otro van cayendo todos los aspirantes a campeón.

Algunos lloriquean. Otros se ponen en posición fetal, como si empequeñecerse fuera a evitar el tormento que el Juicio ha desatado sobre ellos. En cuanto al propio Juicio, camina de forma despreocupada entre sus víctimas y se detiene delante de Fox, que alza una mano, impasible.

—Yo no soy aspirante, Juicio. Como se te ocurra intentar esas mierdas conmigo, te rajo la garganta.

En lugar de amilanarse, el Juicio se limita a esbozar lentamente una sonrisa.

—Puedo saborear tu culpa, Fox. Es *decadente*.

El Juicio sube al escenario y se sitúa junto al Sol antes de que Fox pueda replicar siquiera.

Vaya, eso no ha sido nada siniestro. Qué va, en absoluto.

La campeona del Mundo termina con rapidez. Me parece que apenas me da tiempo de parpadear antes de que suene el gong. Me inclino hacia delante y echo una mirada al otro extremo del escenario, donde veo a una persona esbelta de piel canela y melena rizada que le llega por los hombros. Debe de rondar los dieciocho años como mucho. Lleva ropas demasiado elegantes como para provenir de los Sedimentos, aunque ningún color la señala como miembro de un gremio o de las Cortes Menores. «¿Qué haces tú aquí? Tienes toda la vida por delante».

Es Fox quien da un paso al frente y alza las manos. Lleva anillos resplandecientes en cada dedo; en algunos, varios amontonados. En Caelria, la mayoría de los adultos portan anillos para señalar el género con el que se identifican. He oído que la gente que vive en lo alto de la colina lleva varios, que se traducen en todo un código de preferencias y deseos. Sin embargo, no había visto pruebas de ello hasta ahora. Aunque me pica la curiosidad, Fox está hablando, así que trato de centrarme.

—¡Felicidades a nuestros campeones de las quincuagésimas Pruebas del Tarot! —La multitud enloquece. Fox sonrío, disfrutando de la atención de miles de personas—. Por favor, permaneced en vuestros asientos un poco más y permitidnos ofreceros algo más de entretenimiento. Como ya sucedió en las últimas Pruebas, mis Rubíes contarán las *exquisitas* historias de las luchas de cada noche por toda la ciudad. Aseguraos de darles alguna propina, amores. Se esforzarán mucho para manteneros informados.

La multitud suelta una carcajada sincera. Luego vuelven los vítores, tan altos que los siento reverberar en mi cráneo.

—Que nuestros campeones sigan, por favor, al Concilium. Vuestros carruajes os esperan.

Me giro junto con los demás y me alejo del escenario. No sé cómo debería sentirme. Estoy haciendo aquello para lo que llevo toda la vida preparándome, y sin embargo me parece increíblemente irreal. En los momentos en los que me daba el lujo de imaginar la victoria, de pensar qué sucedería *después* de la Criba, jamás imaginé esto. La sangre se está secando en mis botas mientras los demás campeones avanzan junto a mí. Algunos ríen, claramente enardecidos por la matanza. Otros se limitan a mirar al frente con ojos huecos. Las Pruebas ya se han cobrado un precio muy alto, y eso que acabamos de empezar.

Salimos del óvalo de arena por una puerta lateral en la que no me había fijado hasta ahora y recorreremos un camino sinuoso por pasillos que quizá debería memorizar. Sin embargo, tengo la mente demasiado embotada como para hacer algo que no sea poner un pie delante de otro. Al salir del estadio, me llevo otro bofetón de realidad.

Nos esperan media docena de carruajes. *Carruajes*. Resplandecen bajo el sol —es cierto que los distritos de la Corte

Menor están bañados por su luz a diario— y van tirados por un par de caballos cobrizos. Me obligo a inspirar hondo y a *observar*. Mouse se pasó demasiados años entrenándome como para que fracasase a los pocos minutos de convertirme en la campeona de la Luna.

Los carruajes son una mezcla de las cuatro Cortes Menores. Que yo sepa, rara vez se ponen de acuerdo, y mucho menos trabajan juntas. Las Pruebas son la única excepción. No sé mucho de caballos, aparte de que son increíblemente caros, y estos de aquí lo parecen aún más. Tienen el pelaje brillante y un cuerpo saludable y musculoso. En la colina se trata mejor a los animales que a la gente de los Sedimentos.

«Pero eso va a cambiar pronto. En cuanto yo sea parte de la Cinque».

Lo he conseguido. Eso es lo único que importa. La parte del plan en la que se daban más variables era la Criba. El viejo bastardo de Mouse estaba en lo cierto al pensar que nadie me disputaría el puesto de campeona de la Luna, aunque se equivocaba de pleno en cuanto al motivo. Toda la ciudad piensa que el puesto está maldito, lo cual probablemente significa que también creen que yo lo estoy. ¿Cómo puede habersele escapado algo así a Mouse en sus investigaciones?

Niego de forma repentina con la cabeza. Da igual. Tenía razón, no he necesitado luchar. Ahora he de creer que los demás datos que recabó son ciertos. Después de que mi madre entrase a formar parte de la Cinque, Mouse trabajó concienzudamente con ella durante su primer mes para crear un registro meticuloso que cubriese toda su participación en las Pruebas. Con estos datos, seguro que podré arreglármelas en la presente edición.

Paseo la vista entre los demás campeones. Incluso en estos primeros minutos, ya veo que empiezan a formarse alianzas. Queda

por ver si seguirán vigentes una vez que se haya puesto el sol y se haya alzado la luna. En cualquier caso, tomo nota mental de todo.

La Estrella charla despreocupadamente con la Sacerdotisa, el Ermitaño y el Carro, y los veo subir a todos al mismo carruaje, el de los Copas. Yo habría esperado que la Muerte y el Juicio se aliasen con la Estrella y el Carro en estas Pruebas, teniendo en cuenta que su alianza le salió bien la última vez, pero ahora mismo el Juicio les hace un gesto a la Emperatriz y a la campeona de los Amantes para que monten en un carruaje y cierra la puerta en cuanto lo hacen. Por su parte, la Muerte se acerca al carruaje vacío de los Espadas y entra sin mirar atrás. Resulta interesante que la Torre suba tras él con expresión decidida. El Mundo y el Diablo se apresuran a seguirlo. Aunque la Muerte no tenga interés en establecer alianzas tan pronto, está claro que los demás comprenden que puede ser un aliado muy valioso.

«Si ellos supieran...».

Aunque los campeones charlan bastante entre sí, nadie hace el menor intento de acercarse a mí. Puede que la situación cambie con el tiempo, pero ahora mismo, aunque yo quisiera tomar parte en este baile de alianzas, no parezco tener ninguna opción. Pero está bien. Mouse ya me advirtió que guardase las distancias, así que mi estrategia se basa en mí misma y en nadie más.

Me acerco al último carruaje de la fila, que también pertenece a los Espadas, y les lanzo a los caballos una larga mirada. Parecen bastante calmados, teniendo en cuenta el rugido que aún llega desde el estadio. Los demás campeones han entrado en los carruajes y ninguno de los caballos ha sentido pánico ni ha intentado huir, así que no hay motivo alguno para creer que conmigo será distinto. Inspiro hondo y subo.

Aunque no esperaba viajar sola, me resulta una sorpresa que

otre campeone suba segundos más tarde: la Rueda de la Fortuna. Se acomoda con aire despreocupado en el asiento frente a mí y me sonríe.

—Muy valiente por tu parte ocupar el puesto de la Luna. Pensaba que tendrían que obligar a alguien a hacerlo.

Por mera costumbre, me fijo en las manos de la Rueda de la Fortuna. Lleva anillos en ambos dedos, más elegantes que el mío del pulgar izquierdo. Cada uno tiene un intrincado dibujo parecido a una espada grabado en plata y los dos resplandecen sobre su piel tostada. Le campeone lleva anillos de diferentes colores en cada uno de los demás dedos; y en algunos, dos o incluso tres. No sé qué significarán y no quiero hacer alarde de mi ignorancia preguntando.

—Si tú lo dices.

El carruaje se mece levemente cuando otro campeón entra y cierra la puerta tras de sí. Yo aprieto la mandíbula al reconocer al Sol, que lleva un único anillo de piedra en el pulgar derecho. Este tipo va a ser problemático. No le costó nada acabar con todos sus oponentes en su camino hasta el escenario, lo cual indica que tiene suficiente experiencia como para resultar peligroso, sin necesidad de la magia que el Sol le concederá esta noche. Y pensar en el modo en que se *rio...*, me recordó un poco a la risa del Carro tras acabar con todos los aspirantes a campeón.

El Sol me mira a los ojos con interés.

—Nadie quería arriesgarse a ser el campeón de la *Luna*. Todo el mundo sabe que la Luna volvió loca a su última campeona. Esa mujer sobrevivió por poco a las Pruebas y acabó cometiendo traición cuando toda la ciudad estaba a sus pies. —Ladea la cabeza—. Nadie quiere una aliada en la que no puedan confiar, y la Luna no supone más que engaños. Espero que hayas disfrutado de lo fácil que ha sido llegar hasta el escenario, porque vas a estar en el punto de mira

de todos y cada uno de los campeones desde el principio.

Mantengo la boca cerrada. Sé que el Concilium acusó a mi madre de traición, pero Mouse siempre me ha dicho que fue una patraña para asesinar a una oponente política muy peligrosa con la que no podían lidiar. Mouse conocía a mi madre, pero el Sol no. Nadie de esta puta ciudad la conocía, por mucho que finjan que lo único que hay que saber es el motivo de su muerte. Contarles a los demás campeones que soy su hija irá en mi contra.

—Por favor, Sol, vas a tener que esforzarte por ser más encantador si pretendes establecer alguna de esas alianzas que tanto te interesan. —La Rueda de la Fortuna me tiende la mano—. Me llamo Vesper.

—Yo puedo ser encantador. —El Sol sonrío y, aunque estoy bastante segura de que lo odio, no puedo negar que esa sonrisa me desarma. El cabrón es muy guapo, y está claro que lo sabe. El Sol se inclina hacia la Rueda de la Fortuna. Incluso sentado, es de mayor tamaño, pero se las arregla para que la diferencia resulte seductora en lugar de amenazadora. Al menos hasta que sigue hablando—. A ti, por otro lado, te espera un camino difícil, *Vesper*. Ser Espada y tener la pierna tullida..., dos puntos en tu contra para cualquiera que desee aliarse contigo.

Tiene razón, pero no me gusta que le hable así. O quizá lo que no me gusta sea *él*.

—Hay muchas estrategias para ganar las Pruebas.

—Si tú lo dices. —El Sol se reclina en el respaldo y apoya los pies en el asiento a mi lado. Está muy cerca. Resulta demasiado amenazador teniendo en cuenta lo relajado que está.

—Yo ya sé cuál es *tu* estrategia, Cato. —Vesper hace un ademán distraído en su dirección—. Vas a aliarte con el Carro y dejar que te lleve hasta la victoria. —La Rueda de la Fortuna ignora la expresión

de sorpresa del Sol, se gira hacia mí y baja la voz al tiempo que me guiña un ojo—. Verás, este de aquí es uno de los muchos secuaces del Carro. Aliarse con otros campeones antes de tiempo es una maniobra arriesgada, porque hay muchas posibilidades de no llegar al escenario, pero parece que esta vez le ha salido bien. —Me sonrío—. No le hagas caso. El único motivo por el que viaja aquí es porque no hay sitio en el otro carruaje. No viene buscando ninguna alianza.

«Cato».

Centro mi atención en él, con interés renovado. Ya he oído antes ese nombre. Al igual que el Juicio, el Carro reclamó para sí un pequeño territorio después de ganar en las últimas Pruebas. Pero, a diferencia del Juicio, lo hizo en el otro extremo de Caelria, por donde nunca he tenido motivo alguno para pasar. Mouse siempre ha conseguido mantenerse bastante al tanto de las personas clave que sirven a la Cinque y Cato es una de ellas. Solo tiene un par de años más que yo, pero ya se ha ganado fama de ser implacable y de ejecutar a la gente para dar ejemplo. A juzgar por lo sucedido en la Criba, su fama le hace justicia.

—Yo tampoco voy en busca de ninguna alianza —digo al fin.

—¿Seguro? —Vesper se reclina y suelta un suspiro de satisfacción, pasando elegantemente por alto el hecho de que no he aceptado su mano tendida—. Pues a mí me gustaría resolver el misterio que *te* rodea. ¿Quién eres? ¿De dónde has salido?

—Pues...

—Si tanto sabes, deberías ser capaz de reconocer las señales. —Cato vuelve a menear los pies y casi me da una patada—. Está demasiado delgada, demasiado pálida, va vestida con harapos. La Luna es de los Sedimentos.

No tengo la menor intención de ocultar de dónde vengo, pero me enfada verme etiquetada tan rápida y certeramente. Sobre todo,

porque Vesper se gira hacia mí con una mirada distinta.

—Los Sedimentos. Qué *interesante*.

—¿Quién eres *tú*? —prosigue Cato—. No te reconozco.

—¿Cómo ibas a reconocerme? Los sicarios no pasan por la corte.

—Vesper se encoge de hombros—. Soy le Paje de Espadas. O lo era. Cuando todo esto acabe, formaré parte de la Cinque.

Cato suelta un silbido por lo bajo.

—Pertenece a la nobleza de la Corte Menor, ¿eh? No abundáis por las Pruebas.

Tiene razón. Los nobles no tienen ningún motivo para ponerse en riesgo. Ya cuentan con todo el poder. Prefieren apoltronarse en lo alto de su colina y consumir todos los recursos mientras los demás luchamos por vivir.

—Los pajes no son miembros del Concilium. No tienen voto —digo despacio. Pero, si Vesper llega a formar parte de la Cinque, los Espadas contarán con un voto extra que no habrían conseguido de otro modo.

—Exacto. —Vesper se mira las uñas. Ahora me fijo en que las tiene largas y las lleva pintadas con un motivo plateado y blanco y las puntas en tono carmesí, los colores de su casa—. A mis padres les quedan décadas de vida y, cuando pase el tiempo, habrá un aluvión de primos jóvenes y ambiciosos que estarán listos para acabar con quien sea a cambio de hacerse con un título en la corte. A mí no me interesa seguir siendo paje durante décadas, y prefiero evitar tener que asesinar a miembros de mi familia si es posible. Así es mejor. Más eficiente.

Más *eficiente*. La Rueda de la Fortuna ha perdido la puñetera cabeza. No dudo de que Vesper sepa más de la política de Caelria que todos los demás campeones juntos, exceptuando a los miembros de la Cinque, pero las Pruebas son más que nada un

desafío físico. Hasta los campeones cuya magia no es directamente física —como el Juicio— han de ser capaces de luchar y matar si es que quieren ganar. Pero si Vesper comete la necedad de no darse cuenta de ello, si cae en el error de no comprender que no debería contarnos nada de esto porque la información es un arma tan peligrosa como una hoja, no es asunto mío. Mi estrategia de cara a las Pruebas es fundirme con las tinieblas cada noche y evitar a los demás campeones mientras se matan entre ellos, al menos hasta que no me quede otra alternativa.

Durante el día, cuando se prohíbe la violencia bajo pena de muerte, pretendo descubrir lo que le sucedió a mi madre. Quiero saber por qué se la jugaron sus aliados y quién le ordenó a la Muerte que acabara con su vida.

Aunque en teoría resulte atrayente que haya un dios cuyo único propósito sea juzgar, sin evidencia alguna de que el Juicio pueda emitir..., bueno, juicios, queda mucho margen para la estupidez humana. Suerte que los Espadas han reclamado para sí ese título, pues ninguno de ellos puede pronunciar mentira alguna.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



5

Vesper y Cato siguen lanzándose pullas mientras el carruaje avanza, pero a mí me interesa más lo que pasa ahí fuera. Miro por la ventana, no para contemplar las riquezas del otro lado, que cualquiera podría arrancar de las paredes, sino para fijarme en sitios a los que huir donde esconderme..., desde donde atacar.

Una vez que se ponga el sol, lo mejor sería que me alejase de esta parte de la ciudad, de esos portones bañados en oro y esas resplandecientes ventanas de vidrio, al otro lado de las cuales no hay un solo bar a la vista.

Ni siquiera veo mendigos por las esquinas. Los Bastos se han asegurado de que no haya gente *desagradable* que les arruine la tarde a sus residentes cuando estos salen a comprarse su centésimo sombrero o su milésima bufanda. O lo que sea en lo que estos putos ricos se gastan el dinero.

Las calles están tan limpias que me pongo de los nervios. No hay aguas residuales en las alcantarillas, no hay basura en medio de los embarrados caminos. Ya es más de media tarde y, aun así, la luz de este sol veraniego sigue cayendo sobre este lugar. En los

Sedimentos, a estas horas ya estaría oscureciendo. El Distrito del Peridoto está a un mundo de distancia de los Sedimentos, pero al parecer las Cortes Menores se encuentran aún más lejos. Ya me di cuenta cuando Mouse y yo atravesamos el Distrito de Bastos, por supuesto, pero entonces casi toda mi atención estaba puesta en la Criba.

Nos dirigimos al norte y cruzamos el puente que atraviesa el río Verso, entrando en el Distrito de Espadas. Le lanzo una mirada a Vesper y me pregunto cómo habrá sido creer en este lugar repleto de riquezas y luz solar. Veo la huella de este sitio en su rostro, tan saludable que resplandece. Tener una pierna tullida en los Sedimentos implica mendigar en el distrito gremial más cercano —y buena suerte, porque a los Bastos les encanta dar palizas a los «holgazanes»—, o depender de una familia para comer. Cuando conseguimos algún trabajo, este suele ser extremadamente físico; y cuando no podemos encontrar trabajo alguno tenemos que robar, lo cual supone trepar por paredes y correr a toda velocidad por entre los tejados.

Me centro en la ciudad que cruzamos. El Distrito de Espadas se parece mucho al de Bastos, excepto por los colores que adornan los edificios y la ropa de la gente. No sé si es obligatorio llevar esos colores, ni si se permite algo distinto, pero las únicas excepciones que veo son de personas que claramente pertenecen a otras cortes y han venido al Distrito de Espadas por algún motivo. Los transeúntes se detienen y nos contemplan al pasar. ¿Cómo no hacerlo? Algunos de ellos parecen lo bastante mayores como para recordar las últimas Pruebas, pero este espectáculo solo se produce una vez cada veintidós años. La piel de esta gente reluce, limpia y saludable. Todos llevan ropa y joyas que servirían para alimentarnos a los míos y a mí durante meses.

Los odio.

«Céntrate en la estrategia, Kestrel. No es esta gente de la que tienes que preocuparte».

Casi sonrío al darme cuenta de que mi voz interior es la de Mouse. No se encuentra aquí físicamente, pero está presente de todos modos. Espero que haya vuelto sano y salvo al apartamento. En medio de la multitud debería estar resguardado de los Bastos, pero se encontrará cada vez en más peligro a medida que descienda por la colina. Si deciden darle una paliza...

No puedo hacer nada al respecto. De todos modos, Mouse no habría llegado a viejo si no tuviese habilidades. Aunque sea más lento que antes, es lo bastante listo como para no meterse en problemas. Eso espero.

Si hay algo con lo que no contaba, es con que no hubiese callejones en los distritos de la Corte Menor. Los edificios están apretujados, como si luchasen por ocupar el mejor lugar de la calle y lucen colores brillantes; claramente, los han pintado hace poco. *Pintado*. Entre tantas frivolidades que se pueden hacer.

Siento que Vesper me clava la mirada, pero me niego a devolvérsela. El Distrito de Espadas es su hogar. A sus ojos, *aquí* no hay nada que resulte revolucionario. Imagino que ha pasado con despreocupación por esta calle en incontables ocasiones, que ha gastado una cantidad inimaginable de dinero en estas mismas tiendas.

Sin embargo, quien habla no es Vesper, sino Cato.

—No suele haber muchas ratas de los Sedimentos en esas competiciones, ¿sabes? Tu gente suele saber qué lugar ha de ocupar.

Yo aprieto los dientes ante este claro intento de alterarme. Me han llamado cosas peores que «rata de los Sedimentos». De todos

modos, es justo eso lo que soy. No me avergüenzo.

—Lo que quieres decir es que yo *trabajo* para vivir. —No quería responder, pero su arrogancia me crispa los nervios—. No hay vergüenza en ello.

Vale, quizá «trabajar» no sea exactamente lo que hago. Los chicos de más edad y yo hacemos lo que podemos por conseguir alguna chapucilla, pero el trabajo escasea en los Sedimentos y en el Distrito del Peridoto hay mucha competencia. Todo el mundo pasa hambre. Todo el mundo está desesperado. Si no llevo comida a casa, los niños se nos mueren. Así pues, siempre lo hago, aunque tenga que robarla.

Me atraviesa una punzada de preocupación. Pika es una gran ladrona, pero le dan muchísimo miedo los Bastos; y con razón, porque son una condenada amenaza. Sin embargo, eso significa que prefiere huir antes que birlar nada en cuanto ve a uno de los Bastos entre la multitud. Sabe tan bien como yo lo que nos jugamos. Se asegurará de que los pequeños tienen comida. Y, aunque Mouse sea más viejo que un bosque, la cabeza le sigue funcionando, por lo que será de gran ayuda. Y Mara también. Vuelvo a sentir una punzada, esta vez de algo parecido a la pena. He sacrificado mucho para llegar hasta aquí, y no ha sido más que el principio. La Criba me lo ha dejado claro. Cada uno de los campeones es despiadado a su modo y todos pretenden sobrevivir para formar parte de la Cinque. Yo ya sabía que me enfrentaba a una tarea casi imposible, pero la recompensa vale cualquier sacrificio que haga y mucho más.

Quiero respuestas sobre lo que pasó con mi madre. Y quiero una vida mejor para mi familia, el tipo de vida que solo yo puedo garantizarles, porque los demás campeones no ansían más que poder. Una vez que yo forme parte de la Cinque, mi familia no tendrá que volver a preocuparse por nada. Los pequeños crecerán

con la misma salud que refleja la piel de Vesper. Mouse podrá permitirse los tratamientos de los Rubíes que lo ayudarán con el dolor de sus articulaciones. Y Quoll y Pika podrían asistir a la escuela de algún gremio —los dos son lo bastante listos para ello— e incluso contar con un trabajo fijo gracias al cual no tengan que preocuparse por los Bastos.

—Cato. —La voz de Vesper, cuidadosamente neutra, me saca de mis pensamientos—. Me sorprende ese sentido de superioridad que apenas te has ganado. Tú mismo naciste a pocas manzanas de los Sedimentos. Suerte tuviste de que tu madre fuese lo bastante hermosa como para llamar la atención del Carro el año después de que este entrase en la Cinque. De no ser por eso, jamás habrías acabado ocupando el puesto que tienes.

Alzo la mirada. *Eso* no lo sabía. No sé por qué lo sabrá Vesper. Los miembros de la Corte Menor suelen ir a lo suyo, dejando aparte las Pruebas del Tarot. Los Bastos son la única excepción, pero Vesper es Espada. Los Espadas supervisan los juicios de los supuestos criminales y a nadie le interesa malgastar su tiempo sometiendo a juicio a una rata de los Sedimentos.

Cato se pone tenso y aprieta los puños.

—Ojito con lo que dices.

—¿O qué? —Vesper apoya la mano en el regazo, un gesto de completa relajación. No le preocupa lo más mínimo la violencia que Cato pudiera desatar aquí dentro, en la escasa intimidad del carruaje.

A mi pesar, me sorprende el arrojo de Vesper, aunque también su ingenuidad. Ha conseguido alterar a Cato en poco tiempo, lo cual resulta impresionante. Sin embargo, se equivoca al confiar tanto en las reglas de las Pruebas.

Sí, va en contra de las reglas atacar a otros contendientes

durante el día —o antes de que empiecen las Pruebas—, pero de poco servirá que ejecuten a tu agresor si a ti ya te han matado. De momento, ni siquiera contamos aún con nuestra magia, y aun así Vesper siente una seguridad absoluta, está a sus anchas. Tendré que andarme con ojo con él..., a no ser que muera durante la primera noche. Sea como sea, mejor evitarle.

Me reclino un poco mientras Cato aprieta los puños, con rabia en sus ojos oscuros.

—¿Qué sabrás tú de nada, Espada? Has vivido toda tu vida dentro de la Corte Menor, con comida que llevarte a la boca y sin que tenga que rugirte el estómago, con medicina disponible para cada dolencia y cada tos, con suficiente dinero como para comprar todo lo que se te antojase.

Odio estar de acuerdo con este tipo en cualquier cosa, pero tiene razón. Incluso crecer dentro de los límites de la influencia del Carro es diferente a hacerlo en la Corte Menor. He visto cómo es el llamado «territorio» del Juicio: un complejo amurallado en el que abundan sus esbirros. Abarca una manzana entera de la ciudad, lo cual resulta demencialmente enorme para alguien que ha compartido durante toda su vida un diminuto dormitorio. Y, sin embargo, no se acerca ni de lejos al tamaño del hogar de Vesper. Según me dijo Mouse, a todos los miembros de la Cinque se les concede un terreno similar para que hagan lo que les apetezca en él, pequeñas islas en medio de los distritos de los gremios.

—Todo no. —Vesper aprieta los labios—. Además, he entrenado.

—Qué monería. Yo he matado. —Cato me mira de reojo y, por más odio instintivo que siento hacia él, hay cierta conexión entre ambos. Los dos hemos luchado en batallas a vida o muerte. Yo nunca he matado a nadie, pero solo porque en su momento he tenido otras opciones. Él asiente—. Apostaría a que la Luna también

tiene *las* manos manchadas de sangre, al igual que la mayoría de los campeones. Esto te viene grande, Espada.

Antes de que la tensión en el carruaje tenga oportunidad de explotar, pasamos por encima de un puente y nos detenemos. Soy la primera en salir por la puerta, pues no me interesa quedarme a ver si Vesper cede al impulso de atacar a Cato. El Sol le ha dado la vuelta a la situación con bastante elegancia y, por más satisfactorio que haya sido presenciarlo, el hecho es que no importa, al menos hasta que comiencen las Pruebas.

Me echo a un lado y me tomo mi tiempo para contemplar este patio circular. Ya he oído hablar de este lugar. *Todos* han oído hablar de este lugar; es el único emplazamiento de la ciudad que tiene templos dedicados a los veintidós arcanos mayores. Resulta extraño que todos se hayan ubicado en esta isla en medio del Distrito de Copas, en vez de en alguna parte más accesible para el resto de la población. Casi ninguno de los caelrianos quiere o puede ascender la colina para visitar a los dioses y los Copas adoran a los elementos primordiales, así que no pueden darles ningún uso a estos edificios dedicados a los dioses antiguos.

A decir verdad, si los elementos primordiales no estuviesen tan fuertemente vinculados a la Corte Menor, entendería su atractivo. Los elementos son algo que la gente puede ver y tocar. Sin aire que respirar, nos morimos. Sin fuego para protegernos del frío en las noches de invierno, nos morimos. Sin agua con la que aplacar la sed, nos morimos. Sin los frutos que da la tierra en forma de plantas y animales, nos morimos. Resulta hermoso en su simplicidad..., pero los elementos primordiales no son *nuestros* dioses.

Giro lentamente en círculo. Nos encontramos en una pequeña isla en medio del río Saevus. No veo el agua, pero la oigo mucho más abajo, un temible estruendo que me pone la piel de gallina. He

pasado algún tiempo contemplando la bahía y, en una ocasión, fui más allá de la muralla en un estúpido intento de escapar de la ciudad. Sin embargo, hay algo extraño y por completo antinatural en el constante movimiento del río, sobre todo para alguien que ha pasado toda su vida confinada entre el suelo bajo sus pies y la piedra que se alza hasta las alturas a su espalda.

Para distraerme, me centro en los veintidós edificios que rodean el patio. Son extravagantes, de un modo casi ultraterreno..., aunque no son particularmente grandes. Sobrevuelo con la mirada las escenas íntimas talladas en el templo de los Amantes, la estilizada rama del árbol que brota del templo del Colgado, la escabrosidad del templo del Diablo... hasta aterrizar en el templo de la Luna.

No debería sorprenderme que los templos se encuentren limpios y parezcan en buen estado, pues se rumorea que fueron los primeros que se erigieron en honor a los dioses y que datan de la fundación de Caelria. Se supone que son tan antiguos como la propia muralla, aunque no hay duda de que los construyeron manos humanas, no la fuerza de la naturaleza. La mera impronta de su edad me cala hasta los huesos. Me alejo de todos los que hay repartidos por el patio y me dirijo al templo de la Luna.

A *mi* templo. Al antiguo templo de mi madre.

Al igual que los otros, está hecho de piedra blanca. A diferencia de los otros, no hay florituras bañadas en oro ni colores. Si bien es austero, resulta agradable, aunque la falta de extravagancia crea una imagen espectral en las tallas del arco de entrada. Las contemplo un largo instante y, al cabo, comprendo. No son árboles. Representan un río embravecido. Por encima, el ciclo de la Luna aparece en toda su gloria, de nueva a creciente, luego a llena y vuelta a empezar. Como en la moneda que me dio Mara.

Doy un paso hacia la entrada ensombrecida, pero una voz me

frena en seco:

—¡Bienvenidos, campeones!

Me giro a medias y veo a un Copa plantado en mitad del patio. Lleva un anillo de cobre en el pulgar derecho. Es más alto que la mayoría de los campeones, tiene la piel canela, los hombros anchos y una mata de rizos oscuros recogida con una banda de tela de tono cobrizo. Lleva una túnica holgada de color azul marino y turquesa de factura engañosamente sencilla. Quizá sea seda; desde luego, se mueve como si fuera agua.

El Copa nos muestra una amable sonrisa radiante.

—Aunque estoy seguro de que todos conocéis las reglas de las Pruebas del Tarot, espero que me permitáis recordáros las. Podéis entrar y salir a placer de vuestros respectivos templos, pero, por favor, no entréis en aquellos dedicados a otros dioses, pues a estos... no les complacen los allanamientos.

La advertencia despierta mi curiosidad. ¿Qué sucedería si un campeón entrase en un templo que no es el suyo? Yo suponía que la Corte Menor habría dispuesto guardianes por la isla para asegurarse de que se cumplen las reglas, pero, por lo que dice este Copa, parece que son los mismísimos dioses quienes obligan a cumplir esa regla en particular.

El Copa se gira un poco y pasea la vista entre los campeones mientras dice:

—Todo el mundo debe estar en el templo de su dios antes de que se ponga el sol. Los dioses os concederán las bendiciones que crean que os merecéis y, luego, darán comienzo las Pruebas del Tarot. Os recuerdo que debéis regresar a vuestro templo cada mañana cuando dé la sexta campanada y asistir a los eventos que haya planeado la Corte Menor cada tarde. No se permite ningún acto de violencia entre el alba y la puesta de sol. Quien viole estas reglas

será expulsado de las Pruebas de inmediato, y la expulsión es... violenta. No os recomiendo contravenir las reglas. —Suelta una estruendosa carcajada que nos invita a reír con él. Nadie lo hace.

Yo he optado por ser la campeona de la Luna en estas Pruebas sabiendo cuáles son las reglas y las consecuencias, y volvería a hacerlo sin parpadear siquiera. Sin embargo, este Copa parece encantado ante la idea de que muchos de quienes estamos en este patio vayamos a morir violentamente, lo cual resulta muy desagradable.

El Copa abre del todo los brazos.

—Mientras tanto, por favor, disfrutad del refrigerio que hemos preparado.

Siento la llamada del templo de la Luna y de la oscuridad en su interior. Mi madre cruzó esa misma puerta. Ofreció algo que a la Luna se le antojó digno. Tal vez quede algún rastro de ella ahí dentro, algo que se dejase esa mujer a la que no tuve la oportunidad de conocer. Puede que dentro del templo haya *respuestas*.

La mesa hacia la que señala el Copa está repleta de comida; más de la que yo haya visto jamás, más de lo que podrían comer veintidós personas en un único almuerzo. Aunque me digo que no debería, me acerco a la mesa. Los demás campeones se reparten por ella a mi alrededor. Algunos van directos hacia la comida, mientras que otros se ponen a charlar entre ellos. Parece que las alianzas que han empezado a establecerse en los carruajes se mantendrán. Nadie ha roto ninguna de momento.

La brisa cambia de dirección y me llega un olor tan intenso que me veo obligada a reprimir un gimoteo. Tengo el estómago contraído de hambre y estoy tan acostumbrada a sus gruñidos que suelo ser capaz de ignorarlos. Sin embargo, ahora mismo no consigo ignorar

nada. Los gruñidos se convierten en rugidos.

Lo único que impide que me abalance sobre la comida es la certeza de que dentro de unas horas voy a estar luchando por mi vida. Después de tanto tiempo pasando hambre, no puedo permitirme caer enferma por glotonería.

Es difícil librarse de las viejas costumbres. No consigo acercarme a la mesa y llenarme un plato con comida, tal y como están haciendo algunos. Lo que hago, en cambio, es agarrar una rebanada de pan y un jugoso trozo de carne, y retroceder con las manos temblorosas, casi a la espera de que alguien me grite o me arrebatase la comida.

No obstante, me encuentro con... risas.

Al girarme, veo que la Estrella me contempla con una mano en la boca y los ojos centelleantes.

—Querida, no hay necesidad alguna de caer en dramas. Hay comida de sobra. —Recorre mi cuerpo con su pálida mirada—. Por otro lado, no te sentaría mal un baño.

Me arde el rostro, pero me esfuerzo por mantener la compostura.

—Nos vemos esta noche, Estrella.

Ella se echa a reír.

—Supongo que ya lo averiguaremos, ¿no?

Se gira hacia el Carro y le dice algo que hace que este se vuelva hacia mí. Si la mirada de la Estrella es como el zumbido de un mosquito, la del Carro es como verse sumergida en hielo: fría y peligrosa.

Huyo. Por suerte, bajo el arco del templo de la Luna se está fresco. Me acomodo en un hueco para dar cuenta de la comida que me he llevado. La carne —creo que es ternera— está tan tierna que prácticamente se me deshace en la boca. La ternera es muy escasa

en los Sedimentos. Cuando conseguimos echar mano de algo parecido, es más bien cecina, conservada para durar una eternidad. Conozco a mucha gente que ha perdido un diente al morderla. En Caelria no tenemos tierras de pastoreo, así que hay que importar toda la carne por el río desde Grexium, lo que implica que es muy *cara*.

Esto es lo que come la Corte Menor mientras mis pequeños se mueren de hambre.

La idea me hace bajar el ritmo. Doy un mordisco cauteloso al pan y casi se me escapa un gemido por lo blando y *caliente* que está. Mi estómago amenaza con sufrir un espasmo con apenas un bocado, así que, a regañadientes, me meto el resto de la rebanada bajo el brazo para comérmela luego. El tiempo sigue avanzando y nadie me garantiza que vayamos a disfrutar de otro festín antes de que empiece la matanza.

Echo una última mirada por el patio y veo a varios de los campeones..., incluyendo a Vesper, quien sin duda habrá disfrutado de un copioso desayuno antes de presentarse a campeone de la Rueda de la Fortuna. Todos entran en sus respectivos templos, desapareciendo entre las sombras del interior. No hay motivo para perder más tiempo. No me dejo llevar por los nervios. Me limito a atravesar el arco e internarme entre las sombras del templo.

Freno en seco casi de inmediato. Me quedo inmóvil mientras espero a que se me acostumbre la vista. No hay luz alguna en este espacio tan pequeño. Ni siquiera el Sol de media tarde es capaz de penetrar las sombras.

—Interesante.

La estancia es esférica, a pesar de que el templo es cuadrado por fuera. Las paredes son curvas y forman una gran cúpula, con una línea de separación en lo alto, como si pudiesen abrirse. Lo

único apreciable en este espacio vacío es una pequeña cavidad circular en el centro y, en el lado contrario al arco, una mesa redonda, un altar, sobre el que descansan dos hoces cruzadas.

Me acerco y las examino. No se parecen a las hoces que estoy acostumbrada a ver en la ciudad, hechas de metal importado de las minas de Perfodia y forjadas por herreros Diamante que luego se envían al este, a Grexium. Estas hojas tienen una curva más pronunciada que las que se usan para la cosecha y un filo ligeramente dentado que hace que se me contraigan los músculos y sienta el impulso de proteger mis órganos vitales.

—Aún queda tiempo hasta la puesta de sol. —La voz parece provenir de todas partes y de ninguna. Habla con tono firme y casi apacible—. Mientras tanto, puedes descansar aquí tanto como desees, Kestrel.

Con un sobresalto, me giro deprisa. No hay nadie. Al menos nadie a quien pueda ver.

—¿Me conoces?

—La Luna ha contemplado tus actos bajo su luz... y su oscuridad.

Eso no es ninguna respuesta, pero aun así se me crispa el vello de la nuca, así que me la restriego. Probablemente haya algún clérigo bastante teatral escondido en un rincón. Echo un vistazo por todo el espacio y no veo a nadie, aunque eso no significa nada. Mi madre le contó al Mouse que hay estancias bajo el templo principal. Está claro que aquí hay más de lo que se ve a primera vista.

No me apetece mucho salir otra vez bajo el implacable sol y tener que enfrentarme a las miradas de la gente a la que pretendo asesinar en cuanto den comienzo las Pruebas, así que me acerco al centro de la habitación y me siento en la cavidad, con las piernas cruzadas y el pan en el regazo. Aquí se está bien. Todo el lugar está

polvoriento, sí. Sucio, también. Pero, con cada inspiración profunda que doy, una suave paz se va adueñando poco a poco de mí.

—Estoy aquí. —Inspiro. Exhalo—. Lo he conseguido.

La verdadera prueba comenzará pronto, pero me tomo un instante para estudiar el templo. Es la primera vez que me encuentro en un espacio que haya ocupado también mi madre, al menos desde que yo no era más que un bebé en sus brazos. Antes de las Pruebas vivíamos en una parte distinta de los Sedimentos, junto a la muralla oriental de la ciudad, al lado del Distrito del Rubí. Tras su muerte, Mouse nos trasladó al oeste, pues le preocupaba que la traición que mancillaba su recuerdo implicase que los Bastos fueran a por cualquiera que hubiese tenido relación con ella.

No hay rastro alguno de mi madre aquí, pero aun así me siento más cerca de ella. Quizá se sentara en este mismo lugar a la espera de la puesta de sol mientras soñaba con una Caelria mejor, más justa. Una ciudad en la que pudiese crecer su hija, segura y con las mismas oportunidades que los demás niños de los distritos gremiales. Con la posibilidad para determinar su propio destino, en lugar de verse obligada a cometer actos cada vez más desesperados para mantenerse a salvo a sí misma y a la familia que le quedaba.

«¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué lo arriesgaste todo para morir?». Da igual cómo formule la pregunta, da igual cuántas veces haya sacado el tema, Mouse jamás me ha dado una respuesta. Con el paso de los años me di cuenta de que era mejor dejar de preguntar, aunque fuera para evitar la expresión atormentada que mostraba cada vez que sacaba el tema. Mouse, que tiene respuestas para todo, no tenía ninguna para la pregunta que más me importaba: ¿por qué?

Pensar en mi madre es como relajar un músculo que tengo contraído siempre. Me he esforzado por llegar a este punto, a esta

lucha, desde el momento en que murió, por encontrar *respuestas* sobre la extraña cuya sombra envuelve todos y cada uno de los instantes de mi vida.

Cuando Mouse se presta a hablar de mi madre como persona en lugar de como campeona, lo hace como un padre contando un cuento de hadas entre susurros. Mi madre era fuerte, hermosa, amable. Cuando yo era pequeña, esas historias me daban consuelo. A medida que iba creciendo, sobre todo en los años en los que no me sentía a gusto en mi propia piel, no podía evitar imaginar a aquella mujer perfecta a cuya altura yo nunca estaría. Cuando llegué a la madurez, me di cuenta de que mi madre no era perfecta, que Mouse me presentaba una versión exagerada de ella en un intento de mantener viva su memoria. La muerte tiene la virtud de borrar todo lo malo y dejar lo bueno, por más injusto que resulte eso para quienes siguen con vida.

—¿Cómo era la última campeona de la Luna?

No pretendía formular esa pregunta. De verdad que no.

La voz guarda silencio durante tanto tiempo que supongo que no va a contestar. Sin embargo, cuando habla, capto un poso de cariño bajo esa plácida calma.

—Era la mejor de todos los campeones. Sagaz e implacable, leal y violenta. Fue una buena elección.

Trago saliva para reprimir la decepción.

—Esas palabras no significan nada. —Bien podría haberlas pronunciado el propio Mouse. «Era fuerte, hermosa, amable»—. Cuéntame algo que sea real.

Esta vez, la pausa dura más tiempo aún y la réplica es más lenta.

—No tengo las respuestas que buscas. Nadie de entre los vivos las tiene.

¿Qué otra cosa se podía esperar? Esta voz desconocida no me iba a decir que mi madre me quería, que le costó dejar atrás a su bebé por su ambición... o su desesperación. ¿De verdad era leal? ¿Leal a *quién*?

—Tienes razón. Ni tú ni nadie tiene respuestas.

Tengo demasiadas preguntas que jamás obtendrán respuesta. Jamás sabré si me quería, con independencia de lo que diga Mouse. Quizá sí, pero lo cierto es que ella valoró su sueño de conseguir una vida mejor para muchos por encima de mantenerse a salvo para ser mi madre. A ojos de Mouse, eso la convierte en una heroína, una mártir.

A mí nadie me preguntó si prefería a una mártir o a una madre. Nadie pareció pensar en mí en absoluto. Desde luego, no mi madre. Mi madre luchó, mató y, supuestamente, usó sus nuevos poderes para cometer traición. Y tampoco mi padre, desconocido y ausente durante todos estos años. Ni siquiera Mouse, que se ha pasado toda mi vida entrenándome para ocupar el lugar de mi madre. Nadie se ha preguntado jamás lo que yo quiero. Inspiro y cierro los ojos.

Quiero respuestas sobre mi madre.

Quiero que mis seres queridos estén a salvo, que sean felices, que estén sanos.

Quiero el poder para hacer realidad esos deseos.

He repetido tantas veces este mantra durante los últimos veintidós años que casi parece una piedra erosionada a base de preocupación. Por fin, *por fin*, tengo a mano las respuestas que me he pasado toda la vida buscando. Y pienso encontrarlas. Sin importar lo que me cueste.

El ritual que concede a los campeones los poderes de sus respectivos dioses está rodeado de un gran secretismo. Se lleva a cabo en los primeros templos conocidos que se construyeron en la ciudad, justo en el corazón del Distrito de Copas. Del ritual se ocupa un único clérigo, lo cual parece extremadamente peligroso. Sin embargo, han de hacerse ciertas concesiones para las Pruebas.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



6

El ocaso, cuando llega, se extiende como el frío de la noche en pleno invierno. En un primer momento solo hay una advertencia, un leve indicio de que se está colando por las grietas de las paredes y el hueco bajo la puerta. Y, de repente, estás temblando y estremeciéndote, a punto de perder el poco calor corporal que has conseguido acumular.

Así eran las noches en las que yo no me atrevía a dormir por miedo a que alguno de los pequeños rodase fuera de la pila de mantas en la que nos arrebujábamos. Quedarse solo en medio de la oscura noche de invierno implica la muerte. La única diferencia entre aquella época y ahora es que la energía cambiante dentro del templo no duele, sino que hormiguea sobre mi piel con la promesa de algo más, algo inminente.

Magia.

Racionalmente sabía que era real, pero experimentarla al fin... Muevo los dedos en busca de más sensaciones y me pongo poco a poco en pie, pues mis piernas llevan tanto tiempo en la misma postura que me resulta extraño estirarme por completo ahora

mismo. Tardo unos cuantos segundos en percatarme de lo que ha cambiado: las paredes, el suelo y el techo desprenden un levísimo resplandor, como si estuviéramos en la primera noche tras la luna nueva. Solo de pensarlo, el resplandor aumenta.

—Ha llegado la hora. —Una vez más, la voz parece proceder de todas partes y ninguna—. Da un paso al frente y acepta la hermosa carga de convertirte en la campeona de la Luna.

«Hermosa carga» es, desde luego, un modo de describirlo. Me adelanto, aunque la confusión ralentiza mis pasos. Mi madre le contó a Mouse tanto sobre las Pruebas como fue capaz, pero en cuanto a lo que sucedió en el templo se limitó a decir que hubo un trueque.

—¿Cómo se supone que tengo que aceptarla?

—El altar. —La voz es poco más que un susurro—. Una gota de sangre y la promesa de sellar el pacto. Poder a cambio de tu ofrenda.

Ah.

—Ya veo. —Es un trato, comprendo. El mundo funciona a base de tratos. Entra dentro de lo razonable que los arcanos mayores no entreguen su poder a cambio de nada. Sería demasiado bueno para ser verdad. Sería una mentira.

Me aproximo al altar sin vacilación y saco la pequeña daga que llevo en un bolsillo cosido en el interior de mis pantalones. Quizá fuese más adecuado usar una de las hoces, pero son tan grandes que me preocupa cercenarme una mano en lugar de hacerme un pequeño corte para entregar la cantidad apropiada de sangre.

El altar en sí mismo parece una versión más pequeña de la cavidad donde estaba sentada. Es un trozo redondo de piedra que resulta hermoso en su sencillez. Ahora las hoces descansan a cada lado de un hoyo del tamaño de un cuenco en su centro. No las he visto moverse, y tampoco ha entrado o salido nadie de esta estancia

desde que llegué. Interesante.

—Sí, me queda claro. —Me doy un tajo en el interior del antebrazo con la daga y lo sostengo sobre el altar—. Le ofrezco mi sangre a la Luna. —Contemplo cómo gotea la sangre en el cuenco, pero no hago ademán alguno de apartar el brazo—. No tengo mucho aparte de ambición, fuerza y voluntad; pero todo ello te lo ofrezco.

El miedo me recorre, una advertencia de que esto no son meras palabras. Esta promesa tiene *importancia*.

«Pues adelante», pienso fieramente. O bien muero en las Pruebas, o bien vivo lo suficiente como para verme aplastada por el peso de mi juramento. Que así sea.

—Lo ofrezco *todo* —digo entre dientes.

—Niña necia. —Hay ternura en la voz, aunque esta se endurezca al pronunciar la última palabra—. Será la Luna quien decida si es suficiente.

—Hace mucho tiempo que no soy una niña. —Inspiro hondo—. Sí que será suficiente. —Tiene que serlo.

En las alturas, el brillo del techo abovedado aumenta; cada vez es más intenso, tanto que me veo obligada a entrecerrar los ojos. El gesto no sirve para protegerme del dolor. El resplandor se mete bajo mis párpados, se adentra hasta mis huesos, mi sangre, mi mismísima alma.

Me *duele*. Me veo abierta, rota, rasgada la piel, quebrados los huesos. Todas las partes rojas y blandas de mi interior intentan zafarse de la sensación, y fracasan. Algo me presiona por dentro, algo demasiado grande como para que lo abarque mi frágil piel humana. ¿De verdad pensaba que las noches de invierno eran frías? No pueden compararse con esto. Hasta ahora no sabía que el frío puede quemar. Si aún tuviera pulmones, gritaría. Quizá esté gritando. Quizá esté sencillamente congelada en este perfecto

momento de agonía y remordimiento. Los humanos no están hechos para tratar con los dioses.

Y, de forma tan brusca como me he visto rota en mil pedazos, me vuelvo a recomponer, latido a latido, siguiendo el ritmo frenético de mi corazón desbocado. Los huesos vuelven a su posición acostumbrada. La piel queda recogida con hábiles pespuntos. Incluso el calor regresa a oleadas..., oleadas que, como comprendo demasiado tarde, son mis propios jadeos, tan rápidos que apenas tengo oportunidad de exhalar entre ellos.

Todo el proceso dura una eternidad. Dura un suspiro.

Cuando abro los ojos, estoy tumbada de espaldas en medio de la estancia con una hoz en cada mano. Las aprieto con mis puños doloridos al tiempo que vuelvo a tomar conciencia de mi cuerpo y compruebo si está dispuesto a obedecer la orden de mi cerebro para que se incorpore.

Siento un dolor palpitante en los músculos, como si me hubiese pasado todo el día trepando por los tejados de los Sedimentos, saltando por los huecos entre los edificios o agazapada en la misma postura hasta que mi cuerpo grita, a la espera de que aparezca mi marca.

Alzo el brazo donde me he dado el tajo, sin creermelo del todo que no he sufrido algún daño irreparable, pero tengo la piel lisa, inmaculada... y limpia. Rápidamente repaso todo mi cuerpo y veo que este es el estado general. Tengo hasta los cabellos lavados, densos y algo ondulados, cosa que rara vez he llegado a experimentar. Me paso los dedos por el pelo con delicadeza, preguntándome cuándo se me habrá soltado la trenza que siempre llevo.

Pues sí, magia.

«Buena caza, hija», susurra una voz. Suena diferente de la voz

que he oído antes. Suena como si estuviera *en mi mente*.

—¿Luna? —pregunto vacilante.

No hay respuesta. Quizá la haya imaginado. Pero no hay ningún truco que pudiese llevar a cabo un clérigo para hablar dentro de mi mente. No es el tipo de magia que tenga nadie en Caelria. Suspiro y ruedo los hombros.

Las hoces no son mi arma favorita; de hecho, no son armas. Una daga es más útil, más fácil de esconder. Resulta más sencillo atacar con ella y escabullirse. Pero las hoces no se le escaparán a nadie, no es que pasen inadvertidas. Pruebo a girarlas en las manos. Aunque no debería sentirme acostumbrada a llevarlas, me resultan inexplicablemente familiares, como si me hubiese pasado toda una vida entrenando con ellas. ¿Será un regalo de la Luna?

Me giro hacia la entrada, pero compruebo que está sellada. El suelo cambia bajo mis pies, la luz se dispersa y vuelve a concentrarse, formando una senda que se adentra en las tinieblas del templo. Antes, cuando exploraba el interior, he examinado todo el espacio, por lo que no debería *haber* sombras aquí, y desde luego ninguna tan profunda como para esconder la puerta que descubro al seguir la senda de luz hasta la parte trasera del templo.

Hay ropa colgada junto a la puerta, de tela negra elástica que parece repeler tanto la luz como la atención. Es suave, lisa y *cara*. Me desvisto rápidamente y me la pongo. Los pantalones y la camisa me quedan ajustados, dejando poco a la imaginación, pero así no hay nada a lo que un oponente pueda agarrarse ni con lo que pueda engancharme. Compruebo que estas prendas ceden y me permiten moverme sin trabas. Incluso tiene un bolsillito que casi parece diseñado para las monedas que me dio Mara. Aunque peque de sentimental, no quiero dejarlas aquí.

Del siguiente gancho cuelga un arnés de espalda. Lo cojo y me

lo abrocho a la cintura. Tras un par de pruebas, descubro cómo envainar las hoces y desenvainarlas sin rajarme. Una vez más, es un movimiento que se me antoja familiar, aunque no debería ser así.

Me tomo unos segundos más para volver a trenzarme el pelo, para que tampoco puedan agarrarme de él. Miro en derredor, pero no hay nada que ver. ¿Qué iba a haber?

Los dioses llevan ausentes de Caelria desde más tiempo de lo que abarca la memoria colectiva. No hay pruebas de que la voz de mi mente sea de verdad la Luna. Es bastante más probable que se trate de un efecto colateral del influjo de la magia. Aun así, la voz ha dejado claro que acepta mi oferta. Daño no hará ser educada. Por si acaso.

—Ah..., y gracias. Seas quien seas. —No hay respuesta, pero tampoco esperaba que la hubiera.

Y, ahora, veamos si funciona esa magia de *verdad*.

Alargo la mano y me concentro, tal y como intentó explicarme Mouse. Focalizo mi atención en el espacio de la palma de mi mano e intento, a fuerza de voluntad, que la magia de la Luna se acumule en ella. Esta será mi arma principal, al igual que fue la de mi madre durante el tiempo que pasó como campeona de la Luna. Una oleada de sombra que se lo trague todo en su camino, incluso a la Muerte. Cierro los ojos y me concentro aún más, intentando que la energía se acumule en mis manos.

No pasa nada. Nada excepto que se me está despertando un dolor de cabeza justo entre los ojos.

—¿Pero qué cojones...?

Mi madre tenía un amplio arsenal de magia a su disposición que le permitía aparecer de repente y atacar cuando menos lo esperaban los demás campeones. Mi madre combinaba sigilo y capacidad ofensiva hasta formar un todo imposible de matar..., al menos hasta

que la asesinaron. Sin magia ofensiva, tendré que recurrir a escapar y esconderme, con la esperanza de que esta familiaridad que siento con las hoces baste para mantenerme con vida. Puede que me sirvan en una lucha cuerpo a cuerpo, pero estoy segura de que algunos de los campeones van a tener magia ofensiva de largo alcance. El último Sol contaba con rayos solares capaces de contrarrestar los rayos lunares de mi madre. La última Torre podía aniquilar toda una manzana de la ciudad con una energía de pura destrucción. El Juicio ni siquiera necesita estar cerca para usar esa magia que tiene capaz de generar una culpa paralizante. Esto es malo. Muy muy malo.

Se abre esa puerta que estoy segura de que no estaba ahí antes, revelando la profunda oscuridad de la noche, el momento en el que nadie que quiera vivir se aventuraría a salir a las calles. Debería ser poco después del ocaso, pero parece que han pasado horas mientras yo estaba inconsciente. Mierda. Bueno, al menos esta puerta lleva a la parte trasera del templo, y no al patio. Es la única oportunidad que tengo de escapar a la primera noche de matanza.

Mi magia ofensiva debería haber funcionado. Mouse me *juró* que tendría acceso a ese tipo de magia. Lo vio en su día, vio que mi madre podía canalizar rayos de luz lunar que cortaban en pedazos a sus oponentes. Mi madre le explicó cómo funcionaba con minucioso detalle. Los dos supusimos que yo tendría la misma magia y que esta funcionaría del modo que él había previsto. En cambio, lo único que tengo son las *demás* lecciones que me dio y con ellas he de sobrevivir a veintiún enemigos.

Estoy jodida.

—Al menos iré limpia a mi funeral.

Ya es demasiado tarde como para retirarse. He de trabajar con lo que tengo y encontrar el modo de sobrevivir a esta noche, así como

a las demás Pruebas. Salgo del templo y me interno en la noche.

El rugido del río, en las profundidades de la garganta que atraviesa la colina, resulta horrendo en la oscuridad. *Hambriento*. Me estremezco y me dirijo al puente que lleva al norte, al otro lado de la isla. Seguiré en el Distrito de Copas, pero será mejor poner algo de distancia con los demás campeones que deambulan por esta zona. Puedo conseguirlo. Solo tengo que evitar el pánico. De todos modos, el sigilo iba a ser mi estrategia principal. Ahora tendrá que ser la *única*.

El puente parece normal, como cualquier otro: piedra lisa con un pretil pensado para que la gente no caiga a plomo a las aguas de ahí abajo. Me desplazo lentamente, tan pegada al murete de piedra como es posible. No respiro ni una sola vez hasta llegar al otro lado, donde me agacho entre las sombras más profundas del primer edificio. No hay sonido de lucha ni señal alguna de los demás campeones. Por más tentador que resulte poner tanta distancia como pueda con la isla de los campeones, he de tener en cuenta el tiempo. Para cuando suene la sexta campanada, tengo que estar otra vez en la isla; de lo contrario, me arriesgo a una expulsión violenta de las Pruebas. Eso limita considerablemente la distancia que puedo recorrer.

Miro en derredor, intentando orientarme. Mis ojos deberían tardar más tiempo en acostumbrarse a la oscuridad. Por poco me convengo de que son imaginaciones mías, pero no, el extraño y fresco aroma que percibo confirma las historias que cuentan los comerciantes de todos los rincones de la ciudad y más allá. Avanzo, aturdida, y cruzo un arco de piedra, sumergiéndome en una fantasía: *verdor*, árboles, arbustos, hasta flores que se abren bajo la tierna mirada de la Luna.

Me estremezco solo de pensar en la ingente cantidad de recursos

que costará mantener todo esto. Aquí arriba, en esta ciudad dentro de la ciudad, no solo tienen espacio, sino que cuentan con jardín propio. ¿Acaso puede describirse semejante abundancia con una palabra tan mundana como «jardín»?

Yo he visto jardines en mi vida. No en los Sedimentos —no tenemos suficiente sol—, pero sí en el Distrito del Peridoto. El gremio cultiva productos agrícolas como suplemento alimentario para sus miembros, para que no tengan que vivir solo de pescado. No pueden ganar dinero si su gente enferma y son demasiado listos como para pagar los altos precios que exigen los mercaderes de Grexium o de Xiv, al otro lado del mar Cojumbroso.

Esto de aquí parece más propio de tierras salvajes. Sé que es una falacia, pero, mientras recorro el sendero pulcramente pavimentado con vegetación a cada lado, casi podría olvidar que me encuentro dentro de una ciudad amurallada, incluso que las tierras salvajes jamás serían así de pacíficas. Me duele el pecho solo de contemplar la absurda abundancia de comida que hay aquí mismo, al alcance de cualquiera.

Pero no se trata solo de comida. Hay muchos árboles sin frutos y *flores* que alfombran todo el suelo a cada lado del sendero, flores que no son comestibles. Me inclino y acaricio los brillantes pétalos amarillos de la flor más cercana. Los de la Corte Menor tienen tanto que pueden permitirse malgastar tierra, agua y Sol. Esta abundancia me turba.

Niego enérgicamente con la cabeza, obligándome a centrarme. Hay bastante espacio para esconderse en los jardines, pero sería una necedad suponer que soy la única que ha obtenido una mejora en la visión nocturna. Sé de buena tinta que la Muerte tiene los sentidos exacerbados, aunque mi madre jamás especificó sus límites. No estoy segura de que los conociera. Mouse y ella tenían la

teoría de que tanto el Mago como la Sacerdotisa contaban con una vista agudizada mágicamente. Y la Emperatriz tiene afinidad con la naturaleza, así que quedarme sentada en un jardín sería el equivalente a rodearme de armas hechas de forma específica para ella.

Por otro lado, no puedo fiarme por completo de los datos de mi madre y de Mouse, y menos cuando se trata de campeones nuevos. La Luna no me ha concedido los mismos poderes que a mi madre, lo cual abre la posibilidad de que me enfrente a un grupo de oponentes de los que no sé nada. Ahora mismo, ni siquiera puedo estar segura de que los miembros de la Cinque mantengan sus poderes. Quizá hayan sellado nuevos tratos y obtenido magia distinta.

Las hoces son un peso frío en mi espalda. Tengo la certeza absoluta de que sabré usarlas cuando llegue el momento, pero necesito algo de margen para decidir cuáles serán mis siguientes pasos. Todo mi plan está ahora en peligro y no sé qué cojones voy a hacer.

Un grito rasga la noche algo más adelante. Suena demasiado desesperado y dura demasiado tiempo. Me hormiguea la piel al oírlo y el pánico me palpita en la garganta. Está muy cerca. Tan cerca que quienquiera que haya causado ese grito podría venir ahora a por mí.

«No». Ceder al pánico implica morir. No he sobrevivido tanto tiempo para que me rajen unos hijos de puta ricos con delirios de grandeza. Aunque no cuente con la magia que esperaba tener, no ando escasa de defensas. He sobrevivido hasta ahora solo con mi ingenio. Me niego a morir esta noche.

Echo un vistazo por encima del hombro. ¿Esas sombras son más oscuras que antes? No estoy segura. Me hormiguea la piel, no puedo desprenderme de la sensación de que me están dando caza, pero no soy capaz de decir si es el pánico que me miente o un instinto más

profundo que me dice la verdad. Necesito *pensar*.

Por mero instinto, aprieto el paso, atravesando el jardín hacia los edificios que ahora veo al otro lado. Las ventanas están oscuras y, a juzgar por la cantidad de artículos que se ven en el interior, se trata de más tiendas. Al menos la arquitectura es lo bastante variada como para poder trepar al tejado.

Doy un salto y apoyo el pie en un alféizar para impulsarme. Me hago daño en los dedos de las manos al raspármelos contra los ladrillos, pero consigo agarrarme a un saliente minúsculo y no dejo de escalar hasta llegar al tejado, donde ruedo sobre mí misma, poniéndome a salvo.

Me quedo ahí tendida, jadeando. Odio que el miedo me haya llenado los pulmones de plomo y el cerebro de serrín. En las alturas cuelga ladeado un diminuto gajo de Luna. Juraría que la diosa se ríe de mí. Que se jodan los dioses, sobre todo la Luna. Se lo he ofrecido todo, pero me ha dado muy poco a cambio. Está claro que no quería aquello que yo estaba dispuesta a entregar y, si eso no es estar en consonancia con el modo en que el resto de la ciudad trata a los Sedimentos, no sé lo que es. Supongo que mi vida no vale tanto, y mi alma aún menos.

Hasta el momento, la única prueba de que poseo magia es mi capacidad de ver en la oscuridad. Mi madre tenía rayos de Luna y, básicamente, podía volverse invisible durante la noche. Yo me he concentrado tal y como Mouse me enseñó, he alzado la mano, esperado..., y solo estaba mi mano, tan sólida y visible como siempre. Suelto un suspiro, me pongo de pie y miro en derredor.

Instintivamente se me van los ojos hacia la muralla. Apenas se ve, tan solo una zona demasiado oscura que oculta las estrellas alrededor del límite de la ciudad. Resulta imposible escapar a su enorme tamaño cuando se vive bajo su sombra, pero desde esta

distancia resulta aún más desconcertante. Ya sabía que no era una estructura uniforme que rodea la ciudad, pero esos tramos escarpados que se alzan al cielo parecen las costillas de una criatura gigantesca. Me estremezco. Se puede confiar en que los dioses creen algo que proteja la ciudad, pero a buen seguro lo harán del modo más perturbador posible.

Me obligo a girar en redondo y examino los edificios que me rodean. Estos tejados no están vacíos. Ya me lo esperaba, después de ver los depósitos de agua del Distrito de Bastos —en una ciudad amurallada, hasta el último centímetro cuenta y debe ser usado—, pero nada podría haberme preparado para la estampa que presentan las habitaciones hechas de vidrio que hay pulcramente repartidas sobre el tejado en el que estoy agazapada. Me acerco a la más cercana y ahueco las manos en torno a mis ojos para intentar ver el interior con más claridad: más plantas, más verdor, más *comida*.

Retrocedo de golpe y miro alrededor. Si el jardín que acabo de atravesar ya me parecía extravagante, todo un derroche, resulta que hay *más*. Aunque sé que tengo que ponerme en marcha, no puedo evitar rodear esa estancia hasta encontrar una puerta, por supuesto abierta, y entro.

Noto un intenso calor al instante. Fuera, la noche ha empezado a refrescar hasta alcanzar una temperatura agradable, pero aquí es mucho más alta. Paso la mano por la humedad que flota ante mí, medio convencida de que puedo atravesarla.

Todo está dispuesto pulcramente en hileras y estanterías. Hay tantas plantas que casi las puedo saborear. Y eso no es más que una de tantas pequeñas casas de vidrio; solo en este tejado hay tres. Ahora comprendo qué es lo que estoy viendo, por qué tenían un aspecto tan extraño los tejados. *Todo el mundo* tiene este tipo de

estancias, no me cabe en la cabeza.

Suena un segundo grito, tan cerca que me agacho por instinto, cubriéndome la cabeza con los brazos. Aunque sé que debería seguir corriendo y esconderme hasta el alba, cuando sea seguro regresar, necesito saber más. Tengo que averiguar si toda la estrategia que mi madre le contó a Mouse y que este me grabó en el cerebro se basa en información anticuada, pues puede que tenga que cambiar de planes. No sé *cómo* hacerlo, pero es un problema para mañana por la mañana. El Distrito de Copas —y parece que todos los distritos de la Corte Menor— tiene más comida de la que necesita, mientras que los míos y yo nos morimos de hambre cada maldito día. Ya me enfadaré por ello cuando pueda cambiar la situación como miembro de la Cinque. Hasta entonces, tengo que sobrevivir.

Salgo por la puerta, dando las gracias por estos goznes bien engrasados, y me dirijo con cautela en dirección al grito. El tosco tejado que tengo bajo mis pies no emite ningún sonido a pesar de que todo indica que debería hacerlo: sin duda, se trata de otro de los dones de la Luna; al menos, este resulta útil. Me pego al invernadero más cercano al borde del tejado y me acomodo para contemplar la lucha que se desarrolla en la calle.

Hay un cadáver en el suelo, cuya sangre resplandece bajo la tenue luz de la luna. Lo contemplo con el ceño fruncido, intentando averiguar cuál de los campeones ha caído, pero es un misterio que tendré que resolver más tarde. Cinco campeones se enfrentan entre sí. Reconozco al instante a la Muerte y al Juicio, aunque ahora no parecen ser del mismo bando. Quienes están al lado del Juicio son la campeona de los Amantes y de la Emperatriz. Junto a la Muerte se encuentra la Torre, un hombre alto de cabello negro corto, complexión fuerte y piel pálida como la luna. ¿Se habrán *aliado*? La posibilidad me hiela por dentro. Durante las últimas Pruebas, la

Torre fue la última en caer. Los otros cinco campeones supervivientes tuvieron que unir sus fuerzas para acabar con ella.

El Juicio abre bien los brazos y esboza una lenta sonrisa.

—Hace mucho tiempo que espero la oportunidad de matarte, Muerte. Tu culpa será para mí un auténtico festín.

—Tendrás que esperar un poco más para saborearla. —La Muerte ni siquiera ha desenvainado la espada. Mira a la Torre—. ¿Quieres aliarte conmigo? Mátales.

Así pues, aún no han forjado ninguna alianza, solo es una prueba. Supongo que es una buena manera de eliminar oponentes. Puede que la Torre mate a los tres o que consiga acabar con uno o dos antes de que el Juicio lo mate. El caso es que habrá menos campeones en pie cuando salga el sol. La Muerte tiene suficiente poder como para vencer a los demás si la Torre cae, por lo que, con independencia de cómo acabe esta pelea, saldrá ganando.

El Juicio señala con el mentón a la campeona de la Emperatriz y a la de los Amantes.

—Tal y como hablamos: juntos.

Las dos mujeres bien podrían ser hermanas. Son pálidas y altas, de larga cabellera castaña recogida en sendas trenzas casi idénticas. La única diferencia es su atuendo: la campeona de los Amantes viste los colores de los Espadas, un vestido de un intenso tono carmesí con aberturas hasta las caderas por las que se ven los ajustados pantalones blancos que lleva debajo. La Emperatriz, por su parte, pertenece a los Pentáculos y lleva una casaca verde de manga larga, poco práctica, y pantalones marrones remetidos por unas botas funcionales. Ninguna de las dos lleva metal alguno, así que, si son miembros de estas cortes respectivas, deben de ser de rango bajo.

El atuendo que me han dado a mí representa inconfundiblemente a la Luna. ¿Por qué a ellas se les ha concedido

la posibilidad de lucir los colores de sus respectivas Cortes Menores? Yo sabía que habría alianzas de ese tipo, todo el mundo está al tanto de la relación de la Estrella con los Copas, pero no esperaba ver una señal tan clara en las prendas de otros campeones. Si sobreviven a esta noche, cabe la posibilidad de que las cortes con las que están aliadas les otorguen alguna ventaja. Yo pensaba que va contra las normas, pero está claro que no lo sé todo sobre las Pruebas. Otro problema al que enfrentarse si sobrevivo a esta noche. Lo añadiré a mi lista cada vez más grande de problemas.

La campeona de los Amantes y la de la Emperatriz se desplazan cada una a un extremo de la calle, en un claro intento de atacar a la Torre por los flancos. Este, por su parte, desenvaina su espada. No habla ni se abalanza sobre sus oponentes para terminar cuanto antes la lucha. Se limita a... esperar.

La campeona de los Amantes aprieta los labios, concentrada, y un intenso color rojo empieza a irradiar de su cuerpo. En un primer momento es tan sutil que casi estoy segura de estar imaginándomelo. Sin embargo, al cabo de unos segundos, está claro que se trata de su magia. No sé cuál era la magia del último campeón de los Amantes, porque fue eliminado durante la primera noche y mi madre nunca lo vio luchar. Esta magia se parece a la que el Juicio invocó durante la Criba, por lo que quizá sea mental, no física.

La Torre se gira hacia ella y empieza a emitir el mismo resplandor rojizo al tiempo que coloca la espada en posición defensiva a fin de proteger su cuerpo. Da un paso hacia la campeona de los Amantes con expresión firme.

Esta, por su parte, muestra un gesto de *horror* y se lleva una mano al pecho.

—¿Cómo... cómo puedes vivir así? Duele demasiado. —Incluso

desde aquí veo que se estremece—. No... —Carraspea mientras le corren lágrimas por su hermoso rostro—. No hace falta que sufras tanto. Deja que te dé algo de paz.

—Este sufrimiento es mío.

La Torre se abalanza sobre ella. Cruza la distancia que los separa y le lanza un tajo a la cabeza con ese puto espadón. La campeona de los Amantes lo contempla con los ojos desorbitados, sin ninguna posibilidad de reaccionar a tiempo para salvarse.

Sin embargo, la Torre no llega a tocarla. En pleno ataque, varias raíces brotan de entre los adoquines bajo sus pies, haciendo que trastabilles. Y, si bien luego recupera el equilibrio, ya es tarde. Las raíces le han rodeado las piernas hasta los muslos, inmovilizándolo. Le basta un rápido vistazo a la Emperatriz para comprender que ella es la culpable. La campeona tiene las manos extendidas y el rostro bañado en sudor. El jardín no queda cerca de aquí, así que debe de haberse esforzado al máximo para traer las raíces hasta este punto.

—Mátalo —jadea—, rápido.

La campeona de los Amantes saca un cuchillo y, sin dejar de llorar, se acerca a la Torre.

—Todo habrá acabado enseguida.

No quiero apartar la mirada, pero me parece increíble que tanto el Juicio como la Muerte estén plantados detrás de sus respectivos aliados y dejen que esta pelea tenga lugar sin interferir. ¿Cuál es su objetivo aquí, cribar a los débiles?, ¿quizá poner a prueba a los demás campeones para asegurarse de que son dignos? Podrían meterse en liza ahora mismo y matarlos a los tres, y sin embargo ninguno de los dos se mueve. Yo estaba convencida de que los miembros de la Cinque volverían a establecer una alianza para sobrevivir a las Pruebas, pero, teniendo en cuenta lo que ha dicho el Juicio antes, está clara la animadversión que se profesan, incluso

odio. Eso sí que no me lo esperaba. Quizá pueda aprovecharlo para obtener respuestas sobre mi madre.

Las raíces que rodean los muslos de la Torre ascienden unos centímetros más, pero parece que los poderes de la Emperatriz no llegan a tanto. Si estuvieran más cerca de los jardines, podría haber atrapado por completo a la Torre para que la campeona de los Amantes le rajara la garganta. Sin embargo, la distancia juega en su contra. Además, este tiene las manos libres, así que no es en absoluto inofensivo. Desde el lugar donde estoy agazapada, me parece que la reticencia de la campeona de los Amantes a acercarse es bastante razonable.

—Hazlo, mátalos ya —espeta la Emperatriz.

La campeona de los Amantes se pone en movimiento como si la hubiesen agujoneado y se abalanza sobre la Torre. Es bastante rápida y está claro que sabe usar un cuchillo; jamás llegaré a saber si se ha entrenado o es un don de su dios. La Torre se echa hacia atrás en el último instante, y esquivo con facilidad su ataque a pesar de tener las piernas inmovilizadas. Deja caer la espada y la agarra de la muñeca. Incluso desde aquí oigo el crujido del hueso al romperse y tengo que llevarme la mano a la boca para reprimir un gemido. La Torre atrapa la daga en plena caída y se la hunde a la campeona de los Amantes en la garganta.

—Ya ha acabado.

Ojalá no tuviera que ver la dolorosa sorpresa en el rostro de la campeona de los Amantes, que retrocede a trompicones y se desploma mientras su sangre se mezcla con el tono carmesí de su vestido, pero no puedo apartar la mirada. Ha muerto antes incluso de caer al suelo.

El campeón de la Torre se tensa y la magia lo recorre con un estruendo que siento en el mismísimo centro de mi pecho. Las raíces

que lo inmovilizan se desvanecen y la piedra a sus pies se agrieta, convirtiéndose polvo. Aun así, la oleada de poder no se detiene ahí, sino que avanza, dejando una estela de destrucción y derribando a la Emperatriz. La Torre recoge la espada del suelo y cruza la distancia que los separa de un salto. Basta un salvaje tajo para que la cabeza de la Emperatriz eche a rodar por los adoquines.

El campeón de la Torre empieza a girarse hacia la Muerte, pero una pálida magia azul lo envuelve antes de que lo consiga. A diferencia de lo sucedido con la magia de la campeona de los Amantes, esta sí le afecta. El campeón gruñe y cae de rodillas con un movimiento espasmódico, aunque consigue mantener la espada en ristre.

El Juicio se acerca con aire de intensa concentración.

—Si tu dolor no basta para paralizarte, habrá que recurrir a tu culpa. —Gira el puño, haciendo que la Torre suelte un gemido, y chasquea la lengua—. Tantas muertes sobre tus hombros... —baja la voz, pero aún puedo oírlo con claridad—, y todas son culpa tuya. Ojalá hubieras estado ahí. Ojalá no hubieras sido tan egoísta.

—Egoísta —repite la Torre débilmente.

Cada vez más cerca, el Juicio enarbola una pica. Durante las últimas Pruebas, le gustaba clavársela en los ojos a la gente; una maniobra violenta que ha perfeccionado aún más desde que entró a formar parte de la Cinque.

—Increíblemente egoísta. —Ahora casi lo tiene a su alcance—. Estaría bien poder librarse al fin de la culpa. Yo puedo ayudarte. —Se detiene delante de la Torre y alza la pica—. No serás absuelto, pero dejarás de sentir dolor. —Y arremete con la pica con todas sus fuerzas.

Parpadeo, sin comprender del todo lo que estoy viendo. La pica se clava en el hombro de la Torre en lugar de en su ojo. Y el Juicio

tiene una expresión extraña, de sorpresa, casi de dolor. Al bajar la vista, ve la espada de la Torre, que se ha hundido en su pecho justo debajo del costillar.

El campeón de la Torre se alza, levantando al Juicio consigo, y acto seguido desprende la hoja del cuerpo de este con la mano libre.

—El dolor es necesario —dice con suavidad. Su voz está tan vacía que me deja helada. No parece sentir nada en absoluto. El Juicio, el miembro más aterrador de la Cinque, ya libre de la espada, muere a sus pies.

La Torre acaba de asesinar a tres campeones en pocos minutos... y uno de ellos era el *Juicio*.

—Hostia puta —jadeo.

La Muerte alza la cabeza de golpe en mi dirección. Yo me pego contra el invernadero, esforzándome por manifestar la invisibilidad que no he sido capaz de conjurar antes. No lo consigo..., pero las sombras a mis pies y a mi espalda se vuelven densas y se desplazan hasta cubrirme, haciéndose más intensas a mi alrededor. Tras un instante, la Muerte ladea levemente la cabeza.

—Lo has hecho bien.

La Torre se aparta de los cadáveres del suelo sin vacilación alguna.

—¿Entonces qué me dices, alianza?

—Con una condición. —La Muerte sigue contemplando el tejado en el que estoy agazapada, con los ojos entrecerrados y el cuerpo tenso.

Estoy casi segura de que no puede verme, pero tengo mis dudas, por lo que he de salir de aquí. Retrocedo lentamente, todavía agachada, hasta situarme detrás del invernadero. Sin embargo, no basta. Si sospechan que hay otra campeona espiando por aquí, me perseguirán y mis sueños se acabarán ahora mismo.

Cuando llego al borde del tejado, sopeso mis opciones. La calle de abajo es lo bastante estrecha como para que pueda saltar por encima hasta el que hay enfrente, pero no resultará sencillo ni mucho menos tan sigiloso como me gustaría. Tendré que correr como si me fuera la vida en ello, porque así será. Retrocedo despacio, dándole las gracias a la Luna por mis pasos silenciosos, y echo a correr a toda velocidad hacia el precipicio mientras calculo la distancia de cabeza: a esta velocidad, me parece fácil de salvar.

O al menos así debería ser.

En realidad, al dar el último paso que me impulsa sobre la calle entre los edificios, el tejado cede inexplicablemente bajo mis pies. No debería afectar a mi trayectoria, pero me tuerzo el tobillo. Las rodillas me fallan y caigo a plomo desde el tejado de espaldas en el suelo. Se me escapa todo el aire de los pulmones y hasta el último músculo de mi cuerpo se tensa. Muevo la boca, intentando recuperar el aliento con todo mi cuerpo, pero fracaso.

—Lo siento —dice una voz familiar—. Es que aún le estoy pillando el tranquilo. —Se oye una risa musical—. Pero ahora te tengo justo donde quería.

Mierda. Estoy muerta.

El concepto que representa la Rueda de la Fortuna debe de ser el más difícil de erradicar de la consciencia pública. Si bien adorar al destino resulta extraño, una auténtica necedad, la suerte... la suerte es algo que todo el mundo comprende, algo que todo el mundo reza por tener.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



7

Vesper se inclina sobre mí, ocultando la luz de la luna. Su hermoso rostro está bañado en sombras que no parecen amigables, ni por asomo, y empuña un bastón rematado por una esfera que parece de suficiente tamaño como para aplastarle la cabeza a alguien.

A *mí*, por ejemplo.

Sigo sin poder respirar, joder. No es la primera vez que me quedo sin aliento de un golpe, aunque jamás ha sido como ahora. No sé cómo, pero he aterrizado en la postura justa para quedar completamente indefensa. Cuesta creerlo. Cuando intento hablar, solo me sale un gemido ronco.

—En realidad resulta bastante inteligente —dice Vesper en tono despreocupado—. Para todo hace falta equilibrio. Del mismo modo que la Justicia necesita una balanza, cuando la Rueda de la Fortuna gira en una dirección, hay consecuencias en la otra. —Vuelve a reírse—. Si yo tengo buena suerte, *tú* tienes mala suerte. —Alza una mano y yo vuelvo a gemir—. Cuando digo «tú» no me refiero a ti específicamente, digo «tú» de un modo genérico. Vamos.

Me agarra del brazo y me pone en pie de un tirón. Mis pulmones

eligen este momento para volver a funcionar. Me levanto a trompicones y echo mano de las hoces; lenta, condenadamente lenta. A estas alturas, podría haberme matado una docena de veces. Sin embargo, lo que hace Vesper es quedarse en el sitio contemplándome con una expresión divertida.

—¿Has terminado con eso de perder los nervios?

—Yo no he perdido los nervios —digo con voz áspera—. Estamos en medio de las Pruebas del Tarot. Quieres matarme.

—Hay cinco ganadores. Lo que quiero es una alianza.

—Aún deben morir catorce personas para que queden cinco ganadores.

Retrocedo unos pasos tambaleándome. Si lo que se rumorea sobre su magia es cierto, Vesper cuenta literalmente con la *suerte* de su lado. La Muerte puede convertir cualquier corte insignificante en una herida mortal. La Torre es capaz de desintegrar edificios enteros. El Carro se vuelve casi invulnerable mientras está en movimiento. Enfrentarme a los demás campeones ya sería todo un desafío aunque contase con magia ofensiva. Sin ella..., me siento sobrepasada.

—No confías en mí. Tiene sentido. —Vesper se endereza un poco y golpea los adoquines con el bastón.

Es entonces cuando me fijo en su atuendo. Lleva unos pantalones holgados blancos y una camisa ajustada de color carmesí con un diseño extraño que no consigo definir, a pesar de mi visión nocturna recién adquirida. Sin embargo, no es nada de eso lo que me hace alzar las cejas. No, eso lo consiguen los pinchos que brotan de las hombreras de plata que lleva. *Solo* cuenta con protección en los hombros, típico de los Espadas.

—Sería una auténtica estupidez confiar en ti —digo.

—Ahora mismo no te quedan muchas opciones. O confías en mí

o confías en él. —Se abalanza hacia mí. Desde luego, soy una estúpida, justo lo contrario a lo que acabo de decir, porque no echo mano de las hoces cuando Vesper me agarra de los hombros. Me limito a contemplarle mientras me zarandea—. *Muévete*, Luna.

Un gruñido a mi espalda me saca de golpe de esta extraña conmoción. Giro en redondo, al tiempo que Vesper afloja su agarre para permitir que me mueva sin soltarme, y veo que la Torre está a pocos metros de distancia. Es hermoso, como se supone que son los dioses, demasiado perfecto para ser real, aunque hay algo siniestro en sus ojos oscuros, algo que no encaja con esos pómulos pronunciados y esa boca sensual que tiene. La sangre que mancha su pálida piel no hace sino acentuar esa sensación ultraterrena. Por mero instinto, miro más allá de él, en busca de la Muerte, pero parece que la Torre no tiene compañía. Es un sabueso enviado para encargarse de dos campeones que se han acercado demasiado a la matanza. Blande la espada, escrutando el suelo como si este pudiera traicionarlo, y ataca. Se ve un destello de color púrpura y un guijarro bajo el pie izquierdo de la Torre hace que resbale y pierda el equilibrio. La suerte de Vesper de nuevo.

No puedo confiar en nadie. Tengo que pelear. Será mejor que la Torre muera esta noche, antes de que tenga oportunidad de acostumbrarse a sus poderes. No sé si puedo matarlo, pero huir no es una opción. Se limitaría a perseguirme y decapitarme, como ya ha hecho con la Emperatriz.

—Suéltame —espeto.

—Eso no sería buena idea —dice Vesper con voz tensa—. Aún tengo que acostumbrarme a estos poderes. No puedo garantizar que no vayas a tener mala suerte.

Mientras Vesper me siga agarrando, no puedo luchar. He entrenado mucho, pero no para ese tipo de pelea.

—Pues huye.

Arremeto contra la Torre sacando las hoces. Tras haber visto la lucha de antes, sé que es muy rápido, así que mi vida depende de serlo aún más.

—¡Queda poco para el alba! —Vesper se retira, pero dice con voz suave—: No permitas que te mate, Luna.

«Lo intentaré».

La Torre esquiva mi ataque moviéndose con mucho cuidado, como si no confiase en el suelo bajo sus pies.

—No deberías fiarte de la Rueda de la Fortuna.

Intento girar las hoces, que desprenden chispas al entrechocar. El tenue resplandor que titila sobre su rostro solo sirve para acentuar su belleza ultraterrena.

—Ah, ¿y debería confiar en *tí*?

—No.

Me ataca sin previo aviso, sin nada que anuncie su movimiento, sin un solo músculo crispado que evidencie el ángulo de su embestida.

Solo mi velocidad impide que acabe con una espada ensartada en el muslo. Retrocedo de un salto al tiempo que engancho la hoz a la punta de su espada y la aparto. La primera vez que empuñé las hoces, me parecieron absurdamente grandes, pero puedo darme por jodida si he de enfrentarme a una espada larga en manos de un guerrero hábil.

La Torre apenas pierde inercia, sino que cambia el ángulo del ataque, obligándome a seguir retrocediendo. Es más fuerte que yo y tiene más alcance, por lo que mi única esperanza es acercarme lo suficiente como para rajarle la pierna o la garganta con el filo dentado de una de las hoces. Deberían ser capaces de cortar la carne con facilidad.

Sin embargo, cada vez que intento aproximarme, la Torre me obliga a recular. Una vez y otra y otra tengo que mantenerme a la defensiva, esforzarme por desviar sus ataques. Cuento con la velocidad de alguien que está acostumbrada a huir por su vida, pero no soy ni de lejos la persona mejor alimentada de la ciudad, cosa que se refleja tanto en mi fuerza como en mi resistencia. Tras pocos minutos, me tiemblan los brazos y sudo tanto que me cuesta hasta ver.

Por segunda vez esta noche me pregunto si esta será la persona que me matará. Joder, yo que entré con tanta seguridad en las Pruebas. Si muero la primera noche...

«Noche».

Noto algo en lo más hondo de mi mente, la presión del alba inminente. Ha ido aumentando a medida que luchamos. Estaba tan centrada en evitar los ataques de la Torre que no me he dado cuenta de lo intensa que se ha vuelto la sensación. Vesper tiene razón: el alba es inminente.

Pago el precio de esta distracción.

La Torre engancha con la espada una de mis hoces y me la arrebatata con un giro de muñeca. El arma sale volando y repiquetea sobre el tejado. Intento detener su ataque con la segunda hoz, pero él se las arregla para repetir la maniobra, desarmándome.

Estoy a punto de girar en redondo y echar a correr, pero la idea de que me atravesase con la espada mientras huyo es demasiado insoportable. Así pues, lo que hago es atraer las sombras hacia mí, con más instinto que intención. Tengo que hacer algo. Voy a morir. Tengo que... Un instante estoy oscilando sobre mis talones, lista para abalanzarme sobre la Torre, y al siguiente me encuentro a pocos centímetros de él.

Sus ojos se desorbitan. Yo sigo intentando procesar qué cojones

ha pasado, pero él me propina un puñetazo en toda la cara. Es como si un caballo me hubiese dado una coz en los dientes. Caigo de espaldas —*otra vez*— y mi cerebro me grita que me ponga en movimiento, aunque mi cuerpo es incapaz de obedecer la orden. La Torre avanza un paso y descarga con toda su fuerza la espada...

—¡Basta! —retumba una voz.

Él se gira en el último segundo y la espada cae al suelo lejos de nosotros con un repiqueteo. Hince una rodilla a causa de la fuerza del ataque frustrado y acaba prácticamente a horcajadas encima de mí. Me clava una mirada hostil, como si yo hubiese hecho algo malo, mientras su pecho asciende y desciende con violencia, al igual que el mío.

¿Qué acaba de pasar?

Después de tres latidos de mi corazón al galope, consigo moverme, aunque lo único que puedo hacer es girar la cabeza para ver quién ha hablado. La Muerte se encuentra a poco más de un metro de nosotros, contemplándome. Todos mis instintos me exigen que me quede inmóvil con la esperanza de que se vaya, pero prefiero morir antes que enfrentarme al asesino de mi madre tumbada de espaldas. Aparto a la Torre de un empujón y ruedo sobre mí misma hasta ponerme en pie, dolorida. Dioses, es que me duele todo. Ya no tengo las hoces, ni tampoco controlo bien mi magia y me tiembla el cuerpo entero a causa de la caída y la pelea. Estoy más indefensa que nunca, pero, aunque no me quede nada más, no he perdido las agallas.

—Si prefieres luchar tú mismo contra mí, acabemos con esto.

La Muerte me estudia y, luego, centra su atención en la Torre.

—El alba es inminente.

Lo percibo en el mismo instante en que pronuncia esa palabra. La presión en mi mente, la misma que me indica que el sol se

acerca, ha llegado a su cénit. Me giro inequívocamente hacia el este. Desde aquí no veo la muralla, pero *sí* la claridad del cielo en el horizonte: tonos rosados y anaranjados que devoran la noche. Durante un momento solo puedo contemplar el espectáculo. Es hermoso. Esto es lo que implica vivir en lo alto de la colina: no solo unas pocas horas ensombrecidas de luz solar entre el crepúsculo y la noche, sino un día entero de cielos brillantes.

Para cuando aparto la atención del alba, la Muerte se está alejando. La Torre echa mano de su espada y lo sigue. Ninguno de los dos se molesta en mirar atrás.

No sé qué pensar de lo sucedido esta noche. Lo único que tiene sentido es el intento de Vesper de forjar una alianza conmigo. La Torre me ha atacado, pero la Muerte le ha impedido acabar conmigo. *¿Por qué?* No ha puesto trabas a la violencia contra los otros tres campeones con los que ha acabado la Torre. Quizá sí que haya sido por lo cerca que estaba el alba; puede que no quisiera perder a su sabueso. Si la Torre me hubiese matado después del alba, habría quedado eliminado. No estoy segura del todo de qué hace la Corte Menor para comprobar que los campeones no rompen esa regla en particular, pero tampoco tengo ganas de averiguarlo.

De todos modos, al pensar en esos desesperados instantes en los que creí que me iba a matar, esa teoría tampoco tiene sentido. La Torre tenía tiempo de sobra para acabar conmigo de un tajo antes de que el Sol asomase por el horizonte, estoy segura de ello. Así pues, ¿por qué se lo habrá impedido la Muerte?

Aunque tardo un poco en dar con mis armas y voy cojeando hacia la isla en la que se encuentran los templos, llego antes de la sexta campanada. Me duele el tobillo y me palpita la cara, pero soy capaz de mover la mandíbula y no he perdido ningún diente. A esas alturas, no puedo pedir más.

Espero que, cuando caiga la noche, se me haya ocurrido otro plan distinto al que diseñamos de forma tan meticulosa Mouse y yo. Al menos he obtenido parte de la magia de sigilo que ambos pensábamos y tengo experiencia de sobra a la hora de huir y esconderme. El problema será el momento en que me atrapen, como acaba de suceder. Cuanto más se prolonguen las Pruebas, más fuertes serán las alianzas y menos probable será que un aspirante sin aliados llegue al final. Necesito una nueva estrategia, y que sea rápido.

Cuando llego al patio de los campeones, veo que han desplegado estandartes frente a las puertas de cinco de los templos. Los examino, intentando comprender por qué me causan tanto pánico. Mouse mencionó esta parte de las Pruebas. Los estandartes señalan al campeón que ha eliminado a alguien. El de la Torre, que representa a su dios de la manera más literal posible, cuelga sobre las puertas de los templos de los Amantes, la Emperatriz y el Juicio. Contemplo esa torre de color gris oscuro de cuyas escasas ventanas salen llamas, con una tormenta de fondo y personas desesperadas arrojándose desde lo más alto, porque el duro impacto contra el suelo supondrá un final preferible a la destrucción del interior. Trago saliva. Aunque no hubiese presenciado la lucha, saber que la Torre ha acabado con el *Juicio* bastaría para evitarlo en cuanto se ponga el sol.

Los otros dos campeones que han muerto durante la noche son el Colgado y la Fuerza. El primero de ellos debe de ser el cadáver que vi al principio de la lucha anoche; resulta que quien lo mató fue la Muerte. Su estandarte es extrañamente majestuoso: un jinete misterioso con una capa oscura que va montado sobre un caballo blanco y enarbola una enseña con una rosa. El otro estandarte pertenece al Carro, el cual resulta bastante apropiado: es una

persona sobre un carro que se abalanza sobre quien contempla la escena, del mismo modo que el Carro se abalanza sobre sus víctimas.

Cinco campeones eliminados en una única noche. Doce más morirán antes de acabar.

Los campeones que han sobrevivido están reunidos por todo el patio, examinando los estandartes. Resulta difícil decir si las alianzas establecidas se han mantenido durante la noche. En la fiesta que se celebrará luego me haré una idea de cómo se está desarrollando la situación. Sin embargo, hay un misterio en concreto que pienso descubrir ahora mismo. Paseo la mirada entre los campeones aquí congregados en busca de la Muerte. Ha dicho que había impedido que la Torre me matase porque el alba era inminente, pero no me lo creo. Voy a descubrir por qué ha detenido a su aliado.

Por desgracia, la Muerte no se encuentra entre los campeones que se están dispersando hacia sus respectivos templos. Aprieto los dientes. Tendré que acercarme a él durante la fiesta e intentar sonsacarle las respuestas. Desde luego, no pienso romper las reglas intentando entrar en su templo. Tan concentrada estoy pensando en mi plan que no me doy cuenta de que no estoy sola... hasta que la larga sombra de la Torre cae sobre mí. Necesito hacer acopio de todo mi autocontrol para no escabullirme en el mismo instante en que percibo su presencia.

—Aléjate de mí.

Él se gira tranquilamente para mirar en la misma dirección que yo, acercando su hombro demasiado al mío.

—No tienes que temerme, Luna.

Quizá *haya* un modo de obtener respuestas sin tener que hablar directamente con la Muerte. Miro a la Torre.

—Eso es porque tu amo te ha detenido.

—Amo. —Alza las cejas—. Querrás decir aliado.

Cuanto más habla, más distingo un acento que no conozco bien. Aunque lo he oído antes, no consigo recordar ni cuándo ni dónde.

—Yo no lo llamaría aliado. Estaba ahí plantado mientras tú te enfrentabas a tres campeones..., uno de los cuales es miembro de la Cinque.

—Así que quien estaba en el tejado eras tú. —La Torre se encoge de hombros—. Quien quiera aliarse con la Muerte tiene que demostrar que lo merece. Así lo hice yo.

Así, sin más. Como si no lo hubiese enviado a enfrentarse a una..., bueno, a una *muerte* segura. Está claro que matar a esa gente no le ha molestado. No sé por qué iba yo a esperar lo contrario.

En los Sedimentos, todos estamos desesperados. Cada persona es dolorosamente consciente de que nadie va a venir a salvarla. La muerte es muy común, al igual que el asesinato. En muchas ocasiones se trata de nosotros o ellos, y «ellos» suelen ser quienes poseen lo que necesitamos: comida, refugio, territorio de caza. Es una de las certezas más desagradables de vivir en un mundo donde solo los más fuertes sobreviven hasta llegar a la madurez, y a veces ni siquiera eso.

Mouse habría preferido que yo hubiese matado antes de entrar en las Pruebas. Es la única parte de mi entrenamiento que me negué a cumplir. Varias de mis peleas a lo largo de los años podrían haber acabado con algún muerto, pero elegir a alguien fríamente para asesinarlo solo porque necesitaba acostumbrarme a matar antes de las Pruebas me parece un modo de actuar idéntico al de la gente que vive en lo alto de la colina, que nos trata como si fuéramos prescindibles.

A juzgar por el modo en que se comporta el campeón de la

Torre, la despreocupación con la que habla, diría que lo sucedido anoche no le molesta lo más mínimo. Se lo ve demasiado tranquilo. O bien ocultar sus emociones se le da mejor que a nadie que haya conocido en mi vida, o bien es que no tiene ninguna emoción. O, peor, ha matado a tanta gente que la idea de matar ya no le molesta en absoluto. Hay depredadores así en los Sedimentos. Me he preocupado de entrenar a los pequeños, incluso a los más jóvenes, para que nunca se queden solos con uno de ellos.

La Torre me mira al fin.

—¿Por qué elegiste la Luna? Pareces bastante capaz. Podrías haber alcanzado el escenario antes que otros.

Ah, ¿parezco bastante capaz? Ha estado a punto de matarme a los pocos minutos de empezar a luchar. Le clavo la mirada, pero no parece estar burlándose de mí. Hay una curiosidad genuina en sus ojos de color marrón oscuro. «Lo que quiere es información, Kestrel. Trátalo con mano izquierda». Sin embargo, me resulta imposible no alterarme.

—Tengo mis motivos. No me hizo falta matar a nadie para convertirme en la campeona de la Luna. A ti sí.

—Yo tengo una alianza y tú no. Parece que hay ciertas flaquezas en tu estrategia.

Agarro con más fuerza las empuñaduras de mis hoces hasta que estas se me clavan en las palmas de las manos. Información. Lo que necesito es información.

—Una alianza con la Muerte, que no te ha permitido matarme. ¿Sabes por qué?

El muy cabrón sonríe. Es una sonrisa torcida; la comisura derecha de su boca está más alta que la izquierda. Esa sonrisa hace pedazos su belleza antinatural y, de pronto, lo veo como un *humano*, una estampa tan devastadora que me corta el aliento mucho más

que la caída.

—Nos vemos esta noche, Luna.

Me deja atrás y se dirige a su templo, un edificio torcido el doble de alto que los demás que asciende en espiral hasta una punta que parece tan afilada que bien podría ser capaz de empalar a alguien. A la luz del día veo que hay docenas de figuras talladas en su superficie, todas ellas gritando mientras caen hacia la muerte, al igual que las que están representadas en el estandarte. Qué alegre. Muy alegre, no cabe duda.

Va a suponer otro problema para esta noche.

Para mi sorpresa, descubro que mi templo no está vacío al entrar. Una anciana menuda me espera. Tiene la piel tan pálida que es casi traslúcida y sus ojos y cabellos carecen de color. Lleva una túnica que parece resplandecer levemente, o quizá sea blanca y refleje el brillo de las paredes y el techo. Al verme, sonrío.

—Lo has hecho bien.

Reconozco su voz al instante. Es quien me guio en la negociación con la Luna.

—Eras tú quien hablaba antes.

No me refiero a la voz en mi cabeza. Tengo más o menos claro que esa parte me la imaginé.

—Sí.

—¿Y por qué no te mostraste ante mí?

—Es la tradición. —Su expresión pacífica se turba un tanto—. Los clérigos no deben conocer a sus respectivos campeones hasta después del alba de las Pruebas.

Casi pregunto por qué, pero la amargura en su tono me indica que no es cosa suya. Eso implica que lo ha decidido la Corte Menor, como tantos otros aspectos de las Pruebas del Tarot. Me resulta muy extraño que estén tan involucrados en un proceso que no sirve a *sus*

dioses, pero ¿qué sabré yo de política?

—¿Sabes por qué decidió la Luna no concederme poderes ofensivos? Yo pensaba que los dioses antiguos quieren darles a sus campeones todas las oportunidades posibles de ganar.

La clériga no altera su expresión.

—La Luna lo hace todo por un motivo. Ajusta tus planes según lo que te dé. —Esboza una dulce sonrisa y el rostro se le llena de arrugas—. O quizá lo que suceda sea que no has ahondado lo suficiente en tus dones.

Puede. Y puede que no. No voy a vivir tanto como para *ahondar en mis dones* si muero esta noche a causa de no tener poderes ofensivos. Sin embargo, en lugar de discutirse lo —¿para qué?—, miro en derredor. La estancia está básicamente igual que la primera vez que la vi.

—¿Dónde está la entrada al piso inferior?

La sorpresa llamea en sus ojos pálidos.

—¿Conoces la disposición del templo?

—Mi mentor conoció a la última campeona y me transmitió toda esa información.

Mouse no ha hecho otra cosa que repetirme que no he de contarle a la gente que la última campeona de la Luna era mi madre. Casi nadie quiere aliarse conmigo, aunque *yo quisiera*, por la desgracia que sigue relacionada con el papel de campeona de la Luna. Si descubren que llevo su sangre, podrían pasar de ignorarme a unirse para ir a por mí.

—¿La conociste?, a la última campeona de la Luna. —Tuvo que conocerla. Desde luego, parece lo bastante vieja como para haber vivido las últimas Pruebas, e incluso las anteriores.

Se cierra en banda.

—Está prohibido hablar de ella.

—La mencionaste ayer, cuando yo estaba esperando. —¿Pero acaso cuenta? Esas respuestas fueron profundamente insatisfactorias y genéricas.

La clériga se niega a mirarme a los ojos.

—No sabía si ibas a sobrevivir a la primera noche. Ahora que lo has hecho, hemos de avanzar y respetar las reglas.

Maldita sea.

—¿Por qué? —Pero claro que sé por qué. Por el mismo motivo por el que nadie compitió conmigo a la hora de convertirme en la campeona de la Luna. Por el mismo motivo por el que, claramente, otros campeones no tienen la menor intención de incluirme en sus alianzas—. Porque la acusaron de traición. Y se dice que sus poderes la volvieron loca. —Inspiro hondo—. Puede que el resto de la ciudad se lo crea, pero estoy segura de que tú no. Ayer dijiste que era la campeona perfecta. ¿Cómo va a ser la campeona perfecta habiendo hecho todo lo que dicen?

—Está prohibido hablar de ella.

—Estoy segura de que eso no se aplica *aquí* dentro, en el templo de la Luna.

La clériga alza una mano, como si pretendiese taparme la boca con ella, pero se detiene a medio camino. Cuando habla, su voz es tan baja que apenas la oigo.

—Aunque eso fuera así en el pasado, el alcance de la Corte Menor ha aumentado drásticamente desde las últimas Pruebas. Hablar de ella está *prohibido*, campeona de la Luna. No pienso ponerme en peligro violando esa regla, ni tampoco a ti.

Reprimo un suspiro. No he jugado bien mis cartas. Debería haber esperado unos cuantos días hasta que hubiese cierta confianza entre las dos para abordar este tema. Es que la posibilidad de encontrar algunas respuestas me resultaba demasiado seductora

como para dejarla pasar. En un esfuerzo por cambiar de tema, digo:

—¿Cómo te llamas?

—Las clérigas no tienen nombre. No para estos dioses. —Sonríe
—. Por aquí. Te enseñaré tu habitación.

Permitir que los clérigos tengan acceso a los campeones es un riesgo calculado pero necesario. *Debe* haber neutralidad por parte de las Cortes Menores y los gremios, que no pueden proporcionar sirvientes para los campeones. Aunque los cinco ganadores se convirtiesen en auténticos fieles de los dioses antiguos, no habrían de ganar tanto poder como para convencer a las masas de que les den la espalda a los elementos primordiales.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



8

Sigo a la clériga hasta la parte trasera de la estancia, donde hay una puerta astutamente escondida. Lanzo una mirada a la pared del fondo en busca de la puerta que crucé anoche, pero la veo lisa y sin señal alguna de que haya existido. Es imposible saber si se trata de una extraña magia que consigue que se muevan las paredes... o si alguien sabía bien lo que se hacía al construir este lugar.

Ella empieza a descender unas escaleras en espiral y yo la sigo. Trago saliva, pues se me ha formado un nudo en la garganta al comprender que he sobrevivido a la primera noche. No tengo la menor idea de cómo voy a seguir haciéndolo. Ojalá pudiera hablar con Mouse, seguro que él tendría alguna idea sobre cómo darle la vuelta a la situación para beneficiarme. Lo echo muchísimo de menos. Carraspeo.

—Sé que has dicho que no tienes nombre, pero habrá algún *modo* de llamarte.

Ella esboza una sonrisa lentamente.

—Con clériga está bien.

Inspiro, pero no insisto.

—Yo soy Kestrel.

Ya sabe mi nombre, pero daño no hará ser educada.

—Encantada de conocerte, campeona de la Luna.

Está bien. Cuando llegamos al pie de las escaleras, la clériga me lleva por un breve pasillo con tres puertas. Nuestro destino es la de la derecha.

—Ese será tu cuarto durante toda la duración de las Pruebas. Te despertaré cuando sea hora de que te prepares para los eventos de esta noche.

Lo único que quiero es entregarme a un dulce olvido durante unas cuantas horas, pero hay demasiadas preguntas bullendo en mi interior. Jamás he estado tan cerca de la verdad de mi madre, y sin embargo esa información sigue fuera de mi alcance. Si la clériga se niega a hablarme de ella, quizá haya otro modo.

—¿Guardáis registros aquí? Me refiero a registros sobre los anteriores campeones de la Luna. —Sobre mi madre y sus predecesores, algunos de los cuales quizá tuvieran los mismos poderes que yo—. O sobre otros campeones.

La magia del Juicio parecía idéntica a la que empleó durante la Criba, aunque ese dato no pasa de anecdótico en el mejor de los casos. Y la Muerte mató al Colgado, pero yo no estaba delante, así que no tengo ni idea de si usó sus poderes ni si estos son los mismos que poseía en las últimas Pruebas y en los años transcurridos desde entonces. Vesper mencionó que tenía que acostumbrarse a sus poderes, así que cabe la posibilidad de que yo aún no haya explorado del todo los dones que me ha concedido la Luna.

La sonrisa de la clériga se desvanece.

—Hubo registros en su día. Teníamos la tradición de transmitirlos de generación en generación para honrar a la Luna y a sus

hermanos. —Aparta la vista. Por primera vez desde que entré en el templo, me parece del todo humana—. Por desgracia, la Corte Menor decidió eliminar los registros después de los desafortunados acontecimientos que siguieron a las últimas Pruebas.

Otro callejón sin salida. Estudio el rostro de la clériga, las leves arrugas que rodean el rabillo de sus ojos sin color, las comisuras de su ancha boca.

—¿Y conserva la Corte Menor estos registros en algún sitio?

—Indudablemente. Lo más probable es que están guardados en los archivos del Distrito de Espadas. —Entrecierra los ojos—. Pero no tendrás oportunidad de investigarlos durante las Pruebas, a menos que pretendas romper las reglas, cosa que no te recomiendo. — Tiene razón, aunque no me gusta. Por mucho que los registros resulten útiles, el precio es demasiado alto.

No tengo oportunidad de hacerle más preguntas a la clériga. Cuando me giro, ha desaparecido.

Me tomo mi tiempo para cerrar la puerta y arrastrar la robusta silla que hay en la habitación hasta colocarla bajo el pomo. Luego me quito la ropa y me derrumbo bocabajo en la cama. Antes incluso de haberme acomodado del todo, el sueño me arrastra como una marea, llevándome hasta sus profundidades.

No sueño, pero sí que tengo la vaga sensación de estar entre unos brazos suaves, meciéndome levemente a un ritmo tranquilizador. Me siento... segura. Al menos hasta que unos golpes en mi puerta me despiertan de golpe. Contemplo el techo, parpadeando, y repaso mis heridas por mera costumbre. Aún me duelen la cara y el tobillo de anoche, pero no tanto como esperaba. Todo lo demás sigue igual.

La clériga me espera. De su brazo cuelga un resplandeciente vestido plateado.

—Es la hora, campeona. Te quedan dos campanadas hasta que llegue la escolta al patio para llevarte al evento.

Tras la puerta del otro lado del pasillo hay un baño privado. Me quedo ahí plantada, contemplando la bañera y el lavabo durante tanto tiempo que es la clériga quien tiene que abrir los grifos. De ellos sale agua, agua caliente que *humea*. Aturdida, me acerco y pongo la mano bajo el chorro.

—Menudo lujo.

—A la campeona de la Luna no ha de faltarle nada. —Cuelga el vestido en un gancho cerca de la puerta y se mueve decidida por el baño. Vierte en el agua algo que crea burbujas y desprende un aroma floral que se expande por el reducido espacio. Alza un pequeño paño—. Si quieres que te lave...

Le quito el paño de la mano.

—Ya puedo yo.

Apenas pone objeciones; inclina la cabeza como si tratase con una princesa.

—Por favor, no te retrases. He preparado un pequeño refrigerio para que comas mientras te arreglo el cabello.

—Seré rápida.

Ahora que estoy despierta del todo, siento la atracción de la Luna. Imagino que es poco más del mediodía, pero es obligatorio asistir a los eventos de la jornada. No sé lo que le sucedería a un campeón que no se dejase caer por ellos —es algo que no llegó a suceder en las últimas Pruebas—, aunque no vale la pena que me arriesgue a ser eliminada, desde luego.

Me quito la ropa y me sumerjo en la bañera. El calor me inunda el cuerpo, calmando dolencias de las que apenas era consciente. Me llevo las rodillas al pecho e inspiro hondo varias veces. No puedo distraerme. La fiesta de esta tarde será vital a la hora de recabar

información. Aunque Mouse no dejaba de acribillarme con datos sobre las noches, su consejo para los días era significativamente menos preciso: «No confíes en nadie. No hagas promesas. No forjes alianzas».

Anoche, los campeones nos esforzamos por matarnos entre nosotros y ahora la Corte Menor quiere que bailemos para su disfrute. Quizá sea una muestra de poder, para recordarnos quién tiene *realmente* a Caelria en la palma de la mano, la verdad es que no lo sé. Jamás habría pensado que preferiría el tormento más sencillo y sincero de vivir a la sombra de la muralla antes que esta fantasía bañada en oro.

Con otro suspiro, me afano en lavarme el cabello y el cuerpo. Cuando acabo, el agua sigue caliente, pero hago un esfuerzo por ponerme en pie en lugar de disfrutar de este calor tan reconfortante. En pocos instantes, estoy seca y llevo el vestido que me ha dado la clériga.

Frunzo el ceño.

—Tiene que haber más prendas. —La tela es fina y me queda tan ceñida que parece una segunda piel. Además, brilla mucho, lo cual parece una mala elección para una campeona cuya vida depende del sigilo. Abro la puerta de golpe—. Quiero ponerme otra cosa.

—No hay tiempo. —La clériga señala con un gesto la silla que he usado para sujetar la puerta mientras dormía. Ahora hay una mesita junto a ella, sobre la que descansa un plato con fruta fresca y dulces—. Por favor, siéntate. Tengo que peinarte.

Yo me encojo y me llevo las manos instintivamente hasta mis mechones mojados.

—No es necesario. Voy a hacerme una trenza para apartarme el cabello del rostro, como siempre hago.

Bastante extraño me resulta llevar la misma ropa de calidad que la gente que vive en la colina como para imitar sus peinados y maquillaje. Me parece que es ceder a algo que no consigo precisar del todo.

—Sí que es necesario, campeona. Las apariencias importan, tanto en las Pruebas como en la Corte Menor.

No hay tiempo para discutir y, a juzgar por la tensión de sus hombros, este tema parece ser importante. *Ella* no ha hecho nada malo y es la clériga de la Luna. De entre toda la gente que he conocido hasta ahora, es seguramente quien más se preocupa por mi bienestar. Así pues, aprieto los dientes y dejo que me peine con sus delicados movimientos. Juraría que tarda más que yo en bañarme, pero, justo cuando estoy a punto de apartarle las manos, da un paso atrás.

—Lista. —Me insta a ponerme en pie y coloca las manos en mis hombros para girarme hacia un alto espejo de elaborado marco de plata.

Casi no me reconozco. Estoy segura de que no me ha maquillado, pero mi piel resplandece como si la cubriese el mismísimo brillo de la Luna. Mi pelo, liso y sedoso, cae en bucles por la espalda y, por increíble que parezca, ya está seco. Y el vestido... es aún más glorioso de lo que me ha parecido en un primer momento. Cae en cascada por mi cuerpo y reluce como si fuera líquido. También tiene una abertura a cada lado que deja ver mis muslos al andar. Me siento como la verdadera representante de la Luna, aunque tengo la impresión de estar desnuda y en realidad lo que quiero es esconderme en un agujero.

—No puedo llevar esto. —Acaricio la tela, consiguiendo que mis callos no la raspen a pesar de ser tan suave. Sí, puedo moverme, pero desde luego no es la armadura que necesito para mantenerme

con vida—. Es demasiado. O muy poco. No sé, pero... ¿de verdad quieres que luche con *esto* puesto?

—Así debe ser. Eres la campeona de la Luna.

—¿Pero cómo voy a ser su campeona si ir así vestida me va a suponer la muerte? —Al menos, las botas no tienen tacón; eso sería pasarse de la raya. Están hechas de un cuero de buena calidad, flexible, que se adapta al pie y al gemelo, doblándose y moviéndose sin resistencia.

—Confía en la Luna —es lo único que dice ella.

Dado que mi ropa de anoche ha desaparecido, parece que no me queda alternativa. Suelto una maldición en voz baja y la sigo escaleras arriba hacia la zona principal del templo. Mis hoces esperan sobre la mesa, colocadas en una posición idéntica a como estaban cuando entré por primera vez en el edificio. Suelto un suspiro.

—Esas hoces resultan útiles y tal, pero no sirven de mucho contra los campeones que tienen armas de largo alcance.

—La Luna...

—Proveerá. Sí, no dejas de decirlo. Aún estoy esperando alguna prueba de ello, aparte de un vestido bonito y unos poderes con los que no puedo hacer gran cosa.

Ella me sonríe, imperturbable ante mi actitud de mierda.

—Une las empuñaduras.

—¿Qué?

—Las empuñaduras. —Hace un gesto con las manos para indicar qué es lo que quiere que haga.

Yo agarro las hoces y las junto por el mango. Siento un hormigueo en la palma de la mano y el metal se mueve. Todo sucede en apenas un parpadeo: las empuñaduras se acoplan y alargan hasta alcanzar la longitud de un báculo si se incluyen las

hojas.

Suelto un silbido.

—Vaya truco.

—Como te decía...

—La Luna proveerá —digo distraídamente—. Ya lo pillo. —Muevo mi nueva arma, la giro, dejando que mi magia le diga a mi cuerpo lo que tiene que hacer. No es una espada, no, y no se puede usar como tal, pero me proporciona un alcance bastante mayor. Algo podré hacer con esto. No sé si será suficiente en caso de que la Torre decida que se acabó eso de estar segura en su compañía, pero tampoco pretendo averiguarlo—. ¿Cómo puedo revertir el cambio?

—Concéntrate. —La orden resulta confusa, pero lo que hago es sujetar el báculo y visualizar dos mitades. Al instante, este se parte en dos. No llego a ver cómo disminuyen ambos lados hasta alcanzar su tamaño normal, pues todo sucede con un destello sin que haya movimiento como tal.

—Interesante. —La transición es muy rápida, así que, si no voy con cuidado, podría acabar matándome—. Gracias.

—Que los hados te acompañen, campeona. —Su sonrisa tiene un aire agrisado mientras observa cómo engancho las hoces al arnés, que complementa a la perfección este elegante vestido. Tiene incrustaciones de plata y parece de adorno, pero me queda igual de bien que el que llevaba anoche. Además, tiene a los lados sendos huequitos, en los que puedo introducir las monedas de la Luna y de la Rueda de la Fortuna.

Con este vestido sigo siendo un rayo lunar andante, pero al menos voy armada. Y, aunque durante el día se nos prohíba luchar y matarnos entre nosotros, el sol no tardará en ponerse, y no quiero que me pillen indefensa cuando eso suceda. Por lo que sea, no creo que la Corte Menor vaya a dejarnos marchar tras los eventos con

tiempo suficiente como para dispersarnos.

Esta noche tendrá lugar otra masacre. Y voy a esforzarme al máximo para no estar entre las víctimas.

No hay que confundirse: las celebraciones que organiza la Corte Menor no son en honor *de* los dioses antiguos. Durante la noche, las muertes de los campeones sirven a su propósito. El día, por otro lado, es para los Copas, los Pentáculos, los Bastos y los Espadas.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



9

Me hago visera con la mano y paseo la mirada por el patio. Me parece muy absurdo resplandecer así bajo el sol que está en las alturas. No me acostumbro a la vida de la gente en la colina. Están a punto de dar la duodécima campanada, así que es justo la hora en la que algo de sol cae sobre los Sedimentos, pero ahora mismo me parece que brilla más, que hace más calor, que es más intenso. Mis ojos tardan varios segundos en acostumbrarse, e incluso entonces he de entrecerrarlos para escrutar a mis competidores.

Me crispo de forma instintiva ante la presencia de los demás campeones. Aunque mi cerebro conozca las reglas de las Pruebas, mi cuerpo sigue reaccionando. Si bien el Sol ha empezado ahora mismo a descender, acabará desapareciendo del cielo, como siempre. Y, cuando la luz se agote, la gente de este patio irá en busca de sangre, al igual que *yo* misma.

Los campeones que han sobrevivido visten de forma similar, con atuendos muy poco prácticos para la inminente lucha: vestidos resplandecientes, trajes de impecable factura ceñidos al cuerpo, prendas para las que no tengo ni nombre. Todo ello es excesivo y

absurdo.

Mientras entrenaba para participar en las Pruebas, tenía una idea muy clara de lo que podía esperar..., o eso creía. Algunas cosas se han cumplido, pero es como contemplar mi reflejo en un río: todo es familiar y al mismo tiempo inesperado. No se trata solo del elemento mágico. Ni en un millón de años habría imaginado que la Muerte fuera a impedir que la Torre me matase. O que la Torre eliminara a uno de la Cinque durante la primera noche. Hay demasiadas variables como para seguir el plan original de Mouse; al menos, si quiero vivir. Los demás campeones también deben de sentir esa brecha entre expectativa y realidad, porque la bravuconería de ayer ha menguado; todos nos miramos con cautela, una novedad.

Yo me mantengo alejada del grupo, pero me llaman la atención los rostros más familiares. Ahí está Cato, con adornos de oro en los brazos a juego con el *kilt* que lleva. Va a pecho descubierto, excepto por más adornos de oro que resplandecen con cada movimiento de su piel morena. Lleva un par de puñales con joyas incrustadas en la empuñadura con las que debería tener una pinta ridícula, pero no es así. Me resulta insoportable que tenga el aspecto de un dios del Sol, y aún más que al verme observándolo esboce una sonrisa.

Vesper lleva un vestido corto que deja al aire buena parte de sus piernas, así como la férula de la rodilla izquierda. Las placas de armadura de sus hombros parecen estar hechas de plumas de un tono bermellón intenso y de plata, tan elegantes como las de anoche, y el sempiterno bastón que empuña es el mismo de ayer. Es la primera vez que le veo bien la pierna: tiene el pie ligeramente vuelto hacia dentro y el gemelo torcido.

Cuando Vesper capta mi mirada, me saluda con la mano.

—Buenas tardes, Luna.

«No forjes alianzas». Ignoro la voz de Mouse resonando en mis

oídos y le dedico un cabeceo a Vesper.

—Buenas tardes, Rueda de la Fortuna. —Anoche, Vesper intentó usar su magia para ayudarme a luchar contra la Torre. Aunque no me inspira confianza, dado que la base de mi plan no se ha cumplido, tengo que adaptarme. Si Vesper tiene interés en una alianza, sería una necedad por mi parte no contemplar esa opción. Carraspeo y digo:

—Hablemos durante la fiesta.

Vesper esboza una sonrisa tan brillante que compite con el Sol en las alturas.

—Me encantaría.

Me giro, en busca de una persona en concreto: la Muerte. Es él quien tiene las respuestas que quiero y no pretendo perder tiempo para sonsacárselas. Lo veo ahí plantado, al otro lado del grupo de campeones, no muy cerca de ninguno de ellos. Va vestido de negro, igual que anoche, con una casaca sencilla y pantalones remetidos por unas botas que le llegan hasta las rodillas. La espada asoma por sus estrechos hombros y nos escruta a todos con un semblante cuidadosamente inexpresivo.

Empiezo a caminar hacia él..., pero una alta figura me sale al paso. Al alzar la mirada, veo el hermoso rostro de la Torre.

—Luna. —Me contempla con una oscura ceja enarcada. Su atuendo es similar al de la Muerte, pero gris en lugar de negro, y lleva una banda de un amarillo intenso cruzada sobre su ancho pecho. Una espada larga de empuñadura sencilla y lisa asoma por encima de su hombro. Tiene buen aspecto: lleva su cabello oscuro repeinado hacia atrás, enmarcando esa cara demencialmente atractiva que tiene. Sin señal alguna en su pálida piel de la violencia que es capaz de ejercer, casi olvido lo peligroso que es. Casi.

Este tipo no me gusta.

—Torre —consigo decir. Me inquieta estar tan cerca de él. Quiero echarme hacia atrás, poner algo de distancia entre los dos, pero eso sería casi como huir, y sé bien que no hay que huir de los depredadores—. ¿Te apartas de mi camino?

—Es que vas en la dirección equivocada. —Señala con el mentón y, aunque odio la idea de darle la espalda, me giro. Al hacerlo, veo que se acerca nuestro escolta de la Corte de Copas. Maldición. Mi charla con la Muerte tendrá que esperar.

El escolta va vestido con los colores de los Copas: azul marino, turquesa y cobre. La tela de su casaca es casi transparente, fluida. La otra prenda más recatada que lleva son unos pantalones cortos con un estampado cobrizo que resplandece al moverse. Su cabello negro cae formando una cascada perfecta hasta sus hombros. Tiene la piel trigueña, inmaculada y resplandeciente, y los ojos oscuros, vivaces y joviales. No confío ni un ápice en él.

En los Sedimentos no hay muchos Copas, aunque se oyen historias sobre su decadencia y sus politiqueos. Hay un viejo refrán que Mouse me ha repetido innumerables veces desde que era niña: «Un Pentáculo te envenena, un Basto te golpea, un Espada de sentencia y un Copa... un Copa te sonríe a la cara mientras te clava un cuchillo entre las costillas».

Este Copa es bajo, casi de mi altura. Se comporta de forma despreocupada a pesar de estar en presencia de un puñado de asesinos. Abre los brazos y esboza una sonrisa radiante que se contagia a sus ojos castaños.

—Bienvenidos, campeones. Me llamo As, de la Corte de Copas. Me gustaría aprovechar esta oportunidad para transmitir la hospitalidad y la bienvenida de los Copas. —Con un ademán grandilocuente, echa a andar camino abajo a un ritmo que nos obliga a apretar el paso para no quedarnos atrás.

Yo ni siquiera lo intento. En cambio, lo que hago es rezagarme un poco y contemplar a los demás. La mitad de ellos sostienen su arma o la llevan a la espalda, lo cual debería resultar absurdo con esa ropa elegante, pero encaja a la perfección. No obstante, son los campeones que van desarmados quienes me preocupan. Sé bien lo que la Estrella puede hacer con esos sempiternos guantes de encaje, y la Templanza y el Hierofante..., sus campeones anteriores no tardaron en morir durante las últimas Pruebas, aunque no sé de lo que son capaces.

Antes, esta falta de información no me molestaba. Mouse insistió en que me centrara en los miembros de la Cinque, porque ellos supondrían la mayor amenaza. A diferencia de los demás, *ellos* han tenido dos décadas para perfeccionar su magia. Sin embargo, cada vez tengo más claro que hemos cometido un error al no tener en cuenta a los otros.

Recorremos un sendero curvo que se aleja del patio y asciende por la colina. Tras unos minutos empiezan a dolerme los gemelos, pero ignoro el dolor, al igual que llevo haciendo toda la vida. Estoy ocupada mirando en derredor, ponderando posibles rutas de huida para cuando caiga la noche. Resulta difícil prever lo que harán los demás campeones, así que he de estar lista para cualquier cosa.

Hay gente por la calle, igual que ayer, aunque hoy parecen estar aquí para vernos a *nosotros*, pues lanzan vítores y nos nombran. Me horrorizo al comprobar que no pocos de ellos parecen llevar los mismos colores de algunos campeones; concretamente, negro. ¿Quién puede estar de parte de la *Muerte*? Veo que una joven se pincha el pulgar, lo aplasta sobre una flor y la arroja a los pies de la Muerte.

Aprieto los dientes y sigo avanzando tras el Copa colina arriba. El camino se bifurca una y otra vez, pero nosotros seguimos el sendero

principal. El Distrito de Copas es hermoso, no me esperaba menos. Los edificios están impecables y algunos parecen tener más vidrio que piedra, lo cual debe de ser muy poco práctico, pero así es esencialmente la Corte Menor.

En cada bifurcación hay una fuente, algunas grandes y otras más pequeñas, aunque todas con el símbolo del agua primordial grabado en su base, lo cual las señala como lugar de culto. En los Sedimentos y el Distrito de Peridoto, quienes adoran al agua llevan agua de mar a sus templos, pero aquí huele a agua dulce. Al pasar me asomo a una fuente y parpadeo: el fondo está repleto de gemas. «Derroche por todas partes». Aunque me hormigean los dedos a causa del impulso de agarrar un puñado de estas ofrendas sagradas, consigo reprimirlo. El castigo por robarlas es la muerte, pero es que jamás he visto *semejantes* ofrendas. La riqueza que hay en el fondo de esta fuente podría alimentar durante meses a mi familia y mis vecinos, y sin embargo ahí está, sin ayudar a nadie.

Suelto una maldición en voz baja y me apresuro a seguir al grupo. Entre los edificios cuelgan estandartes color azul marino, turquesa y cobre. Tienen un aspecto ridículo, pero en cuanto pasamos por debajo el calor del sol mengua levemente. Frunzo el ceño y me restriego la nuca para enjugarme el sudor que ya se acumula en ella. En la colina hace muchísimo más *calor* que en los Sedimentos. La clériga no debería haberse esforzado tanto en peinarme, estoy segura de que mis cabellos son ya una maraña encrespada.

Giramos un recodo y luego otro, apartándonos del sendero principal para internarnos por uno más estrecho. Nuestro destino es un edificio tan alto que tengo que estirar el cuello para verlo entero. Tiene forma de copa invertida y las paredes están cubiertas de ventanas de todos los tonos imaginables de azul. Es hermoso,

aunque arroja una sombra tan larga que me recuerda a la muralla, por lo que no puedo evitar un estremecimiento al acercarme.

—Si sigues temblando así, nadie te va a tomar en serio.

No me había dado cuenta de que alguien me estaba prestando atención. Al girarme, veo que el Sol me observa con una expresión divertida en su hermoso rostro.

—Me da igual que nadie me tome en serio, y mucho menos uno de los lacayos del Carro.

—Pues no debería darte igual, si es que quieres sobrevivir. —Echa la cabeza hacia atrás y contempla el edificio, igual que yo—. Aquí, en la colina, les encanta construir mierdas muy altas. Están constantemente compitiendo con los dioses.

—Aquí arriba tienen sus propios dioses. —No sé por qué he dicho eso, ni por qué prolongo esta conversación ni un instante más de lo necesario—. Si se lo permitimos, conseguirán que *nosotros* también los adoremos. Ya lo están haciendo de maravilla: no dejan de convertir templos a su religión.

—Es una táctica de batalla básica: eliminar el apoyo del enemigo.

—¿Acaso son los dioses antiguos enemigos de la Corte Menor?

El Sol vuelve a posar su mirada en mí, ahora con un interés mayor.

—Esa es la cuestión, ¿verdad? ¿Tú qué piensas?

—Pienso que, si los dioses antiguos quieren que el pueblo los siga adorando, deberían ayudar a los más desesperados con algún que otro milagro. Las únicas veces en que aparecen, si es que se puede decir así, es durante las Pruebas. A mí no me sirven de nada, del mismo modo que yo no les sirvo de nada a ellos.

—Y, sin embargo, aquí estás, como campeona de la Luna. Menuda hipócrita.

Dejarlo aquí y largarme solo serviría para proporcionarle una falsa sensación de haber salido victorioso de este encuentro.

—No sabía que tenías tanta devoción por el Sol. ¿Qué piensa el Carro al respecto? —Un movimiento en la puerta capta mi atención. Tardo unos segundos en comprender lo que estoy viendo: *agua*. Brota de una espita astutamente escondida sobre la puerta y se divide en sendos chorros a cada lado—. ¿Otra fuente?

—Protección. —El Sol se inclina hacia delante y apoya los dedos en el marco tallado de la puerta. Se los restriega al comprobar que están húmedos—. Qué interesante. Tan lejos de las murallas y les siguen dando miedo las tierras salvajes.

Suelta un resoplido. Vivir a la sombra de las murallas implica que es imposible olvidarse de lo que representan, de hasta qué punto nos protegen. Cuando yo era mucho más joven, estaba segura de que, si pudiera *ver* qué era lo que había al otro lado de las murallas que asustaba tanto a la gente, quizá me convenciese de que valía la pena arriesgarme a marcharme, dejar la protección de la ciudad. Tenía claro que sería una vida mejor que la que tenía; siempre sucia, cansada y con el estómago gruñendo a causa del hambre. A pesar de la desventura que viví con aquel marinero, dudo que la Kestrel más joven se equivocase.

Jamás he visto a los monstruos que campan por las tierras salvajes, los monstruos de los que nos protegen las murallas. No sé si alguien los ha visto, aunque circulan rumores de vez en cuando sobre asentamientos fluviales que desaparecen por completo entre un cargamento y otro. Pero también puede deberse a depredadores humanos que decidan arrasar aldeas pequeñas que no tienen murallas tras las que protegerse.

Sea como sea, no hay motivo para que los *Copas* lleven a cabo semejante ritual de protección. Toda una ciudad los separa de las

tierras salvajes, terreno de sobra para cualquier peligro que se acerque si cayeran las murallas.

—Solo lo hacen para dar espectáculo —murmuro.

—Sin duda, pero así son los Copas. —El Sol se encoge de hombros y me contempla con demasiada atención—. Te había subestimado, Luna.

Yo lo estudio un instante. Esto casi parece una conversación civilizada. Si he de cambiar de estrategia de cara a las Pruebas, quizá deba pensarme quién será el aliado del que más me pueda beneficiar. El último Sol contaba con un intenso poder ofensivo, parecido a los rayos lunares de mi madre. Sin embargo, no tenía nada *más*, y por eso muchos prefirieron aliarse con la Luna antes que con él. Solo por eso, quizá no sea mala idea..., pero es que se trata de Cato, secuaz del Carro. No tengo el menor deseo de aliarme con uno de la Cinque, y no sé cómo forjar una alianza con el Sol sin hacerlo también con el Carro. Empiezo a darle la espalda.

—Por supuesto que no me has subestimado. Conmigo, lo que ves es lo que hay.

—Lo que tú digas. —Su risa me sigue al cruzar el umbral y entrar en el edificio.

El aire fresco me roza la piel, congelando el sudor que se me acumula en la parte baja de la espalda. Estudio la escena ante mí. Esa gigantesca escalinata en espiral que asciende hacia la oscuridad no puede ser infinita, pero esa es la impresión que da, lo cual basta para ponerme nerviosa. Todo en este lugar parece una ilusión.

«Compiten con los dioses».

Me estremezco. Resulta difícil llevarle la contraria al Sol cuando en la planta principal hay docenas de mesas redondas y otras más grandes repletas de comida, más de la que he visto en mi vida, más de la que podría comer toda la gente aquí reunida. Siento un

entumecimiento por todo el cuerpo al acercarme a una de esas muestras de riqueza, tan ostentosa que me deja sin respiración.

De las obras de arte de las paredes penden joyas. Alargo una mano temblorosamente y acaricio con el dedo la cascada de gemas engarzadas. Son verdes, rojas, tan claras que veo mi reflejo en ellas bajo la brillante luz. No soy ninguna experta en estos temas, pues en Caelria no tenemos minas, como en Perfodia. Sí, el Gremio del Granate importa gemas y las imbuye con su magia —en algunos casos, literalmente—, y luego las envía de nuevo a Perfodia o a Grexium, e incluso al otro lado del mar Cojumbroso. Sin embargo, jamás he visto riquezas como las que cuelgan aquí acumulando polvo. Solo una de estas gemas podría alimentar a mi familia durante un mes, o más si nos administramos bien.

Todo este derroche me da náuseas. Apenas llevo dos días en los distritos de la Corte Menor y ya me queda condenadamente claro que podrían mejorar la situación de Caelria si así lo quisieran. Ayudarían a *muchísima gente* sin percatarse de que han gastado algo de dinero. No pasarían hambre, ni siquiera tendrían que sacrificar buena parte de su absurda riqueza para que así fuera.

Y, sin embargo, prefieren... no hacerlo.

—¡Así me gustan a mí los recibimientos! —El Emperador, un tipo bajo de piel pálida, ojos oscuros y cabello negro sedoso, se acerca a una de las mesas. En ella descansa una enorme fuente de la que sale un líquido espumoso rosado, junto a la que hay una alta pila de cálices de plata. Agarra uno de los cálices y, tras llenarlo bajo uno de los chorros que brotan de la fuente, lo alza en dirección a los demás campeones diciendo:

—Por el último que quede en pie.

Nadie repite el brindis.

—Durante las Pruebas pasadas, los Copas abrieron las puertas

del Gremio del Rubí y agasajaron durante horas a los campeones — murmura Vesper tras mi hombro—. Comparado con aquello, esto resulta decepcionante, pero quizá es porque crean que ya se han asegurado a uno de sus miembros entre la Cinque.

Doy un respingo. No me había dado cuenta de que Vesper estaba tan cerca. Resulta difícil concentrarse en medio del remolino de colores y sonidos que me rodea. Vuelvo a sentir un nudo en el estómago.

—¿Era más extravagante que *esto*?

—Extremadamente.

Me parece imposible. Niego poco a poco con la cabeza. Vesper me acaba de proporcionar un dato bastante importante y no consigo concentrarme lo suficiente como para analizarlo.

—¿Así vivís en la Corte de Espadas?

—Oh, por los dioses, no. —La sonrisa de Vesper se vuelve agrisado y adopta un tono algo más tenso, que me resulta familiar aunque no sea el de *siempre*—. Los Copas son muy toscos. Nuestras fiestas son refinadas, dignas. —Hace una mueca—. Aunque imagino que a ti te seguirían pareciendo vulgares.

El emperador vuelve a llenarse la Copa con ese espumoso líquido rosa y la apura de un trago.

—Todo esto me parece un derroche —digo.

—Y así es, tienes razón.

No sé si es mejor o peor que Vesper sea consciente de ello. Es *Paje* de Espadas. Aunque no tenga voto en el Concilium, sí que tiene poder. ¿Qué uso le ha dado? No puedo dejar de recorrer con la mirada toda la estancia, tratando de digerir este desagradable espectáculo, aunque siento un nudo en el estómago y en la garganta.

Yo ya sabía que los recursos de la ciudad no estaban repartidos

de forma equitativa. Cualquiera que se acerque lo suficiente a los distritos de la Corte Menor atisbará una vida que bien podría pertenecer a otro continente desde la perspectiva de los Sedimentos. Un mundo en el que nadie pasa hambre, en el que todos tienen ropa nueva y zapatos. Un mundo a cuyos ciudadanos no les falta nada. Sin embargo, esto es algo bien distinto.

—¿Sabes que no has llegado a decirme tu nombre? —comenta Vesper en tono despreocupado.

No tiene sentido mentir.

—Kestrel.

Vesper emite un sonido gutural que parece ser de satisfacción.

—Suenas a ave de presa. Qué propicio.

Aparto la vista de la fuente y le clavo una mirada hostil.

—No te tomes tanta confianza conmigo.

—¿Te sale a cuenta ser tan picajosa? —Habla en voz baja, casi como si murmurase para sí—. Has sobrevivido hasta ahora, así que te debe de funcionar, pero de donde yo vengo no se suele tratar así a ningún posible aliado, y a veces tampoco a los enemigos. Nunca sabes quién podría serte útil.

—Todo el mundo cree que la última Luna se volvió loca y que a mí está a punto de pasarme lo mismo. Eso me convierte en un lastre a la hora de buscar alianzas.

—Estás siendo muy derrotista.

Por fin me giro del todo hacia Vesper.

—Realista, más bien.

Aunque no tenga sus maneras refinadas, no soy ninguna idiota. Convertirme en la campeona de la Luna ha sido una elección bien pensada, pero, incluso con toda la información de la que dispongo, había subestimado hasta qué punto se ve este puesto de forma negativa en toda la ciudad. Ni una sola persona dio un paso al frente

para convertirse en campeona de la Luna. Y, si bien a Mouse eso le pareció una ventaja, está claro que no es así. Soy más vulnerable de lo que imaginaba.

—Puede que *yo* sí quiera aliarme contigo. —Esboza una repentina sonrisa que le ilumina todo el rostro.

Parpadeo.

—¿Por qué?

—¿Y por qué no? Eres la Luna, y lo más probable es que estés maldita. Yo pertenezco a los Espadas y tengo la pierna tullida. — Señala con gesto ausente su pierna izquierda—. Nadie nos tiene en la menor consideración a la hora de establecer alianzas, así que quizá podamos unirnos.

Dicho así, no le falta razón. Tal vez sea una estrategia válida. Anoche apenas vislumbré la magia de Vesper, pero me pareció efectiva. Combinar su suerte y mi sigilo... Me llevo la mano al bolsillito del arnés. Mara me dio un par de monedas para mantenerme a salvo, pero, si yo fuese supersticiosa, las consideraría una señal.

—Me vas a traicionar a la primera oportunidad que se presente.

—Podría darte mi palabra de que no será así, pero eres demasiado lista como para aceptar la palabra de alguien a quien no conoces, aunque sea miembro de los Espadas. —Se encoge de hombros—. Ve a comer algo y a socializar. Si te esfuerzas, quizá consigas incluso darles buena impresión a los demás campeones. Piénsate mi propuesta. Nos vemos luego. —Se marcha antes de que pueda pensar en una réplica.

Aquí hay más gente de la que esperaba. La mayoría viste con los colores de los Copas. Hay quien ocupa puestos tan altos en la corte que lleva joyas de cobre en muñecas, cuello u orejas. Intercambian cuchicheos y risitas mientras deambulan con sus atuendos diáfanos,

brillantes bajo la cálida luz que atraviesa los vitrales en las alturas, que baña tanto la estancia como a sus ocupantes con un resplandor irreal. Sin embargo, no son los únicos que están presentes. Hay gente vestida con los tonos rojo oscuro del Gremio del Granate, con el blanco del Gremio del Diamante y con el verde del Gremio del Peridoto. Tiene sentido, supongo. Los Copas actúan como representantes de los socios comerciales de Caelria, tanto en Zaersia como al otro lado del mar, en Xiv. Incluso hay algunos Rubíes presentes, si bien no muchos.

As, el Copa de antes, aparece ante mí.

—Campeona de la Luna, permíteme por favor que te acompañe hasta tu mesa.

Contemplo su mano tendida más de lo debido. Aunque me gustaría buscarme un rincón tranquilo en el que esconderme para procesar la ingente cantidad de estímulos de esta estancia, tengo que ceñirme al plan. Apenas consigo esbozar una sonrisa al tiempo que le doy la mano con cautela.

—Esto..., gracias.

—Por aquí. —Se gira con gracilidad sin soltarme la mano, que engarza en el hueco de su brazo—. Ha sido una sorpresa para todos que hayas ocupado el puesto de campeona de la Luna.

—Ya me lo imaginé al ver la cara de conmoción de todo el mundo. —Maldita sea, tengo que hacerlo mejor. Puedo hacerlo mejor. Aunque As represente el privilegio inherente a la estructura de los distritos de la Corte Menor, si llego a ser miembro de la Cinque..., mejor dicho, cuando llegue a ser miembro de la Cinque, tendré que tratar con gente así todo el tiempo—. No era consciente de que el destino que corrió la última Luna tuviese implicaciones de... tanto alcance.

Él asiente con gesto sabio.

—Cuando se trata de los dioses antiguos, suelen abundar las supersticiones. Por eso no dejan de perder adoradores.

Parpadeo.

—Resulta interesante que digas algo así durante las Pruebas, que están diseñadas en honor a los dioses antiguos. Has pasado por las mismas calles que yo hace un rato. La multitud allí reunida da a entender que no han perdido adoradores en absoluto. —Los vítores de la gente en honor de los campeones de los dioses no son lo mismo que las oraciones de Mara ante la Rueda de la Fortuna, pero es que no me gusta el tono despectivo de As.

—Ya hemos llegado —dice sin perder la jovialidad—. Disfruta del refrigerio y conversa con quien quieras antes de que empiece el baile. —Me deja tranquilamente en mi asiento. De alguna manera, consigue que me siente sin tener que forzarme.

Cuando alzo la mirada, me quedo sin aliento. As no podría haberme dado una oportunidad mejor ni aunque se hubiese esforzado al máximo: mis compañeros de mesa no son otros que la Estrella, la Muerte y un Granate. El Granate es un hombre de piel marrón claro, cabello castaño y aire despreocupado que indica que suele participar con regularidad en ese tipo de politiqueos.

Hasta ahora nunca había estado tan cerca de la Estrella. No me sorprende en absoluto comprobar que tiene una belleza atemporal. Su piel pálida se ve tan suave que bien podría ser artificial, exceptuando algunas arruguitas en ojos, boca y frente, y tiene su cabello rubio corto tan repeinado que no parece real. Lleva un vestido casi transparente formado por varias capas con un amplio espectro de tonos cobrizos. Es vaporoso, por lo que no resulta nada práctico para la tarea que nos espera una vez caiga la noche.

—No pongas una cara tan larga, Muerte. —Hasta su voz está cuidadosamente modulada, sin la menor arista. Tanto esfuerzo

parece un derroche, teniendo en cuenta el público entre el que se sienta, pero ¿qué sabré yo? La Estrella sonríe con dulzura—. No asustemos a nuestra nueva campeona de la Luna.

La Muerte la ignora y da un buen trago a su vino tinto, tan rojo que le mancha sus pálidos labios. El Granate se reclina en su asiento y enarca las cejas.

—No creo que haya nada que asuste a *esta* campeona. —Me estudia con interés—. Yo estaba ayer entre la multitud cuando te alzaste para reclamar tu puesto. Hay que tener las pelotas de acero para atravesar todo el estadio entre esta gente, y encima por *esa* diosa. —Se estremece con gesto teatral, pero parece estar disfrutando—. No hay que subestimarte.

—Tiene razón, querida. —La Estrella me da unas palmaditas en el hombro—. Fue muy valiente por tu parte.

Todo esto es *muy extraño*. La Estrella estará encantada de verme morir una vez que el sol se oculte tras el horizonte, y sin embargo en este momento me sonríe como si fuéramos amigas íntimas, aunque tenga una expresión algo condescendiente.

Yo carraspeo.

—Esto... ¿gracias?

Parece que la Estrella no necesita gran cosa para seguir cargando con el peso de la conversación ella sola.

—Te has lavado bien, ¿verdad? Dicen que eres una rata de los Sedimentos, pero algo así es imposible. Las ratas de los Sedimentos rara vez participan en las Pruebas.

—Estrella. —La Muerte no alza la voz y ni siquiera la mira, pero la advertencia que refleja esa única palabra queda patente.

Ella abre mucho los ojos con gesto dramático y se lleva refinadamente una de sus manos enguantadas a los labios pintados de rosa.

—Ay, lo siento. ¿«Rata de los Sedimentos» se considera un término peyorativo? No suelo pasar por la zona, no tenía ni idea.

Me la quedo mirando. Aunque ahora mismo esté fingiendo inocencia, forma parte de la puta Cinque. Los Sedimentos forman parte de la ciudad que se supone que han de gobernar y cuidar, aunque sus miembros no parecen darse por *enterados*.

—¿Intentas insultarme? —pregunto con genuina curiosidad. ¿Acaso se piensa que debería avergonzarme del lugar del que provengo, del modo en que nos llama la gente? Quienes viven en la colina, tanto en la Corte Menor como en los gremios, son quienes deberían avergonzarse por este derroche de recursos. Es la Estrella quien debería avergonzarse por lo poco que ha hecho para ayudar a alguien que no sea ella misma.

Ella se echa hacia atrás con un respingo, una vez más con una reacción más teatral de lo necesario.

—¿Cómo puedes decir algo así? Por supuesto que no. Solo intento conversar durante la cena.

Sé bien lo que diría Mouse. Me ordenaría que mantuviese la cabeza baja y que hiciese todo lo posible para asegurarme de que esta gente me subestima. Me basta una mirada en derredor para comprender que no me costaría mucho esfuerzo. Los habitantes de los Sedimentos hacemos lo que podemos para sobrevivir en la ciudad que ellos han creado, con unas reglas que solo parecen aplicarse a nosotros. Mientras tanto, ellos se ríen de nuestras penurias tapándose la boca con sus manos de manicura perfecta.

Mis uñas están rotas y astilladas, y ni la magia del templo de la Luna ha podido eliminar toda la mugre que tengo bajo ellas. Nos llaman «ratas» como si fuera un insulto, pero las ratas son de las criaturas más resilientes de este mundo. No deberían subestimar a la gente de los Sedimentos. No deberían subestimarme a *mí*.

Reprimo una réplica instintiva. Con independencia de lo irritante que sea esta mujer, de los privilegios que tenga, fue una de las aliadas de mi madre. No pienso permitir que las respuestas que pueda darme mueran con ella en las Pruebas, como ya sucedió anoche con el Juicio.

—A ti parece haberte ido bien como miembro de la Cinque.

—Trabajo muy duro —dice ella en tono seco. Parece que acabo de insultarla. Maldición.

—Así es —interviene elegantemente el Granate—. De hecho, tenía la esperanza de que me dedicases un poco de tu tiempo para discutir el incremento de tasas que los Bastos quieren aplicar a todas las importaciones de Perfodia. Algo así aniquilaría los ya escasos márgenes de beneficio que obtenemos con las gemas. Sé que el Gremio del Diamante te ha contado algo parecido sobre sus metales. Un descenso en las importaciones tendría también un impacto negativo en el Gremio del Peridoto.

No sabía que habían propuesto una tasa nueva, pero no me sorprende. Solemos ver los efectos de las políticas que aprueba el Concilium una vez que ya están aprobadas. Sin embargo, resulta interesante que el Granate esté defendiendo su caso ante la Estrella ahora mismo, durante las Pruebas. Vesper tiene razón: todos creen que volverán a ser parte de la Cinque.

Ella esboza una bonita sonrisa.

—Vamos, sabes que es mejor no hablar de política durante las Pruebas. El próximo Concilium se reunirá con los nuevos miembros de la Cinque. Sería de una absoluta arrogancia por mi parte suponer que voy a ser una de ellos.

El Granate le devuelve la sonrisa, como si compartieran una broma privada.

—Tus poderes son aterradores, Estrella. Solo un necio apostaría

en tu contra.

No estoy segura de si lo dice con sinceridad. Ninguno de los presentes me presta la más mínima atención. Me giro y veo a la Muerte, aparentemente absorto con su copa de vino, a pesar de que no parece haber bebido más. ¿Por qué no intentará el Granate convencer a la Muerte al igual que a la Estrella? Es más que probable que él también llegue a ser parte de la Cinque..., incluso más que ella, porque se ha aliado con la Torre.

La Muerte alza la vista de pronto y me mira con sus espectrales ojos de ónice.

—Pareces confundida, campeona de la Luna.

—Esto...

—No intenta convencerme a *mí* porque todo el mundo sabe lo que pienso de esta nueva tasa. Estoy seguro de que afectará de forma negativa a dos de nuestras industrias principales, y por tanto creo que no hay que aplicarla. —Habla lenta y metódicamente—. La Estrella, por su parte, es una marioneta de la Corte de Copas. Por ello, convencerla a ella supone convencer indirectamente al Rey y la Reina de Copas.

No sé por qué me explica todo esto. Puede que esté mintiendo para confundirme, pero tampoco tendría sentido que no me contase la verdad. El Granate no le contradice. La Estrella, por su parte, escupe un poco de vino y tensa toda la columna vertebral.

—¿Acabas de decir que soy una marioneta?

—Acabo de decir la verdad.

La fachada de perfección de la Estrella se agrieta. Le clava la vista, con odio en sus pálidos ojos azules.

—Ahórrame esas monsergas —escupe—. Por mí puedes coger ese complejo de superioridad que tienes y metértelo por el culo. No pienso quedarme aquí sentada mientras alguien como tú me insulta.

—Echa hacia atrás la silla y prácticamente atraviesa la estancia a saltos, con lo que atrae todas las miradas del lugar. Tres Copas aparecen entre la multitud y la rodean al tiempo que lanzan una mirada afilada hacia nuestra mesa.

—¿Siempre es así? —No pretendía decirlo. Es que me ha dejado pasmada esa mujer tan teatral con aspecto de ser capaz de sufrir un berrinche grandísimo por un simple golpecito en el pie, y sin embargo consiguió llegar a formar parte de la Cinque durante las últimas Pruebas del Tarot. Por otro lado, no entiendo por qué decidió mi madre aliarse con ella, es horrible.

—No subestimes a la Estrella. Se le dan bien los ardides; es capaz de saltarse las reglas en su beneficio.

Frunzo el ceño.

—¿De qué hablas? Romper las reglas durante las Pruebas implica arriesgarse a que te ejecuten.

—Niña estúpida... —La Muerte suspira, como si toda esta conversación lo aburriese—. Harías bien en arrancarte la manga que te ha tocado. A la Estrella le gusta el veneno; tardará aún unas horas en permear tu piel hasta el punto de resultar letal, pero el proceso ya ha comenzado.

Me lo quedo mirando. Debe de ser un farol..., y sin embargo, mientras lo pienso, ya empiezo a notar una leve quemazón en el punto donde la Estrella me ha tocado el hombro.

—Aún no ha caído la noche.

—Y la Estrella sabe bien que no han de romperse las reglas. —La Muerte corta un trozo de su filete—. No morirás antes de que se ponga el sol.

Agarro el cuchillo de la mesa y me rajo la manga derecha. No veo nada en mi piel, pero la inquietud se adueña de mí casi de inmediato. Joder, joder, joder. Aunque no fuese una dosis letal,

¿quién sabe el efecto que tendrá sobre mí? Si algo aprendí anoche es que no estoy en mi elemento y no cuento con ninguna ventaja.

Arrojo la tela al asiento que ocupaba la Estrella. Abro la boca para preguntarle a la Muerte por qué se ha molestado en contarme nada, pero no tengo oportunidad de hacerlo. La música —que hasta ahora estaba baja para propiciar las conversaciones— aumenta de volumen y ritmo. Al parecer, sí que quieren que bailemos. «Esto va a ser una pesadilla».

Independientemente de las medidas que se tomen, jamás se erradicará el culto a la Muerte. El temor a la Muerte se encuentra en el centro de todo lo que significa estar vivo. Por eso, los caelrianos siempre llevarán a cabo pequeños rituales para evitar llamar su atención.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



10

La estancia es tan grande que probablemente pueda esconderme tras la ridícula fuente burbujeante para no ponerme en evidencia. Oh, dioses, quizá pueda marcharme y ya está, abrirme paso entre la multitud de Copas que cuchichean y ríen alrededor de la pista de baile, observándonos como si fuésemos su entretenimiento personal.

Yo no sé bailar. No, eso no es verdad, pero me parece que los desenfrenados movimientos de puro frenesí a los que nos entregamos en los Sedimentos no son el baile que se espera *aquí*. En los Sedimentos, el baile es una celebración de la vida, el acto de reconocer que la Muerte ha quedado un paso atrás, al menos durante un día, una campanada, un instante.

El Granate echa la silla hacia atrás y me señala con el mentón.

—Gracias por acompañarme en esta comida conmigo. Espero verte mañana en la fiesta de los Pentáculos.

Se aleja antes de que se me ocurra qué responder. Me ha ignorado durante todo el tiempo que ha estado sentada a la mesa, así que no entiendo que espere verme mañana. Putos politiqueos.

Estoy tan concentrada contemplando al Granate mientras se

pierde entre la multitud creciente al ritmo de la música que casi se me escapa que la Muerte se pone lentamente en pie. Doy por hecho que va a seguir al Granate y a las demás personas que se acercan a la pista de baile, pero lo que hace es dar media vuelta. ¿Acaso se marcha? No he tenido la oportunidad de hacerle ni una sola pregunta.

Me pongo en pie y rodeo la mesa antes de que puede largarse.

—Espera. —Una vocecita en el fondo de mi mente me susurra que esto no es buena idea, pero estoy demasiado ocupada plantándome en su camino—. Baila conmigo.

Los tonos cobrizos y azulados de los vitrales en las alturas parecen acentuar sus demacradas facciones y la luz del sol del ocaso oculta casi por completo sus ojos, dándole aspecto de calavera.

—Apártate.

Nada me gustaría más. Por desgracia, ya me he metido en este brete y voy a tener que llegar hasta el final.

—No irás a escabullirte en lugar de darles a estos Copas el espectáculo que tanto ansían. —Es justo lo que yo preferiría, pero la Muerte ha dejado claro que no le interesa hablar conmigo. Así, esta es la única manera, aunque yo no sepa bailar como se espera entre los habitantes de la colina y lo más seguro es que acabe sufriendo una humillación. Por otro lado, la opinión que ya tienen sobre mí no puede empeorar. Dado que la Muerte sigue vacilando, digo—: La oportunidad que tenías de marcharte sin que te vieran ha pasado. Más vale que bailes conmigo antes de que la gente empiece a darse cuenta de que estás montando una escena.

Él mira por encima de mi cabeza y parece llegar a la misma conclusión. Con un suspiro, me tiende su esquelética mano.

—Vamos, Luna. Acabemos con esto.

Mientras nos acercamos a la pista de baile y nos unimos a las

demás parejas que allí bailan, los susurros a nuestro alrededor se multiplican. La música está demasiado alta como para captar cada frase por separado, pero las expresiones de los Copas más cercanos son de conmoción y sorpresa. En el momento en el que la Muerte me gira hasta que quedo justo frente a él, me veo obligada a reconocer que he cometido un error.

—No sé bailar —murmuro—. Al menos no como se baila aquí.

—No es difícil. —Si esa frase la hubiese pronunciado la Estrella, habría resultado pasivo-agresiva, aunque, tratándose de la Muerte, no es más que un hecho. Me acerca hacia él lo suficiente como para ponerme la mano en la cintura, pero mantiene una cuidadosa distancia entre su cuerpo y el mío. No quiero dar las gracias por este pequeño detalle, y menos viniendo de él.

Al mirar por encima de su hombro, veo que la Torre baila con Cato. Lo observa mientras habla, aunque no están lo bastante cerca como para que entienda lo que dicen. Sin embargo, todo eso da igual ahora. Es mi oportunidad de interrogar a la Muerte; puede que no tenga otra.

—¿Por qué obligaste a la Torre a matar al Juicio y a los demás sin ayudarlo? —No es la pregunta que quiero hacerle en realidad, pero parece el modo más seguro de comenzar. Si Mouse se enterase de que ahora mismo estoy literalmente bailando con la Muerte, caería redondo de pura conmoción y rabia.

La Muerte alza las cejas.

—Hiciste bien en utilizar las sombras de la Luna para esconderte en aquel tejado, aunque no estabas oculta del todo. Cuanto más profundas sean las sombras, más difícil será que los demás te vean; pero, si hay demasiada luz, tu silueta seguirá siendo visible. —Me guía por la pista de baile mientras lo miro boquiabierto. Tiene razón: si me dejo llevar, este baile no es difícil. Maldito sea.

Me esfuerzo por encontrar palabras. De todo lo que podría haber anticipado que dijera, no me esperaba *esa* respuesta.

—Si sabías que estaba ahí arriba, ¿por qué no enviaste a la Torre a matarme? ¿Por qué lo detuviste justo antes de que acabara conmigo en la calle?

La Muerte me hace girar hacia un lado y hacia otro fácilmente y sigue manteniendo la misma distancia respetuosa entre ambos.

—Por cada respuesta que te dé, te hago yo una pregunta. — Tiene la voz áspera, como si le hubiesen introducido carbones al rojo vivo por la garganta en algún momento del pasado.

¿Una pregunta por otra? Pero si tengo docenas de ellas. Para darme algo de tiempo para pensar, digo:

—Pues pregunta tú primero.

—¿Por qué te presentaste a las Pruebas?

¿Y a él que le importa?, me pregunto, aunque decido que da igual. Esta es más o menos fácil de responder, al menos en parte.

—Ya oíste a la Estrella. Provengo de los Sedimentos. Jamás hemos tenido voz en el Concilium, nunca hemos tenido la oportunidad de dirigir hacia nosotros la más mínima fracción de los recursos que abundan en los distritos de la Corte Menor. Nos merecemos algo mejor.

Ahora mismo estoy bailando con el otro motivo por el que entré en las Pruebas. Me resulta difícil interpretar su expresión sin verle bien los ojos, pero algo cambia en su semblante.

—Una causa noble.

—Yo prefiero pensar más bien que es práctica.

—Si tú lo dices. —Vuelve a hacerme girar—. Ahora pregunta tú.

Hay muchísimas cosas que necesito saber, muchas respuestas que solo tiene él. Trago saliva con dificultad. Por más que quiera creer que tendré otra oportunidad de interrogarle, la inesperada

muerte del Juicio ha demostrado que no se puede dar nada por sentado en las Pruebas. Si solo puedo hacerle una única pregunta a la Muerte, en realidad no hay otra opción.

—¿Por qué mataste a la última Luna? Quiero saber el motivo real.

Esta vez sí que puedo ponerle nombre a la emoción que aletea en su rostro: *pena*. La Muerte guarda silencio durante varios segundos mientras la música nos envuelve.

—No tuve alternativa.

¿Cómo que no tuvo alternativa? ¿Y eso qué significa? El Concilium gobierna toda Caelria y su política controla a sus propios miembros, al menos en teoría. No deberían tener la potestad de obligar a uno de ellos a ejecutar a otro. Eso es trabajo de los Bastos. Le clavo la mirada.

—Esa respuesta no me vale.

—Es la única que tengo.

—Yo he desarrollado mi respuesta —digo entre dientes, intentando mantener a raya mi temperamento—. Ten la buena educación de hacer lo mismo.

La Muerte suelta una risita, un sonido seco y áspero, como si se limpiase la garganta de telarañas al mostrar el más mínimo ápice de humor.

—Te pareces mucho a ella. Era fiera e implacable, no tenía la menor paciencia para la dialéctica.

Me detengo, o al menos lo intento, porque me agarra con más fuerza y me arrastra consigo a pesar de mis esfuerzos por plantar los pies en el suelo. Por fin alzo la mirada hacia sus ojos de ónice. Espero encontrar en ellos crueldad, pero descubro una extraña compasión, lo que resulta mucho peor. ¿Cómo se *atreve* a sentir compasión por la mujer a la que asesinó? Me arrebató a mi madre y

una vida en la que yo no habría tenido que robar, esconderme ni luchar por sobrevivir.

—Sé que eres su hija. No insultes mi inteligencia negándolo. — Giramos tan fuerte que la estancia entera oscila ante mis ojos—. Ha pasado mucho tiempo; he tardado un poco en comprender por qué me resultabas tan familiar, pero sois idénticas excepto en el color del cabello.

—No te *atrevas* a hablar de ella —le espeto. He de esforzarme para no gritarle a la cara, para no echar mano de las hoces que llevo a la espalda, para no hacer *nada* que no sea seguir bailando como una condenada idiota.

Sus labios se curvan levemente, pero en sus ojos sigue esa horrible compasión que roza la lástima.

—Ella también era de los Sedimentos. De ahí proveníamos los dos.

No he encontrado nada en las historias que se cuentan sobre las últimas Pruebas que indique que la *Muerte* también procedía de los Sedimentos. Si fuera verdad, mi madre lo habría sabido. Y también Mouse.

—No me mientas. Si fueras los Sedimentos, me habría enterado.

—La Muerte no miente. —Se encoge de hombros ante mi patente incredulidad—. Lo digo de forma literal. Perdí la capacidad de mentir cuando me convertí en su campeón. En ese sentido, ahora soy como un Espada, aunque a mí nunca me han gustado los circunloquios que ellos usan tanto.

No sé si creerlo. Está muy bien afirmar que los campeones de la Muerte no pueden mentir, pero no hay modo alguno de demostrarlo. No puedo confiar en él. No puedo permitirme confiar en *nadie*.

—Si tú lo dices.

La brecha entre lo que Mouse me enseñó y la realidad de lo que

me estoy encontrando no deja de crecer cada segundo que pasa. Ojalá pudiera hablar con él, desarrollar una estrategia teniendo en cuenta la magia y la información actualizada que ahora poseo. Quiero presionarlo, cosa que nunca me he atrevido a hacer. ¿Sabía Mouse que la Muerte provenía de los Sedimentos? Mi madre seguro que sí. Yo pensaba que Mouse estaba al tanto de todo lo que sabía ella, pero si no estaba al corriente de la procedencia de la Muerte... ¿Por qué iba mi madre a ocultarle algo así?

—Qué cautelosa. —La Muerte esboza lo que parece ser una sonrisa auténtica—. Muy lista por tu parte. Espero que te vaya mejor que a ella. —Me suelta y me hace girar, alejándome de él. No me doy cuenta de que es parte del baile hasta que choco con un ancho pecho que no me resultaría familiar... de no haberlo contemplado esta mañana, cuando despertaba el alba, salvándome de la Muerte. Aparto a la Torre de un empujón.

—Aléjate de mí.

Él me agarra sin problema, sujetándome por los codos para que no me zafe.

—Estás montando una escena.

Desde el momento en el que me convertí en la Luna, me he visto arrastrada de un lado a otro, pasando de mano en mano. Estoy harta, joder. Cada vez que pienso que he encontrado un terreno estable, este se desmorona bajo mis pies. La Muerte sabe que mi madre fue la última Luna. Si él ha identificado nuestro parentesco, hay muchas posibilidades de que la Estrella y el Carro también lo hayan hecho. Bien podría ser que los miembros que quedan de la Cinque intenten matarme esta noche. Si algo así sucede, no sé cómo voy a sobrevivir. Las probabilidades son muy bajas.

Y ahora la Torre me está tocando, confundiéndome aún más.

—Yo lo que quiero es *matarte* —murmuro—, no bailar contigo.

Esboza otra vez esa condenada media sonrisa. Noto un nudo en el estómago a mi pesar. Da un paso a un lado, arrastrándome consigo, de modo que volvemos a entrar en la pista de baile.

—Tú no puedes matarme, Luna.

—Aún no —digo entre dientes—, pero la noche está al caer.

—Hasta entonces bailaremos, tal y como se espera de nosotros. —Baila bien, pero no tanto como la Muerte. Aun así, la Torre claramente tiene más experiencia que yo. Le piso el pie un par de veces por accidente. La tercera vez lo hago a propósito.

—Ay —dice en tono suave—. Pensaba que se te daba mejor bailar. A la Muerte no le has dado ningún pisotón.

—Ese *hijo de puta*. —Sé que no debo permitir que me domine mi genio, pero he de esforzarme para no estirar el cuello y seguir con la mirada a la Muerte como un perro al percibir el olor de una presa. Aunque no es ninguna presa, ese es el problema. Si ni siquiera puedo vencer a la Torre, ¿cómo voy a matar a la Muerte?—. No entiendo por qué quieres aliarte con él. Es horrible.

—Es uno de los campeones más poderosos.

—Ya lo sé. *Todo el mundo* lo sabe. —Clavo la mirada en el ancho pecho de la Torre. Pensaba que llevaba armadura, al igual que la Muerte, pero no es el caso. Su ropa está diseñada para parecerlo y la factura de su casaca enfatiza su fuerza y altura—. Te envió a luchar a ti solo contra el Juicio. Deberías estar muerto. Corriste un riesgo enorme a cambio de una recompensa bastante pequeña.

La Torre guarda silencio durante el tiempo que tardamos en dar una vuelta completa a la pista de baile. Suficiente para que piense que no tiene la menor intención de seguir hablando. Suficiente como para sorprenderme cuando dice:

—Una alianza con la Muerte no es una recompensa pequeña, Luna. —La callada reprimenda en su voz consigue que me ruborice

—. La Muerte estableció los términos de nuestra alianza y yo accedí. Conozco bien mi fuerza, pero él necesitaba que se la demostrara. Es así de sencillo.

—Así de sencillo —repito—. Pero...

Esta vez oigo la variación en la música que indica que es hora de cambiar de pareja de baile. Aun así, no estoy preparada para otro condenado giro como el de antes. La Torre me suelta y me tambaleo hasta caer en otros brazos, unos mucho menos cómodos. El Loco me aplasta contra su pecho con demasiada fuerza. No tiene la misma elegancia que la Muerte y la Torre y me pisa los pies al girar.

—Déjame algo de espacio, joder —rujo.

—Pobrecita Luna. —Se echa a reír—. Mi aliado y yo iremos esta noche a por *ti*. Voy a disfrutar haciéndote pedazos.

Intento apartarme de él de un tirón, pero vuelvo a fallar. El pánico aletea en mi garganta, aunque estemos en una pista de baile rodeados de gente. No puedo hacer esto. Bastante malo ha sido tener que bailar con el responsable de la ejecución de mi madre, pero hacerlo con quien acaba de amenazarme directamente es pasarse de la raya. Le meto un rodillazo en las pelotas al Loco, que cae sofocando un gemido. Todos los Copas que están cerca de mí retroceden soltando una exclamación y la música se detiene de golpe. Acabo de atacar a otro campeón mientras el sol sigue en el cielo. Mierda.

Me apresuro a dar un paso atrás y alzo las manos.

—Se encuentra bien. —Me tiembla la voz a pesar de mis esfuerzos por controlarla. No puedo creerme lo que acabo de hacer. He llegado tan lejos, estoy tan cerca de todo aquello por lo que me he pasado la vida entrenando...

As parece materializarse a mi lado.

—Campeona de la Luna, si eres tan amable, te pediría que

evitases la violencia física antes de que caiga la noche. —Ve que el Loco se pone como puede en pie y asiente, casi para sí mismo—. Ya veo que no se ha ocasionado ningún daño permanente. Por eso, que esto sea una advertencia en lugar de una eliminación. No se te concederá una segunda oportunidad. ¿Lo comprendes?

—Sí —susurro. No debería haber hecho eso. No debería haber permitido que me provocase y me hiciese perder los nervios. Si As hubiese declarado que estoy eliminada, yo no podría haber hecho absolutamente nada al respecto, aparte de morir—. Siento la interrupción.

—No hay ningún problema. —Les hace un gesto a los músicos—. Continúa, por favor. —Estos retoman la canción justo donde la dejaron. Tras una levísima vacilación, las demás parejas de la pista de baile hacen lo mismo. Sin embargo, ahora todos me vigilan de cerca, recorriéndome la piel con la mirada. As sonrío, todo encanto y pose.

—Campeona de la Luna, ¿me harías el honor de bailar conmigo?

No tengo alternativa, y mucho menos después de mi violento error.

—Por supuesto.

As es el mejor bailarín de todos. Juntos nos deslizamos entre los demás con elegancia. Tras la segunda vuelta a la pista de baile, por fin habla:

—Eres algo parecido a una anomalía.

Yo inspiro hondo y vuelvo a inspirar. Intento controlar mis emociones, a flor de piel por culpa del Loco.

—Eso me dice todo el mundo.

Él se ríe un poco.

—Ya me imagino. —Se pone serio—. No soy nadie para darte consejos, así que no lo haré. Solo te voy a pedir que, si llegas a

formar parte de la nueva Cinque, recuerdes el favor que te ha hecho hoy la Corte de Copas.

Al menos eso tiene sentido. As ha tomado una decisión en una fracción de segundo tras mi ataque al Loco. Una decisión a favor de un beneficio potencial para los Copas. Excepto que...

—Podrías estar diciéndole lo mismo al Loco si hubieses tomado otra decisión.

—Así es. —A sus ojos oscuros asoma cierto interés—. Pero no va a estar entre los ganadores. Es demasiado impulsivo y su alianza ya se está rompiendo. —As señala con el mentón al Emperador, que baila a trompicones, visiblemente borracho—. Tú, por otro lado, eres inesperada en muchos sentidos. Podría ser interesante ver qué es lo que harás si tienes la suerte de llegar a formar parte de la Cinque y, en consecuencia, del Concilium.

No sé si es un cumplido o un insulto, pero me esfuerzo por sonreír.

—Lo recordaré, prometido.

—Bien. Y ahora, prepárate: estamos a punto de cambiar de pareja de baile.

Hay otro cambio en la música y acabo en brazos de Cato. Contemplo su torso bronceado y me tropiezo con sus pies al ver los aros de oro que le atraviesan los pezones. No me había fijado antes en ellos, ni tampoco en los musculosos que es su pecho. Maldito sea.

—Tú.

—Yo. —Hay que reconocerle que no se aprovecha de su tamaño para intimidarme. Se limita a esperar a que me acostumbre al cambio de pareja para colocarse—. Menuda noche llevas. Has estado a punto de cagarla con el Loco.

Levanto la mirada de golpe hacia su rostro, pero eso es casi peor. Este tipo es condenadamente guapo, por mucho que me irrite.

Y huele bien, como esas especias que jamás he podido permitirme comprar. Huele tan bien que da *hambre*. Si no fuese una mala idea en muchísimos sentidos, me inclinaría a aspirar su aroma.

—Lo has visto.

—Lo ha visto todo el mundo. —Adopta una expresión contemplativa, casi como la que tenía cuando hablábamos hace un rato, delante de la torre de los Copas. Como si me hubiese subestimado. Antes de que yo pueda decidir qué pensar de esta nueva idea que tenemos el uno del otro, dice—: Tanto la Muerte como la Torre parecen tener interés en ti. ¿Puede ser que se esté formando una alianza?

¿Con *ellos*? Ni que fuese a fiarme de la Muerte, teniendo en cuenta cómo acabó su última alianza. Me río en su cara.

—Nadie quiere aliarse con la Luna. ¿No fuiste tú quien dijo que su última campeona se volvió loca?

Me hace girar con un roce leve pero firme en la cintura y la mano.

—Sí que lo dije, pero en las últimas veinticuatro campanadas la situación ha cambiado. Eres interesante. Los demás también se han dado cuenta.

En el nombre de los dioses, ¿qué está pasando? Entiendo que Vesper me haya propuesto una alianza, al menos en teoría. Está haciendo cálculos, buscando a alguien que equilibre sus poderes. Unir la suerte y una magia centrada en el sigilo podría ser una combinación mortal..., si yo confiase en Vesper. Pero tiene razón: no interesamos a ninguno de los demás campeones a la hora de establecer alianzas.

No sucede lo mismo con Cato. Es un esbirro del Carro, parte de una alianza ya establecida antes de que comenzasen siquiera las Pruebas.

—¿Tan preocupado está el Carro que ha mandado a su recadero a investigar?

Él me aprieta un poco más la mano.

—Yo no tengo ninguna alianza con el Carro. Lo desprecio.

—Buena manera de intentar que te subestime. —Le clavo la mirada—. Aunque no seas de los Sedimentos, provienes de lo bastante cerca como para saber cómo funcionan estas cosas.

—A ver, explícame cómo funcionan —dice entre dientes.

Esto es una pérdida de tiempo, pero hasta que cambiemos de pareja de baile tengo que quedarme con él.

—Sé que crees que soy una idiota, pero reconócame al menos que he sobrevivido hasta ahora. El miembro más débil del grupo atrae a los ingenuos y les cuenta una milonga para pedirles ayuda y, en cuanto la víctima sigue a ese miembro débil a una zona aislada, el resto del grupo salta sobre ella. Si tiene suerte, acaba con los bolsillos vacíos. Si no... —Me encojo de hombros todo lo que me permite el baile—. Y nadie tiene suerte durante las Pruebas.

Ahora es Cato quien me clava la mirada a mí. Su rabia es un calor que siento en la piel.

—Ese tipo de treta requiere sutileza e inteligencia, dos rasgos de los que carece el Carro. Él se dedica, literalmente, a atropellar a sus enemigos mientras suelta una carcajada. Le gusta que sus víctimas lo vean venir. Lo disfruta. Jamás sería capaz de idear una estratagema como la que tú dices.

Puede. Y puede que no. Lo que Mouse encontró sobre el Carro indica que Cato dice la verdad, pero esta noche ha quedado más que claro que no tenía *toda* la información disponible. Si no sabía que la Muerte proviene de Sedimentos, ¿qué más hay que no supiera?

Con independencia de lo que piense Cato, la Muerte y la Torre

no han intentado establecer una alianza conmigo. Yo suponía que la Muerte daría rienda suelta a su furia y eliminaría rápidamente a tantos campeones como pudiese, pero parece estar jugando a un juego distinto. Aunque sabe que soy la hija de la mujer a la que asesinó hace veintidós años, no se lo ha contado a nadie. No creo que sienta remordimiento..., ¿pero y si lo hace? Quizá por *eso* no quería ser parte de la alianza destinada a asesinarme.

No se puede decir lo mismo de este dios dorado que tengo delante, este tipo que huele tan bien y desprende un calor tan agradable. Cato y yo no compartimos ningún pasado lejano.

—Pongamos que estás diciendo la verdad. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Buena parte de este espectáculo se basa en las apariencias. —Giramos suavemente—. El Sol y la Luna hacen una pareja perfecta. Si establecemos una alianza tú y yo, a la ciudad le encantará. Nadie se resistirá a apostar por nosotros.

Parpadeo.

—¿A quién le importa lo que piense la ciudad? Cuando caiga la noche, la gente estará escondida, sana y salva en su casa, mientras nosotros luchamos a muerte.

—Luna. —Cato suspira—. No estás pensando a largo plazo. Las Pruebas no son más que el principio. Sobrevivir es el primer paso de una batalla que dura toda una vida.

Está claro que tiene algo en mente, por poco que me guste.

—Una batalla por...

—El poder. —Me hace girar con facilidad y vuelve a recogerme—. Una batalla en la que las contiendas tendrán otro aspecto dentro del cuadrilátero político, pero que no serán menos letales. Yo podría ser un aliado muy útil durante las Pruebas... y también después.

Esto representa un cambio radical con respecto al modo en que

se comportó ayer mismo. Incluso antes ha sido muy gilipollas, si bien un gilipollas algo más entendible.

—Sé que piensas que soy una necia, pero no esperarás de verdad que crea que pretendes cubrirme las espaldas y no clavarme un cuchillo cuando me dé la vuelta.

—Piensa lo que quieras. —Encoge grácilmente sus anchos hombros y vuelve a hacerme girar—. Otros campeones ya han establecido alianzas y tendrán una gran ventaja sobre cualquiera que se quede solo.

«Juega bien tus cartas, Kestrel». Me estremezco al oír la voz de Mouse en mi oído, tan cerca que casi me giro para comprobar si lo tengo justo detrás de mí, pero por supuesto no está. Mouse se encuentra en los Sedimentos, esperando impaciente a ver si todo este tiempo y entrenamiento darán como resultado una victoria. Esto no le gustaría. Pero no puedo confiar en que él y sus consejos vayan a salvarme aquí. Tengo que ser yo quien me salve a mí misma. Aprieto los dientes y me obligo a pronunciar palabras que me consigan algo de tiempo para reflexionar sobre todo este lío en profundidad.

Si Cato dice la verdad y no trabaja para el Carro, podría ser un buen aliado. Ninguno de los demás campeones confiará en él, por la misma razón por la que yo desconfío: cabe la posibilidad de que todo sea un engaño, de que quiera tenderme una trampa para acabar conmigo. Eso significa que está tan solo como Vesper y yo misma. Siempre que sea verdad.

—Me lo pensaré.

—Piénsatelo. —Cato no insiste en que responda ya a su oferta. Menos mal—. Si sobrevives a esta noche, hablaremos mañana.

La música acaba y él me suelta. Aprovecho la oportunidad para huir hasta las sombras, al borde de la pista de baile. Mi pecho

asciende y desciende a causa del esfuerzo; bailar así no resulta demasiado agotador, pero no tengo mucha resistencia, al menos aún no. Con unas semanas comiendo como los Copas, podré aguantarles el ritmo a todos.

—La rueda gira y vuelve a girar.

No me había dado cuenta de que Vesper se había levantado de su asiento. Está a poco más de un metro de distancia, entre las sombras de una columna cercana, con aspecto debidamente misterioso. Me estremezco.

—¿De qué hablas?

—Todo en el mundo requiere equilibrio. Buena suerte, mala suerte. Un buen giro, un mal giro. No se puede tener uno sin lo otro.

—Su voz tiene una extraña lejanía, como si hablase para sí en lugar de conmigo.

—Vesper. —Me acerco a mi pesar—. ¿Te encuentras bien?

Vesper se estremece y, finalmente, parece centrar su atención en mí.

—Estoy bien. Tanta emoción me ha agotado. Hay Copas que no saben controlarse y varios han venido a pedirme que baile con ellos. Por supuesto, los he rechazado.

Por la pierna. Vesper parece capaz de desplazarse sin problemas gracias a la férula y el bastón, pero bailar debe de suponerle un esfuerzo extra. Un esfuerzo que no puede permitirse, teniendo en cuenta que ha de pasar las noches corriendo y luchando.

—¿Te duele?

—A diario. —Vesper se encoge de hombros—. Ya te lo he dicho, por culpa de la pierna soy un lastre para la mayoría de los campeones. Pero ninguno ve la imagen completa.

No debería seguirle la corriente. Con independencia de lo que piense Cato y de lo que haya dicho Vesper antes, la estrategia más

segura para mí es pasar por las Pruebas sin preocuparme por nadie que pueda acabar traicionándome. Cada noche que pase aprenderé más sobre la profundidad de mis poderes y podré extenderlos. Aunque no cuente con ningún elemento ofensivo, la magia de sigilo de la Luna promete ser formidable una vez que consiga dominarla. Con ella puedo esquivar hasta a los perseguidores más encarnizados.

Sin embargo, la breve conversación con Cato sigue presente en mi cabeza.

—¿Te refieres a después de las Pruebas?

—No. Aunque voy a resultar notablemente útil como parte de la Cinque, me refiero a las Pruebas. —Vesper esboza una sonrisa tensa—. Soy Paje de Espadas, he recibido educación formal en muchos temas, más que cualquiera de los presentes. Además, he crecido en los distritos de la Corte Menor y conozco bien esta zona.

Yo me cruzo de brazos.

—La Muerte, la Estrella y el Carro han pasado mucho tiempo en los distritos de la Corte Menor. Y yo diría que la *mayoría* de los campeones cuentan con alguna formación, y también son de los distritos gremiales o de la Corte Menor.

—Sin la menor duda. —Vesper se echa a reír—. Sin embargo, ni siquiera la Estrella puede decir que tiene los mismos conocimientos que yo sobre las Cortes Menores. Y los demás campeones, ni de lejos. Soy Espada, Kestrel, pero no del montón, sino Paje de Espadas. Mi gente comercia con conocimiento del mismo modo que el Gremio del Granate comercia con gemas.

Ahí no le puedo llevar la contraria, ¿verdad? Los Espadas son famosos por varios motivos: son incapaces de mentir, presiden los juicios de varios casos criminales y poseen muchos conocimientos. Me apoyo en la pared junto a Vesper e imito su postura.

—Estás hablando conmigo porque nadie quiere establecer una alianza contigo. —Si Cato no me está tendiendo una trampa para que me mate el Carro, entonces es que se encuentra en una situación muy parecida. Nadie confía en él, y lo mismo sucede con Vesper y conmigo.

—No te voy a mentir; también es un motivo de peso. —Vesper juguetea con la afilada punta de su hombrera metálica—. La suerte es una magia poderosa, pero no deseo dejar mi destino en manos de la Rueda de la Fortuna. No he entrado en las Pruebas para acabar muriendo en la calle. —Hace una pausa—. ¿Y si establecemos una alianza esta noche de forma temporal? Si todo va bien, mañana mismo podríamos discutir los términos de una alianza en firme.

El Emperador pasa tambaleándose muy cerca, apurando su enésimo cáliz. Se ve lo ebrio que está en el rubor de sus mejillas y en sus balanceos de un lado a otro al andar. A mí no se me ocurriría beber durante las Pruebas, mucho menos tanto como para perder el control.

—Antes del alba ya lo habrán matado.

—Sí, y será su antiguo aliado quien lo haga. —Vesper señala al Loco, que contempla al Emperador con una expresión que me pone la piel de gallina. *No* me gustaría que me observase así.

Venciendo mi rechazo instintivo, me esfuerzo en pensar seriamente en la propuesta de Vesper. Tiene razón, en muchos sentidos. Una alianza nos vendría bien, sobre todo porque esta noche no vamos a salir a hurtadillas de nuestros respectivos templos, sino que nos encontraremos todos en un lugar céntrico. Le lanzo una mirada de reojo.

—¿Es cierto que ningún Espada puede mentir?

Vesper resopla.

—No, no es del todo cierto. Lo que podemos es saborear la verdad en las palabras de los demás. Al igual que con la magia, esa capacidad heredada supone un alto precio. Mentir nos hace daño, el peor daño que imagines, y no hay forma de mitigar el dolor.

Reflexiono sobre sus palabras, sobre sus implicaciones.

—¿Y se entrenan los Espadas para soportar el dolor sin dar muestras de ello?

Vesper enarca las cejas.

—Estás al tanto de todo, ¿verdad?

Me ruborizo sin saber por qué.

—No has respondido.

—Lo sé. —Vesper sonríe—. Pero tú ya sabías la respuesta al formular la pregunta.

Sí, supongo que sí. La música disminuye de volumen hasta convertirse en algo claramente diseñado para no ser más que ruido de fondo. El baile cesa y yo echo un vistazo a los demás campeones. Todos han parado de bailar y se están reuniendo según las alianzas establecidas. La Torre y la Muerte se apoyan en una pared al otro lado de la estancia, contemplando a los demás, igual que yo.

La Estrella charla despreocupadamente con la Sacerdotisa, el Carro y la campeona del Ermitaño. No tengo claro lo que pueden hacer el Ermitaño y la Sacerdotisa, pero, después de que caiga la noche, quiero evitar a los dos miembros antiguos de la Cinque a toda costa. El Mundo y el Hierofante observan al Loco con recelo. Este, por su parte, parece centrado por completo en el Emperador, borracho y despatarrado en una silla al borde de la pista de baile, ya casi vacía. No veo rastro alguno del Mago ni del Diablo entre la multitud, lo cual significa que son más inteligentes que nosotros.

No hay una sola alianza con cinco miembros, lo cual resulta interesante desde un punto de vista estratégico. Eso les da

flexibilidad a los campeones, les permite añadir a uno más si es necesario. O quizá, teniendo en cuenta la presencia de la Muerte, quieran esperar a ver qué tal le va a cada campeón por separado. Por supuesto, está claro que a la *Muerte* le da igual formar un grupo de cinco según sus deseos, a diferencia de los otros dos grupos de mayor tamaño.

A pesar de lo que hemos hablado antes, me esperaba ver a Cato en el grupo del Carro, pero está solo. Claro que eso no demuestra nada, podría ser una treta barata..., a no ser que esté diciendo la verdad. Desde luego, el Carro no lo mira como si fuese un aliado; más bien lo estudia como un depredador a su presa. La alianza del Loco también se tambalea; este prácticamente vibra por la expectación mientras los demás lo observan. Cato es la indiferencia personificada: alza la cabeza y contempla los vitrales en las alturas.

Yo sigo su mirada y percibo un leve zumbido en mi mente. Casi es de noche. El Sol ya no tiene su vívido tono azul habitual, sino que empieza a pasar a uno violeta oscuro. Aún no ha llegado el ocaso, pero está lo bastante cerca como para que me hormiguee la piel. Me giro hacia Vesper.

—El tiempo se nos acaba.

—Justo lo que estaba diciendo. —Me tiende la mano—. Yo cuento con la suerte, pero me gustaría contar también *contigo*.

Contemplo su mano, dubitativa. Sé lo que me aconsejaría Mouse, y quizá sea la elección correcta, pero... Vesper no me mató anoche. De hecho, frustró el ataque de la Torre y me salvó la vida. Aunque aún no cuenta con mi confianza, está claro que necesita una alianza tanto como yo.

—Me gustas, Kestrel. —Me mira a los ojos—. Es motivo más que suficiente para proponerte que nos aliemos, sin tener en cuenta todo lo demás. —Esboza una sonrisa que no se refleja del todo en sus

ojos ambarinos—. Y tiendo a confiar en mis instintos con la gente.

Vuelvo a pasear la vista por la estancia. Veo que los grupos empiezan a alejarse unos de otros. Me doy cuenta de que los Copas y demás miembros de gremios que antes pululaban por aquí han desaparecido, y eso que se los veía por todas partes mientras bailábamos. Aunque los músicos siguen tocando, aparentemente ajenos a todo, los invitados parecen haberse escabullido en los últimos minutos, mientras el Sol desciende hacia un horizonte que ninguno de nosotros ve. Todos quieren evitar la matanza inminente.

—Confiar en ti sería una necedad —murmuro. Una frase que parece menos cierta cada vez que la pronuncio.

—Tal vez. Aunque también es posible que la necedad sea no confiar en mí. —Me mira con atención—. ¿Cuánto crees que vas a sobrevivir tú sola?

He ahí la cuestión. Ojalá pudiera dar una respuesta optimista. Cuando subí al escenario y reclamé mi puesto como campeona de la Luna, tenía la seguridad de que nada podría detenerme. Ahora se me antoja que todo juega en mi contra.

—Está bien. Una alianza de prueba, solo por esta noche.

—Es lo único que te pido.

Puede que sea una trampa, pero la trampa segura es esta misma estancia. Vuelvo a mirar en derredor. Las puertas por las que hemos entrado están ahora cerradas. Los vitrales van perdiendo color a medida que el Sol se lleva la luz del día consigo. Están demasiado altos como para romperlos, mucho menos para trepar hasta ellos. Hay ventanas más bajas en la pared, pero siguen fuera de mi alcance, aunque quizá si acercase una mesa...

Sin embargo, aunque yo pudiese escalar la pared hasta una ventana con la ayuda de algún mueble, Vesper no podrá hacer lo mismo. Y, mientras tanto, estaríamos a merced de los demás

campeones. Esta vez no podré escapar, sola no.

No me queda más alternativa que confiar en Vesper, al menos de momento. Le estrecho la mano.

—Salgamos de aquí de una puta vez.

—Buena chica. —Me agarra la mano con fuerza y tira de mí en el mismo momento en que siento un tintineo en la mente, un sonido suave y dulce. El Sol se acaba de poner del todo. Al oír un chirrido a mi espalda, miro por encima del hombro y veo que empiezan a brotar llamas del cuerpo de Cato. Bueno, no son exactamente llamas. Sus manos y sus brazos están al rojo vivo, tan brillantes que me dejan una impronta en la vista al apartar la mirada. Tenemos que salir de aquí. Ahora mismo.

Vesper sigue agarrándome con fuerza la mano mientras se dirige hacia la puerta.

—No te separes de mí.

Avanzamos con demasiada lentitud. Empieza a desatarse una pelea a nuestras espaldas, pero, cada vez que vuelvo la vista, me arriesgo a tropezarme y hacer que nos retrasemos aún más.

En cualquier momento, alguien se dará cuenta de que pretendemos escabullirnos y nos atacará. Desesperada, intento volvernos invisibles obligando a las sombras a alzarse para ocultar nuestros movimientos. Me hormiguea la piel mientras las sombras intentan obedecer mi orden muda, pero la sensación se desvanece tan pronto como empieza. No puedo evitar acordarme de lo que la Muerte me ha dicho antes. Si la Luna y las estrellas son demasiado brillantes como para que me esconda en un tejado, aquí dentro será imposible. Hay demasiada luz, con tantas antorchas en las paredes y gemas titilantes.

De cualquier manera, los demás campeones parecen centrados en la lucha que se desarrolla en el centro de la pista de baile entre el

Loco y el Emperador. Atisbo un movimiento fugaz y un chorro de sangre, y de pronto nos encontramos ante la puerta.

Agarro el pomo y suelto una maldición al ver que no se mueve.

—Los muy cabrones nos han encerrado aquí dentro. No va a...

—Paciencia, Kestrel. —Una diminuta chispa púrpura lejos de la puerta atrae la atención de Vesper—. Por aquí.

—Pero... —Cierro la boca sin protestar. Es hora de decidir si confío en Vesper, no podemos malgastar tiempo discutiendo. Le doy un último tirón al pomo, pero este sigue firmemente inmóvil, así que me apresuro a ir tras Vesper, que está siguiendo un rastro casi imperceptible de destellos púrpura por un pasadizo distinto del que nos ha traído hasta aquí. Cerca del otro extremo, un último destello púrpura nos señala una puerta anodina; está claro que la usan los sirvientes o la gente a la que los Copas no pretenden impresionar. En la cerradura asoma una llave. Parpadeo.

—¿Cómo has sabido...?

—Qué suerte haber encontrado esta puerta y que algún criado se haya dejado la llave puesta, ¿no?

Vesper gira la llave en cuestión y la puerta se abre sin un solo sonido. Al otro lado vemos la calle a oscuras y el cielo estrellado. Vesper me dedica otra de sus sonrisas de oreja a oreja, como si se lo estuviese pasando mejor que nunca, pero quisiese mantener una pose. Acto seguido, me saca de un tirón a la calle.

Puede argumentarse que el Sol es un elemento primordial por derecho, al igual que el fuego o el agua. Asciende y desciende a diario. Hasta los xivianos, que son unos bárbaros, adoran al Sol. Sin embargo, dejar que prospere uno de los dioses antiguos implicaría dejar que prosperen todos. Algo así no puede permitirse.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



11

Mi intención es echar a correr a toda velocidad por la calle para poner tanta distancia como sea posible con los campeones que luchan a nuestras espaldas, pero Vesper tiene otra idea.

Gira en el primer recodo y, luego, en el siguiente, haciendo que nos internemos cada vez más en el Distrito de Copas. Se mueve con más velocidad de la que esperaba, pero aun así no mucho más rápido de lo que yo puedo desplazarme con un ligero trote. Queda fuera de toda cuestión la carrera que me exige mi corazón desbocado.

—Por aquí vamos mal —susurro—. Si nos dirigimos hacia la isla, podremos...

—Ya habrán pensado en ello.

Las Cortes Menores no van a permitir que los campeones entren en sus santuarios privados. De hecho, hay una intrincada verja de hierro calle abajo, muy alta y decorada con motivos de agua, con olas que acaban en *púas* para evitar que nadie intente trepar. Es la arquitectura más hostil que he visto en el poco tiempo que llevo en la colina, aunque me resulta reconfortante por extraño que parezca.

Esto, al menos, es familiar.

—Nos van a atrapar.

—Confía en mí. —Se le ve intensamente concentrado—. Sigue caminando y no hagas ruido. Esperemos que los demás campeones regresen por donde han venido porque el sendero les resulta familiar.

«¿Esperemos?».

—La verdad es que, como plan, deja mucho que desear.

—Estamos haciendo lo que *tú* querías hacer.

Refunfuño, pero en realidad tiene razón: mi primer instinto ha sido retirarme a un terreno más conocido. Vesper mira por encima del hombro y se encoge.

—Ahora sería un momento *estupendo* para usar la magia que te ha dado la Luna.

Sé que es mejor no volver la vista atrás. Cuando se huye para salvar la vida, el pánico puede resultar tan mortal como una teja o una piedra sueltas. Si yo fuese más fuerte, si me hubiese pasado la vida con tres comidas diarias y suficiente luz del sol, quizá pudiese cargar con Vesper y correr hasta ponernos a salvo, pero no es el caso.

Tampoco soy lo bastante fuerte como para evitar echar una mirada por encima del hombro al sendero por el que hemos venido. Suelto una maldición: una silueta conocida se acerca a nosotros. El Loco ha perdido la camisa por el camino y tiene su pálido pecho, brazos y manos manchados de sangre. Parece moverse como si estuviese dando un paseo, pero acorta la distancia que nos separa dando zancadas enérgicas con sus largas piernas.

—Te debo un poco de dolor, Luna —exclama. Odio ese tono despreocupado con el que habla. Me late tan fuerte el corazón que amenaza con salirse del pecho. El Loco viene sin su aliado, si es

que este sigue con vida, pero eso no cambia el hecho de que podría acabar conmigo en una lucha *sin* magia. Está claro que esta noche ya ha asesinado a alguien. El último Loco tenía la capacidad de cambiar de forma, de hacer que brotasen garras de sus manos. Si este también puede hacerlo...

—Agáchate. —Vesper no espera a que obedezca la orden. Me baja de un tirón al tiempo que el Loco me arroja un cuchillo a la cabeza. El arma atraviesa la distancia que nos separa, cada vez menor.

Hay un destello púrpura: un pájaro cae en picado, aparentemente salido de ninguna parte, interponiéndose en la trayectoria del cuchillo. Tanto el ave como el arma caen al suelo y ruedan, dejando tras de sí un reguero de sangre. La suerte de Vesper ha vuelto a manifestarse.

Me agarra con tanta fuerza contra sí que juraría que sus huesos se clavan en los míos.

—La suerte tiene efecto siempre que nos toquemos. O al menos me parece que así es como funciona. ¡Y ahora corre!

Vesper tira de mí hacia lo que, en un primer momento, parece ser la pequeña entrada de una tienda. Abre de un empujón sin vacilar un instante y entra tirando de mí. Cierra de un portazo e, incluso con el zumbido que tengo en los oídos, oigo que echa la llave. Dudo que vaya a aguantar contra el Loco, que está dispuesto a matarnos, pero quizá lo retrase un poco.

—Por aquí.

No me queda más alternativa que ir tras Vesper. Aún no me ha soltado y no consigo librar mis dedos entrelazados a los suyos. Si de verdad la suerte está funcionando, no puedo arriesgarme a que se vuelva contra *mí* en cuanto dejemos de tocarnos.

Resulta difícil apreciar todos los detalles del espacio tan estrecho

que cruzamos a toda prisa, pero le falta bastante de esa riqueza recargada que parece formar parte de cada elemento del Distrito de Copas. Ni siquiera hay ventanas, por el amor de los dioses.

—¿Dónde estamos?

—En la parte de los sirvientes. No resultaría adecuado permitir que la gente *normal* deambulase por ahí para que la viese cualquiera. Este camino conecta con docenas de senderos del Distrito de Copas. Sin embargo, no lleva hasta otras cortes, así que tendremos que volver a la calle para marcharnos de aquí. —Me mira por encima del hombro y frunce el ceño—. Al menos quien nos persigue es el Loco. Sería una desgracia que nos siguiese un campeón capaz de destruir este pasadizo.

Una desgracia. Sí, es un modo de verlo. Pero he de decir que *también* me alegro de que no sea quien nos persigue ahora mismo. Bastante miedo da ya el Loco. Mientras corremos, me fijo lo poco que puedo en el techo: no mide más de metro ochenta de altura..., demasiado bajo para los sirvientes más altos, y está hecho de los mismos gruesos ladrillos que las paredes.

Intento imaginar cómo encajan estos pasadizos en la disposición general del Distrito de Copas. No he visto callejones, pero había bastantes recovecos y puertas por entre las manzanas. Los tejados aquí son más uniformes que en los Sedimentos y el Sol los alcanza a todos cuando cruza el cielo. Aquí no hay edificios amontonados unos encima de otros, aunque hay muchos lo bastante altos como para albergar a múltiples familias o negocios. ¿Estaremos en uno de ellos?

Vesper se gira de repente, llevándome por una puerta estrecha en la que no me había fijado. Giramos un recodo más y luego otro. No es que me sienta perdida, pero me costaría bastante desandar el camino que hemos recorrido entre los pasadizos, al parecer gracias a

la infalible memoria de Vesper.

—¿Dónde vamos? —susurro.

Vesper aminora la marcha. Ahora cojea bastante más que antes. Si bailar le hace daño, imagino que correr por su vida también. De no ser por la cojera, jamás me habría dado cuenta de que sufre dolor, porque este no se refleja en su expresión. Mantiene lo que empiezo a pensar que es una... máscara de serenidad habitual.

Le tironeo de la mano hasta que frena del todo. Las paredes se cierran a nuestro alrededor, tan cerca que mis hombros rozan los ásperos ladrillos. Aquí está tan oscuro que no debería ser capaz de ver el pecho de Vesper, que asciende y desciende demasiado rápido.

—Vesper, ¿dónde vamos?

Durante un instante creo que no me va a responder. Suelta el aire lentamente, como si intentase controlar la respiración.

—La prioridad principal era escapar del Loco, cosa que me parece que aún no hemos conseguido del todo. La segunda prioridad es echar un vistazo al terreno de juego. Se te ocurrió lo mismo anoche y fue buena idea. La información es poder. —Contempla nuestras manos unidas y vuelve a esbozar esa sonrisa—. Deberíamos...

En la lejanía se oyen pasos que se acercan, así que nos quedamos inmóviles. «El Loco». No está corriendo, sus zancadas son tan largas y regulares como lo eran en la calle. Me doy cuenta de que estoy aguantando la respiración en un intento de ubicarlo. ¿Estará siguiendo nuestro rastro?

—Luuuuuuna —llama el Loco desde algún lugar a nuestra espalda—. Puedo oler tu miedo. Sigue huyendo. Estoy disfrutando de la persecución.

Bueno, eso resulta aterrador.

¿Cómo consigue seguirnos? Imagino que no podrá oler

realmente mi miedo. O quizá sí, porque, aunque no apriete el paso, sus pisadas se oyen más fuerte ahora, más cerca.

En un espacio tan reducido no voy a poder luchar con él. Quizá hubiese tenido alguna oportunidad en la calle, con margen para maniobrar, pero, en un pasadizo con paredes tan estrechas que no puedo mover las hoces..., lo único que tiene que hacer el Loco es agarrarme y se acabó.

—Venir aquí ha sido un error.

—Era la única opción que teníamos —espetta Vesper.

Puede que tenga razón. Lo único que sé es que el Loco se acerca cada vez más, silbando una tonadilla por el camino.

—Necesitamos algún sitio en el que escondernos.

—Aquí no hay ningún escondite. Esto es un simple pasadizo, no un laberinto.

No sé bien cuál es la diferencia. Lo único que sé es que, cada instante que pasamos discutiendo, el Loco se acerca más. Mi miedo me exige que corra, pero Vesper no podrá mantenerme el ritmo y, aunque pudiera, no sé si supondría una gran diferencia.

Paso la mano por la pared, y este es el único motivo por el que me percató de que hay otra abertura, aún más pequeña que la anterior. El pasadizo al que da también es más breve; acaba en una pared que claramente tuvo una puerta en su día, pero que ahora está cubierta por un muro de ladrillos.

—Ahí no hay salida —sisea Vesper.

—No necesitamos salida. —Sobre todo porque estamos en sombras; en realidad, más que sombras. Aparte de las antorchas repartidas irregularmente, cuya luz no llega a este punto en concreto, ahora mismo nos encontramos en medio de una oscuridad completa. Puedo ocultarnos aquí... o eso espero—. Dame un segundo.

—No tenemos un... Oh.

Hago que nos envuelvan las sombras, que esta vez responden a mi orden al instante. Me cubren el vestido, ahogando el leve resplandor de la tela, y bañan la plata de la falsa armadura de Vesper en una perfecta oscuridad. Ni siquiera yo lo veo del todo, y eso que estamos tan cerca que respiramos el mismo aire. Al parecer, la Muerte estaba en lo cierto: cuanto más profundas sean las sombras, más invisible seré, y también Vesper por extensión.

—Shhhh —le pongo una mano en la boca y lo aplasto contra la pared, esforzándome por que se nos confunda con la nada. El Loco está *cerquísima*. No nos queda tiempo...

Lo que gira el recodo y entra en el pasadizo parece provenir de una pesadilla. Mouse dijo que el último Loco era capaz de transmutar partes de su cuerpo, pero solo mencionó las garras. *Este* Loco ha transformado su cabeza entera en una combinación de humano y... algo más. Un largo hocico ha reemplazado su nariz y boca, por entre sus feroces morros asoman colmillos y olfatea el aire en busca de mi rastro. Y lo que es peor es que, al hablar, suena como siempre:

—Sal de donde estés, Luna. Te haré el favor de acabar contigo enseguida.

El miedo me recorre la columna vertebral. Mi sombras han de aguantar, tienen que hacerlo. Me muerdo el labio inferior con tanta fuerza que saboreo un líquido cobrizo. No tengo tiempo para prepararme, para pensar en un plan, para descubrir *cómo* tender una emboscada en un espacio tan reducido. Ahora veo sus garras, casi tan largas como las dagas del Sol. Si el Loco nos encuentra, nos matará.

Aminora el paso al aproximarse a nuestro escondite. Noto cómo le sube y baja el pecho a Vesper, presa del pánico, igual que el mío.

De todos modos, conseguimos contener la respiración, o quizá mis sombras impidan oír además de ver. Si se tratara de cualquier otro campeón, no nos encontraría, pero está claro que el Loco me localiza por el olor.

Ahora está tan cerca que podría tocarlo si alargara una mano, si estuviese dispuesta a perderla. Mueve la cabeza adelante y atrás mientras olfatea.

Se oye un estruendo, que percibo en las suelas de las botas y en la mano que tengo apoyada sobre la pared del pasadizo cerca de la cabeza de Vesper, y cae polvo del techo, enrareciendo el aire. ¿Qué sucede?

El Loco se *encoge*, literalmente, y estornuda. Otro estruendo, este mucho más fuerte, y más nubes de polvo. El pasadizo parece estar a punto de derrumbarse sobre todos nosotros, pero sigo sin moverme. Vesper aguanta la respiración y yo hago lo mismo. No pienso bajar ahora mis sombras, independientemente de la dirección de la que provenga el peligro. Si el pasadizo se viene abajo, tendremos una oportunidad de sobrevivir, pero si el Loco nos atrapa, nos enfrentamos a una muerte segura. Es una elección sencilla, aunque mi cerebro zumbe de terror.

—Quizá la próxima vez —gruñe él. Se gira hacia el pasadizo por el que ha venido y echa a correr, desapareciendo a los pocos segundos. Un tercer estruendo me obliga a cerrar los ojos y enterrar el rostro en la garganta de Vesper en un intento de reprimir la tos. Creo que el Loco ha huido de verdad, pero no pienso darle ningún motivo para regresar aquí.

El techo se va a derrumbar en cualquier instante. Quizá la suerte de Vesper nos salve, pero estoy segura de que sus poderes tienen un límite. Si comprendiese cómo conseguí viajar por las sombras anoche... En cualquier caso, no hay más temblores. La tierra se

mantiene estable bajo nuestros pies y el polvo acaba por aposentarse, aunque mi corazón no se calma. No estoy segura de cuánto tiempo pasa hasta que me atrevo a alzar la cabeza.

—¿Qué ha sido eso?

—Creo que ha sido la Torre. —El tono susurrante de Vesper es idéntico al mío—. Quizá esté buscando al Loco junto con la Muerte.

Lo que es seguro es que *no* nos busca a Vesper y a mí; de lo contrario, la destrucción no habría cesado. Carraspeo e intento dominar mi miedo. Apenas he asimilado la noticia de que tal vez la Muerte lamente haber matado a mi madre hasta el punto de detener su mano antes de acabar conmigo, y la de la Torre por extensión. Me resulta del todo increíble que le esté dando caza al Loco para *salvarme* a mí.

—La Muerte se está comportando de un modo extraño. Ayer interrumpió a la Torre antes de que me asesinase, justo al alba. Probablemente solo significa que no quería que eliminasen a su nuevo aliado, pero... —Pero sabe quién soy en realidad. No puedo contárselo a Vesper. Aunque piense que ahora tenemos una alianza, no sé cómo reaccionará al saber que la última campeona de la Luna era mi madre. Quizá le dé igual, pero no estoy dispuesta a descubrirlo.

—Sea como sea, nos hemos salvado de *morir*.

La tensión abandona su cuerpo. Me agarra de las caderas, casi como si estuviésemos bailando, excepto que no he estado tan cerca de ninguna de mis parejas de baile como de Vesper ahora mismo. Es en este instante cuando me doy cuenta de que tenemos el cuerpo pegado el uno al otro, del pecho a las rodillas.

Vesper esboza una suave sonrisa y su expresión adopta una intensidad que no sabría definir. Trago saliva.

—¿Vesper?

—Muy buen truco ese de las sombras. —También habla entre susurros. Sus palabras son más la sugerencia de un sonido que un sonido en sí—. Nos será muy útil para seguir adelante.

—Quedan horas para el alba. —No veo el cielo, pero soy dolorosamente consciente de cómo avanzan los segundos a medida que la Luna lo atraviesa—. Y, después de lo que acaba de pasar, *no* quiero quedarme en estos pasadizos.

—Kestrel, presta atención. —Vesper se apoya en la pared con aire completamente relajado y gira la cabeza de un modo que empiezo a reconocer. ¿Está... flirteando conmigo?—. Estoy elogiando tus sombras.

Frunzo el ceño.

—El Loco acaba de intentar matarnos.

—Y, si sobrevive a esta noche, lo volverá a intentar, pero no lo conseguirá. —Se inclina y su nariz está a punto de rozar la mía—. Mientras no me sueltes la mano, no podrá tocarte. No se lo permitiré.

Desde luego, está flirteando. En otro momento, en otro lugar, le seguiría la corriente enseguida. Vesper tiene el atractivo de un objeto precioso, algo que robar, algo que meterme en el bolsillo y llevarme a casa escondido para maravillarme ante su belleza toda la noche. Sin embargo, no se trata solo de su aspecto; las cosas serían más sencillas si se redujesen a lo físico. Todo lo que hay en la colina es de una hermosura tan innaccesible como la suya. Rechazar a Vesper debería resultarme tan sencillo como rechazar su lugar de origen.

—Esta vez no ha sido tu suerte lo que nos ha salvado. Ha sido la Torre. —Inexplicablemente.

—Los caminos de la Rueda son misteriosos.

Pongo los ojos en blanco y me echo hacia atrás.

—Eres Espada. Ni siquiera crees en la Rueda de la Fortuna.

—He entrado en las Pruebas del Tarot. Por supuesto que creo.

Vesper empieza a revelarse como un enigma de lo más interesante. Es noble de la Corte Menor, ha nacido entre Espadas y ha llegado a ser paje a una edad bastante temprana. Y, lo que es más, conoce el Distrito de Copas lo bastante bien como para saber dónde están los pasadizos de los sirvientes. También parece respetar a los dioses antiguos, lo cual no es nada común en la Corte Menor.

Pero da igual. Aunque yo sea lo bastante imprudente y esté lo bastante desesperada como para intentar establecer una alianza con Vesper, *no* soy ninguna necia: no quiero verme atrapada en nada más complicado. Me juego demasiado. El precio es demasiado alto.

—Qué oportuno.

—Nadie puede negar que existen los dioses antiguos, es algo profundamente arraigado en los cimientos de Caelria. Se ve en nuestro calendario, en el hecho de que las Pruebas les proporcionen a los dioses voz en el Concilium, en la magia en sí misma.

—Suenan muy bonito, pero tú y yo sabemos que la Corte Menor no aprecia en absoluto a los dioses menores. No son *vuestros* dioses.

Vesper se encoge de hombros.

—Eso son diferencias políticas y religiosas. Siempre hay tensión entre los dos grupos de adoradores.

«Tensión», supongo que podría denominarse así. Eso no cambia la decepción que supone esta respuesta.

—Si los dioses siguen presentes y usan a la Cinque para tener voz, están haciendo un trabajo de mierda a la hora de cuidar del resto de la población.

—Cuando ganemos, les daremos mejor voz.

Así, sin más.

—Eres *Espada*.

—Sí, lo cual significa que me han preparado para pensar. Jamás me he encontrado con un misterio que no quisiera explorar, y los dioses antiguos suponen el mayor de todos. A mi corte no le gusta ahondar mucho en su culto, pero hay cierta información que podría ayudar a toda la ciudad, no me cabe duda. —Yo empiezo a apartarme, pero Vesper me agarra de la mano y entrelaza los dedos con los míos—. Recuerda, Kestrel, no me sueltes.

Aunque siento un latido extraño en el corazón, decido ignorarlo. Vesper suena casi tan idealista como Mara me acusa de ser a mí. No estoy segura de si ese fervor en su tono proviene del *misterio* o de la posibilidad de ayudar a otros, pero apostarí a que se trata de lo primero.

—Sigamos.

—Muy bien. —Salimos del recoveco y seguimos la misma dirección en la que íbamos antes de que el Loco nos obligase a escondernos. Tras unos cuantos recodos más y un incómodo ascenso por una corta escalera de mano —durante el cual me veo obligada a agarrarle el tobillo a Vesper—, salimos al exterior en plena noche.

Por puro instinto, atraigo las sombras hacia aquí para ahogar los sonidos. Cierro la trampilla por la que hemos salido y miro en derredor. El tejado en el que nos encontramos es plano y contiene una docena de casetas bajas que reconozco al instante como invernaderos. Sin poder reprimirme, me acerco a uno de ellos, llevando a Vesper prácticamente a rastras, y pego la mano al cristal, que sigue caliente gracias al sol del ocaso, o quizá cuenten con una tecnología que les permita regular la temperatura. En esta época del año no es necesario, pero los inviernos en Caelria pueden ser duros. Imagino que no basta con el vidrio para mantener las plantas

seguras y florecientes.

—Tenéis muchísimo. —No pretendía decirlo así. Estos días se me escapan muchas cosas que no pretendo decir—. Tenéis todo lo que nos falta a los que vivimos colina abajo.

—Lo sé. Lo siento. —Vesper me aprieta la mano—. Podemos hablarlo luego, pero ahora no puedes permitirte ninguna distracción.

Quizá debiese haber venido antes a los distritos de la corte. Debería haberme acostumbrado a su opulencia antes de participar en las Pruebas. Suelto un resoplido. Ya, claro, me habrían echado a patadas de la colina en cuanto una patrulla de Bastos hubiese reparado en mí.

Suena un estruendo en la lejanía y se ve una llamarada tan intensa que tengo que protegerme los ojos con la mano.

—El Sol está luchando. —No quiero reconocer que siento una suerte de alivio al comprender que ha salido con vida de la torre de los Copas.

—Se llama Cato —dice Vesper en tono neutral—. Podría ser un aliado valioso.

Yo le lanzo una mirada hostil.

—Estoy bastante segura de que se ha prestado a participar en las Pruebas para apoyar al Carro. Si es el quinto de su alianza, el Carro lo está usando para atraer a otros campeones y eliminarlos. No podemos confiar en él.

Vesper niega con la cabeza.

—Semejante maniobra no es propia del Carro. Él prefiere atacar de frente a cualquier problema, sin importar los obstáculos que haya en el camino.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Ya lo mencioné el primer día en el carruaje: me he pasado muchos años entre reuniones del Concilium. Conozco bastante bien

a la Cinque. La Estrella siempre intenta que alguna otra persona le haga el trabajo sucio... y que piense que ha sido idea suya. Al Juicio le gustaba la crueldad porque sí. La Muerte va a su aire y siempre hace jugadas estratégicas para cumplir sus planes a largo plazo, sean los que sean. Y también sé cómo actúa el Carro.

No le falta razón, tanto en esta discusión como en el hecho de seguir demostrando su valía durante las Pruebas y después de ellas. Aun así, no estoy dispuesta a creermelo que sea pura coincidencia que Cato haya entrado en las Pruebas después de trabajar como esbirro del Carro.

—Eso solo significa que Cato también piensa en el largo plazo. — Me niego a ser tan necia como para pensar que no nos la jugará para ganarse el favor del Carro a la primera oportunidad que se le presente—. Ya lo verás. Al final quedarán el Carro y él.

—Kestrel. —Vesper espera hasta que me giro en su dirección. Si no hubiese esperanza e ingenuidad en sus ojos oscuros, podría desechar la argumentación que claramente está fraguando en silencio. Sin embargo, cuando habla, lo hace con sensatez—: Nuestra alianza cuenta con sigilo, suerte y un buen conocimiento de la zona. Lo que nos falta es magia ofensiva. De entre quienes quedan, Cato es el mejor candidato a aliado. Tiene ambición, pero no es tan intrépido como para que los demás campeones quieran unirse a él... Y el Carro lo vigila como si fuese un perro rabioso al que hay que matar, no como un aliado. Hay un motivo por el que te buscó en la fiesta: no le quedan opciones.

No me gusta lo que dice, sobre todo porque no me gusta *Cato*.

—Si morimos intentando llegar hasta él ahora mismo, dará igual que esté abierto a alianzas.

—Ya has oído al Loco antes. Si sobrevive hasta mañana, lo cual me parece bastante probable, porque no vi rastro ninguno de su

cuerpo destrozado en la calle ahí abajo, va a ir a por ti. Lo insultaste y humillaste delante de los demás campeones. No piensa dejarlo pasar. —Se encoge de hombros, como si todo esto le diese igual. Lo único que evidencia que se trata de una fachada es la tensión que noto en su mano unida a la mía—. Viste sus garras, sus colmillos. Sin magia ofensiva, nuestras probabilidades de sobrevivir a una lucha contra él se reducen drásticamente.

Abro la boca para decir que eso no es cierto, pero me detengo. Vesper es Espada, no puede mentir sin sufrir un gran dolor. Eso no implica que no esté mintiendo ahora, aunque no haya nada que lo indique. Sin embargo, no tiene motivo alguno para hacerlo. Tanto Vesper como yo hemos visto lo peligroso que es el Loco. A mí me parece que tengo pocas probabilidades de ganar si me enfrento a él, y encima viene a por *mí*. Lo único que tiene que hacer Vesper es darme de lado para aumentar sus posibilidades de ganar. Y, sin embargo, aquí está, intentando convencerme de que reforcemos nuestra alianza.

—Si tuviese rayos de Luna, quizá estuviera más dispuesta a intervenir en esa lucha para salvar al Sol...

Vesper esboza una leve sonrisa.

—Eso es mentira, Kestrel.

Suelto una maldición.

—Está bien. La verdad es que me siento desesperadamente indefensa ante los pocos campeones que he visto luchar. Incluso aquellos que *no* lo hacen, como la Estrella, me han superado sin dificultad. Si bajamos ahí, a la calle, tenemos las mismas posibilidades de morir entre espantosos sufrimientos que de ayudar al Sol.

—Se llama Cato —repite Vesper en tono amable.

—Ya lo sé. —Aprieto los dientes y me asomo al borde del tejado.

Las calles están desiertas. No es muy tarde, pero nadie quiere verse en medio del fuego cruzado de dos campeones. Según Mouse, toda la ciudad solía salir a ver cómo se pintaban de sangre los adoquines. Algunos morían; muchos en realidad. Cuando los campeones se enfrentan entre sí, provocan una destrucción similar a cuando son los dioses quienes lo hacen. Así pues, hoy en día, durante las Pruebas, la población se refugia en casa tras el ocaso y atranca puertas y ventanas. Eso no basta para salvar a todo el mundo, pero las bajas son significativamente menores.

—Tenemos la oportunidad de ganar, Kestrel. De ganar de verdad.

—Deja de intentar manipularme. La Rueda de la Fortuna no ganó en las últimas Pruebas. —Fue el Juicio quien ejecutó a la última Rueda. Intentó decapitarla tres veces y lo consiguió antes del alba. A la Rueda se le acabó la suerte—. Por mucho que sepas y muchos poderes que tengas, la suerte no te hace inmortal, y desde luego no va a garantizar que *yo* gane, joder.

—Eso es verdad. Hace sesenta y seis años que no hay ninguna Rueda de la Fortuna entre la Cinque. —Se encoge de hombros—. La suerte es poderosa, pero hay límites en su poder. Hay que usarla de manera sagaz, emplearla en beneficio propio en lugar de limitarse a asumir que se encargará de todo sin esfuerzo. Además, quienes se presentaron a la Rueda en el pasado se equivocaron a la hora de escoger aliados. Yo no pretendo cometer el mismo error, por eso quiero aliarme con Cato.

Contemplo toda Caelria desde las alturas. No nos encontramos en la cima de la colina —ese privilegio solo lo tiene la Corte Menor, cuyos miembros están escondidos tras sus preciosas paredes—, pero sí que estamos lo bastante altos como para ver varias luces sobre la muralla que rodea la ciudad. No estoy segura de si son fogatas destinadas a que los Bastos de guardia mantengan el calor o

simplemente luces. En los Sedimentos, la altura de la muralla empequeñece todo lo que esta rodea con su larga y oscura sombra. Aquí arriba podría convencerme de que las estrellas están demasiado cerca del suelo. El peligro de la muralla, el recordatorio de la muerte segura que espera al otro lado, no me parece tan *real* como siempre.

Siento una extraña punzada de añoranza en el pecho. Me he pasado toda la vida planeando entrar en las Pruebas y ganar, cambiarlo todo —no solo para mí, sino para toda mi familia—, y sin embargo ahora daría lo que fuera por estar de nuevo en ese apartamento desastrado, enfrascada en una partida de dados con Pika, Quoll y los pequeños. Por ver a Mouse sentado en su silla de siempre, con sus viejas agujas de punto, contándonos historias de las últimas Pruebas. Visto desde su perspectiva, todo parecía muy *manejable*. En sus historias, mi madre jamás sentía confusión ni miedo, jamás sentía la duda metida en sus mismísimos huesos.

—No sé qué es lo que estoy haciendo. —No pretendía decirlo. No pretendía reconocer semejante debilidad. Es que estos últimos dos días han sido demasiado—. Nada es como esperaba que fuera, ni las Pruebas ni la Muerte.

—Suele pasar con los planes mejor trazados: el control que se siente al idear el plan nunca sobrevive al primer encontronazo con la realidad. —Vesper me aprieta la mano—. Cato me propuso una alianza, igual que te la propuso a ti. Es arrogante, ambicioso y vulgar, pero puede vencer al Loco, sobre todo si nos coordinamos. Fíjate en cómo pelea él solo.

Sigo la mirada de Vesper. Hay unos intensos fogonazos de luz en mitad de la noche, una y otra vez. La batalla está más lejos que antes, por lo que el estruendo apenas se oye.

—Sigue con vida. —Esa certeza no debería provocarme tanto

alivio. Cato me considera una buena candidata para establecer una alianza, nada más. Yo, por mi parte, creo que es todo un gilipollas.

Pero... sé cómo se llama.

Solo cinco de nosotros van a sobrevivir. Lo más seguro es que Cato esté luchando ahora mismo contra una de las alianzas. Por más poderoso que parezca ser...

—Sería peligroso intentar salvarlo. Lo más seguro es que otros campeones nos ataquen.

Vesper se me queda mirando largo rato y niega con la cabeza.

—No te tenía por una cobarde.

—Es que *no* soy ninguna cobarde. Huir es parte importante de mantenerse con vida, lo sabes tan bien como cualquiera. No le plantaste cara anoche a la Torre cuando estaba a punto de cortarme la cabeza. —Vale, técnicamente le dije a Vesper que huyese, pero ahora no me interesa ser tan precisa.

—Ya lo sé. —Vesper asiente despacio—. Y también sé que fue una lucha en la que no ganaste. Lo cual nos vuelve a llevar a lo de la magia ofensiva.

Yo ya estoy negando con la cabeza. No quiero hacer esto. Siento un nudo en la garganta de puro miedo. No puedo dejar de pensar en cómo salivaba literalmente el Loco mientras me olfateaba.

—Es demasiado arriesgado.

—Pues voy sin ti. —Vesper empieza a apartar la mano de la mía, pero aprieto los dedos por instinto para que no me suelte. Baja la mirada y esboza una sonrisa—. Decídetes ya: o vienes conmigo o me dejas marchar.

Lo más inteligente es dejar que se vaya. Aunque no sea capaz de cumplir mi fantasía de ver cómo la vida abandona los fríos ojos de la Muerte, al menos tendré la oportunidad de sobrevivir. Ahora mismo es lo mejor que tengo. Lo que me pide Vesper casi roza el

suicidio.

—Vesper, por favor.

—No te preocupes —dice en tono tierno. En los dos días que hace desde que nos conocemos, jamás he tenido un aspecto tan amable como ahora. Me da unos golpecitos en la mano—. Escóndete, Kestrel. Si todo va bien, te veré por la mañana. Si no, puedes venir a mi tumba a decirme «te lo dije». —Me suelta la mano y regresa cojeando a la trampilla.

No puedo acompañar a Vesper. *No puedo*, joder. Lo que me pide es imposible. Es justo lo opuesto a todo lo que me aconsejó Mouse que hiciese a la hora de participar en las Pruebas. ¿Qué iba a aportar yo contra una alianza si ni siquiera puedo enfrentarme a un único campeón? Si regresamos...

Siento cómo crece la presión en mi interior, cada vez más fuerte, hasta que apenas puedo respirar. Regresar es un suicidio, pero ver a Vesper desaparecer por la trampilla me sienta aún peor. Casi oigo a Mouse chillándome que me esconda, que cuide de mí misma, que no confíe en nadie. Y tiene razón. Es lo mejor.

Sin embargo, me alejo de un paso del borde del tejado y me acerco a la trampilla. Luego doy otro paso, y otro, y otro, hasta que de pronto estoy corriendo tras Vesper.

—Espera. Voy contigo. —Desciendo por la escalera de mano a trompicones y casi me llevo por delante a Vesper, que espera justo abajo.

—Pues vamos a buscarnos un aliado. —Sonríe.

Al igual que sucede con la Muerte, la fuente de la popularidad de la Torre entre sus adoradores es el miedo. Los cambios repentinos y catastróficos resultan terroríficos para cualquier humano, con independencia de su estatus o privilegios. El mejor modo de combatir este miedo es recordarles a nuestros ciudadanos la calidez del fuego, la abundancia y generosidad del agua. Que no teman lo que les depara el futuro a expensas de su hogar y familia.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



12

A cada paso que damos volviendo por donde hemos venido, de nuevo agarrada a la mano de Vesper, oigo la voz de Mouse en el oído exigiéndome que haga justo lo contrario:

«¡Escóndete!».

«No te hagas la heroína, Kestrel. Vas a conseguir que te maten».

«Si rajan a alguien, que al menos no sea a ti».

Tiene razón. Sé que tiene razón..., pero también la tiene Vesper. No puedo sobrevivir sin aliados. Sin la intervención de la Muerte, la Torre me habría matado anoche. Y, antes, yo no habría conseguido salir de la torre de los Copas de no haber sido por la suerte de Vesper. Y ni Vesper ni yo habríamos sobrevivido al paso del Loco por el pasadizo de no haber sido por el ataque de la Torre.

Aunque establecer una alianza no fuese parte del plan original, no está saliendo nada según ese plan, así que tengo que adaptarme y he de hacerlo rápido. Con Cato formaríamos un trío equilibrado, puede que tengamos la oportunidad de ganar.

—Kestrel —susurra Vesper—. Casi hemos llegado a la puerta.

Al hacerlo me coloco la primera.

—Espera un momento. —Desplazo las sombras para que nos cubran y la profunda oscuridad me envuelve como una vieja amiga. Antes incluso de participar en las Pruebas, unas sombras profundas podrían marcar la diferencia entre un golpe exitoso o tener que correr por mi vida huyendo de un Basto cercano. ¿Cuántas noches he pasado agazapada entre ellas rezando por que la Luna dirigiese su mirada a otra parte?

Salimos por la puerta a la calle, donde la noche parece aún más oscura. Cato y la pelea deben de estar alejándose de nosotros, porque solo atisbo destellos por el cielo de las brillantes luces que provocan sus ataques. No sé si lo pretendía, pero es como si hubiese erigido un faro para que lo encontremos. Ya no hay tiempo para preguntarse si he tomado la decisión correcta. Ha llegado la hora de actuar.

Me dirijo por la calle hacia los sonidos y luces de la batalla. Voy pegada a los edificios por si hubiera otro campeón escondido esperando aprovechar cualquier distracción por nuestra parte. Si son listos, se habrán alejado de aquí, pero ya ha quedado claro que algunos de ellos —por ejemplo, el Emperador— no son demasiado sagaces. Será toda una sorpresa que ese tipo sobreviva a esta noche.

Al sentir una levísima presión en la mano, miro por encima del hombro. Vesper se está rezagando. No hay nada en su rostro que indique que le cueste andar, pero ya empiezo a entender que, cuando se trata de mostrar algo parecido a la vulnerabilidad, es una tumba. Y lo comprendo. Al moverse entre depredadores, cualquier indicación de debilidad es equivalente a arrodillarse en mitad de la calle y dejar al descubierto la garganta para que te la rajen.

Aminoró levemente la marcha para permitir que me siga el ritmo. Ahora la cojera parece más pronunciada que al principio de la noche.

¿Cuánto tardará el dolor en impedirle caminar? ¿Y qué hago cuando eso suceda?

«Pues dejarlo atrás. Cortar cualquier atadura». No hago caso a la voz de Mouse. Le he dado a Vesper mi palabra de que esta noche mantendremos una alianza. En los Sedimentos, lo único que tiene la gente es su palabra; quien se acostumbra a romperla suele tener una esperanza de vida mucho menor de lo normal. Aunque haya establecido esta alianza a regañadientes, pienso *mantener* mi palabra. No voy a abandonar a Vesper.

Siento una leve presión bajo la piel, como si alguien estuviese acariciándome zonas por donde *ningún* dedo debería pasar. Me encojo y alzo la mirada, segura de que estamos a punto de sufrir un ataque. Pero nada. Nadie. Mi mirada aterriza sobre una sombra particularmente oscura, por donde un edificio alto se cierne sobre otro más pequeño a cuya altura casi hemos llegado.

«Sería preferible estar en el tejado».

En el lapso entre dos pasos, la calle se vuelve líquida, extraña. Vesper emite un gemido ahogado, pero vamos a demasiada velocidad como para detenernos. Agarro con más fuerza su mano y doy un tirón para que se agache conmigo. Acabamos agazapándonos justo en el sitio en el que me he fijado hace unos segundos, a muchos metros del lugar donde estábamos.

A Vesper se le desorbitan los ojos.

—¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

Yo sigo mirando en derredor, sorprendida. No estoy segura de si he sido yo o si ha sido alguien que quiere atacarnos. Sin embargo, no veo a nadie. No hay ninguna sensación de peligro más allá del frenético galope de mi corazón.

—No lo sé.

Vesper se inclina hacia delante, con el rostro iluminado de

emoción.

—Hazlo de nuevo.

—No sé *cómo* lo he hecho. —Sin embargo, mientras protesto, miro al lado contrario de la calle en busca de otra sombra oscura que me llame. Tras otro parpadeo y un corto paso al frente, nos encontramos allí. Experimento una extraña sensación en la cabeza que me recuerda a la fiebre de invierno que asoló los Sedimentos. Los primeros en pillarla fueron los pequeños; luego, dejó tan demacrado a Mouse que pensé que se iba a morir, y por último fui yo la que cayó.

Pero no podía permitirme descansar. Ninguno de *ellos* podía permitirse que yo descansara. Fui la única que aguantó porque, si hubiese sucumbido, todos nos habríamos muerto de hambre. Mientras me desplazaba por los tejados intentando birlar los bolsos que se ponían a mi alcance en los mercados del Peridoto..., sentí algo muy parecido a lo de ahora.

Me llevo los dedos a la sien, segura de que noto justo ahí mis latidos.

—No sé cuántas veces más voy a poder hacer esto.

—Imagino que es parecido al funcionamiento de los músculos. Necesitas resistencia y fuerza —musita Vesper—. Probablemente no ayude tener que cargar conmigo.

Se oye un grito penetrante y agónico en la lejanía..., que se interrumpe de golpe. Cruzamos la mirada. Antes de que me dé tiempo a proponer que abandonemos el plan, una llamarada brillante nos indica que quienquiera que acaba de ser herido o asesinado... no es Cato.

—Sigamos. —Se nos acaba el tiempo. A mí dos saltos entre las sombras me han dejado mareada; mientras que Cato lleva usando su magia mucho tiempo. Si queremos tener la oportunidad de

salvarlo, hemos de apresurarnos.

Vesper me lleva por los tejados en dirección a la luz. Hay *muchísimos* invernaderos ocupando hasta el último rincón disponible. Arrojan suficientes sombras para aprovechar, pero empiezo a preguntarme si no habré juzgado mal a la Corte Menor, al menos en parte. No malgastan ni un resquicio de la preciada luz solar. Aunque se niegan a compartir su riqueza, son conscientes de lo valiosa que es como recurso; eso suponiendo que todos estos invernaderos estén llenos de frutas y verduras. Por otro lado, en vista del jardín que atravesé durante la primera noche, es muy posible que algunos solo contengan flores.

Me veo obligada a dar otros dos saltos entre sombras. Me provocan mareos, pero así conseguimos llegar hasta una escalera que conduce al tejado de un edificio particularmente alto. Desde esa posición elevada, por fin conseguimos ver la pelea. Pinta... mal. La Muerte y la Torre tienen la espada desenvainada y han rodeado a Cato. Los escaparates a su alrededor están destruidos, el suelo está cubierto de esquirlas de cristal y quedan ascuas de varios incendios pequeños. Al igual que la mayoría de los edificios de Caelria, estos están hechos de piedra; es el único motivo por el que no se ha extendido el fuego.

Cato tiene un aspecto *horrible*. El sudor cubre su piel morena, tiene los hombros hundidos de agotamiento y enarbola las dagas temblorosamente. Aun así, no se ha rendido. Cada vez que los otros dos atacan, él los esquiva y lanza un brillante rayo de luz que los obliga a retroceder. Hasta ahora se las ha apañado, pero está claro que no aguantará mucho más.

¿Qué íbamos a hacer desde aquí? No, maldita sea, no sirve de nada pensar así. Ni a Vesper ni a mí nos faltan herramientas, aunque no tengamos intención de unirnos a la batalla de un modo

tradicional. Lo único que necesitamos es una oportunidad de salvar a Cato. Vesper empieza a hablar, pero alzo una mano.

—Dame un segundo para pensar.

Mientras los observo, advierto un patrón claro: van intercambiado posiciones. La Muerte ataca y se retira, dando paso a la Torre, que hace lo mismo. Si los dos atacasen a la vez, sin duda podrían vencerlo, o al menos acercarse lo suficiente como para que la Muerte le inflija alguna herida. Sin embargo, con el poder de Cato, uno de los dos acabaría herido..., si no muerto. Así pues, está claro que su plan es agotarlo para atacar cuando esté demasiado débil como para suponer una verdadera amenaza. No falta mucho para que llegue ese momento. Se nos acaba el tiempo.

—Sombras y suerte —susurro. Aparto la mirada de la contienda y oteo en derredor. Se encuentran en el cruce de cinco calles, lo cual les proporciona espacio suficiente para luchar. Tengo que aprovecharme de ello. Nos encontramos en el edificio más alto de las inmediaciones, pero lo bastante lejos como para que, si conseguimos subir a Cato aquí, haya pocas probabilidades de que la Torre y la Muerte nos encuentren. Técnicamente, la Torre podría arrasarlo toda la manzana con su magia, pero han tenido mucho cuidado de no ocasionar daños indebidos para no despertar la ira de la Corte Menor. No va a destruir ningún edificio a menos que tenga claro que nos encontramos dentro.

—Sombras y suerte. —Vesper asiente—. Tenemos que agarrarlo y echar a correr... o escondernos.

El problema es la parte de *agarrarlo*. Hay sombras en el cruce, siluetas alargadas que titilan al ritmo del enfrentamiento. Despliego mis poderes apuntando a la que tiene Cato a los pies, pero un destello de su poder la elimina por completo. Es como intentar sujetar una sombra bajo el sol de mediodía.

Aprieto los dientes de pura frustración cuando otra sombra vuelve a escapárseme de entre los dedos.

—Cato está creando demasiada luz con sus ataques. Solo puedo acercarme a esas sombras de la esquina. —Señalo uno de los pocos espacios a salvo de tanta destrucción—. Pero estaríamos muy al descubierto, tardaríamos demasiado en llegar hasta él y quizá no pueda usar mi magia para escapar.

Vesper murmura. Prácticamente, lo veo evaluando posibilidades y descartándolas. Al cabo, suelta una maldición en voz baja.

—Esto va a ser arriesgado.

—Te llevo diciendo lo mismo desde que lo sugeriste.

Me ignora y sigue hablando en voz baja, casi como si musitase para sí:

—Vamos a tener que separarnos.

—¿Qué?

—Me parece que voy a ser capaz de manipular la suerte sin necesidad de tocarte, o al menos de determinar hacia quién irá la mala suerte.

Le lanzo la mirada que se merece semejante frase.

—¿Te parece o *tienes la seguridad* de que podrás? ¿Lo has hecho antes?

—No, Kestrel, no lo he hecho antes. —Frunce el ceño al tiempo que Cato desvía otro ataque—. Solo hace dos noches que tengo a la Rueda de la Fortuna de mi parte, al igual que te pasa a ti con la Luna. Aún estoy descubriendo mis límites. Dicho lo cual, no nos queda otra alternativa. Si no dejamos de discutir, seguiremos escondidos en este tejado cuando Cato muera.

Trago saliva para reprimir una maldición.

—Está bien, nos dividiremos. Eso me ahorrará energía, pero sigue sin resolver el problema de cómo llegar hasta él.

—Lo sé. —Se restriega la frente con el dorso de la mano libre—. Transpórtame a aquel tejado lejano. Le grito que apague su fuego, tú lo agarras y me agarras a mí, y volvemos aquí.

Lo que dice tiene sentido, pero solo puedo pensar en el momento en que aquella teja se soltó inesperadamente y resbalé, el momento en que me torció el tobillo y acabé cayendo de espaldas, sin aliento ni defensa alguna. Llevo toda la noche esforzándome mucho para mantener el contacto físico con Vesper para estar protegida. No sabe si sus poderes seguirán afectándome una vez que nos soltemos.

—Tu suerte se volverá contra mí.

—Voy a esforzarme por apuntar hacia la Muerte y la Torre para darte una oportunidad. —Abre los ojos—. Te prometo que puedes confiar en mí.

Esas dos frases parecen contradictorias. Vesper obtuvo sus poderes al mismo tiempo que yo. Está intentando aprender, al igual que yo. Tiene *las mismas posibilidades que yo de joderlo todo*. Cato suelta un grito y, al girarme, veo que acaba de hincar una rodilla. Se nos ha acabado el tiempo.

—Prepárate. —No me detengo a pensar. Inspecciono los tejados del cruce en busca de alguno desde el que Vesper pueda ver la ubicación de Cato. Al instante encuentro unas sombras que nos llevarán hasta allí. Un paso, un instante sin aliento en el que parece que hayamos dejado de existir, y ahí nos hallamos.

Soltar la mano de Vesper me resulta más difícil; tengo los dedos rígidos de miedo. Reprimo el impulso de apretar su mano con más fuerza, de sujetársela para que su suerte no se vuelva contra mí.

—Solo tenemos una oportunidad de conseguirlo.

—Lo sé.

—A la de tres, me teletransporto. Espera un momento para que

me recupere del salto y llama a Cato.

Vesper asiente con determinación.

—Vale.

Conozco bien el miedo. Llevamos juntos desde que tuve edad suficiente para comprender que ni siquiera el poder de la Cinque había protegido a mi madre de la Corte Menor. El miedo ha estado agazapado junto a mí durante cada larga noche de invierno mientras me preguntaba cuándo volvería a salir el Sol. El miedo me ronda cada vez que Pika o Quoll intentan dar un golpe ellos solos. Se aferra a mí cuando pienso en el futuro que nos esperará inevitablemente cuando Mouse muera. El miedo y yo somos viejos enemigos.

—Uno. —Inspiro hondo—. Dos. —Vuelvo a inspirar—. Tres. — Suelto la mano de Vesper y regreso por las sombras hasta donde estábamos hace un momento. En cuanto aterrizo, agazapada entre dos estrechos invernaderos, con el pecho desbocado y la piel cubierta de sudor, la voz de Vesper reverbera como si sonase desde todas partes y ninguna.

—¡Cato, apaga tu luz!

Durante un instante eterno creo que no va a hacerlo. No tiene ningún motivo para confiar en una voz que resuena en la oscuridad, y menos cuando el peligro se desplaza por el aire con la forma de la espada de la Torre. Cato la esquiva por un pelo. Se mueve más lento que hace unos segundos. El siguiente ataque acabará con él..., o el de después, si es que de verdad tiene suerte.

Milagrosamente, Cato obedece. En un abrir y cerrar de ojos, la luz que emana de él desaparece, como si la hubiese absorbido su piel, y las palmas de sus manos se vuelven oscuras. Incluso la leve luz de las fogatas de alrededor parece atenuarse.

Me pongo en marcha al mismo tiempo que la Muerte. Tras un

parpadeo, estoy justo al lado de Cato, rodeándole la cintura. Al enfrentarme a la mirada vacía de la Muerte, veo la sorpresa en ella. Ya está en movimiento cuando yo aparezco, atravesando la noche con su espada, directa al pecho de Cato. Directa a *mi* pecho. No puede fallar. Está demasiado cerca, es demasiado rápido, es demasiado bueno, joder.

Y, sin embargo, falla.

Desvía el golpe en el último instante y se ve empujado hacia un lado por la inercia del golpe frustrado. No veo el destello púrpura que esperaba, señal de la suerte de Vesper, aunque no tengo tiempo para preguntarme qué está pasando.

Echo a correr como puedo, arrastrando a Cato conmigo, hasta las sombras en las que se esconde Vesper. Con la mano que me queda libre, agarro la suya.

—Buen trabajo —jadeo. Casi lo conseguimos, casi, casi.

—Pero si yo no he hecho...

Tras un tercer parpadeo, nos encontramos de nuevo en el tejado más alto. Abro la boca para indicarles a ambos que guarden silencio, pero la noche se vuelve extraña a mi alrededor y la débil luz de la luna tiembla ante mis ojos. Caigo de rodillas, mareada. Cato se derrumba en el tejado junto a mí. Mis poderes siguen lo bastante activos como para amortiguar los sonidos, gracias a los dioses, pero poco más.

Cato se apoya sobre mí.

—Gracias, Luna. Gracias, Rueda. —Sus ojos se cierran. Es Vesper quien nos apoya a los dos contra la pared de uno de los invernaderos. Se sienta a nuestro lado y nos agarra las muñecas.

—La Muerte ha fallado el golpe. —Intento tragar saliva, pero tengo la garganta muy seca—. ¿Has sido tú?

—No. No he podido manipular la suerte a tiempo. Ha fallado

porque ha querido. —Escruta la noche, pero no sé qué es lo que está mirando. Desde aquí no veo la calle, e imagino que Vesper tampoco.

—¿Qué? —Siento el cerebro extrañamente líquido, como si se agitara dentro de mi cráneo—. ¿Por qué?

—Eso ahora da igual. Lo hemos conseguido. —Vesper me sonríe. No es la sonrisa tensa y constreñida de siempre, sino otra nacida de un alivio tan enorme que convierte su atractivo en algo distinto por completo. Hasta tiene un puto *hoyuelo*.

De repente no soy capaz de hablar. Siento la lengua pastosa. A estas alturas, no sé si es Cato quien está desplomado sobre mí o yo sobre él. Quizá ambas cosas.

Vesper me aprieta la mano.

—Descansa, Kestrel. De momento estamos a salvo. —Sigue hablando en voz tan baja que apenas me llegan las palabras, aunque nos hallamos a centímetros de distancia—. Yo vigilo.

Soy tan idiota que cierro de verdad los ojos. La oscuridad se me lleva en el lapso entre dos inspiraciones.

Los clérigos de los dioses antiguos mantienen que su fe en el mundo invisible los coloca por encima de todo, pero quien estas líneas escribe no está de acuerdo. «Fe» no es más que otra palabra para «superstición». Puedo respirar aire, beber agua, poner los pies sobre la tierra, usar fuego para preparar comida y calentar mi hogar en invierno. Si los dioses antiguos existen, tal y como creen sus adoradores, ¿dónde están?

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



13

Mi campeona. Mi representante. Mi hija».

Me duele todo el cuerpo, como si hubiese caído del tejado más alto de los Sedimentos, a docenas de metros del suelo. Quizá fuera eso lo que sucedió justo después de encontrarme con Mara. Quizá me cayese, me desplomara en mitad de la noche hasta el implacable abrazo del suelo. Puede que ahora mismo me encuentre en el apartamento, que Mara se esté inclinando preocupada sobre mí y discutiendo con Mouse qué deberían hacer para salvarme. Quizá...

«Despierta, hija».

Abro los ojos poco a poco. Incluso ese minúsculo movimiento me duele tanto que me siento tentada a volver a la inconsciencia. Una mano fría me acaricia la frente y su tacto sobre la piel me resulta inconfundiblemente *inhumano*. Me incorporo de golpe y miro frenética en derredor. Ni rastro del tejado, el cielo nocturno y el invernadero a mi espalda. Me encuentro en un espacio extraño que parece enorme y finito al mismo tiempo, aunque no entienda cómo es posible. Aquí dentro la luz se comporta de forma curiosa: es brillante, oscura y mutable.

No estoy sola.

Hay una persona ante mí. Pero eso no es del todo cierto. Tiene *pinta* de persona, pero en ella hay algo... raro. Tiene la piel demasiado suave, las facciones demasiado uniformes y una larga melena oscura que ondea por una brisa que yo no siento. Y, lo que es más, su piel trigueña parece luminiscente, como si brillase. Me llevo con cuidado la mano a la frente. *Mi* piel parece normal, aunque un tanto caliente.

—Me has tocado.

La figura sonríe.

«Lo estás haciendo muy bien». A pesar de que esas palabras brotan claramente de la figura, esta no mueve la boca al hablar.

Parpadeo. La voz me resulta familiar; es la misma que oí en el templo. Hasta ahora estaba segura de que me lo había imaginado; era la única opción lógica... Sin embargo, no hay nada de lógico en lo que está sucediendo en este momento. Una de las monedas que me dio Mara se calienta muchísimo en el bolsillo de mi arnés; no sé si es una advertencia o señal de reconocimiento.

—¿Quién eres?

«Ya sabes la respuesta a esa pregunta».

Vuelvo a estudiar con atención a la figura.

—Estoy soñando.

«Sí y no».

Dioses, Mouse también habla así a veces. Me llevo con cuidado la mano a la sien. Necesito *pensar*, pero me resulta difícil con los latidos que noto en el cráneo. Quizá esto no sea más que un sueño extraño y esté tumbada inconsciente bajo la vigilancia de Vesper. Pero eso no es...

—Quieres que crea que eres la mismísima Luna.

«Soy la Luna. —La luz que mana del interior del cuerpo de la

figura se intensifica de forma sustancial—. Te encuentras en mi reino. Estás a salvo».

—No, no estoy a salvo.

La Luna esboza una débil sonrisa.

«Quizá no del todo, pero en este momento no sufrirás ningún daño».

Esto bien podría ser mentira. Una mentira que he creado yo misma, o quizá alguno de los demás campeones. No hay manera de estar segura. Aunque los arcanos mayores sean nuestros dioses, no están *presentes*. Incluso durante los fuegos, la única prueba de su existencia son los poderes que les otorgan a sus campeones. Y ahora este ser afirma que es uno de ellos, que la mismísima Luna está *aquí*, hablando conmigo...

Debe de haber alguna manera de que me demuestre quién es de verdad. Las preguntas se amontonan en mi garganta, unas sobre otras, en un intento de salir por mis labios. Quiero preguntarle por todos los misterios del universo. Quiero saber por qué nos han dejado solos para defendernos de la Corte Menor. Quiero que me explique por qué permitió que mi madre muriese. Sin embargo, formular cualquiera de estas preguntas es darle a la Luna demasiado poder. Si esto es una trampa que ha ideado otro campeón, he de descubrirlo.

—Dime algo que solo pueda saber la verdadera Luna.

Su expresión refleja lo que parece ser pesar.

«Mi última campeona era orgullosa, fuerte, leal. Y además era tu madre».

Siento calor y, luego, frío por todo el cuerpo. Muy poca gente conoce mi parentesco con la última Luna, y menos los campeones. Entra dentro de lo posible que la Muerte se lo haya contado a alguien, aunque no lo creo. Además, si bien sus poderes son

enormes, se limitan al reino físico. Si fuera capaz de invadir los sueños, mi madre lo habría sabido, siendo su aliada, y se lo habría contado a Mouse. Eso significa...

—Eres la Luna. Realmente eres la Luna.

«Lo soy. —Aparta la mirada, con el cuerpo en tensión—. No tenemos mucho tiempo».

Y yo lo he malgastado intentando descubrir si esto es una trampa. Si solo tengo una oportunidad de obtener respuestas, pienso aprovecharla.

—¿Por qué cometió traición mi madre?

La Luna ladea la cabeza.

«No cometió traición alguna. Representaba una amenaza para la Corte Menor, que decidió eliminarla. Ni siquiera ellos pueden interferir con las Pruebas, pero luego... —Se encoge de hombros—. Yo no pude salvarla. Con todo mi corazón desearía poseer el poder de hacer algo así».

Siento que se me encogen los pulmones dentro del pecho, pero intento disimularlo con una risa amarga.

—Por supuesto que no tenías el poder de salvarla. Qué cómodo resulta para todo el mundo, joder. Mi madre lo sacrificó todo por ti: su futuro, su vida y a *mí*. Y tú te quedaste plantada mientras la decapitaban y declaraban que era una traidora.

El destino que corrió mi madre, todo lo que perdí cuando la perdí a ella me provoca una rabia que abarca el mundo entero. La Luna no es ninguna excepción.

«Era la campeona perfecta».

Llevo toda la vida oyendo lo perfecta que era. Y, sin embargo, esa perfección no bastó para salvarla.

—Tan perfecta que ahora está muerta.

«Sí».

—Te lo ofrecí todo y me has dado muy poco a cambio. —Inspiro hondo. Quiero saber por qué no me ha otorgado los mismos poderes que le otorgó a mi madre, pero hay una cuestión más acuciante en la que no había reparado hasta ahora—: ¿Qué es lo que me has arrebatado?

«Todas tus preguntas tendrán respuesta a su debido tiempo. — La Luna aparta la mirada. Esos extraños ojos siguen algo que no puedo ver—. Es hora de que te vayas, hija. Volveremos a hablar pronto».

—Pero...

Unas manos me zarandean por los hombros con brusquedad y regreso a mi cuerpo. Ya me dolía en el reino de la Luna, pero ahora me duele *de verdad*. Vesper me habla al oído:

—Kestrel, tienes que despertarte.

—Ya estoy despierta.

Siento la cabeza como si me hubieran arreado un hachazo, pero al menos las estrellas del cielo no se mueven. Me incorporo con cautela. Aún está oscuro, faltan horas para el alba. Debo de haber estado inconsciente pocos instantes, aunque me ha parecido mucho más.

—Bien. —Vesper está más alterado que nunca. Le tiemblan las manos, que siguen posadas en mis hombros—. Me equivoqué cuando te dije que podríamos ocultarnos aquí indefinidamente. Nos están acechando, cada vez están más cerca.

Los latidos que siento en la cabeza no me permiten oír nada, pero no dudo de que Vesper dice la verdad. Le lanzo una mirada de reojo a Cato, que sigue inconsciente. Mierda, esto va ser un problema. Ahora mismo no estoy segura de poder caminar yo sola y el cansancio de Vesper no le va a permitir cargar con ninguno de nosotros, mucho menos con los dos.

—Tenemos que escondernos.

—Lo sé, pero para conseguirlo tienes que levantarte.

Paseo la vista en derredor, pero este tejado está vacío excepto por el invernadero en el que estamos apoyados. Si alguien cruza la puerta detrás de nosotros o sube por la escalera, nos descubrirá. Y podemos darnos por *muertos*.

Vesper me aprieta el hombro.

—Hay un depósito de agua en un tejado a media manzana al norte de aquí. Es lo bastante alto como para que nadie nos vea si nos metemos dentro. Podemos esperar al alba allí.

Ni que decir tiene que soy *yo* quien ha de hacer que lleguemos hasta allí con magia. Ni en un millón de años lo conseguiríamos si no, joder, y menos si Cato está inconsciente. Al enderezarme, los latidos de mi cabeza se vuelven aún más violentos. Siento una fuerte arcada, pero reprimo la sensación lo mejor que puedo. Lo último que quiero es empeorar este dolor de cabeza vomitando. Inspiro hondo con mucho cuidado.

—Dime dónde.

Vesper me gira hacia la derecha y señala con un dedo temblorosamente. Lo veo al instante. Es un gran círculo gris, ancho, alto y bastante feo. Aun así, los depósitos de agua contienen justo eso: agua. Un recurso vital que mantiene viva a toda la comunidad.

—Vale.

Intento mantenerme en pie, pero siento las rodillas como si estuvieran hechas de grava. Aunque vuelvo a inspirar hondo, no consigo estabilizarme. Estoy muy cansada, joder. No me quedan ni ganas de vivir. Si pudiese tumbarme un rato..., o para siempre.

Vesper me coloca una mano en el centro de la espalda para mantenerme recta.

—La Muerte y la Torre están peinando las calles ahí abajo —dice

en un tono tan suave que sus palabras apenas me llegan—. Es cuestión de tiempo que acabe por mirar hacia arriba. Tenemos que ponernos en marcha, Kestrel. De lo contrario, moriremos.

Muerte, muerte, muerte por todas partes. Parece que todos mis caminos acaban como el de mi madre, abrupta y violentamente. De tal palo, tal astilla. Me llevo una mano a la boca para reprimir una risotada. Me encuentro peor de lo que pensaba, estoy como *borracha*. Este aire es diferente del de los Sedimentos, más limpio, y tampoco puedo saborearlo, no noto lo denso y mugriento que es. Me alegro por los Copas.

—Puedo hacerlo. Lo tengo todo bajo control.

La preocupación de Vesper queda patente en la fuerza con la que me agarra, en la arruga que se forma entre sus cejas perfectas. Donde no se percibe, sin embargo, es en su voz, que solo transmite confianza cuando dice:

—Lo sé.

Alargo una mano y agarro la de Cato. Poso la que tengo libre en la de Vesper, aferrada a mi hombro. Esto va a doler.

—En cuanto lleguemos, volveré a desmayarme. Puede que durante mucho rato. No me dejéis morir.

—No te dejaré morir, Kestrel. Te lo prometo.

En un lado del depósito de agua hay una escalera de mano y, en lo alto, una diminuta rejilla metálica que hace las veces de plataforma: ese es nuestro destino. Las sombras reptan en respuesta a mi llamada: densas, resistentes, pegajosas, pero acuden. No puedo ni dar un paso, así que me limito a dejarme caer, arrastrando conmigo a Cato y a Vesper por el espacio que nos separa. Acabamos aterrizando en la rejilla de metal.

Y al instante me desmayo.

Esta vez, la Luna no me espera con palabras sin sentido. No hay más que oscuridad. No sé cuánto tiempo me paso inconsciente, pero, cuando por fin abro los ojos, nos encontramos *dentro* del depósito de agua y el cielo empieza a tornarse azul. Aún no ha llegado el alba, pero está tan cerca que casi se puede tocar.

Al girar la cabeza, la noto como si hubiese triplicado su tamaño y me late con una intensidad que siento en los globos oculares. Estoy tumbada junto a Cato, sobre una estrecha repisa que recorre todo el interior del depósito de agua; debe de ser para tareas de mantenimiento.

—Se han ido. —Vesper habla aún más bajo que antes. Al instante comprendo por qué: el sonido se propaga con demasiada facilidad por este espacio redondo—. Se dirigían a la isla de los campeones.

—Bien. —Con cuidado, apoyo la cabeza en la rejilla—. Muy bien.

Si hubieran descubierto dónde estamos, habríamos sido presas fáciles.

—No volveremos a abusar así de tus poderes. —Vesper me acaricia los nudillos con el pulgar. No me había dado cuenta de que nuestros dedos seguían entrelazados. Esboza una sonrisa tensa—. Sea como sea, hemos sobrevivido a esta noche.

—Sí, hemos sobrevivido. —Hemos escapado de la torre de los Copas, hemos evitado que el Loco nos asesinase, les hemos arrebatado una víctima a la Torre y la Muerte y nos hemos escondido durante horas. ¿Qué campeones no lo habrán logrado?

Cato suelta un leve gemido y, al darse cuenta de que está pegado a mí, se queda petrificado.

—Luna.

—Kestrel —lo corrige Vesper—. Si vamos a establecer una alianza, será mejor usar su nombre real.

Cato consigue incorporarse sin caer redondo, todo un logro que ahora mismo se encuentra fuera de mi alcance. Me mira y comprendo que se está pensando si debería asesinarnos. Lo único que tiene que hacer es arrojarnos al agua que se oye ahí abajo. Puede que tardemos algo de tiempo en cansarnos lo bastante como para ahogarnos, pero un par de rayos solares acelerarán el proceso. Así, tendrá dos campeones menos de los que ocuparse mañana por la noche.

Él aparta la mirada.

—Creí que estaba acabado.

—Eso es porque estabas acabado. —Vesper sigue acariciándome los nudillos con movimientos tranquilizadores.

—Aguanté más que ningún otro campeón al que se hayan enfrentado.

Me cago en la puta, estos pavoneos son insoportables. Le lanzo una mirada a Vesper, que prefiere ignorarme. ¿Seguro que *esta* es la respuesta a nuestros problemas?

—Si has cambiado de idea sobre establecer una alianza, eres libre para marcharte —digo entre dientes—. Puede que el Carro siga dispuesto a aceptarte.... —No soporto ser la única que está tumbada, así que me esfuerzo por incorporarme como puedo. Siento los huesos frágiles. Espero que solo sea una sensación, porque, si mi magia drena de verdad mis fuerzas..., bueno, lo cierto es que tampoco era tan fuerte. Apenas me queda energía—. O quizá no —concluyo.

—Lo que quiere decir Kestrel —interviene Vesper— es que nos interesa aceptar tu propuesta de alianza. Formaríamos un buen equipo.

Cato sigue sin mirarnos.

—Como ya he dicho, prefiero morir antes que unirme al Carro. —

Tiene los hombros tensos, aunque ha de estar tan agotado como yo. En cualquier caso, lo entiendo: no hay que mostrar debilidad.

—Te creemos. —Vesper habla en tono cuidadosamente tranquilizador—. Por eso hemos ido a por ti.

Cato se apoya en la pared a mi lado. Nuestros pies cuelgan del borde.

—Necesitamos un plan.

—El tiempo de hacer planes ha pasado —espeto—. Casi ha llegado el alba.

Una vez más, Vesper es la voz de la razón, firme y serena.

—Cato tiene razón. Es necesario trazar un plan de aquí al siguiente ocaso.

Entiendo que incluir a Cato en esta alianza es parte del plan, pero no me gusta que quiera ponerse al frente de inmediato. Por más que equilibre nuestras habilidades, sigo sin confiar en él. Teniendo en cuenta lo rápido que ha propuesto trazar un plan, está claro que ya tiene algo pensado.

—Está bien, ¿qué propones?

—Ir a por el Carro.

Busco la mirada de Vesper para transmitirle «eso no es un puto plan», pero está observando a Cato con el ceño fruncido. Yo pongo los ojos en blanco.

—Si lo que intentas es convencernos de que no nos estás tendiendo una trampa, te está saliendo como la mierda.

—Que no intento tenderos ninguna puta trampa, joder —gruñe él—. Hay que matar al Carro.

—Nadie dice lo contrario —murmura Vesper—. Pero si su alianza sigue intacta, ahora mismo nos supone un desafío prácticamente imposible. Sería mejor que nos centrásemos en alguno de los campeones que van por libre.

—Por no mencionar que el Carro es de la Cinque. Lleva dos décadas usando sus poderes con regularidad. —Como la Muerte, como la Estrella, como el Juicio. Me estremezco—. Hay objetivos más sencillos.

—No quiero ser parte de la misma Cinque que él.

Miro de reojo a Vesper, que asiente levemente. No sé hasta qué punto funciona esa magia que permite a los Espadas saber si alguien miente, pero no me queda más remedio que fiarme. Cato dice la verdad. Odia al Carro y quiere que muera. Supongo que entiendo el porqué.

El Carro es toda una leyenda. Al igual que el Juicio, usó su poder para aplastar a quienes estaban por debajo de él. Mientras que el Juicio ideó toda una serie de procesos judiciales falsos para eliminar a sus enemigos, el Carro optó por un enfoque más tradicional. Del mismo modo que los líderes mafiosos de los Sedimentos, aprovechó su fuerza para hacerse con dinero y poder mediante violencia y amenazas, las cuales centró en los mercaderes de menor rango, los que no contaban con un gremio que los protegiera.

No voy a preguntarle a Cato qué le ha hecho personalmente el Carro. Aunque de momento seamos aliados, lo que no somos es *amigos*. No necesito conocer sus secretos para usar sus poderes y así llegar al final de las Pruebas. Sin embargo, lo entiendo, tal y como me ha sucedido al principio de la noche.

—Yo tampoco quiero formar parte de la Cinque si está la Muerte. —Ni cualquiera de los miembros de la Cinque anteriores, la antigua alianza de mi madre—. Sin embargo, a menos que tengas un plan detallado para llevar todo eso a cabo, sería más inteligente centrarse en otros campeones.

—De momento —interviene Vesper—. El número de campeones disminuirá cada noche que pase. Tendrá que haber otros dos

ganadores de fuera de nuestra alianza. Si no queréis que la Muerte y el Carro lleguen hasta el final, tendremos que actuar con algo de rapidez.

—Aún no tengo ningún plan —reconoce Cato, y se pasa una mano por la cabeza, que lleva afeitada—. Pero he vivido casi toda mi vida bajo el yugo del Carro. Nadie de las Pruebas sabe más que yo sobre él..., ni siquiera los miembros que quedan de la Cinque.

—No te falta razón —musita Vesper. Alza la mirada, intenta calcular qué hora es—. Si me cuentas todo lo que sabes, quizá se me ocurra un modo de ataque que maximice nuestras posibilidades de tener éxito. De todas formas, no vamos a poder conseguir nada sin haber comido y dormido un poco. Podemos reunirnos después del próximo evento para discutir el plan.

—Eso sigue sin ser un plan. —Me resulta muy difícil mantener los ojos abiertos, me pesan, como si el mismísimo aire me impulsase a cerrarlos—. No es más que un sueño. Ni siquiera sabemos si se nos dará bien colaborar y tampoco contamos con tiempo para practicar.

Cato suelta un resoplido.

—¿Qué tal si reconoces de una vez que eres una cobarde y te largas?

—Que te follen. —Le clavo el codo en el vientre y me aparto de él para poner tanta distancia entre los dos como sea posible. Teniendo en cuenta que Vesper está a mi lado, no es mucha—. De no ser por Vesper y su corazoncito, esta noche habrías muerto.

—Nada de corazoncito —murmura Vesper—. Se llama «estrategia», Kestrel. Nuestra alianza necesitaba equilibrio. Un equilibrio que ahora sí tenemos. —Se inclina hacia delante y mira con dureza a Cato—. Y tú deja de buscarle las cosquillas. Si yo no la hubiera convencido de que te necesitamos, *estarías* muerto. Y así acabarás si cambio de idea.

—Por supuesto que no acabaré así... —Se interrumpe él solo y suelta una maldición en voz baja—. No necesitamos un plan detallado. Con un plan detallado, acabaremos muertos en cuanto se tuerza algo, cosa que sucederá. Lo único que necesitamos es la oportunidad de acabar con el Carro. Sus poderes se basan en la inercia. Cuanto más pueda moverse, más rápido y fuerte será... y más difícil de matar.

—No nos estás contando nada nuevo. Todos los que estaban presentes durante la Criba vieron los poderes del Carro. Lo que necesitamos es conocer sus debilidades.

—Sus debilidades se basan en lo contrario a la inercia. Si lo atacamos antes de que tenga oportunidad de moverse, será tan vulnerable como cualquiera. —Cato suelta un resoplido—. El plan es seguirlo aprovechando tu sigilo y la suerte de la Rueda..., de Vesper. Y, entonces, me transportas hasta una sombra justo a su espalda para que pueda derretirle ese puto corazón negro que tiene en el pecho. —La agresividad de sus palabras me pone la piel de gallina.

Sigue sin ser un plan, pero supongo que se acerca bastante. Además, la noche ya ha llegado a su fin. Los tres soltamos un suspiro de alivio cuando rompe el alba. La matanza ha terminado.

De momento.

Cabe preguntarse si es sensato permitir que haya cinco ganadores en las Pruebas del Tarot. Aunque cinco votos dentro del Concilium no superen los de la Corte Menor y los gremios respectivamente, que los miembros de la Cinque tuviesen el mismo objetivo podría suponer un problema.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



14

Después de todo lo que ha sucedido, bajar del tejado supone un desafío casi insalvable. Aunque estamos agotados, conseguimos descender por la escalerilla del depósito de agua, pero la puerta que da al edificio de abajo está cerrada con llave. Los tres la contemplamos aturridos. Vesper forcejea con el pomo una vez más, como si este nuevo intento fuese a dar resultado, y luego mira en derredor, aunque no hay ningún destello púrpura ni aparecen mágicamente unas llaves.

Cato suelta una maldición.

—Voy a fundirlo con un rayo.

La palma de su mano se ilumina, aunque el resplandor no es ni de lejos tan intenso como el de anoche. En lugar de derretirse, el pomo se limita a... doblarse un poco.

Vesper emite un sonido que no llega a ser una risita, pero yo estoy demasiado agotada como para reírme de que Cato se haya quedado sin poderes. Además, ahora mismo yo también estoy bastante desvalida. Al menos los goznes están en este lado de la puerta.

—Dame una de tus dagas.

—Una mierda te voy a dar.

Me lo quedo mirando.

—Ahora mismo no me interesa ver quién la tiene más larga. Quiero dormir y tenemos que regresar a la isla de los campeones antes de la sexta campanada. De lo contrario, nos arriesgamos a que nos descalifiquen. No queda tiempo. Dame una puta daga.

Cato pone mala cara, pero al cabo me la da. Es distinta de las que usó durante la Criba. Tiene sentido. Yo tampoco cargaba con dos hoces antes de convertirme en la campeona de la Luna.

La Luna.

Me obligo a no pensar en ella hasta más tarde y me acerco a los goznes. El cuchillo está afilado y parece recio, por lo que apenas tardo en desatornillar los goznes. Luego nos resulta sencillo descolgar la puerta. Le devuelvo la daga a Cato.

—Gracias.

Él entrecierra sus bonitos ojos oscuros. No es la misma mirada que me dedicó frente a la torre de los Copas, aunque casi.

—No hay problema. —Está claro que vuelve a sopesar mis habilidades, otra vez.

Bueno, que sopesa lo que le dé la gana. Lo que yo quiero es dormir. Lo aparto con el hombro y bajo por las estrechas escaleras. Están limpias y desprenden un leve aroma a pino. Porque, claro, sería absolutamente imperdonable que un *Copa* permitiese que unas escaleras que apenas se usan acumularan polvo. ¿Qué pensaría la gente?

Se me atora una risotada en el pecho. Me restriego los nudillos contra el esternón, pero la sensación no hace sino empeorar. Me encuentro más allá del agotamiento, siento como si hubiese bebido demasiados vasos de ese licor claro que preparamos en los

Sedimentos. Es mejor no preguntar con qué se hace, y el resultado jamás es el mismo, así que nunca se sabe qué va a pasar al beberlo. Excepto la resaca. La resaca está garantizada.

—Dejadme ir delante —murmura Vesper cuando llegamos al final de las escaleras. Nos encontramos en un diminuto rellano frente a una puerta que da a la planta principal del edificio—. Manteneos detrás de mí y no digáis nada que resulte maleducado. —No sé si eso último lo dice por mí o por Cato.

Él resopla, aunque no parece habérselo tomado mal.

—Tú límitate a sacarnos de aquí.

Yo me encojo de hombros.

—Estoy demasiado cansada como para decir nada maleducado. —Jamás voy a ser la parte de esta alianza que se encarga de hablar. Vesper, Paje de Espadas, es parte del grupo. ¿Por qué iba yo a molestarme en decir nada?

Vesper abre la puerta y salimos a una estancia de gran tamaño con mesas de vidrio. Percibo un destello por el rabillo del ojo que me hace frenar en seco. ¿Estamos en una *joyería*? ¿Y la única medida de seguridad es una mierda de cristal? Al menos no hay nadie a la vista.

Todos dejamos escapar un leve suspiro de alivio y cruzamos una mirada de desconcierto. Compartimos un instante de perfecto entendimiento: ninguno de nosotros quería afrontar la conversación por aparecer inesperadamente en una tienda cerrada mucho antes de la hora de apertura.

—Al menos va a ser fácil salir de aquí. —Vesper se acerca a la puerta, que también es de vidrio. Es como si esta gente *suplicase* que roben en la tienda. Quita el pestillo—. Vamos.

Yo apoyo la mano en la vitrina más cercana. Lo único que tengo que hacer es romper el cristal. Podría llevarme todos esos collares y

pendientes con joyas incrustadas en apenas unos segundos. Podría encontrar la manera de enviárselos a Mouse. O quizá a Mara, que conseguiría por ellos un precio mejor que Mouse y prometió cuidar de la familia. El dinero que supondría este botín bastaría para asegurarse de que *todos* estén bien cuidados, aunque yo muera durante las Pruebas.

Percibo cierto calor a mi lado y, por el rabillo del ojo, veo que Cato se ha detenido a mi lado. Contempla las joyas con ojo crítico, sin duda pensando lo mismo que yo. Sin embargo, en lugar de actuar, lo que hace es decir:

—No vale la pena. Quizá tú te libres de la justicia de los Bastos, si es que quieres llamarla así, pero no sucederá lo mismo con quienquiera que reciba el dinero.

Tiene razón. Sé que tiene razón. Y sin embargo...

—Si voy con cuidado, nadie lo sabrá.

—Sí que lo sabrán. —Señala un colgante con un enorme zafiro—. Cuando el Gremio del Granate talla una gema como esta, graban el símbolo del gremio en su interior. Y, como la venden los Copas, la pieza debe tener también su símbolo. Ningún comerciante ni dueño de tiendas de empeños querrá tener una joya tan fácil de identificar. Lo más probable es que entregue al ladrón a las autoridades a cambio de una recompensa y mejore su imagen tanto frente a los Granates como a los Copas.

No sabía que los gremios grabasen su símbolo en sus artículos. ¿Cómo iba a saberlo? Jamás he estado cerca de este tipo de joyas tan elegantes. Trago saliva.

—Está bien, tienes razón.

Cato asiente. Por una vez no se muestra ni arrogante ni condescendiente. Su hermoso rostro refleja algo parecido a la empatía.

—Céntrate en ganar. Si lo consigues, tendrás acceso a recursos que dejarán en pañales a todas estas fruslerías. Los Bastos no podrán tocarte, ni a ti ni a ninguno de tus seres queridos.

Aunque los Bastos normales y corrientes no puedan tocarme, la Corte Menor tiene más poder que la Cinque. De lo contrario, no habría podido ordenar que ejecutasen a mi madre. Aun así, no tiene sentido señalarlo, pues Cato se ha portado bien conmigo al advertirme, y además no pienso contarles ni a él ni a Vesper mi relación con la antigua Luna.

—Razón de más para ganar.

—Pues sí.

Vesper carraspea.

—¿Por qué tardáis tanto?

—Ya vamos. —Cuando salimos a la calle, comprobamos que el Sol ya asoma por encima de la muralla en la lejanía. Avanzamos lentamente. Vesper se apoya en su bastón, ignorando el brazo que le tiendo en silencio. Por un momento creo que Cato va a dejarnos atrás. Mientras que mis fuerzas disminuyen con cada manzana que recorremos, a él parece estar sucediéndole justo lo contrario. Endereza la columna, alza la cabeza y su piel pierde ese aspecto cerúleo que ha adquirido cuando se ha desmayado. Incluso sonrío un poco, como si estuviese disfrutando.

Y, de pronto, lo comprendo.

—El Sol te cura.

—Soy su hijo favorito. —Esboza una breve sonrisa afilada—. Apostaría a que a ti te sucede lo mismo con la Luna.

—La verdad es que no me ayudó mucho cuando me desmayé anoche. —Sueno un poco como una niña enfurruñada, pero no deja de ser insultante ver que otros campeones han obtenido beneficios mucho mayores que los míos. Mouse no mencionó que la Luna

pudiese curar a mi madre, pero ella no sufrió ninguna herida seria durante las Pruebas, así que quizá nunca saliera en la conversación. O quizá este tipo de sanación no entre dentro de los poderes de la Luna. Si la charla que tuve con la diosa no fue una alucinación, si me dijo la verdad, sus poderes tienen límites. A esas alturas hay las mismas posibilidades de que todo fuera cierto que de que fuese un sueño.

Vesper parece adivinar mis pensamientos.

—Me pregunto si el alcance de su sanación, o la falta de esta, tendrá que ver con el punto en el que se encuentre de su ciclo. La Luna llena es más poderosa que la nueva, ya sabes. Ahora está empezando a crecer, así que apostaría a que tus capacidades curativas aumentarán cada noche que pase.

Yo ya he aprendido por las malas a no dar nada por sentado. Sin embargo..., puede que Vesper tenga razón. No sé en qué punto del ciclo se encontraba la Luna durante las últimas Pruebas. Si me otorga poderes curativos mientras está en cuarto creciente, quizá la Luna llena me dé rayos, como los de Cato. ¿Quién sabe? El tiempo lo dirá.

—No pienso permitir que nuestros planes dependan de una suposición.

—Pues haces bien. —Vesper se tambalea.

Sin pensar, alargo la mano y le agarro del codo. Ahora que me fijo bien, tiene un aspecto horrible. Lleva el semblante contraído por el dolor y su cojera es más pronunciada. Aunque el Sol cure a Cato y la Luna me cure a mí, parece que la Rueda de la Fortuna no cuenta con este tipo de magia.

Vesper aparta de un tirón el codo.

—Deja de mirarme como si estuviese a punto de desplomarme sin previo aviso. No es el caso.

—Puedo...

—No, Kestrel. —Inspira hondo y suelta el aire mucho más lentamente de lo que yo esperaba—. Llevo toda la vida con estas limitaciones. Si necesitase ayuda cada vez que me esfuerzo demasiado, no sería Paje de Espadas, y desde luego jamás me habría atrevido a ser la Rueda de la Fortuna. Estoy *bien*.

No sé si creerme lo que dice, pero sin duda lo entiendo. ¿Acaso no estaba yo pensando ahora mismo sobre cómo se perciben nuestras debilidades? Esto es igual. Si Vesper da muestras de dolor es que debe de estar sufriendo muchísimo. Me muerdo la lengua para no proponerle cargar con él. No me dará las gracias por intentarlo, y quizá se rompa la poca confianza que tenemos.

—Casi hemos llegado —es lo único que digo.

Cato va ya a paso vivo cuando giramos el último recodo y cruzamos el puente hasta la isla de los campeones. Se oye la quinta campanada. Yo dejo escapar un suspiro de alivio; hemos llegado más cerca de la hora límite de lo que me gustaría. Vesper exhala temblorosamente, haciéndome alzar la mirada hacia los estandartes desplegados sobre los templos de otros cuatro campeones: las víctimas de la violencia de anoche.

El Carro eliminó al Diablo y al Mundo, con lo que ya acumula tres víctimas; las mismas que la Torre. El Loco mató al Emperador, con lo cual quedan confirmadas mis sospechas sobre la sangre que lo empapaba. Hago un esfuerzo por estudiar su estandarte. Resulta bastante modesto: una figura que camina con brío acompañada de un pequeño perro a sus pies. No hay nada que vincule a ese animal tan mono con el monstruo en el que se puede convertir el Loco. Me estremezco.

Por último, la Estrella mató a la campeona del Hierofante. Me molesta que su estandarte sea tan hermoso. Representa un cielo

oscuro con una brillante estrella en el centro, bajo la cual hay una mujer desnuda asomada a un estanque de agua ondulante.

No me doy cuenta de que la Estrella se acerca danzarina a nosotros hasta que nos habla.

—Sois un absoluto desastre. Es un milagro que hayáis sobrevivido. —Esboza una dulce sonrisa—. Una no puede evitar preguntarse si tendréis la misma suerte cuando vuelva a ponerse el sol esta tarde.

Vesper pone los ojos en blanco.

—Nos reuniremos a la decimoquinta campanada para el evento de los Pentáculos. Cato, Kestrel, hablaremos cuando dé la decimocuarta campanada. —Se da la vuelta sin mirar siquiera a la Estrella y se dirige cojeando hacia su templo. Yo quiero hacer lo mismo, pero Cato me dedica una mirada intensa que descifro enseguida. Es una oportunidad de reunir algo de información.

Giro en redondo hacia la mujer rubia.

—Has matado a la campeona del Hierofante.

Ella se encoge de hombros.

—Es lo que hemos venido a hacer, querida. —Una sonrisa con un ápice de crueldad—. Quería desesperadamente que le diese un beso. ¿Quién soy yo para negárselo?

Reprimo un estremecimiento. De no ser por la advertencia de la Muerte, yo también habría sido víctima de su veneno. Aunque no soy tan idiota como para besar a otra campeona.

—¿Sucedió antes del ocaso?

La Estrella abre mucho los ojos con aire teatral y se lleva una mano al pecho.

—Es todo un insulto que pienses que yo sería capaz de romper la condición más sagrada de las Pruebas. —Centra su atención en la manga arrancada de mi vestido—. La campeona del Hierofante

murió después de la puesta de sol.

No sé si eso confirma mis sospechas. La Estrella habla con la cautela de un Espada.

—Ya veo.

—Descansa un poco. —Sigue sonriendo y hablando del mismo modo que durante la cena de anoche, como si fuéramos dos iguales compartiendo un chismorreo en lugar de rivales en una competición a muerte—. Si no te recuperas, seguro que acabará contigo alguno de los campeones más agresivos. —Gira en redondo, con un revoloteo de faldas, y se aleja con elegancia. Desaparece tras la oscura puerta de su templo.

Cato se estremece.

—Esa mujer es aterradora.

—Tú no la beses y no te pasará nada. —Me arrepiento de haber dicho eso en cuanto la réplica sale por mis labios. Si vamos a ser aliados, tengo que mantenerlo informado—. Durante la fiesta me inoculó un veneno a través de la manga de mi vestido. De no haber recibido una advertencia a tiempo, su estandarte estaría ahora decorando *mi* templo. Hagas lo que hagas, no permitas que te toque.

—Tomo nota. —Hace rodar los hombros—. Ahora mismo no es la mayor de las amenazas a las que nos enfrentamos, pero no pienso subestimarla.

Esta conversación es casi... civilizada.

—Bueno, bien. —Parezco incómoda, pero es que no sé cómo reaccionar cuando Cato se muestra de acuerdo conmigo—. Deberíamos descansar.

—Sí. —Sin embargo, no se aleja. Posa la mirada en mis manos—. Tú no sigues la moda de los anillos tan presente en la colina.

Alzo la mano derecha y le enseño el que llevo en el pulgar.

—En los Sedimentos preferimos ir a lo sencillo. —Aunque ahora yo esté siendo complicada a propósito—. Pero no, no nos molestamos en ponernos los demás anillos. Quizá un collar si es que estamos en una relación exclusiva. —Se me calienta la piel cuando Cato centra su atención en mi pecho. La tela de mi vestido es demasiado fina como para ocultar collar alguno, que es claramente lo que está buscando. Tengo que reprimir el impulso de cubrirme el pecho con las manos. Solo he llevado un collar en mi vida por una persona: Mara—. No, no estoy en ninguna relación exclusiva. En lugar de clavarme la mirada, podrías preguntarme lo que quieras saber.

Su lenta sonrisa es tan cálida como el sol en las alturas.

—Eres muy directa. Me gusta.

—Pero si yo no te *caigo bien*.

—Pues no, pero no te lo tomes como algo personal. A mí no me cae bien nadie. —Entrelaza las manos detrás de la cabeza, un gesto que resalta sus pectorales desnudos. Tengo que esforzarme al máximo para mantener la vista en su cara. A juzgar por el modo en que se ensancha su sonrisa, se da cuenta—. ¿Tienes alguna preferencia?

Por el calor que siento en la cara, tengo que haberme puesto de un tono carmesí muy poco favorecedor.

—No, la verdad es que no. Me gusta todo tipo de gente. —Carraspeo, y vuelvo a carraspear. ¿Por qué me lo pregunta? Imagino que no tiene ningún interés en mí. Acaba de decir que no le caigo bien, y yo siento lo mismo. Es tan atractivo como un dios, pero también es un pedazo de gilipollas. No confío en él—. ¡Pero tú no! Tú no me gustas.

Él se echa a reír.

—Claro que no, Kestrel. Tú tampoco me gustas a mí.

Sin decir nada más, gira en redondo y echa a andar hacia su templo. Yo me vuelvo, sobre todo para no contemplar cómo se marcha. Veo que la Torre me observa desde la puerta de su templo. Antes de que pueda pensar en todos los motivos por los que esto es mala idea, cruzo el patio circular de piedra y me planto ante él.

—No mataste al Loco.

Él enarca las cejas.

—¿Se suponía que tenía que matar al Loco?

—Supuse que lo harías... —Escruto su semblante. Vesper y yo pensamos que la Torre era responsable de los temblores de tierra que alejaron al Loco del pasadizo. ¿Se trataría de otro campeón? Supongo que es posible. Para cuando volvimos a ver a la Torre, se encontraba a varias manzanas de distancia, atacando a Cato—. Pero supongo que me equivoqué.

—Puede. —Se inclina hacia mí y baja la voz—. Le arrebataste una víctima a la Muerte. No está muy contento contigo.

Suelto una risa amarga.

—Si pudiera, le arrebataría todas sus víctimas. —Aunque da igual. La única víctima que me gustaría haberle arrebatado de verdad lleva veintidós años enterrada—. No puede matar al Sol. Es mío.

Me arrepiento de estas palabras en cuanto las pronuncio. Cato no es *mío*. Aunque acabe de flirtear conmigo, solo ha sido para divertirse a mi costa. Así de gilipollas es.

—Tuyo —dice la Torre lentamente, como si saborease la palabra—. El Sol y la Luna. Supongo que no puede decirse que hagáis mala pareja.

Hay algo raro en su tono de voz, demasiado seco. No me había dado cuenta de que me hablaba con amabilidad hasta que esta ha desaparecido.

Maldita sea, me estoy ruborizando de nuevo.

—No somos *pareja*. —Que los dioses me protejan de esas conversaciones extrañas e incómodas con campeones que no hacen más que confundirme—. Es mi aliado. Ni más ni menos.

—Y la Muerte no puede acabar con él.

Habla de un modo muy extraño, casi sin inflexiones en la voz. No sé qué pensar al respecto, pero no voy a acobardarme.

—No, la Muerte no puede acabar con él. Puedes decírselo de mi parte.

La Torre asiente despacio.

—Me aseguraré de entregar el mensaje.

Sigo sin ser capaz de discernir si bromea o si habla muy en serio. La Muerte debe de haberse ido ya a su templo, lo cual significa que tendré que esperar a que surja otra oportunidad de arrinconarlo. De todas las posibilidades que yo había contemplado al llegar a las Pruebas, la Muerte supone la mayor sorpresa. No se parece en nada a lo que me había imaginado. Todos los movimientos que está haciendo son extrañísimos.

—¿Desvió su ataque anoche?

—Es imposible decirlo a ciencia cierta. —La Torre se encoge de hombros—. A mí me parece que tuvo mala suerte.

Si tuvo mala suerte, no fue por culpa de Vesper, que me confirmó que no fue capaz de dominar su magia en ese momento.

—¿Te ha dicho algo de mí?

La Torre vuelve a inclinarse y esta vez se acerca aún más a mí. A pesar de que, conforme avanza la mañana, cada vez hace más calor, desprende un aroma a pino y nieve.

—Si quieres saber qué es lo que piensa la Muerte, tendrás que hablar con él. Somos aliados, no confidentes.

—Puede que lo haga. —Está claro que esta conversación no va a

ninguna parte. La Torre no tiene la información que necesito y se está comportando de forma tan extraña como la Muerte—. No te cruces en mi camino esta noche, Torre. —La frase es pura bravuconería, pero ahora mismo es lo único que tengo. Empiezo a alejarme, decidida a salir del patio antes de verme enzarzada en otra charla confusa.

Sin embargo, su seca voz a mi espalda hace que me detenga:

—Resérvame un baile esta noche.

Contemplo su rostro perfecto, preguntándome si habré oído mal. Seguro que sí. Acaba de decir que el campeón de la Muerte no está contento conmigo y, cuando eso ocurre, solo hay un resultado posible. La Torre y yo no somos aliados, lo cual significa que somos rivales. Solo cinco campeones pueden sobrevivir a las Pruebas, por lo que sería una necedad por mi parte suponer que no me matará en cuanto se le presente la oportunidad de hacerlo.

—¿Por qué?

—Porque quiero volver a bailar contigo.

Como si fuera así de sencillo. Me dedica otra sonrisa de medio lado y algo parecido al humor ilumina sus ojos oscuros, dándoles un aspecto decididamente humano.

—¿Por qué?

—Descansa un poco.

Da la vuelta y cruza la puerta de su templo mientras me quedo mirando en su dirección.

—Todos los participantes en estas condenadas Pruebas han perdido el juicio.

Me arrastro hasta mi templo. En el interior, las sombras suponen un alivio muy bien recibido tras unos instantes bajo el sol. Qué extraño que un lugar que me pareció tan ajeno al llegar me resulte ahora familiar y acogedor.

La clériga me espera cerca de la puerta que lleva hasta mi habitación. Le brilla el rostro de orgullo.

—Lo has hecho bien.

—He tenido suerte. —En ciertos momentos, literalmente, gracias a Vesper. Avanzo tambaleante—. Tengo que descansar. —Una vez que lo haya hecho, podré pensar mejor.

—Por supuesto. —Se apresura a acercarse y me agarra del codo con notable fuerza. Luego me lleva por las escaleras hasta mi habitación.

Una vez que estoy a solas, solo me da tiempo a quitarme este estúpido vestido antes de desplomarme en la cama. Hace mucho que aprendí a dormirme por mera fuerza de voluntad. Ha habido épocas en mi vida en las que apenas contaba con quince minutos de vez en cuando. Ser capaz de cerrar los ojos y caer dormida a los pocos segundos es una habilidad que marca la diferencia entre la vida y la muerte. Quien me enseñó a hacerlo fue Mouse, al igual que tantas otras lecciones valiosas.

Sin embargo, en este momento de puro agotamiento, he de reconocer lo mal preparada que estoy para las Pruebas y para lo que podría venir después si consigo ganar. Durante los últimos veintidós años, me he centrado por completo en sobrevivir a las Pruebas y en descubrir qué le sucedió a mi madre. Aprendí todo lo que Mouse pudo enseñarme sobre los antiguos campeones con el único objetivo de acabar con los nuevos. Entendía que otros cuatro campeones ganarían las Pruebas por la naturaleza de estas, pero apenas dediqué tiempo a pensar en qué dioses representarían y cómo impactaría eso en los próximos veintidós años de Caelria.

Si Vesper, con esa mente tan aguda y esa disposición a apostar por mí, tiene voto en el Concilium, ¿cuál será su máxima prioridad? ¿Y qué pasa con Cato, siempre tan arrogante y descarado, aunque a

veces parece capaz de ver hasta lo más hondo de mi corazón? Sufrió maltrato por parte del Carro. ¿Perpetuará el maltrato o tomará medidas para asegurarse de que nadie se enfrente al mismo destino? Luego está la Torre, que es aliado de mi enemigo, pero que disfrutó tanto bailando conmigo que quiere volver a hacerlo. Ni siquiera sé si proviene de Caelria, mucho menos si debería formar parte de la Cinque.

Me restriego la cara con la mano.

—No, la Torre no. Está aliado con la Muerte. No se puede olvidar eso. —Las palabras no consiguen detener mi torbellino de pensamientos. Ya han muerto nueve campeones. Tendrán que caer ocho más para que acaben las Pruebas. Debería centrarme en mantenerme con vida, en estar lista para darles la espalda a mis aliados en cuanto dejen de servirme. Solo que no es así como actúo. Técnicamente, solo le di mi palabra a Vesper de que nos aliaríamos una noche. Sin embargo, formamos buen equipo a la hora de salvar a Cato. Y, con este último, tenemos muchísimas más posibilidades de llegar hasta el final. Sería una necedad por mi parte darles la espalda sin una maldita razón de peso.

Ha llegado la hora de reconocer la verdad: no quiero que ninguno de los dos muera. Tampoco quiero que muera la Torre. He ahí *algo* que jamás podría haber planeado.

Aunque los dones de los dioses son fáciles de contener, existe la teoría de que hay otros métodos invisibles de magia activos. Sin embargo, demostrar su existencia resulta imposible porque los clérigos que quedan de los dioses antiguos guardan un férreo silencio al respecto.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



15

En medio de la densa bruma del sueño, me da miedo despertar. Anoche maltraté demasiado mi cuerpo, lo llevé mucho más allá de sus límites. Cuando me baje de la cama, me va a *doler* muchísimo. Sin embargo, cuando abro los ojos, compruebo que la energía bulle bajo mi piel. Me estiro con cuidado, a la espera de que me dé alguna punzada en un músculo contraído, de que me molesten las magulladuras, de ese dolor de cabeza que pensaba que me iba a romper el cráneo en dos. Pero nada. Salgo del dormitorio y voy al baño. Mientras me lavo todo el cuerpo, no sé qué pensar sobre esta falta de dolor y agotamiento. No me sentía tan bien desde hace *años*.

La clériga me espera en la estancia principal, con el mismo aspecto sereno de siempre. Y, lo que es más importante, lleva una bandeja con un desayuno sencillo: queso curado, huevos duros y un surtido de fruta. Al verlo empiezo a salivar. Es fruta *fresca*. De todo lo que abunda en la colina, esto es lo único a lo que creo que jamás me acostumbraré.

Le doy un golpecito a una fresa con el dedo.

—Aquí tenéis muchísimos productos frescos. —En los Sedimentos hay gente que intenta montar un jardín, ya sea comunitario o no, pero la mayoría de las veces acaba echándose a perder antes de que pase una sola estación. Y, cuando sobrevive, lo poco que crece y que no necesita más que un rayo ocasional de luz al día..., bueno, es escaso, por decirlo de alguna manera.

—Sí. —La clériga me acerca un poco más la bandeja—. La Corte Menor adora los elementos, pero el Sol es la fuente de muchas de sus riquezas.

Eso mismo pensaba, pero percibo cierto rencor en su voz, algo nada habitual.

—Me parece que no te gusta mucho la Corte Menor.

Se le demuda el rostro, dejando entrever algo parecido al desdén.

—Ha destruido mucho de un modo muy sutil. Cuando yo era niña, los templos de los dioses nadaban en la abundancia. Nací durante el año de la Luna y me puse a su servicio a una edad temprana. Sin embargo, los demás clérigos y clérigas, a quienes consideraba mi familia, ya no están aquí. Soy la última.

Está claro que es un tema delicado, y no me extraña. El templo de la Rueda de la Fortuna, del que Mara me habló con tanta condescendencia, no es el único que ha cerrado en los últimos años. La gente ya no consagra a sus hijos a los dioses antiguos, como antes. Hay escasez de clérigos. Sin nadie que se ocupe de los templos, estos se ven obligados a cerrar. Entonces la Corte Menor se hace con ellos y los transforma para honrar a alguno de los elementos primordiales.

En un intento de aligerar el ambiente, digo:

—Supongo que es buena señal que ya no se consagren niños al dios del año en que nacen. De lo contrario, yo serviría al Carro, no a

la Luna.

Por otro lado, no *sirvo* exactamente a la Luna. Tengo mis propios planes, y ella apenas me ha contado cuáles son sus objetivos.

Supongo que podría preguntarle a la clériga por lo que vi mientras estaba inconsciente, pero me resulta demasiado extraño. Aunque quizá no se tratara de un truco, tampoco es que hubiera literalmente una diosa en mi cabeza. Quizá fuese un sueño provocado por haber usado demasiada magia hasta desmayarme. *Esa* es la explicación que más sentido tiene.

—Nacer en el año del Carro resulta favorable —dice la clériga en tono neutro—. Yo misma he visto lo ambiciosa que eres. Eso te vendrá bien en las Pruebas.

—Ambiciosa, claro que sí. —Me la quedo mirando—. ¿Así que tus padres te consagraron a la Luna?

Ella niega con la cabeza con aire triste.

—Murieron cuando yo era muy joven. No me quedaba más familia, así que me llevaron hasta el templo de la Luna más cercano. Allí me acogieron y empezaron a formarme.

Yo parpadeo. Jamás había oído nada parecido.

—¿Eso es muy común?

—Antes sí. Los templos siempre estaban dispuestos a acoger niños, fuesen huérfanos o no. A veces, algunas familias pasaban tantas estrecheces que no podían alimentar a todos sus hijos, así que consagraban a un par de ellos a los dioses de sus templos locales. Es un sistema del que todo el mundo se beneficiaba. Los templos tenían personal y los niños de Caelria, alimento y cuidados, al margen de las circunstancias en las que nacieran.

A mí me parece demasiado bueno como para ser verdad. Por más templos que hubiera en su día en la ciudad, no creo que fueran tantos como para acoger a *todos* los niños necesitados. Y, aun así,

parece un sistema mejor que el que tenemos ahora, sobre todo porque no hay ninguno. O sea, los gremios se ocupan de una familia si alguno de sus trabajadores resulta herido o muere en un accidente de trabajo. La Corte Menor tiene suficientes recursos como para asegurarse de que a nadie le falte nada. Sin embargo, en los Sedimentos estamos solos. Nadie se ocupa de nosotros.

—¿Y cuándo cambió la situación?

—A lo largo de muchos años se fueron dando pequeños cambios. Durante la última generación el culto a los dioses antiguos ha descendido. —Aparta la mirada—. Además, hubo un escándalo en uno de los templos del Diablo hace muchos años. Un asunto horrible en el que sufrieron muchos niños, aunque fue una monstruosidad aislada. No obstante, el resto de la ciudad no lo vio del mismo modo, las familias dejaron de mandar a sus hijos a formarse en los templos y el Concilium aprobó una ley que prohibía que los templos hiciesen las veces de orfanatos. Sin un flujo constante de clérigos en formación, los templos quedaron vacíos cuando los de mayor edad murieron. La Corte Menor se ha aprovechado de este cambio.

Y, sin embargo, no ha hecho nada en absoluto para ayudar a los niños de Caelria. Los templos de los elementos primordiales no aceptan ni a huérfanos ni a niños necesitados. Solo los habitan clérigos de sus respectivas cortes: Bastos en el fuego, Pentáculos en la tierra, Copas en el agua y Espadas en el aire.

—Me parece un error evitar que la gente acceda a semejante recurso —digo al fin—, aunque hubiera quien se aprovechara de ello.

—El error fue aprobar *esa* ley. El número de templos de Caelria se ha reducido a la mitad en los últimos diez años. Dejar de rendirles culto a los dioses antiguos es una necedad, pues se corre el riesgo de despertar su ira. Aunque el tiempo pase distinto para ellos,

llegará el día en que haya que pagar las cuentas por el daño ocasionado. —Antes de que pueda responder a *eso*, la clériga me acerca de nuevo la bandeja—. Come, Luna. Necesitas coger fuerzas.

El caso es que ya me *siento* con fuerzas.

—Debería estar agotada después de usar tanto mis poderes anoche. —Al menos sobre esto sí que puedo obtener alguna respuesta.

—Al contrario, ganarás más fuerza con cada noche que pase. A medida que la Luna se vaya llenando, aumentarán tu resistencia, tu capacidad de curación y tu fuerza.

Tal y como pensé anoche mismo. Me como una fresa y la miro.

—¿Pero cómo funciona? La Luna no ha salido mientras yo dormía.

Ella se encoge de hombros.

—El Sol no deja de existir aunque no lo veamos en el cielo. Con la Luna pasa lo mismo. —Se levanta—. Voy a por tu ropa, vuelvo enseguida.

—Si se me permite decidir, prefiero unos pantalones normales.

En lugar de responder, la clériga sale por la puerta, dejándome sola para que me acabe el desayuno. Esta conversación ha sido interesante, pero mientras como tengo que esforzarme por reprimir la curiosidad que me inspiran la clériga y el modo en que funcionaban antes las cosas. La historia de Caelria seguirá a mi disposición una vez que hayan concluido las Pruebas, si es que me interesa indagar más. La prioridad ha de ser sobrevivir a la matanza de cada noche y, para conseguirlo, no puedo permitirme más distracciones.

La clériga regresa poco después con mi ropa. Está claro que nuestra conversación la ha inquietado, porque en lugar de con su acostumbrada elegancia se mueve rápida y torpemente. Cuando se

acerca a por la bandeja y veo que tiene las manos temblorosas, le toco el hombro sin pensármelo siquiera.

—No voy a contarle a nadie lo que hemos hablado.

Ella me mira y me resulta extraño el agotamiento que reflejan sus ojos pálidos.

—Aunque lo hagas dará igual. Mi tiempo en este mundo está a punto de concluir y no hay nadie que vaya a ocupar mi lugar. Todos mis seres queridos se han ido.

En Caelria no hay clérigos jubilados, al menos que yo haya visto. Jamás me había planteado por qué, del mismo modo que tampoco me había percatado de que los templos se iban descuidando hasta acabar convertidos en lugares de culto de los elementos primordiales. Para mí, todo eran gilipolleces religiosas; estaba más ocupada en alimentar a Mouse y los pequeños. Quizá debiera haber prestado más atención.

—Lo siento.

Ella asiente con aire rígido.

—Gracias. Si pudieses peinarte tú sola hoy...

—Sí, por supuesto. —No voy a poder componerme un peinado tan elegante como el que me hizo ella, pero la verdad es que me da igual—. Gracias por la charla. —Espero a que se haya marchado de la habitación y me giro para contemplar la nueva monstruosidad que he de ponerme. Por poco práctico que pareciera el vestido de anoche, lo cierto es que me permitió moverme libremente sin tener que preocuparme ni una sola vez. Esta prenda parece ir en la misma línea.

Es un mono que me cubre desde el cuello hasta los tobillos, como una segunda piel de un curioso tono gris resplandeciente tan oscuro que casi es negro. También resulta indecente. Al acariciar la tela, pongo una mueca de disgusto. Veo perfectamente mis pechos a

través de ella. Bastará una ráfaga de viento para que mis pezones queden a la vista de cualquiera que se fije. No es que yo sea muy recatada —el recato no existe para quien vive en un recinto estrecho con media docena de personas—, pero esto es ridículo.

Al menos hay otra prenda: unas tiras anchas de tela negra que cuelgan de mis hombros. Tardo un poco en comprender cómo se pone. Me la sujeto a la cintura con el arnés que uso para las hoces. Aunque la tela es traslúcida, tapa todo lo que revela el mono. Una vez más, las botas son más prácticas: me llegan hasta el muslo y se ajustan a mis pies como si estuviesen hechas a medida. Vuelvo a meter las monedas que me dio Mara en los bolsillitos del arnés. Estarían más seguras si las dejase en mi habitación, pero me niego a separarme del único recuerdo que tengo de ella. He conseguido mantenerme con vida hasta ahora, así que quizá las súplicas de Mara a los dioses para que me protejan estén funcionando.

Cuando subo las escaleras, no veo ni rastro de la clériga. Está claro que no le van las despedidas, cosa que respeto. A veces, despedirse de alguien que está a punto de ponerse en peligro parece más bien una maldición.

Cato y Vesper ya están en el patio, bajo la leve sombra que arroja el templo del Sol. Cato lleva otro faldón blanco y oro y su piel tostada despide un fulgor dorado, como si estuviese iluminada desde dentro. No sé si es parte de los poderes del Sol o si su clérigo lo ha embadurnado con algo. El efecto atrae mi mirada, tanto que me arrepiento. No quiero *fijarme* en él, pero no puedo evitar recorrer con los ojos sus hombros, su pecho y los músculos de sus brazos, que mantienen perfectamente la armonía de su cuerpo.

Mi atención vuela hacia Vesper, cuya estampa tampoco me supone un alivio. Lleva una casaca de un intenso tono plateado que le llega casi hasta las rodillas. No habría nada reseñable de no ser

porque lleva las piernas al aire y se le ve la férula. Sé que no hay que caer en generalizaciones sobre la falta de físico de los Espadas, que son unos intelectuales, pero no puedo evitar fijarme en esos muslos fornidos. Vesper lleva el pelo recogido en una intrincada trenza cubierta de pequeñas flores carmesíes.

Cato me mira y suelta un silbido.

—Hoy no han dejado nada a la imaginación con tu atuendo, ¿eh?
—Odio este calor que siento en las mejillas ante ese comentario tan directo. Sigo convencida de que no me gusta, pero me siento atraída por él.

—Cierra el pico. —Hoy hace más calor que ayer. Según toda lógica, debería estar sudando profusamente yendo tapada entera, aunque, por suerte o por desgracia, la tela es tan fina que es casi como ir desnuda. De verdad, ¿en qué estaba *pensando* a quien se le ocurrió esta vestimenta?—. No lo he elegido yo.

—Ninguno de nosotros ha elegido qué ponerse. —Abre los brazos y vuelvo a verme atraída por su musculoso pecho —. ¿Te crees que yo iría por ahí semidesnudo si tuviese elección?

—La verdad es que no tengo ni idea. —Sueno como una mojigata, pero, maldito sea, le han bastado unos segundos para ponerme de los nervios.

Cato extiende la mano hacia mí. Yo la acepto, confundida, y suelto un gruñido cuando me hace girar hacia él, al igual que anoche durante el baile. Acabo sujeta por su brazo y pegada a ese cuerpo tibio que tiene. Y encima huele bien, justo como imagino que huele el verano para quien no vive a la sombra de la muralla. Cato me pone la mano libre en la cadera, abrasándome la piel bajo la tela con el calor que desprende, y me quedo petrificada. No sé cómo debo sentirme. Ninguna de las posibilidades que había imaginado de cara a las Pruebas incluía *flirteos*.

—¿No hacemos una pareja impresionante? —Cato le sonríe a Vesper.

Vesper, por su parte, va al grano con más seriedad:

—Vamos a discutir la estrategia.

Cato me suelta, concentrado al instante.

—Llevo ya bastante rato en el patio. La Muerte y la Torre siguen en buenos términos, pero eso no supone ninguna sorpresa. No ha sucedido nada que rompa su alianza. La alianza del Carro también es sólida, así que no creo que podamos acabar con ellos, al menos de momento. —Me mira de reojo—. Tenías razón: nuestro mayor problema ahora mismo es el Loco, pero también es nuestro objetivo más atractivo. Mató al Emperador, y la Estrella mató a la campeona del Hierofante, así que está solo.

Me cuesta ocultar mi sorpresa.

—Parece bastante razonable.

—No solo soy guapo, también listo. —Pone los ojos en blanco—. Tienen que morir ocho personas más para que la nueva Cinque se establezca. No vamos a poder evitar indefinidamente a las demás alianzas, pero lo más probable es que esta noche sigan la misma estrategia que nosotros: atacar a los campeones que van por libre. Intentarán reducir el número de contendientes con el menor riesgo posible.

Vesper se apoya en su bastón con expresión contemplativa. Resulta interesante *verlo* hacer un repaso mental de los escenarios y resultados posibles. Creo que resultaría aterrador saber lo que de verdad se le pasa por la cabeza.

—De todos los campeones que quedan, el Loco será nuestra mayor amenaza esta noche. Aunque tu estrategia no fuese buena, que lo es, tenemos que acabar con él.

No tengo ningunas ganas de volver a enfrentarme al Loco. El

recuerdo de su cara, medio humana y medio animal, basta para ponerme la piel de gallina.

—Es un arma con patas y sus sentidos están más agudizados que los nuestros. Será muy difícil tenderle una emboscada.

—Quizá para los demás campeones sea así —dice Vesper lentamente—. Pero tú puedes hacer que nos desplazemos todos entre las sombras, lo cual implica que el Loco no podrá percibir nuestro aroma de antemano si calculamos bien el momento de atacar.

—¿Sabes dónde se celebra la fiesta de los Pentáculos? —No me sorprendería que lo supiera, teniendo en cuenta todo lo que ya parece saber.

—No. —Vesper se encoge de hombros—. Pero conozco su distrito tan bien como los demás, así que cuando lleguemos podré decirte cuáles son los lugares idóneos para tender una emboscada. Una vez en la fiesta, podremos trazar un plan con más detalle. También tendremos la oportunidad de ver si las alianzas han cambiado.

Cato asiente despacio.

—Un plan flexible es mucho mejor que un plan detallado. Funcionará. —Sonríe—. Si acabamos con una alianza, podremos derrotar sin problema a cualquiera de los campeones que queden.

—A la Muerte y a la Torre no —murmuro. No pretendía decir eso, no quería echar por tierra las esperanzas que tenemos ahora mismo, pero es que anoche estuvieron a punto de matar a Cato entre los dos. De hecho... Me giro hacia Vesper—. Dijiste que anoche no fue tu suerte lo que desvió el ataque de la Muerte. ¿Seguro que no fue así?

—Seguro que no fue así. —Asiente despacio—. Toda mi concentración estaba en la Torre. Pensaba que sería él quien

atacaría. Fue un error, lo siento.

—No hay nada de lo que disculparse. Conseguimos salir con vida. —Cato se pasa la mano por la cabeza—. Lo de anoche estuvo muy cerca y, por más que me gustaría decir que haber descansado marcará la diferencia, nuestros enemigos son fuerzas de la naturaleza. —No llega a estremecerse, pero es como si lo hiciese—. Deberíamos evitar a esos dos. Van a llegar inevitablemente a formar parte de la Cinque, pero ya nos encargaremos de ellos cuando suceda.

«Van a llegar inevitablemente...».

Niego con la cabeza con vehemencia.

—Ni hablar. Eso no va a pasar. Hay que matar a la Muerte. — Pero no antes de que me dé todas las respuestas que tiene. Aunque... ¿estará dispuesto a *darme* las respuestas que busco? Antes de las Pruebas era tan ingenua como para suponer que podría arrinconarlo y me contaría la verdad. Pensándolo bien, era un plan tan turbio como el río Saevus. Cada noche que pasa, aumenta la probabilidad de que asesinen a la Muerte antes de que pueda seguir hablando con él, o de que sobreviva y vuelva a formar parte de la Cinque. Eso me proporcionaría más oportunidades de obtener respuestas, pero el precio sería demasiado alto. Ser parte de la Cinque con él sabiendo que tiene las manos manchadas con la sangre de mi madre...

—No pienso entrar en la Cinque si está él —añado.

Vesper y Cato cruzan la mirada. Es Vesper quien habla:

—La Muerte conoce demasiado bien los poderes de la Estrella como para permitir que lo mate. Si eliminamos al Carro, quedarán en juego pocos campeones capaces de acabar con la Muerte. Puede que la Torre sea el único, pero tienen una alianza. Mientras no se incorpore nadie más a su grupo, podemos acabar con los que

queden rezagados. Así, los cinco habremos ganado.

—Con él no.

—¿Por qué no? —Cato frunce el ceño—. La Muerte es temible en combate, pero también es uno de los miembros menos monstruosos de la Cinque actual, o de lo que queda de ella. Va a su aire y no aterroriza a la población, como el Carro y el Juicio.

Vesper asiente lentamente.

—No está de parte de la Corte Menor, pero tampoco le cuesta sacrificar su voto de vez en cuando en aras del bien común. No puedo decir lo mismo de la Estrella.

¿Cómo voy a convencerlos sin contarles lo que me arrebató la Muerte? Me muerdo el labio inferior. Aunque confíe lo bastante en los dos como para formar una alianza, eso no significa que *confíe* plenamente en ellos. Toda la ciudad cree que mi madre se volvió loca y cometió traición. La clériga parece pensar distinto, pero no es imparcial. Yo quiero creerla, porque prefiero pensar que mi madre no se convirtió en un monstruo por culpa de la misma diosa a la que yo represento.

—No se puede confiar en la Muerte.

—Ah, ¿no? No me jodas. No digo que tengamos que confiar en él. Lo que digo es que hay opciones peores.

Sospecho que ahora mismo no estoy siendo razonable, pero me importa una mierda.

—Con él no —repito.

—¿Y entonces con quién? —replica Vesper. No alza la voz ni permite que su tono se vuelva brusco. Se limita a contemplarme con resolución—. ¿Quién preferirías que formase parte de la Cinque con nosotros?

—La Sacerdotisa —digo al azar. Solo la he visto de pasada desde que empezaron las Pruebas. Tan mala no puede ser.

Cato niega con la cabeza.

—Está aliada con la Estrella, y las dos son bastante ladinas. Son tan malas como la Corte Menor. Sin ánimo de ofender, Vesper.

—No me has ofendido. La Estrella ha sido una sólida aliada de la Corte de Copas casi todo el tiempo que lleva en la Cinque. A mí también me gustaría eliminarla. —Vesper aún no ha apartado la mirada de mí—. Pero estoy de acuerdo con Cato: la Sacerdotisa nos va a suponer un problema cada vez que se le presente la oportunidad durante los próximos veintidós años. Mucho más que la Muerte.

Aprieto los puños, reprimiendo un grito.

—Si estamos pensando en incluir a la Muerte, ¿por qué no al Carro? Es un monstruo, pero no engaña a nadie.

—Y una puta mierda —espetea Cato—. Ya os he dicho que hay que matarlo.

—Y yo os he dicho que hay que matar a la Muerte.

—Y no te has dignado dar ni un puñetero motivo que justifique el riesgo de intentarlo. Te limitas a decir que con él no y a mirarnos desafiante. —Deja caer los brazos—. Vesper está de acuerdo conmigo.

Me temo que tiene razón, pero me niego a dar el brazo a torcer.

—Bueno, tú tampoco nos has dado ningún buen motivo para matar al Carro.

—Es un monstruo.

—Y la Muerte también.

—Basta ya —interrumpe Vesper en tono suave—. El plan de esta noche es ir a por el Loco. Ahora mismo es irrelevante decidir quién más entrará a formar parte de la Cinque. Hemos de sobrevivir a la siguiente batalla, y a lo que queda de las Pruebas. Por mucho que tengáis vuestras preferencias, a menos que queramos incorporar a

otros dos campeones a esta alianza, la decisión escapa a nuestro control. Y, aunque quisiéramos incluir a más gente, no hemos demostrado nuestra valía lo suficiente como para atraer a nadie. Discutir sobre aquello que no está en nuestras manos es malgastar tiempo y energía. —Hace una pausa—. ¿Estáis de acuerdo conmigo?

—Está bien —espeta Cato.

Está claro que no tenemos alternativa.

—Sí —murmuro. —Esa es otra parte de una alianza que no había previsto: no estamos de acuerdo en la estrategia para ganar. Aunque *sí* que concuerdo con Cato en una cosa: hay que matar al Carro. Sin embargo, no sé cómo convencerlo a él y a Vesper de que también hay que matar a la Muerte, al menos no sin confesarles quién era la última Luna. La frustración ruge y se agita en mi interior.

—Esta noche acabaremos con el Loco —digo.

—Lo intentaremos —murmura Cato en tono lúgubre, y suspira—. Ah, mirad, han llegado los Pentáculos.

Pues sí, dos Pentáculos cruzan ahora mismo el puente de piedra del este con una gran sonrisa. Van casi tan tapados como los Copas, pero su ropa es más gruesa. Visten una túnica de tonos verdes, dorados y marrones con pliegues en la cintura y también alrededor del cuello, formando una especie de capucha. Deben de estar *asándose* con este calor.

Hasta que entré en las Pruebas, toda mi ropa era de distintos tonos de gris, pues su color original se había desvaído hacía mucho. No soy ajena a la moda, sobre todo porque a Pika le encanta hablar de ropa. Sus hermosos ojos castaños relucen cuando explica con todo lujo de detalles las tendencias que llegan de la Corte Menor. Pero reconocer las tendencias de moda no implica comprenderlas del todo.

La ropa sirve un propósito: proteger nuestro vulnerable cuerpo

de la amplia variedad de peligros que hay: el frío, el sol, el mal estado de un camino o incluso un roce accidental contra algo afilado. Lo que se lleva en la Corte Menor va mucho más allá; solo hay que fijarse en el atuendo que han elegido para mí. La tela es tan fina que no estoy segura de que vaya a protegerme ni de un viento fuerte.

Aunque entiendo su gusto por la moda, me parece muy extraño que los miembros de las Cortes Menores vistan solo con los colores de su respectiva corte. Hasta Vesper, cuyo atuendo está diseñado en honor de la Rueda de la Fortuna, ha encontrado el modo de llevar solo los colores de los Espadas.

Todo esto me parece del todo innecesario, pero qué sabré yo, que provengo de los Sedimentos. Hago rodar los hombros, pongo cara de indiferencia y sigo a Cato y a Vesper para enterarme de qué esperpento nos han preparado los Pentáculos esta tarde.

A pesar de la ausencia de los dioses antiguos, algunos caelrianos se empeñan en suplicarles protección. Resulta difícil comprender que prefieran las supersticiones en lugar de las pruebas fehacientes de que los elementos primordiales protegen a quienes llevan sus talismanes. Esto lo saben hasta los habitantes de los asentamientos fluviales.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



16

Esta vez no vamos a pie. Los Pentáculos nos llevan hasta una hilera de carruajes idénticos a los que nos trajeron hasta el patio de los campeones, aunque estos lucen los colores de su corte, por supuesto. Yo me subo a uno de ellos junto con Cato y Vesper, al igual que el primer día, aunque el ambiente es diferente. Vesper mira por la ventana con expresión contemplativa. Cato, que parece enfadado, alterna entre contemplar el paisaje y clavarme la vista.

Bueno, pues que se enfade. Yo también estoy bastante enfadada, joder. No había previsto que ninguno de mis aliados pensara que tener a la Muerte dentro de la Cinco sería beneficioso. ¿Quién iba a pensar algo así? Se suponía que yo no tendría ningún aliado, y además se trata de la *Muerte*. De momento, la conversación está en pausa, pero mañana deberemos discutirlo de nuevo, suponiendo que sobrevivamos a esta noche.

Para distraerme, me giro hacia la ventana. Resulta asombroso lo mucho que se parecen los distritos de la Corte Menor, salvo por algunas diferencias insignificantes. El territorio de los Pentáculos tiene unos estandartes de color verde brillante sobre cada puerta en

lugar de ser de tonos turquesa, azul marino y cobre. Aparte de eso, las calles podrían ser las mismas que ya hemos cruzado en el Distrito de Copas. Veo los mismos depósitos de agua e invernaderos en los tejados, las mismas calles bien cuidadas, la misma falta absoluta de basura, despojos y mendigos. Hay gente agolpada cuya emoción se deja ver en la felicidad de su rostro y en su lenguaje corporal relajado. Está claro que han salido a recibirnos; lo evidencia ese maldito empeño en llevar bandas con los colores de su campeón favorito por encima de la ropa típica de los Pentáculos.

Esta no es más que la tercera noche, aunque me siento como si llevara enzarzada en las Pruebas semanas o meses. Me parece increíble ser capaz de contar los días que han pasado con la mano y que me sobren dedos. Y también ver a varias personas entre el reducido público con bandas plateadas y una luna creciente pintada en cada pómulos. Esa gente no me conoce. Está claro que no adoran a la Luna, porque son Pentáculos. Lo único que quieren es participar de nuestra matanza y convertirla en *moda*.

Me estremezco.

—¿Cómo saben que tienen que vestirse así para mostrarme su apoyo? En la calle no hay nadie cuando cae la noche. No es que estén disfrutando del *espectáculo*.

—Lo están disfrutando ahora —murmura Vesper.

Cato se echa a reír.

—No quieren ponerse en peligro para ver la parte más sangrienta de la competición. Cada mañana, los Rubíes hacen una representación de lo sucedido la noche anterior. Las noticias vuelan y nuestra fama crece con cada espectáculo.

—¿Y cómo saben lo que pasa durante la noche?

Vesper cambia de postura.

—Cada uno de los distritos tiene gente que vigila todo lo que

sucede.

—Yo no he visto a nadie.

—Se supone que no has de ver a nadie. —Se encoge de hombros—. Antes se limitaban a entrevistar cada mañana a los campeones que sobrevivían, pero sus relatos tendían a ser exagerados y contradictorios. Hace tres o cuatro Pruebas, la Corte Menor se reunió y decidió que cada distrito establecería centinelas que vigilarían durante toda la noche. Esos centinelas entregan informes a un grupo designado de Rubíes cada mañana, que son quienes se encargan de representar lo sucedido la noche anterior por toda la ciudad.

—¿Pero *por qué*? —¿Por qué le interesa a la gente saber los detalles de lo sucedido en las Pruebas?

Cato se inclina hacia delante y me da un leve golpecito con un dedo justo entre los ojos.

—*Piensa*, Kestrel. Las historias tienen poder y, aunque no somos más que un entretenimiento para la Corte Menor, le beneficia que el resto de la ciudad disfrute del espectáculo, aunque no lo vea en persona. —Se reclina en el asiento—. Justo por eso digo que deberíamos fingir que el Sol y la Luna son pareja. Saldríamos ganando a largo plazo.

No entiendo a qué se refiere, pero son mis primeras Pruebas, al menos con edad suficiente para recordarlas. Aunque Cato y Vesper tengan un par de años más que yo, tampoco son lo bastante mayores como para recordar las Pruebas en las que participó mi madre.

—¿En qué nos iba a beneficiar inventarnos que somos pareja? ¿Y qué pasa con Vesper?

Cato señala a Vesper con el mentón.

—Explícaselo tú.

—Tiene razón. —Vesper sonríe y hace un gesto hacia la ventana—. Cuanta más gente esté de tu parte, más beneficios tendrás una vez que acaben las Pruebas. Los miembros de la Cinque tienden a estar más protegidos que otros miembros del Concilium debido a que son célebres entre el pueblo llano de Caelria, pero eso no implica que estén libres de peligro. Es más que evidente en el caso de tu predecesora. Por eso es tan importante socializar en estas fiestas, y por eso son tan importantes las representaciones de los Rubíes.

Me predecesora. Mi madre. Sin embargo, ninguno de ellos está al tanto de nuestro parentesco, y la discusión que hemos tenido antes no me anima a confesarles la verdad.

—Pero al pueblo no les importan una mierda los miembros de la Cinque actuales. En cuanto ganaron, emplearon todas sus energías y poder en convertirse en tiranos, cada uno en su territorio. —Incluida a la Muerte, por más que Vesper y Cato piensen que no es tan malo. No ha hecho ni una puñetera cosa para ayudar a la población. De haberlo hecho, tal y como yo pretendo, quizá su reputación fuese mejor.

—Tienes razón solo en parte. —Vesper sigue sonriendo y hace un ademán—. Es cierto que los últimos miembros de la Cinque han decidido no implicarse tanto en política como podrían haber hecho. La Estrella, por supuesto, es la excepción. Tiene bastantes seguidores, incluso entre las facciones de Caelria que no se cuentan entre sus aliados. Habla bien y viste aún mejor. Que se digne aparecer en una fiesta es un enorme gesto hacia quien la celebra. —Me lanza una mirada cargada de intención—. Ha decidido centrar sus esfuerzos en la Corte Menor y en unos cuantos gremios selectos, no tanto en la ciudad al completo. Si un miembro de la Cinque intentase poner en marcha un gran cambio en la ciudad, necesitaría

el apoyo del pueblo para no fracasar. La reputación importa, Kestrel. Es un elemento central en el poder, quizá el que más.

No le he contado mis ambiciones a Vesper, pero está claro que las ha entendido de todos modos.

—Pero no veo la diferencia que supone contar con el apoyo del pueblo. —Lo que sé a ciencia cierta es que a nadie de la colina le importa lo que piensan los habitantes de los Sedimentos.

—Una ciudad feliz es una ciudad próspera. No hay disturbios, no hay tensiones a causa de sus regulaciones, no persigue a sus líderes exigiéndoles cambios sin cesar. Caelria ha sido una ciudad feliz en pocas ocasiones a lo largo de nuestra larga historia. —Sigue clavándome la mirada—. La última vez fue hace ciento cincuenta años. Los Bastos intentaron dar un golpe de Estado contra los Espadas y asesinaron al Rey de Espadas, que era adorado prácticamente en toda la ciudad. Caelria entera se sublevó e hicieron falta varias medidas contundentes para aplacar al pueblo, y aun así las consecuencias de los disturbios duraron toda una generación.

¿Hubo disturbios en Caelria por un *Espada*? Cuesta creerlo, aunque yo no tengo mucha idea de la historia de la ciudad, pero Vesper carece de motivos para mentirme.

—Empiezo a entender a qué te refieres.

—En parte, por eso son tan importantes las Pruebas, más allá del motivo evidente de determinar quiénes serán los próximos miembros de la Cinque. —Asiente lentamente—. Incluso antes de que se decida quiénes formarán parte de ella, un entretenimiento a esta escala beneficia a la ciudad entera.

Eso al menos lo entiendo.

—Lo que quieres decir es que los ciudadanos quedan satisfechos.

Vesper se encoge de hombros.

—Varias cosas pueden ser verdad al mismo tiempo. Tal y como ha dicho Cato, la gente disfruta del espectáculo, y en las manos adecuadas es un arma muy útil. La Corte Menor y los gremios han tenido mucho tiempo para aprender a usarla.

Tengo más preguntas, pero al mirar por la ventana me distraigo ante la enorme cantidad de vegetación de ahí fuera. En cada alféizar hay un gran surtido de *flores* coloridas. Flores, me cago en la puta. Son hermosas, inútiles, todo un símbolo de lo que es la Corte Menor. Entiendo que los edificios junto a los que estamos pasando no forman parte de la Corte de Pentáculos en sí, pero, teniendo en cuenta lo lejos que me siento de los Sedimentos, bien podría ser así.

—Menudo derroche. —Aunque nadie aquí lo ve del mismo modo que yo. Aquí todo el mundo está *bien alimentado* el año entero.

—Son Pentáculos. —Vesper suelta un resoplido—. Les basta una sola gota de sangre para mantener una planta con vida durante..., bueno, al menos durante una estación. No todos tienen esa afinidad en concreto, pero los que sí, se ganan un buen dinero manteniendo la fachada.

Ya había oído hablar de esta faceta de la magia de los Pentáculos, aunque no la había presenciado. Solo de imaginar que llevasen algo de esta magia al resto de la ciudad... Pero, claro, nosotros no podemos pagar, así que ¿para qué iban a molestarse?

Al girar un recodo, comprobamos que nuestro destino está en mitad de esta manzana. Es un edificio abovedado el doble de grande que las tiendas que tiene a ambos lados. Debe de estar hecho de la misma piedra que todo lo demás, pero tiene las paredes cubiertas de enredaderas que lo vuelven verde. Casi parece que el edificio está vivo.

Los mismos Pentáculos que han venido antes a por nosotros nos aguardan ahora cada uno a un lado de una puerta resplandeciente.

Se trata de una mujer baja y recia de piel canela, cabello castaño y amplia sonrisa. A su derecha hay un hombre alto con el cabello de un rojo intenso y el tipo de piel a la que le salen ampollas cuando le da mucho tiempo el sol. La sonrisa de este último es tan reluciente que he de esforzarme por no apartarme. Debe de formar parte de la mismísima Corte de Pentáculos, teniendo en cuenta el ribete de oro que lleva en las mangas.

—El Paje de Pentáculos —murmura Vesper en voz baja, confirmando así mis sospechas—. Es encantador y amable, aunque no se puede confiar en él.

Pongo los ojos en blanco.

—No se puede confiar en nadie de la Corte Menor.

Vesper sonríe.

—Ya empiezas a entenderlo.

El paje abre los brazos ampliamente.

—Es un honor para los Pentáculos celebrar el evento de esta tarde. Hemos traído una selección de la mayor abundancia que puede ofrecer nuestra corte. —Muestra una sonrisa muy cordial que le llega incluso a sus ojos ambarinos—. Esta noche, todo lo que tenemos es vuestro.

Puede que exagere un poco, pero los Copas se expresaban con el mismo aire solemne impostado. Incluso teniendo en cuenta las suaves palabras de Vesper y lo que yo misma he observado, los esfuerzos que hace la Corte Menor en estos eventos no tienen del todo sentido para mí. Sí, la Cinco cuenta con cinco votos en el Concilium, pero aún quedan trece campeones. Me parece un derroche dedicar tanto tiempo, esfuerzo y dinero a agasajarnos a todos.

El paje vuelve a abrir los brazos de tal manera que casi parece miembro del Gremio del Rubí.

—Por favor, cruzad la puerta de uno en uno para que nuestro metal os otorgue protección para la noche que se avecina.

Yo estudio la puerta en cuestión y, al poco, comprendo de dónde proviene ese fulgor: cientos de pequeñas monedas cuelgan sobre el dintel formando una suerte de cortina. Destellan y tintinean agradablemente por la leve brisa. Esto es igual que el agua corriente del vecindario de los Copas, aunque no me he fijado en que otras puertas junto a las que hemos pasado tengan este mismo nivel de *protección*. Mientras la Sacerdotisa cruza la cortina de monedas, yo me giro para contemplar las puertas de los edificios cercanos.

Ninguno de ellos tiene una cortina completa, no, pero *sí* que tienen una moneda clavada en cada esquina de la puerta... y de las ventanas. Me acerco al edificio que está justo al otro lado de la calle, frente al lugar al que tenemos que entrar, y contemplo las monedas con el ceño fruncido. No parecen tener nada de especial, aparte de ser el doble de grandes que una moneda de cobre. También son de un color extraño que no es cobrizo, plateado *ni* dorado.

En términos de protección, me parece pobre como mucho. No hay barrotes en las ventanas y el vidrio es fino, por lo que distingo las formas de los muebles del otro lado, dispuestos de modo parecido a lo esperable en una casa normal. Quizá sea una tienda que vende muebles.

Quizá a un ladrón le costase sacar de ahí un armario, pero todos estos edificios de la colina carecen de medidas básicas de protección que sí hay en otras partes de Caelria. En el nombre de los dioses, ¿de qué te va a proteger una moneda? ¿O cuatro, mejor dicho?

Me giro para preguntarles a Vesper y Cato si saben para qué sirven, pero ya se están acercando a la cortina, siguiendo el goteo de campeones que entran en el edificio. Reprimo un suspiro. Supongo que tengo preocupaciones mayores que las supersticiones

en las que caen los Pentáculos para protegerse. No es tan diferente de llevar encima las monedas que me dio Mara con la esperanza de que me den suerte. Puede que las mías también fuesen de ese mismo color extraño y que lo hayan perdido con el paso de los años. Acaricio el lugar donde las llevo guardadas en el arnés y me dirijo a la puerta.

El paje me mira a los ojos al acercarme y su sonrisa se ilumina aún más, algo que me habría parecido imposible.

—La Luna. Encantado de conocerte al fin. —Prosigue antes de que se me ocurra cómo devolverle el cumplido—. Por tu culpa he perdido bastante dinero.

Parpadeo.

—¿Disculpa?

Se echa a reír y descarta mi conmoción con un gesto.

—Estaba seguro de que el Concilium iba a tener que elegir a dedo a alguien de entre la multitud y obligarlo a ser el campeón de *esa* diosa antigua. Si tú no te hubieras presentado, sospecho que habría ganado mucho dinero.

¿Se supone que he de disculparme? No hay nada en su tono de voz ni en su expresión que indique que está enfadado, pero ¿acaso no he aprendido ya a no confiar en que los miembros de la Corte Menor muestren la menor sinceridad?

—Si apostar en las Pruebas es tan común, imagino que mucha gente habrá perdido dinero desde que empezaron. —No consigo imitar su sonrisa—. Siento haberte decepcionado.

—Lo cierto es que sí, es bastante común. —Se encoge de hombros con aire despreocupado sin dejar de sonreír—. Tú límitate a no matar al Carro y estaremos en paz. Está desenvolviéndose genial durante las Pruebas, mejor incluso que la última vez. Está claro que volverá a ocupar un puesto en la Cinque.

«No si podemos evitarlo». Reprimo esas palabras, al igual que lo he reprimido *todo* desde que llegué a este lugar que debería ser débil y patético, pero que es tan peligroso como los Sedimentos. Quizá incluso más, porque no me he pasado la vida aprendiendo dónde están los límites de la seguridad. Al menos, en los Sedimentos, somos sinceros con respecto a la violencia y la desesperación, pero aquí todo parece ser un puto juego para los poderosos.

No espero a que las monedas dejen de girar después de que Vesper las atraviese para entrar en el edificio. Estoy alzando las manos para apartarlas de mi cara cuando el paje emite un sonido. Lo miro de reojo.

—¿Qué?

—Al apartarlas, apartas también su protección.

El caso es que no *creo* en la supuesta protección que otorga un puñado de trozos de metal..., pero, bueno, no necesito que Vesper vuelva a susurrarme al oído que cierre el pico. Aunque los pajes no tienen voto en el Concilium, si quiero ser miembro de la Cinque, tarde o temprano tendré que tratar con esta gente. Dejar una pelea para otro día debe de ser lo más inteligente, por más que me moleste.

En lugar de discutir, atravieso las monedas dejando que rocen mi piel desnuda y la fina tela que me cubre el resto del cuerpo. Están más calientes de lo que esperaba y despiden un olor terroso que para mí no tiene sentido. Aún no he decidido si es un aroma agradable o todo lo contrario cuando llego a mi nuevo entorno.

Este edificio bajo no está abierto, como lo estaba la torre de los Copas. Me encuentro en un pequeño recibidor con dos puertas que dan a unos pasillos oscuros. Vesper cruza la mirada conmigo y me hace un gesto para que me una a los demás campeones. El pasillo

es bastante más amplio que los pasadizos del Distrito de Copas, pero aun así siento un hormigueo en la piel. Quizá los demás campeones disfruten de la riqueza de tener paredes de madera (*ide madera!*), pero yo soy demasiado consciente de lo difícil que sería luchar en un espacio tan estrecho.

Resulta irónico que en su momento me preocupase que mis hoces no tuviesen suficiente alcance. Desde la primera noche, no he hecho más que luchar en espacios reducidos. Ahora que Cato se ha unido a nuestra alianza, quizá ya no tenga que luchar en absoluto. Otro cambio con respecto al plan original de Mouse. Ojalá pudiera hablar con él, repasar las diferencias entre lo que esperábamos y la realidad. Imagino que tendría alguna buena idea que poner en práctica, algún consejo que me ayudase a sentirme más estable, a recuperar el control. Sin embargo, ahora estoy tan lejos de él que este bien podría estar en Xiv, al otro lado del mar Cojumbroso. Pero no puedo ir hasta los Sedimentos, pues correría el riesgo de volver después de la sexta campanada, o de llevar a los demás campeones hasta la gente que más me importa.

No vale la pena arriesgarse. Estoy sola, aunque a veces me olvido de que tengo a Cato y Vesper a mi lado.

Para distraerme, miro en derredor mientras sigo a los demás campeones por una serie de estancias pequeñas y pasadizos cortos. Las paredes están recubiertas de paneles de madera, lo que debe de haber costado una fortuna. Casi todo en Caelria está hecho de piedra. Los edificios más antiguos se construyeron con piedras de una cantera cerrada hace mucho tiempo en la parte norte de la ciudad. Los materiales más nuevos se traen por el río Saevus desde Perfodia. Y, a juzgar por el modo en que se quejan de ello los marineros, deben de ser increíblemente caros.

El único modo de conseguir *madera* es sobornar a los habitantes

de las tierras salvajes. Algo así resultaría inaudito en las proximidades de Caelria, pero algunos de los asentamientos fluviales se permiten semejantes operaciones de explotación forestal. Es una maniobra muy peligrosa por varios motivos, pero quizá no más que vivir en los propios asentamientos fluviales. Sea como sea, sus habitantes cobran precios exorbitados a cambio de la madera. Transportarla hasta aquí suele estar muy bien pagado, aunque hay pocos dispuestos a embarcarse en esas empresas a causa de la alta posibilidad de cruzarse con un monstruo de las tierras salvajes. Los monstruos podrían masacrar un asentamiento entero y, luego, acabar con la tripulación de transportistas. Ya ha sucedido antes.

Así pues, tener un edificio entero cubierto de paneles de madera es un alarde de riqueza aún más impresionante que lo que vimos con las gemas en la torre de los Copas. Siento un nudo en el estómago para cuando salimos al salón del banquete, que tiene un techo bajo curvado y unos ventanales que dan a un hermoso patio repleto de vegetación. Estoy dirigiéndome a la ventana cuando me distraen unas mesas dispuestas formando un cuadrado. En cada una hay carteles con nombres escritos con letra florida, o nuestros títulos en el caso de los campeones: nos han asignado asientos.

Vesper aparece a mi lado casi por arte de magia y tengo que esforzarme por no dar un respingo.

—Te han puesto entre la Sacerdotisa y la Estrella. —Me agarra del brazo y me gira de cara a la ventana, dándole la espalda a la estancia. El patio es muy hermoso, una versión más silvestre del jardín que me encontré la primera noche. Casi puedo oler la vegetación; parece más apetecible que lo que me espera durante la cena.

Suelto un suspiro.

—Estupendo. —Al menos esta vez sé que no he de permitir que

la Estrella me toque—. ¿Sabes hasta dónde llega el veneno de la Estrella? ¿Funciona mediante el tacto o también puede envenenar la comida y la bebida?

—Nunca ha presumido mucho de su magia, así que no lo sé a ciencia cierta. —Vesper esboza una sonrisa—. Creo que no vale la pena correr el riesgo de comer ni beber nada cerca de ella.

Eso era lo que me daba miedo. Anoche, la Estrella intentó envenenarme directamente, pero eso no implica que vaya a emplear el mismo método. Al otro lado de la estancia, se abre una puerta por la que sale un tropel de Pentáculos con enormes bandejas repletas de comida. Huele muy pero que muy bien. Aunque he comido algo antes, resulta asombroso lo rápido que se acostumbra el cuerpo a comer con regularidad. Tengo *hambre*.

—A veces, en los Sedimentos, se habla de la riqueza de los Pentáculos. Al parecer es legendaria. —Nadie que yo conozca ha estado jamás en el Distrito de Pentáculos, ni mucho menos disfrutado de esa supuesta riqueza. Aun así, los rumores siguen circulando por ahí.

Vesper me aprieta el brazo.

—Voy a buscarte un plato, uno que sea seguro. —Lanza una mirada por encima del hombro—. Intenta averiguar si su alianza es frágil. La Estrella es una de los campeones más fáciles de eliminar, si está sola.

—Vesper, de nuestra alianza, no soy yo a quien se le da bien hablar. Sois Cato y tú.

—Inténtalo. —Dicho esto, se marcha. Pasa entre las mesas y ocupa un asiento entre la Muerte y el Carro. Me basta un vistazo por la estancia para comprobar que los Pentáculos han asignado los asientos con toda intención. No hay una sola alianza que se siente junta. Esta cena va a ser muy larga, joder.

Tanto la Sacerdotisa como la Estrella ya se han sentado y se dedican a charlar despreocupadamente. Esta noche, la Estrella lleva un caftán azul oscuro intenso con diminutas gemas cosidas sin seguir patrón, con lo que da la impresión de ser un trozo del cielo nocturno. Es precioso, pero preferiría ahogarme con mi propia lengua antes que reconocerlo. Vuelve a llevar sus acostumbrados guantes de encaje del mismo tono que el vestido, los cuales le llegan hasta el codo. Y su corto cabello rubio está peinado hacia atrás, acentuando sus facciones. Es muy guapa, cosa que me irrita.

La Sacerdotisa es una mujer baja y morena, tanto que se perciben matices azules en ella. Resulta imposible adivinar su edad, pues tiene la piel tersa y ni una sola cana en su melena negra. Por otro lado, se comporta con una seguridad en sí misma que indica un alto grado de experiencia. Lleva el cabello corto en trencitas y luce un vestido morado claro ajustado a su esbelta figura, junto con una capa corta de color azul oscuro. Ambas prendas cuentan con intrincados bordados con hilo un poco más oscuro que la propia tela, con una textura sutil tan abstracta como hermosa. Al igual que la Estrella, la Sacerdotisa es tan bella que me rechinan los dientes. Con esa piel perfecta, ese cabello y esa ausencia de cicatrices, las dos tienen un aspecto casi inhumano.

La Estrella me dedica una dulce sonrisa, como si no hubiese intentado matarme ayer mismo, *antes* de que cayera la noche. Como si no me hubiese llamado «rata de los Sedimentos» y luego se hubiese hecho la víctima al verse reprendida por ello.

—Luna. Qué placer volver a verte.

—Estrella. —Le dedico un cabeceo y tomo asiento. Las mesas están dispuestas de modo que solo los laterales que dan a la pared cuentan con asientos. El espacio en el centro de la estancia queda abierto, de forma que todo el mundo puede ver los demás. O quizá

se haya dejado libre para bailar.

«Resérvame un baile».

Me estremezco y me dispongo a agarrar el agua que tengo delante, pero me detengo al recordar la advertencia de Vesper. No sé de dónde salen estas ganas instantáneas de hacer algo que me acaban de decir que no haga. Alargar la mano hacia el vaso ha sido instintivo, aunque no tenga mucha sed. Sin embargo, en cuanto dejo la mano en el regazo, siento la boca sequísima. Ahora lo único que deseo es beber algo.

La Estrella se echa de repente a reír con un tono melódico.

—¿Por qué estás tan nerviosa, Luna? ¿Acaso crees que alguien ha manipulado tu comida? Eso sería juego sucio.

—Ya, claro, porque a *ti* las reglas te importan muchísimo.

—Pues claro que nos importan —murmura la Sacerdotisa. Sonríe y en sus ojos castaños asoma la misma amabilidad que en los del Paje de Pentáculos—. Violar las reglas de las Pruebas del Tarot es un modo estupendo de morir.

No llego a poner los ojos en blanco, pero por poco.

—Por lo que sea, eso no me supone el menor alivio.

—A mí tu alivio me da igual. —Se gira hacia las montañas de comida que hay en unas bandejas frente a nosotras. Es demasiada comida, incluso para la cantidad de personas reunidas aquí. ¿Qué harán con los restos? Quiero creer que no los tiran, teniendo en cuenta que hay gente pasando hambre a pocos kilómetros colina abajo.

Pero sé que sí, ¿verdad?

Las luces se atenúan, ayudándome a dejar de salivar por esta comida que tengo delante que no me atrevo a comer, y aparece el Paje de Pentáculos. Todo resulta muy teatral. Entrecierro los ojos en un intento de averiguar de dónde ha salido, porque no lo he visto

atravesar el espacio entre las mesas. Quizá haya algún astuto mecanismo entre las sombras de ese rincón de la habitación.

—Por favor, disfrutad de la hospitalidad de la Corte de Pentáculos. Hasta el último trozo de comida que hay en las mesas frente a vosotros se ha cultivado gracias al sacrificio de los Pentáculos.

A mi lado, la Estrella resopla.

—Adoran parlotear sobre sus *sacrificios*, como si no hubieran descubierto ya la manera de mitigarlos.

¿Mitigarlos?

No tengo oportunidad de formular la pregunta porque el paje sigue hablando. Su voz retumba, aunque no es molesta.

—Los arcanos mayores no son nuestros dioses, pero los honramos de todos modos. —Hace un gran aspaviento y se acerca otra persona. Es tan menuda que parece frágil, con la espalda encorvada por una edad que no sé calcular. Debe de ser extremadamente *mayor*. Su piel canela está llena de arrugas y por la cara le caen unos largos rizos blancos. Viste una túnica de un intenso color rojo rosado, lo que indica que se trata de un Rubí, aunque yo jamás he visto a ningún Rubí tan mayor. En realidad, creo que nunca he visto a nadie tan mayor.

Sujeta con ambas manos un bastón de aspecto extraño. Aunque parece que bastaría una brisa más fuerte de la cuenta para que se convirtiese en un puñado de polvo, su voz es vívida y agradable y alcanza cada rincón de la estancia.

—Disfrutad de la siguiente representación en honor a los dioses.

La Estrella rebosa de emoción.

—Qué escándalo, han contratado al Gremio del Rubí. Me lo habría esperado de los Copas, pero no de estos mojigatos de los Pentáculos —murmura—. Imagino que Fox está por aquí cerca. Qué

giro tan sorprendente de los acontecimientos.

Yo la miro de reojo.

—¿Conoces a le maestro gremial Fox?

—Querida, hace veintidós años que soy miembro de la Cinque.

—La Estrella sonríe con dulzura—. Por supuesto que conozco a los demás miembros del Concilium. ¿Por qué lo preguntas? ¿Acaso pretendías unirme al Gremio del Rubí antes de haber tomado la mala decisión de presentarte a campeona de la Luna?

Parpadeo. Creo que ha intentado insultarme, otra vez. No sé qué opinión tiene la gente de la colina del Gremio del Rubí, pero sus miembros son muy respetados tanto en los distritos gremiales como en los Sedimentos. Sigo intentando dar alguna réplica cuando la Sacerdotisa murmura:

—Qué pesada eres con tus bromas, Estrella. Aunque los Rubíes hayan caído en desgracia en los últimos años, siguen siendo respetables.

No me extraña que estas dos hayan establecido una alianza. Está claro que tienen la misma visión de Caelria, una muy estrecha de miras. La Sacerdotisa lleva ropas que recuerdan al estilo de la Corte de Copas, aunque no con los mismos colores. No recuerdo si ya vestía así durante la Criba. Si proviene del Distrito de Copas, tiene sentido que la Estrella se haya aliado con ella, pues comparten intereses.

Mientras le doy vueltas al asunto, media docena de personas aparecen rodeando a la persona mayor, vestidas con telas vaporosas, a cada cual más hermosa.

—Allá vamos. —La Estrella intenta darme un golpecito con el hombro, pero soy lo bastante rápida como para esquivarla. Aunque enarca las cejas, me sonríe como si yo fuese un animal que acaba de hacer un bonito truco.

Me cruzo de brazos y me reclino en el asiento, esforzándome por ignorar los gruñidos de mi estómago. Resulta extraño que una sensación que siempre me ha acompañado de pronto me parezca insoportable, ahora que puedo disfrutar más fácilmente de la comida.

Espero que los pequeños se encuentren bien. Estamos en verano, así que no hay que preocuparse de que nadie acabe congelado hasta la muerte. Sin embargo, Mouse ya es mayor y no es tan rápido como antes. Y Pika es muy capaz, pero también condenadamente *joven*, tanto como puede serlo cualquiera que haya crecido en los Sedimentos. Mara me prometió que les echaría un ojo y, aunque mantendrá su palabra —sé que lo hará—, hay muchos otros aspectos que pueden torcerse: una herida, una enfermedad, los Bastos.

Echo de menos a mi familia. Muchísimo. Solo han pasado un par de días, pero con cada campanada mi vida en los Sedimentos se me antoja más lejana. ¿Llegaré a reconocerlos si vuelvo a verlos? ¿Me reconocerán ellos a mí?

Dentro del esfuerzo continuo por minimizar la fuerza de las supersticiones antiguas, no hay que dejar de lado a los gremios. El Gremio del Rubí en concreto fue en su día un enorme representante de los Amantes, la Sacerdotisa y el Hierofante.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



17

Los Rubíes ofrecen un espectáculo hipnótico. Los bailarines se cruzan unos con otros sin que las telas que llevan se enreden ni arrastren por el suelo y contraen su cuerpo adoptando formas que desafían la lógica. Cada uno de sus movimientos es intencionado y de una hermosura incomparable. Aparecen más bailarines con disfraces fantásticos que resultan tan aterradores como preciosos. Tardo unos instantes en comprender qué es lo que representan y, cuando por fin lo logro, se me olvida el hambre: la fundación de Caelria.

Los monstruos persiguen a los bailarines, los dispersan, dan la impresión de despedazarlos. De pronto, los tonos rojos y rosados de estos disfraces evocan sangre y violencia y sus holgadas mangas se arrastran por el suelo formando gráciles ríos. Uno tras otro van cayendo. Es una matanza, si bien hermosa.

Entran más bailarines. Estos representan claramente a los dioses antiguos, aunque solo hay trece, en lugar de veintidós. Imagino que no es ninguna coincidencia que se correspondan con los campeones supervivientes, ni que lleven ropa similar a la nuestra, incluyendo el

mono de la Luna. Enarco las cejas. La Luna tensa un arco imaginario, suelta la cuerda y un monstruo cae. La Estrella acaricia con los dedos a otro monstruo, que también se desploma junto con el primero. La Muerte acaba con otro. Ahora hay muchos cadáveres por el suelo, tantos que no comprendo cómo es posible que los bailarines no se tropiecen a cada paso que dan.

Cuando solo queda un monstruo, el Sol alza las manos y las luces se intensifican tanto que tengo que taparme los ojos. Para cuando consigo volver a enfocar la vista, los «cadáveres» han desaparecido y los trece campeones entrelazan los brazos. Es la creación de la muralla.

Según las leyendas, la construyeron en un único día, aunque las leyendas tienden a dejar de lado el realismo en favor de la teatralidad. Sin embargo, es imposible pensar que no la hayan creado los dioses, pues la piedra parece haber brotado de las entrañas de la tierra. Según los relatos que cuentan entre susurros los marineros, los monstruos de las tierras salvajes son más temibles que cualquier otra criatura del mundo conocido. Pueden correr más rápido que un humano, saltar más alto y trepar sin apenas agarres. No hay motivo por el que no hayan podido abrir una brecha en las partes inferiores de la muralla al menos unas cuantas veces a lo largo de la historia. Y, sin embargo, jamás ha sucedido.

A mi lado, la Sacerdotisa se despereza.

—Qué cena tan encantadora. ¿No tienes hambre, Luna? —Lo pregunta en un tono tan inocente que bajo la vista a mi plato, que está lleno.

Y me quedo petrificada. No hay rastro de las hermosas frutas y verduras de antes, ahora parece que este plato lleve aquí semanas. Al ver que brotan gusanos de uno de los melocotones, me da una arcada y echo la silla hacia atrás. ¿Qué está pasando? ¿Me han

cambiado el plato? Pero eso no tiene ningún sentido. Me habría dado cuenta... Estoy segura.

La Sacerdotisa se echa a reír.

—¿Pasa algo?

Parpadeo y, de pronto, mi plato tiene el mismo aspecto que antes del espectáculo. ¿Qué ha *sucedido*? Tiene que deberse a su magia, pero no comprendo cómo lo ha hecho. ¿Ha sido una alucinación o es capaz de alterar la realidad, de hacer que avance a toda prisa el tiempo y, luego, obligarlo a retroceder? Al pensarlo bien, comprendo que algo así es imposible. Ninguno de los campeones tiene poderes de esa magnitud. Una cosa es manipular la suerte, pero hacer lo mismo con el tiempo...

Si algún campeón hubiera sido capaz de hacer eso, Mouse habría estado al tanto, aunque hubiesen eliminado a ese campeón en las primeras noches de las Pruebas, como sucedió con la Sacerdotisa. Carraspeo. No pienso concederle la reacción que claramente está esperando.

—No, no, no pasa nada. Es que no tengo hambre. —La música vuelve a subir de volumen, esta vez con un inconfundible ritmo que reconozco de la fiesta de los Copas. Al parecer, *sí* que vamos a bailar esta noche.

«Resérvame un baile».

Aparto de mi cabeza la voz de la Torre. Otra vez. No sé por qué sigo pensando en él. Da igual que haya la más mínima atracción entre nosotros. Está aliado con la *Muerte*, y de todos modos es otro campeón, por lo que no hay ninguna garantía de que vaya a sobrevivir a las Pruebas. Permitir que se me encoja el estómago al pensar en él es la mejor manera de acabar con el corazón roto. Algo así no tiene ningún futuro, y no puedo permitirme distracciones, por breves que sean. No pienso irme a la cama con nadie durante las

Pruebas, ni tampoco después. Si la necesidad de sexo y contacto me distrae demasiado, siempre puedo ir a alguna casa del Rubí. Al menos sé que *quienes* trabajan allí no se aprovecharán de mis necesidades.

Me aparto de la Estrella y la Sacerdotisa, que empiezan a conversar en voz baja enseguida, con la cabeza inclinada la una hacia la otra. Los demás campeones también se levantan. El Ermitaño ocupa el asiento que acabo de abandonar. El Carro es el primero que irrumpe en la pista de baile, arrastrando consigo a un Pentáculo con aire reticente. La Muerte se pone en pie muy despacio, una vez más con la clara intención de escabullirse del baile. Yo estoy a punto de seguirlo en cuanto atraviesa la puerta más cercana, pero el gruñido de mi estómago me recuerda que tengo que comer para mantener las fuerzas. Puedo saltarme alguna que otra comida sin consecuencias negativas prolongadas, pero ahora que he de luchar por mi vida cada noche me veo obligada a elegir entre sonsacarle información a la Muerte o comer para no perder energía.

«Ya te pillaré más tarde», juro, aunque me domina la preocupación. Está claro que la Muerte tiene respuestas para muchas de las preguntas que me atormentan desde la infancia, pero no sobreviviré para sonsacárselas si sigo siendo el eslabón más débil de mi alianza. Más *le* vale sobrevivir a esta noche para que pueda abordarlo mañana. Aprieto los dientes y me giro hacia Vesper, que no tiene a nadie en las sillas de al lado. En cuanto me siento, me acerca su plato.

—¿Qué ha hecho la Sacerdotisa para agriarte tanto la expresión?

—Es capaz de crear ilusiones. —Al pensar en la imagen que me ha metido en la cabeza, siento un nudo en el estómago. La comida que tengo ahora delante tiene buen aspecto, pero ¿y si ha creado

justo la ilusión opuesta? ¿Podrá conjurar también sabores y olores? —. ¿Sabes algo al respecto?

—Solo que tiene alcance limitado. —Vesper me llena un vaso de agua—. No puede sumergirte en un mundo completamente diferente y conseguir que creas que es real. Sus poderes solo afectan a objetos pequeños, como tu plato. Quizá pueda lograr que pienses que es otra persona, pero no lo sé a ciencia cierta. En los registros que he leído, las víctimas de la Sacerdotisa caían por sus armas, no por su magia.

Le doy un mordisco a un trozo de carne. En cuanto la saboreo, se desvanecen mis reticencias. Casi me olvido de los peligros que implican las palabras de Vesper.

—Si puede fingir que es otra persona, ¿cómo vamos a saber si estamos hablando con nuestros aliados o con ella?

—Supongo que necesitaremos una clave. —Vesper tamborilea con los dedos sobre la mesa—. Me limitaré a llamarte por tu nombre.

Me lo pienso y doy otro bocado.

—Sí, eso funcionará de momento. —Miro en la dirección por la que ha desaparecido la Muerte. Se me ocurre que quizá Vesper sepa más de él que yo, o al menos que tenga información más reciente—. ¿Qué sabes de la Muerte, aparte de lo que ya me has contado?

—Sé que tenéis un pasado compartido. Puede que quieras vengarte de él por algo. —Le lanzo una mirada afilada, pero Vesper se limita a suspirar—. Sigue comiendo mientras yo hablo. El baile está a punto de comenzar. —Habla con un tono melancólico.

Pincho una verdura asada y me la llevo a la boca. Emito un sonido que espero que quede ahogado por la música.

—Esto está *buenísimo*.

—Los productos de los Pentáculos son de primera calidad. —El

modo en que Vesper habla, casi como un canturreo, me lleva a pensar que no lo dice como cumplido. Más tarde volveré a enfadarme por el hecho de que los Pentáculos se guarden toda esta abundancia. Más tarde me preguntaré por qué esta ciudad permite que su mierda fluya colina abajo hasta los Sedimentos. Está claro que hay recursos suficientes para todos. Y también está claro que...

—La Muerte y los Espadas también comparten un pasado. —Vesper agarra su vaso de agua y lo hace girar con gesto contemplativo—. Durante sus años como parte de la Cinque, la Muerte ha tenido varios roces con los Espadas. En ocasiones, enfrentamientos bastante acalorados. Es... —Se estremece con sutileza—. Mi madre es increíblemente ambiciosa y mi padre es el hombre más listo que conozco, pero ambos tienen mucho cuidado de no jugársela a la Muerte.

—¿Piensan que les hará daño?

—No, no es eso. Su voto tiene más peso que el de los demás miembros de la Cinque, aunque no se preste a los mismos juegos de popularidad que la Estrella. Todo el mundo tiene cuidado con la Muerte, incluso la Corte Menor.

Vesper me pone varios trozos más de comida en el plato con aire despreocupado. Así me doy cuenta de que me lo he acabado todo. No comenta nada sobre mi apetito, ni yo comento nada sobre el hecho de que me esté alimentando. Siento un extraño calor en el pecho, un puto calor para el que ahora no tengo tiempo.

Cato, la Torre, Vesper, todos me atraen de maneras ligeramente diferentes. Es el tipo de complicación que no esperaba que surgiese durante las Pruebas. Resulta esperable querer asesinar a los demás campeones, pero querer pasar más tiempo con ellos, querer desentrañar el misterio que representan, prestarse a flirteos inofensivos con ellos..., esos son impulsos peligrosos.

—Kestrel —murmura Vesper—, odias más a la Muerte que a ninguno de los otros miembros de la Cinque, incluso más que a la Estrella, que ha intentado matarte. Parece algo personal.

Lo parece porque lo es. Me apresuro a dar un sorbo de agua mientras sopeso mis siguientes palabras. He omitido cosas, pero Vesper es Espada, así que no puedo mentirle directamente. En lo que dura mi vacilación, me pienso si debería contarle la verdad. Ya me ha salvado la vida en varias ocasiones, así que quizá se merezca mi confianza...

Me zarandeo mentalmente. Ahora no.

—¿Y no piensas que admitir a la Muerte dentro de la Cinque por segundo periodo consecutivo enviaría un mensaje equivocado? Si de verdad queremos una Caelria mejor, la Cinque debería reflejar nuestros deseos.

Vesper no parpadea.

—Es una idea bonita, pero acabas de esquivar mi pregunta. —Alza una mano antes de que yo pueda protestar—. No estás lista para contármelo, lo respeto. Hace muy poco tiempo que nos conocemos. —Su mirada se vuelve más afilada—. Pero la discusión que hemos tenido antes se repetirá mañana. Hay que matar al Carro, Kestrel. No sé qué tienes con la Muerte, y no pienso presionarte para que me lo cuentes, pero estoy de acuerdo con Cato: el Carro *no* puede sobrevivir a las Pruebas.

Siento un nudo en la garganta que amenaza con cerrármela por completo.

—Lo comprendo. —Ni siquiera estoy segura de estar en desacuerdo con ellos. El Carro es un monstruo similar al Juicio. Si consigue hacerse con un puesto en la Cinque, seguirá haciendo daño. Sin embargo, la mera idea de tener que trabajar con la Muerte, aunque solo sea para votar, durante las próximas dos

décadas me da ganas de gritar. A mi madre la mataron antes de que yo pudiera siquiera formarme recuerdos de ella, y sin embargo él puede llegar a viejo. Resulta imperdonable.

Me giro en la silla y paso la vista por la estancia. El baile ha empezado, pero es distinto del de anoche. Los Copas prácticamente nos obligaron a entrar en la pista y luego se retiraron al borde a contemplarnos, como si fuéramos animales en una jaula. Aquí, los Pentáculos y Rubíes están entre la multitud y sus inconfundibles colores se mezclan con nuestra ropa, que es más teatral. La Estrella gira en brazos de un Rubí. La Sacerdotisa baila con el Paje de Pentáculos. Cato charla con el maestro gremial Fox, que *sí* que está aquí. Y la Torre... Paseo la vista lentamente por la estancia y freno en seco al verlo, apoyado en la pared al otro lado de la habitación..., mirándome.

Aparto los ojos de golpe, reparando en el Loco y la campeona del Ermitaño. Apenas he visto a la campeona del Ermitaño desde la Criba. Es joven, probablemente la que más de los presentes. Si ha llegado a la mayoría de edad —un requisito para ser campeón—, debe de ser por poco. Su piel es de una palidez casi enfermiza y tiene el cabello lacio sobre los hombros, a pesar del peinado de quienquiera que sea su clérigo o clériga. No es que se parezca a Mara, en realidad no, salvo por el tono de piel, aunque de espaldas podrían ser hermanas. Resulta ridículo compararlas a las dos, porque a esas alturas Mara ya se habría largado corriendo, y nadie consigue atraparla cuando decide huir. Sin embargo, no puedo evitarlo. No puedo proteger a Mara, *jamás* he podido, pero no pienso permitir que el Loco se yerga imponente sobre la campeona del Ermitaño, que la aísla con esos hombros tan anchos del resto de la estancia.

Antes de pensar siquiera en moverme, ya me he puesto de pie. Vesper intenta agarrarme de la mano, pero logro esquivarlo.

—Puedo encargarme de esto.

—Kestrel, esa chica va a morir. —Vesper habla en voz baja con urgencia—. Puede que sea esta noche, puede que sea mañana. Es un milagro que haya llegado tan lejos, incluso con su alianza.

Odio todo eso que ha dicho. Y odio sobre todo que tenga razón. Sin embargo, me fijo en lo hundidos que tiene los hombros la campeona del Ermitaño mientras el Loco se alza imponente frente a ella.

—Me da igual. El Sol aún no se ha puesto. No pienso quedarme sentada viendo cómo le hacen daño a alguien.

—Todos los días le hacen daño a alguien. No puedes salvar a todo el mundo. Nadie puede.

Al oír eso, giro en redondo y miro a Vesper, aunque solo un instante, dejando el brazo fuera de su alcance.

—¿Eso es lo que os contáis en la colina, con vuestra ropa elegante, comiendo hasta reventar mientras mi gente se muere de hambre?

—No me refería a eso, y lo sabes bien. —Vesper vuelve a intentar agarrarme, aunque no lo consigue—. Ayer casi haces que te eliminen al atacarlo. Los Pentáculos no van a ser tan permisivos como los Copas. —Lo intenta de nuevo y fracasa otra vez—. Tenemos que pensar en nuestro plan. Es de vital importancia que el Loco no se espere un ataque.

—A mí todo eso me da igual. —Me pongo en marcha siguiendo el camino más directo hasta ellos: a través de la pista de baile. Estoy a punto de chocar contra el maestro gremial Fox y la Estrella, que me lanza una mirada de desdén.

—Apártate, Luna.

—Tu *aliada* está en peligro —espeto.

Ella sigue mi mirada y se encoge de hombros.

—Si no es capaz de sobrevivir a una conversación difícil, no me sirve. —Le sonrío a Fox—. En cuanto a ese acuerdo comercial...

Suelto una maldición y los rodeo. Quizá sea tan ingenua como Vesper piensa, porque no se me había ocurrido que ninguno de los campeones sufriría una muerte turbia. Todos sabíamos lo que supondría presentarnos voluntarios al subir a ese escenario. Desde la puesta de sol hasta el alba, hemos de luchar por nuestra vida. Se supone que no tenemos que matarnos durante el día, pero ayer mismo quedó demostrado que cierto nivel de daño resulta aceptable. Aunque imagino que no permitirán ese tipo de violencia...

Maldita sea, sí que *soy* una ingenua.

En pocos segundos he atravesado la pista de baile y me detengo justo detrás del Loco. Está tan centrado en la campeona del Ermitaño que no advierte mi presencia. Entre la música y mis pasos, que ahora son silenciosos por naturaleza, tampoco me oye. Resultaría facilísimo hundirle un cuchillo entre las costillas. Eso si tuviera cuchillo y no sintiese la presencia del Sol en el cielo y los últimos resquicios de su luz.

Sin embargo, Vesper tiene razón. No puedo permitirme otro desliz.

—Apártate de ella.

El Loco se queda rígido y se vuelve lentamente. En cuanto está frente a mí, la campeona del Ermitaño aprovecha para escabullirse, sin siquiera volver la vista atrás para asegurarse de que pueda cuidar de mí misma. Se me contrae el estómago de pura desazón, pero me da igual que Vesper también tuviese razón en esto. *No* estaba bien ver al Loco amenazar a una mujer menuda y no hacer nada al respecto.

Debe de ser tan alto como la Muerte, tan alto como la Torre, pero es más ancho que los dos juntos. Los enormes músculos de sus

brazos y su pecho abultan bajo la túnica blanca de apariencia sencilla que lleva puesta. Lo peor de todo es el vacío absoluto de sus ojos. Anoche también estaban así, cuando tenía la cara de un monstruo.

—Ocúpate de tus asuntos, Luna. No tengo el menor interés en tener líos contigo hasta después del ocaso. —Me recorre con la mirada, provocándome una sensación parecida a la que deja el fango. Me esfuerzo por no estremecerme—. A menos que *te* interese un poco de entretenimiento privado.

—No, no le interesa.

Doy un respingo al oír la voz de la Torre a mi espalda. Estaba tan centrada en el Loco que no lo he oído aproximarse. Tampoco he *sentido* su presencia, como sí la siento ahora, a pocos centímetros de mí.

El Loco no se amilana de inmediato. Ladea la cabeza y nos estudia. Al final, suelta una risita.

—Diviértete con ella mientras aún conserva el calor corporal, porque pienso rajarle la garganta con los dientes en cuanto se me presente la oportunidad.

Lo observo marcharse. El miedo se apodera de mí. Tengo mucho muchísimo miedo, joder. Quiero creer que nuestro plan va a funcionar, pero ¿cómo vamos a hacer nada si el Loco me está persiguiendo? Nuestra victoria depende del sigilo y él es el único campeón que puede detectarme a través de mis sombras. Anoche nos olió a Vesper y a mí, estoy segura de ello.

Frustrada hasta lo indecible, me giro y aparto a la Torre de un empujón. O lo intento. En realidad, la Torre me agarra de las muñecas y lleva mis manos a su pecho. Su clarísima fuerza no hace sino amplificar esta maraña de emociones que siento.

—*No* necesitaba tu ayuda.

—Lo sé. Te he ayudado porque he querido. —A diferencia de toda la gente a la que he conocido desde que he llegado a la colina, la Torre habla con franqueza. Sé que no puedo confiar en sus palabras, pero en parte me resulta familiar. Me recuerda a Mara, un poco. Es directo hasta un extremo que a muchos les parecería insultante. Dioses, hoy todo me recuerda a Mara. Cuánto la echo de menos, joder.

—Baila conmigo —dice la Torre. No me da mucha alternativa. Aprovecha que me tiene agarrada de las muñecas para llevarme a la pista de baile. Empezamos a movernos de forma impecable, lo cual solo sirve para irritarme aún más. Me siento atrapada por la mano que tiene en mi cintura y por la que sujeta mi propia mano; su agarre es lo bastante firme como para que no pueda escapar, pero no resulta doloroso.

—No te entiendo —gruño.

—¿Te hace falta entenderme? —Suenan genuinamente curioso, como si fuese así de sencillo.

Contemplo su cara perfecta. Ahora no sonríe, el único motivo por el que permito que siga guiándome por la pista de baile mientras esquivamos sin problema a las demás parejas.

—¿Te intereso porque la Muerte te ha dicho que me tengas vigilada? —Son palos de ciego. Si no puedo arrinconar a la Muerte para sonsacarle más información, quizá la Torre sepa algo que me resulte útil. Como, por ejemplo, por qué la Muerte no parece tener interés alguno en acabar conmigo, que era lo que me esperaba.

La Torre ignora mi pregunta, con expresión contemplativa.

—Unirte a la Rueda de la Fortuna ha sido una buena decisión. No se le da bien luchar, pero conoce en profundidad cómo funciona la Corte Menor. Te será muy útil cuando entréis en la Cinque.

Parpadeo.

—¿De qué hablas?

—¿Acaso no es eso lo que estamos haciendo aquí? —Su sonrisa torcida hace una breve aparición—. Ninguno de nosotros quiere morir.

—Pues... no. —Dicho así, resulta bastante obvio. Para tener algo que hacer en lugar de quedarme mirando pasmada sus ojos castaños, me pongo a estudiar su ropa. Cuero, cuero y más cuero, todo teñido de un gris tan intenso que casi parece negro. El único adorno es una hombrera metálica negra de aspecto siniestro—. Jamás he visto una armadura como la tuya.

—¿Por qué ibas a haber visto una armadura así? —Me hace girar y me atrae de nuevo con demasiada fuerza, por lo que me tropiezo y acabo pegada a su pecho. Huele a... frío. No sé cómo explicarlo de otra manera. Ese frío que se cuela por las grietas de las ventanas y las puertas, que te arrebatara el aliento de los pulmones—. ¿Qué tal si me haces la pregunta que realmente quieres hacer?

Se me olvida cómo moverme. Se me olvida cómo hacer cualquier cosa. Lo único que puedo hacer es mirarlo.

—¿De dónde eres? No eres de Caelria; apostaría el poco dinero que tengo.

Baja la mirada hasta mi boca durante un brevísimo instante y regresa a mis ojos. Poco después estamos bailando de nuevo, siguiendo sin problema el ritmo de las demás parejas a nuestro alrededor.

—Soy de un asentamiento fluvial al norte. —Una sombra sobrevuela su rostro—. O lo era. Ese asentamiento ya no existe.

Fuera lo que fuera lo que sucedió en ese asentamiento, la Torre carga una gran culpa por ello. Es lo poco que el Juicio pudo usar contra él durante la batalla de la primera noche, aunque no sirviera para evitar que lo matara.

—¿Y por qué has venido hasta aquí a arriesgar así tu vida?

—Yo podría hacerte la misma pregunta. Tú no eres como los demás participantes. —Giramos y volvemos a girar. Está bailando incluso mejor que anoche y domina los pasos y el ritmo mucho más rápido que yo. Cuando vuelve a agarrarme, centro mi atención en las cicatrices plateadas que marcan sus pálidos nudillos. Ese tipo es un luchador nato.

—Porque soy una rata de los Sedimentos. —No puedo disimular la amargura en mi tono—. Tengo tanto derecho como cualquiera a formar parte de la Cinque. El Concilium aprueba leyes y políticas que afectan a toda Caelria, incluidos los Sedimentos. Nos merecemos tener voz.

—No se trata solo de Caelria. —Otro giro mientras mantiene la mano firmemente plantada en mi espalda para estabilizarme—. Toda Zaersia se doblega a la voluntad de Caelria. Esta ciudad es la única que tiene acceso al comercio, con Xiv, entre Grexium y Perfodia y por los asentamientos fluviales. Aunque las demás ciudades tengan cierto poder de negociación porque producen recursos de los que carece Caelria, nosotros no lo tenemos, por mucho que les vendamos su preciada madera.

Jamás lo había visto así. Sinceramente, los asentamientos fluviales me resultan tan desconocidos que bien podrían estar en Xiv. Vivir en un lugar sin muralla sabiendo que tus seres queridos podrían ser víctimas de un monstruo que saliese de las tierras salvajes en cualquier momento dado suena como una pesadilla. La vida en los Sedimentos no es perfecta, pero al menos nuestros depredadores son humanos. A veces es más difícil distinguirlos, aunque resulta más sencillo luchar contra ellos.

Mi maldita curiosidad vuelve a dominarme. Otra vez.

—Como miembro de la Cinque, ¿harías presión para que se les

concediese a los asentamientos fluviales refugio tras las murallas?

—No. —Resopla—. Si quisieran vivir en la ciudad, lo harían. Es sencillo venir río abajo para vender madera. Aun así, se merecen tener voz en el Concilium, al igual que quienes viven en los Sedimentos. Se merecen acuerdos comerciales justos.

Eso no se lo puedo discutir. Aunque, técnicamente, Caelria exista como ciudad-estado independiente, la Torre tiene razón: sus políticas afectan a todo el continente y al comercio por el mar Cojumbroso. Yo misma me he maravillado ante los paneles de madera de este edificio. Pues estos provienen de un asentamiento fluvial, al igual que la Torre.

—No te comprendo —susurro—. ¿Por qué me cuentas todo esto?

—Creo que me entiendes mejor de lo que te gustaría —susurra él a su vez. De pronto, esa conversación es demasiado íntima—. Somos dos forasteros. Los juegos que se trae entre manos la Corte Menor dan igual, no les hace gracia la idea de que lleguemos a formar parte de la Cinque.

Quizá tenga razón. La Corte Menor jamás ha tenido ninguna consideración para con los Sedimentos. Seguro que se oponen a cualquier medida de presión que intente dirigir la más mínima cantidad de recursos a quienes viven a la sombra de la muralla. ¿Y hasta qué punto se resistirían a ver disminuidos sus márgenes de beneficios estableciendo precios más justos en el comercio con los asentamientos fluviales?

—La Muerte es parte del Concilium desde hace veintidós años. No ha hecho nada para ayudar a tu comunidad en todo este tiempo. ¿Por qué te alías con él?

—Porque va a ganar. —Se encoge de hombros—. Conozco bien mis fuerzas, pero con él de aliado queda prácticamente garantizado que llegaremos al final.

Me estremezco. Es un razonamiento parecido al que yo misma he hecho, pero...

—No puedo permitirlo.

La Torre me hace girar, esta vez con más cuidado.

—No es tan malo. De los campeones que quedan, es una de las mejores opciones.

—Eso dice todo el mundo —espeto. Estoy muy cansada de que me digan que he de aceptar que la Muerte volverá a formar parte de la Cinque. Cato, Vesper y ahora la Torre. Hacen que suene *inevitable*, joder—. Mató a una persona muy querida para mí. Si tengo la oportunidad de acabar con él, la aprovecharé. —No pretendía decirlo. No a él. Ni a nadie. No es exactamente confesar quién era mi madre, pero es más de lo que les he contado a mis propios aliados.

La sorpresa sobrevuela el hermoso rostro de la Torre.

—¿Eso lo sabe la Muerte?

Por supuesto que lo sabe. Es el único campeón que sabe la maldita verdad, y no se lo ha contado a su aliado. Yo sé *por qué* mantengo en secreto el vínculo que me une con la antigua Luna. La Muerte, en cambio, no tiene ningún motivo. En cualquier caso, contar la verdad solo serviría para aislarme del todo. Cato y Vesper podrían decidir que es demasiado arriesgado aliarse conmigo. Sería más sencillo eliminarme.

Puede que sea hora de reconocer que la Muerte no quiere acabar conmigo. No sé qué otra conclusión sacar de sus actos. Está guardando mi secreto, detuvo a la Torre un instante antes de que saliera el sol, frustró su propio ataque, sin que actuase la suerte de Vesper, al verme aparecer.

¿Es posible que se sienta culpable por haber matado a mi madre?

—¿Importa eso? —digo al fin—. Estamos en las Pruebas del Tarot. Tenemos que matarnos unos a otros.

—Todos, no. Hay cinco ganadores. —Me atrae aún más hacia sí, envolviéndome de nuevo con su fresca fragancia de invierno—. Tú a mí me interesas.

Sé que no debo permitir que me tienta su franqueza, ni su fuerza ni su belleza. Lo sabría aunque no estuviéramos enfrascados en un juego mortal.

—Pues tienes un gusto horrible.

Él suelta una carcajada de repente. Es un sonido salvaje, libre, casi chocante.

—No puede ser que te tengas en tan baja estima. —Siento las yemas de sus dedos a través de la fina tela de mi mono. Es un contacto íntimo que me da ganas de apartarme. También me da ganas de acercarme, como una planta de interior que busca desesperada el sol. Dioses, me gusta su risa. Me gusta mucho.

En un esfuerzo por recordar por qué esto es una idea espantosa, balbuceo:

—Somos enemigos.

—No tenemos por qué serlo.

—¡Deja de flirtear conmigo!

Vuelve a mostrarme esa maldita sonrisa torcida.

—Lo haré si dejas de mirarme la boca.

Centro mi atención en sus ojos, pero eso no sirve para mejorar la situación. Está complacido, se muestra interesado y es muy atractivo. Creo que voy a derretirme aquí mismo. Pero puedo controlarme. He de hacerlo.

—Tengo que irme.

Él se detiene justo al borde de la pista de baile.

—Me gustas, Kestrel. Y creo que yo también te gusto a ti.

De pronto, ya no pienso en lo bien que huele, ni en lo guapo que es, ni en el delicioso calor que se propaga por mi cuerpo cuando se ríe.

—¿Cómo es que sabes mi nombre? —Vesper no puede habérselo dicho. Ni tampoco Cato, en realidad. Ningún otro campeón lo sabe, o al menos eso pensaba yo. Otro misterio que casi con toda seguridad desemboca en la Muerte, aunque ¿cómo iba a saber *él* mi nombre?

—¿Importa eso? —Repite mi pregunta de antes.

—Claro que importa. Dímelo ahora mismo.

En lugar de responder, dice:

—Prefiero que estemos a la par. Me llamo Nero.

Siento algo ardiente y complejo recorriéndome.

—Nero —susurro. No debería saber su nombre. Es demasiado íntimo. Demasiado complicado.

—Dilo de nuevo, Kestrel. —Su atención es demasiado intensa. Es como...

Cuando tenía catorce o quince años, pasé por una fase rebelde. Estaba decidida a escaparme de Caelria y del destino que Mouse y mi madre me habían impuesto cuando aún era demasiado joven como para decidir por mí misma. Era un futuro que, de repente, ya no quería. Me enamoré de un marinero y, a los pocos meses, lo convencí para que me metiese de polizona en una de las grandes naves que vienen de Xiv, del otro lado del mar Cojumbroso. Quería largarme de aquí. Estaba segura de que, si salía de esta condenada ciudad, tendría una oportunidad de ser feliz de un modo que ni siquiera era capaz de concebir en aquel momento. El marinero, por su parte, quería que me quedase, aunque eso lo comprendí más tarde.

Me llevó en bote al otro lado de la parte de la muralla que rodea la bahía, internándose entre los demás botes que se afanaban por

introducir mercancías en Caelria. En cuanto dejamos atrás las puertas de la muralla, vi un enorme navío xiviano anclado a poca distancia. Era tan grande que me quedé boquiabierta. En lugar de seguir a los demás botes hacia el navío, el marinero se dirigió cerca de la orilla. Fue ahí donde vi por primera vez las tierras salvajes.

En un primer momento, no parecía que hubiese mucho que ver porque los árboles llegaban hasta la orilla. Sus gruesas ramas se curvaban hacia el agua como si intentasen conquistar su fuerza primordial. La escena era... hermosa. Yo estaba como en trance.

Pero fue entonces cuando me di cuenta de que se me erizaba el vello de la nuca. Fue entonces cuando vi una silueta gigantesca atravesando los árboles. Fue entonces cuando esa silueta puso rumbo hacia nosotros al mismo ritmo que los remos del marinero. Fue entonces cuando comprendí que nos estaba acechando.

Me asusté tanto que dejé que el marinero me convenciese para regresar a la ciudad. Me llevó otra vez al puerto y la relación se enfrió pocas semanas después. Jamás intenté marcharme de nuevo.

Contemplar a la Torre ahora me provoca la misma sensación que cuando me asomé a las tierras salvajes y comprendí que había un depredador agazapado entre las sombras. Veo a la Torre, pero no es normal. Vesper, Cato e incluso la Muerte y la Estrella son imposibles de comprender, aunque me resultan familiares de un modo que empiezo a entender que con la Torre no me pasa. No sé qué significa..., pero me da miedo.

No puedo volver a decir su nombre. Me parece que hacerlo sería prestarme a algo que no soy capaz de tolerar de ninguna manera.

—Suéltame —digo con delicadeza—. Suéltame ya.

—Claro que sí. —Me suelta lentamente, deslizando los dedos por mi cadera y muñeca—. Por el momento.

El Ermitaño es un ejemplo perfecto de lo innecesarios que resultan los dominios de los dioses antiguos. Se mire por donde se mire, sus responsabilidades —si se pueden llamar así— se solapan con las del Hierofante, la Sacerdotisa e incluso el Mago en cierta medida. Esto no hace sino reforzar lo superiores que son los elementos primordiales.

Fragmento de *Los arcanos mayores: tratado sobre la historia de los dioses antiguos*



18

Intento escapar de la pista de baile, pero el Paje de Pentáculos me agarra la mano y me atrae con facilidad hacia sus brazos. Yo contemplo su hermosa cara, irritada más allá de toda medida por no haber podido marcharme tranquilamente. *Podría* apartarlo de un empujón, pero eso sería una necedad. Todo el mundo está pensando en lo que pasará después de las Pruebas, y yo he de hacer lo mismo.

—Hola de nuevo, campeona de la Luna. —El Paje de Pentáculos me sonríe. En sus ojos ambarinos hay una amabilidad que despierta mi desconfianza—. Ya te he dicho antes que era toda una sorpresa. Y sigue siéndolo. ¿La campeona del Ermitaño es tu aliada?

—No.

—Y, sin embargo, has ido a rescatarla sin vacilación.

Al menos no he atacado al Loco en otra fiesta. Me gustaría decir que estoy aprendiendo, pero lo que ha sucedido es que la Torre lo ha espantado antes de que la situación se saliese de madre.

—Sois los anfitriones de esta fiesta. Deberíais haberme apoyado.

—Supongo que tienes razón. —Se echa a reír—. Sin embargo, el

Loco no ha roto ninguna regla y no es aconsejable interferir en los asuntos de los campeones.

Por mucho que Vesper haya hablado con relativo cariño de este paje, eso no cambia que sea un niño privilegiado y protegido, al igual que los demás ciudadanos de la Corte Menor. Más incluso, en realidad, porque forma *parte* de la Corte de Pentáculos.

—Si vosotros no podéis interferir, ¿quién puede?

—Buena pregunta, ¿quién puede? —No le cuesta nada hacerme girar. Cada uno de sus movimientos es perfecto—. Al parecer, quien puede eres *tú*. Ya me he enterado de la escena que montaste ayer con el Loco en la fiesta de los Copas. Te aconsejaría que no hicieras lo mismo aquí. No podemos permitir que haya violencia antes del ocaso.

—A menos que bailar te parezca un acto violento, no tienes nada de lo que preocuparte. —Otro giro, con suficiente cuidado como para no marearme. Su sonrisa se desvanece, dando paso a una expresión que parece sincera—. Si llegas a ser miembro de la Cinque, ¿qué podríamos ofrecerte los Pentáculos para que tus intereses se alineen con los nuestros?

Otra parte de las Pruebas para la que no me he preparado. Ayer, el Granate no hizo más que ignorarme y el Copa solo intervino para evitar que la situación se descontrolara. Este es el primer miembro de la Corte Menor o los gremios que muestra un interés patente en mis planes a largo plazo. No soy tan ingenua como para decirle que la Torre y yo hemos hablado durante nuestro último baile sobre darles voz a aquellos que no la tienen.

—Soy de los Sedimentos. ¿Qué podéis ofrecerle a mi hogar?

—Ah, los Sedimentos. —El paje estudia mi expresión—. Les hemos fallado como ciudad.

De todo lo que esperaba que dijese...

—¿Qué?

—Vamos, Luna. —Suelta una risita que se vuelve tensa—. Tendré privilegios, pero también tengo ojos. Estoy seguro de que te ha costado asimilar la abundancia que has presenciado en los distritos de la Corte Menor. Disculparse por tener privilegios no vale ni el aire que hace falta para pronunciar la disculpa, pero aun así... *lo siento*.

Me muerdo la lengua para no ponerlo en su sitio. Un paje no cuenta con voto en el Concilium, pero este tipo forma parte de la Corte de Pentáculos. Dado que se trata de un posible aliado, sería una necia si le dijera que se meta la disculpa por el culo, por más ganas que tenga. Reprimo la rabia e intento mostrar la misma frialdad que Vesper.

—Tu disculpa es un buen comienzo, aunque todavía queda mucho por hacer. Si llego a formar parte de la Cinque, no puedo garantizarte estar siempre de acuerdo con los intereses de los Pentáculos, pero, si tenéis en cuenta a los Sedimentos, habrá muchas más posibilidades de que colaboremos sin roces.

—Eso me gustaría. —Sus ojos ambarinos se iluminan—. Lo cierto es que tengo varias ideas para distribuir alimentos, si te interesa que te las cuente. Sé que en los Sedimentos no hay suficiente luz solar como para cultivar plantas, pero mi primo está desarrollando una variedad de verduras que necesitan pasar menos tiempo al sol de lo normal. Si mejorásemos las infraestructuras en los Sedimentos, podríamos construir invernaderos allí, al igual que en el resto de la ciudad.

Lo que propone cambiaría a mejor la vida de muchos. Ahora mismo puede que los invernaderos no durasen mucho en los Sedimentos, porque serían una novedad y la gente está desesperada, pero, si de verdad se redistribuyesen los recursos de la Corte Menor en la parte baja de la colina, la gente no tendría que

enfrentarse por migajas. Olvidar esa desesperación costará tiempo y esfuerzo, pero ahora mismo se despierta en mi interior algo parecido a la verdadera esperanza.

—Me encantaría oír todas tus ideas... después de las Pruebas.

—Vale, sí. Sería una tontería acapararte durante la fiesta. — Mostrarse así de azorado le da un aspecto más humano ante mis ojos. Empiezo a verlo menos como un enemigo por poseer de todo mientras los míos no tienen nada. Más bien, se me antoja un hombre con privilegios que al menos es consciente del desequilibrio entre nuestros respectivos hogares.

El paje me lleva hasta el borde de la pista de baile y toma mi mano entre las suyas.

—Si sirve de algo, espero que llegues a formar parte de la Cinque. Estaría bien contar con miembros del Concilium que se preocupen por las partes de la ciudad con menos representación, en lugar de centrarse en sí mismos. Siento si todo eso que te he dicho antes sobre apostar te ha parecido de mal gusto. A veces no sé cuándo cerrar el pico.

—No pasa nada. —Aceptar esa disculpa en concreto me resulta sencillo. Me da igual lo que piense de mí o de las circunstancias que me han llevado a ser la campeona de la Luna—. Las apuestas son prácticamente el único pasatiempo que tenemos en los Sedimentos.

—Eso he oído. Me llamo Elisio. Ha sido un verdadero placer conocerte. —Me da unos golpecitos en la mano, pero no me suelta—. Ah, una cosa más, Luna.

—¿Sí?

—Buena suerte. —Por fin me suelta y da media vuelta, perdiéndose entre la multitud que se agolpa en la pista de baile.

Me giro para buscar a Vesper, pero una figura alta con una túnica de color rojo rosado capta mi atención: le maestro gremial Fox. No

está bailando con nadie y, por más que preferiría alejarme de esta maldita pista de baile, la curiosidad que me inspira me impulsa a salvar la distancia que nos separa.

—¿Me haces el honor de concederme un baile?

Elle... Ah, no, hoy solo lleva un anillo en el pulgar izquierdo. Él sonríe.

—El honor es todo mío. —Me agarra de la cadera y de la mano, y me guía sin el menor esfuerzo entre los Pentáculos que bailan, que cada vez son más. Es mucho más alto que yo, y encima lleva tacones de aguja, aunque no le restan ni un ápice de elegancia al bailar—. No es común que alguien de los Sedimentos participe en las Pruebas.

—Quizá fuera así el pasado, pero en *nuestra* época hubo dos participantes de los Sedimentos en las últimas Pruebas.

—Cierto, me había olvidado. —Sonríe cordialmente. Pensaba que estar más cerca de él disminuiría en cierta medida esa apariencia de perfección, pero en realidad solo ha servido para aumentarla. Tiene una piel canela tan tersa que parece cristal y lleva su cabello castaño rojizo recogido en unas intrincadas trenzas que desafían la gravedad. Por no hablar de su ropa. No me hace falta que Vesper me explique lo cuidadosa que ha sido su elección de atuendo hoy: una túnica de mangas largas holgadas que imita levemente el estilo de los Pentáculos al tiempo que mantiene la imagen propia de los Rubíes, con un pronunciado escote que deja ver su banda compresora de pecho. Toda la prenda está bordada siguiendo un diseño que contiene todos los metales que usan las cortes como sus colores.

No me creo ni por un segundo que se haya olvidado, pero me esfuerzo de todos modos en esbozar una sonrisa. La *política* de las Pruebas resulta más agotadora que los combates.

—En la parte de los Sedimentos de la que provengo, eres una especie de leyenda..., bueno, seguro que en todos los Sedimentos. Es prácticamente un milagro haber llegado a ocupar el puesto de maestro gremial en tan poco tiempo, y encima entre los Rubíes. — Carraspeo, en un arrebató de genuina sinceridad—. El Gremio del Rubí no siempre ha estado pendiente de los Sedimentos. Comenzaron a prestarnos más atención bajo tu mando. Te lo agradezco mucho.

El maestro gremial Fox me observa durante varias vueltas.

—No todo el mundo aprecia lo que los Rubíes aportamos a la ciudad.

—Estoy segura de ello. —Suelto un resoplido. Una vez más, he sido demasiado sincera, maldita sea—. Y, sin embargo, tu gremio es el único que cuenta con miembros de todos los rincones de Caelria. Sería una hipocresía demonizar unos servicios que todo el mundo utiliza.

—Pues sí. —Sonríe. No estoy segura de en qué difiere esa sonrisa de la anterior, pero ahora me parece más real—. Buena suerte, campeona de la Luna. Tengo curiosidad por saber qué harás si se te concede la oportunidad de llegar a la Cinque.

Cuando me dispongo a responder, vuelvo a experimentar esa sensación en lo más profundo de mi mente. No he podido olvidarla del todo y la noto acentuarse a medida que la Luna va ascendiendo en el cielo. El Sol casi se ha puesto.

—Espero que volvamos a hablar pronto. —Y lo digo de verdad. Esta conversación ha resultado bastante seca, pero el maestro gremial me fascina. Me encantaría conocer su historia. Me gustaría saber qué otras políticas ha intentado implantar desde que ocupó el puesto de líder del Gremio del Rubí.

Al igual que Elisio, Fox me deja grácilmente al borde de la pista

de baile y, tras dedicarme un cabeceo, se aleja a paso tan decidido que la gente se aparta de su camino. Miro en derredor. Antes, los campeones, los Pentáculos y los miembros de los gremios estaban mezclados, pero ahora la pista de baile está repleta de tonos marrones, verdes y dorados, mientras que los campeones se han apelotonado alrededor de las mesas de fuera. Los Rubíes han debido de recibir instrucciones específicas, porque han desaparecido, al igual que Fox. Todo está a punto de empezar.

—Luna. —Una mano demasiado caliente me agarra del codo y tira de mí hasta un rincón oscurecido. Al girarme, lista para atacar, me encuentro con la sonrisa de Cato—. Si te quedas ahí plantada, boquiabierta como si estuvieras intentando cazar moscas con la boca, vas a conseguir que te maten.

Me llevo la mano a la cara sin poder evitarlo.

—*No* estaba boquiabierta.

—¿Segura? —Me agarra con suavidad el mentón y me quedo paralizada al sentir su roce. Me acaricia el labio inferior con el pulgar, mirándome pensativamente con sus ojos de color castaño. No sé cómo lidiar con los flirteos de Cato. Valiente *sinvergüenza*.

—Segura. —Me aparto—. ¿Has visto a Vesper?

—Estaba... —Se calla, echando la cabeza hacia atrás como si pudiese ver el cielo a través del techo, y se estremece—. Es como una ráfaga de viento frío cada maldita vez.

Estoy a punto de preguntarle a qué se refiere, porque *no* es eso lo que experimento yo, cuando el soniquete que tengo en la cabeza aumenta. Ya no queda tiempo. El Sol se ha puesto.

—Cato —susurro—, ¿dónde está Vesper?

—No lo sé. —No usa el mismo tono que yo; claramente está distraído—. Pero el plan era reunirnos al final de la manzana. Hagamos lo que habíamos acordado.

Le dedico el tipo de mirada que se merece esa frase. Este lugar está a punto de convertirse en un matadero. Echar a correr calle abajo es el modo perfecto de dejar que acaben con Vesper.

—Por supuesto que *no* nos vamos a marchar.

Al oír a alguien gritar, me agacho de forma instintiva. No he reconocido la voz, pero eso no significa nada. Ya ha empezado. Los Pentáculos echan a correr para apartarse de nuestro camino mientras se multiplican los gritos.

—¡Fuego! —chilla alguien.

—Que el Sol los maldiga. —Cato me obliga a levantarme de un tirón—. Tenemos que irnos. —No me da la oportunidad de seguir discutiendo con él: me lleva a empujones hasta la ventana más cercana y rompe el cristal con un breve rayo de sol. Un segundo después cruzamos el hueco de un salto y aterrizamos en medio de la calle. Cato señala un tejado enfrente—. Haz que lleguemos...

Pero yo ya no lo escucho. Por fin veo a Vesper, que sigue dentro, entre la campeona del Ermitaño y una mesa. Vesper se defiende de ella con el bastón, aunque a duras penas. No sé qué pasa con su suerte, pero bastará un paso en falso para que caiga ante la vara de la campeona del Ermitaño, más larga que su bastón. Echo un vistazo por la estancia, de la que todo el mundo está saliendo a la carrera. En cuanto el humo ha empezado a propagarse por este lugar, tanto campeones como invitados de la fiesta se han dirigido a toda prisa a las salidas. Cato no es el único que ha roto las ventanas para escapar. Veo a Elisio, que carga con un Pentáculo de más edad, con la ropa cubierta de esquirlas de cristal. Va corriendo calle abajo sin mirar atrás. Muy listo.

—Ni se te ocurra... —La maldición que suelta Cato es lo último que oigo. Me abalanzo hacia la ventana rota y vuelvo a entrar de un salto en medio del humo, que no para de aumentar. Bastante

peligroso sería un incendio en un edificio normal de piedra, pero, por supuesto, los Pentáculos tenían que presumir de riqueza poniéndonos en una puta estructura repleta de *madera*. Salto por encima de una mesa y corro a toda prisa a través de la pista de baile, ya casi vacía.

Las hoces aparecen en mis manos, aunque no recuerdo haberlas sacado. Cada zancada me acerca más a los campeones, en plena lucha. La pista de baile no me parecía tan larga cuando estaba llena de gente, pero ahora Vesper se encuentra tan lejos que bien podría estar en la Luna. No voy a llegar a tiempo.

Es entonces cuando se desploma.

No sé qué ha sucedido. Quizá se haya tropezado. Quizá sea su pie. Quizá sea algo completamente diferente. Lo único que sé es que cae al suelo. La expresión alarmada que veo en su precioso rostro es un contrapunto perfecto al de victoria que refleja la cara de la campeona del Ermitaño.

—¡No! —No hay tiempo de pensar, de planear. Presa del pánico, arrojo la hoz con la mano derecha. No creo que funcione. El arma no está diseñada para lanzarse como si fuera un cuchillo, capaz de seguir una trayectoria precisa. Y, sin embargo, veo horrorizada que la hoz impacta en el hombro de la campeona del Ermitaño y que la parte dentada de la hoja curva se hincan en su carne.

La campeona chilla. Es un alarido horrible, estridente y desgarrador, pero no permito que me detenga. Pretendía matar a Vesper. Ella se unió por propia voluntad a las Pruebas. Ha elegido este camino a sabiendas de las consecuencias posibles.

Mi cuerpo actúa por voluntad propia, mientras que mi mente ocupa una posición lejana desde la que contempla mis movimientos. Mi mano derecha aterriza sobre la mesa mientras me deslizo por su superficie de madera, desparramando platos de comida en perfectas

condiciones. La izquierda aún enarbola una de las hoces sin ningún problema. Mi brazo se extiende y, con un leve giro de muñeca, las empuñaduras de las dos hoces se unen y se expanden. Me cuesta poquísimo arrancar de un tirón la hoja del hombro de la campeona del Ermitaño, cuyo grito alcanza nuevas cotas. Más sencillo aún me resulta girar mi nuevo báculo y rajarle el gaznate. Mi mente regresa de golpe a mi cuerpo mientras la sangre de la campeona del Ermitaño me salpica la piel. Sus acuosos ojos castaños pierden la luz y quedan tan vacíos como su cuerpo, que se derrumba en el suelo.

Está muerta.

—La he matado.

—Sí, la has matado.

Me giro poco a poco hacia Vesper, que se esfuerza por ponerse en pie apoyándose pesadamente en el bastón. Tan solo le dedica una mirada de reojo al cadáver de la campeona del Ermitaño.

—Tenemos que salir de aquí. Deben de estar viniendo algunos Pentáculos para apagar el fuego. Será mejor que nos alejemos del edificio antes de que lleguen.

—¿Por qué? —Mi propia voz me suena extraña. Vacía.

—Porque traerán luces y más atención, y será difícil que mantengamos la discreción si hay mucha gente pendiente del más mínimo de nuestros movimientos. —Alarga la mano y me agarra con suavidad del brazo—. Vamos, Kestrel. Apártate de ella.

—La he matado —susurro.

—Lo sé.

—Se supone que es lo que tenemos que hacer los campeones. —Decirlo en voz alta no ayuda en absoluto a disminuir el condenado entumecimiento que siento. Una de mis prioridades durante las Pruebas era matar a la Muerte, pero en ningún momento me detuve a pensar qué sentiría cuando la sangre de otra persona empezara a

resecarse sobre mi piel, cuando contemplase cómo sus ojos se quedaban sin vida, cómo se marchaba el alma de su cuerpo.

Puede que Mouse estuviese en lo cierto. Debería haberme entrenado para esto. En los Sedimentos hay numerosos depredadores que merecen morir. Si hubiese accedido a darles caza, ahora no estaría aquí plantada contemplando a la campeona del Ermitaño mientras mi cuerpo se niega a moverse y mi mente apenas puede procesar que le he rajado el gaznate a la misma mujer a la que he salvado del Loco hace un rato.

—Kestrel. —Vesper me toca el brazo, pero ni siquiera soy capaz de dar un respingo. ¿Qué es lo que me *pasa*?—. Me has salvado la vida. Gracias.

—Pero se la he quitado a ella. —Era muy *joven*. Ahora se parece aún menos a Mara, y aun así mi mente me sabotea colocando el rostro de mi antigua amante sobre el de esta mujer muerta—. La he matado.

—Sí.

En cierto modo agradezco su franqueza. Tengo que superar este extraño aturdimiento que me vuelve impotente.

—¿Qué me está pasando?

Vesper me agarra de la mano y la aprieta. Su tacto es un salvavidas que se remonta a la noche anterior y me ayuda a volver en mí, un poco. Su tono tranquilizador también.

—Sospecho que es la primera vez que matas a alguien. No hay modo de prepararse para lo que se siente. Se puede imaginar y se le puede dar vueltas a la idea durante toda la eternidad, pero acabar con la vida de otra persona es una experiencia que sacude a cualquiera hasta los huesos. —Parece que hable por experiencia propia.

Me pongo a toser por el humo cada vez más denso que hay

mientras me lleva hasta la ventana.

—Estoy bien. O lo estaré.

—Sé que estarás bien. —Rodeamos una segunda mesa. El mundo que nos envuelve está borroso y resulta extraño, pero no Vesper. Vesper es real, está presente, me sujeta con fuerza—. El fuego está aumentando y el humo es muy peligroso. —Sigue hablando con calma, con un tono que me ancla al presente, mientras llegamos a la ventana—. Tenemos que salir a la calle para ponernos a salvo.

Mientras Vesper habla, miro por encima del hombro. No veo el cadáver de la campeona del Ermitaño entre las mesas, pero sí que veo las llamas abriéndose paso desde uno de los pasillos hacia la sala principal. También hay cada vez más humo, tan denso que Vesper tose varias veces al tiempo que desprende los trozos de cristal que quedan en el marco de la ventana.

—Deprisa —dice, y en su tono percibo por primera vez la tensión que debe de sentir.

Cato aparece al otro lado de la ventana rota con expresión alterada.

—Pedazo de imbéciles. —Mete las manos entre las esquirlas de cristal y levanta a Vesper, a quien se apresura a dejar en la calle. Yo sigo procesando el hecho de que esté *aquí*, no esperándonos al final de la manzana ni huyendo para salvar la vida. Me levanta a mí también a pulso y me saca del edificio envuelta en sus fuertes y cálidos brazos.

—No la sueltes. Está conmocionada. —Vesper avanza apoyándose con fuerza en el bastón—. Tenemos que alejarnos todo lo posible de este desastre. ¿Has visto por dónde se ha ido el Loco?

—No. —Cato maldice—. Pero me parece que ahora importa poco, teniendo en cuenta el *estado* de esta. —Me sacude levemente.

—Dale un poco de tiempo —espetea Vesper—. Nunca había matado a nadie.

—¿Cómo que nunca...? —Vuelve a soltar una maldición aún más agresiva—. De haberlo sabido...

—Os estoy oyendo —digo yo.

—Lo sé. —Cato abre la marcha y nos internamos en el Distrito de Pentáculos. Camina demasiado deprisa, así que Vesper no podrá mantener el ritmo.

Le doy un golpecito en el pecho.

—No tan rápido.

Él tuerce el gesto como si fuese a llevarme la contraria, pero suelta una maldición en voz baja y aminora la marcha, aunque sin dejar de maldecir.

—Cada vez estoy más convencido de que esta alianza es un error.

No puedo culparlo por esa respuesta. No se ha marchado, pero la primera pelea en la que me he enzarzado, que se ha saldado con la muerte de una campeona, me ha conmocionado hasta dejarme indefensa. Carraspeo, intentando recuperar el control de mí misma.

—Pues déjame en el suelo y lárgate.

—Me comprometí a ser parte de esta alianza. —Pone una mueca—. Y, si te dejas, vas a ir aún más lenta que Vesper. Sigues demasiado jodida como para hacer nada que no sea morir.

—Os he oído —murmura Vesper—. Tu idea de consolar deja mucho que desear. La siguiente a la izquierda.

Cato obedece sin rechistar. No sé si Vesper le habrá comentado todo lo que sabe, pero lo sucedido anoche dejó más que claro que decía la verdad: conoce todas las rutas menos transitadas de los barrios de la Corte Menor.

Cato aún no me ha dejado en el suelo. Su cuerpo está

calentísimo; no me extraña que solo lleve kilts. En esta noche veraniega debe de estar ardiendo por dentro. El calor me ayuda a volver a sentirme yo misma, acabando lo que ha empezado Vesper paso a paso. Después de dos manzanas, vuelvo a hablar de nuevo.

—Déjame ya en el suelo. —Por fin sueno más como yo misma y menos como una persona a punto de hacerse pedazos.

—Espera un minuto.

Vesper se apoya sobre una puerta estrecha y lleva la mano al pomo.

—Sería toda una suerte que el dueño de esta tienda se hubiese olvidado de echar la llave.

Se ve un destello de color púrpura y la puerta se abre sin emitir ningún sonido, permitiendo que nos refugiamos en su interior y dejemos la calle.

En cuanto mis ojos se acostumbran a la pobre iluminación del interior, comprendo que Vesper ha elegido esta tienda en particular con toda intención. Hay varias hileras de ropa. Algunas prendas son idénticas, aunque de diferente tamaño. La escena me deja perpleja.

—¿Qué se *hace* con tanta ropa?

Cato suelta un resoplido.

—Pues lo evidente: ponérsela. —A pesar de hablar como un redomado gilipollas, se acerca a un saloncito junto a varias estancias tapadas con cortinas y me deja con delicadeza en uno de los sillones —. Lo has hecho bien con la campeona del Ermitaño.

—Tú querías marcharte —murmuro.

—Pues sí. Supongo que me equivocaba. —Vuelve a hacer lo mismo: me observa con atención, como si la opinión que se había hecho de mí hubiese cambiado. No resulta cómodo verlo, mucho menos tratándose de este hombre. Al final asiente, casi para sí—. De verdad es tu primera vez, ¿no?

Trago saliva para reprimir el ácido que intenta subirme por la garganta.

—Me he metido antes en peleas, pero así no. Ha sucedido todo muy rápido. Y la sangre...

Él se agacha frente a mí y me agarra con fuerza del mentón. Es un contacto parecido al de antes y, al mismo tiempo, totalmente diferente. Ahora no flirtea, solo percibo fortaleza.

—Kestrel, mírame.

Parpadeo, demasiado aturdida por su intensa mirada como para decirle que se aparte y se vaya a la mierda.

—¿Qué?

—Luego podrás venirte abajo y llorar hasta que se te salga el corazón del pecho por haber matado a una mujer que estaba atacando a Vesper. Pero, ahora, la noche es joven y necesito que te centres en el puto juego. Tienes unos minutos para recomponerte, pero no más. O lo haces o te dejo aquí, te lo digo muy en serio.

La oleada de rabia que me invade como respuesta a sus palabras me viene tan bien que podría echarme a llorar.

—Que-te-fo-lle.

—Eso es, enfádate. Yo haré que sigas adelante cuando todo lo demás falle. —Me suelta y se pone en pie—. Vesper, ¿dónde estás?

—Aquí. —Se nos acerca con algunas prendas colgando del brazo—. No he visto nada negro y gris. ¡Ay, cómo son los Pentáculos! Pero sí que he encontrado ropa marrón oscuro que podría servir.

Yo ya estoy negando con la cabeza.

—No pienso cambiarme. —No hay motivo alguno para pensar que el atuendo que me dio la clériga sea mágico o protector, pero, ahora que mis pensamientos empiezan a moverse a un ritmo más normal, veo el valor de llevar mi disfraz de Luna, aunque esté cubierto de sangre—. Ayúdame a limpiarme la sangre de la cara lo

mejor posible.

Cato coge la prenda superior que lleva Vesper en las manos y se aleja.

—Voy a mojar esto. Convéncela tú.

Vesper deja la ropa sobre la mesita que hay en el centro del cuarto y se acomoda con cuidado a mi lado.

—Es un pedazo de gilipollas, pero tiene razón.

—Lo sé. —Me dispongo a restregarme la cara, pero entonces recuerdo la sangre y detengo la mano a medio camino.

—Kestrel... —Vesper inspira hondo—. Gracias. La campeona del Ermitaño me ha pillado con la guardia baja, pero eso no es excusa alguna. De no haber aparecido tú, probablemente me habría matado a golpes.

No quiero pensar en ese momento, ni volver a ver la vida escapándose de los ojos de la campeona del Ermitaño. Ni tampoco recordar a Vesper desplomándose. Eso me ha aterrorizado mucho más que todo lo sucedido hasta ahora. No sé cómo afrontarlo. *No puedo.*

—¿Por qué no te ha salvado tu suerte? Lo ha hecho en otras ocasiones.

—Sí que me ha salvado. —Vesper esboza una sonrisa tensa, con preocupación en sus ojos castaños—. Te ha mandado a ti.

Se supone que el Loco representa nuevos comienzos, tanto es así que los marineros solían quemar pequeñas ofrendas en su honor para ganarse su favor antes de embarcarse en un viaje largo. Y, sin embargo, su campeón es un monstruo, una criatura con colmillos y garras tan sedienta de sangre como los demás.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



19

Vesper nos lleva por una ruta serpenteante a través del Distrito de Pentáculos. Está claro que lo conoce tan bien como el Distrito de Copas. Yo esperaba oír sonidos de lucha, pero, sean cuales sean las batallas que se han dado después del ocaso, han acabado hace mucho. Los campeones que quedan están o bien cazando..., o bien escondidos.

—¿Cómo vamos a dar con el Loco? —pregunto en voz baja mientras rodeamos un edificio y nos internamos por un callejón estrecho.

Nuestro plan original, por así decirlo, consistía en seguir al Loco hasta que estuviese solo y atacar. Sin embargo, resulta difícil atacar a nadie cuando no sabes dónde está.

—No tenemos que encontrarlo. Será *él* quien nos encuentre a *nosotros*. —Vesper habla con voz neutra, sin dar la menor señal de que le duele al caminar—. Lo has insultado en dos ocasiones durante los últimos dos días y has matado a la campeona del Ermitaño antes que él. Vendrá a por ti a sangre y fuego.

No tengo la menor gana de pensar en que el Loco vaya a

intentar cazarnos transformado en esa horrible mezcla de humano y criatura.

—Permitidme que insista, pero eso no es un plan.

—Es lo mejor que tenemos —espeta Cato. Ahora mismo rezuma una energía muy agresiva. Se desplaza adelante y atrás en círculos, como si se muriese de ganas de luchar. Yo no le digo que se quede cerca; está claro que no piensa hacerme caso—. Si es capaz de percibir aromas, tal y como has dicho, dará con el precioso rastro que hemos dejado, aunque yo haya cargado un rato contigo. Tenemos que encontrar un lugar en el que escondernos para tenderle una emboscada.

Aún siento la huella de los dedos de Cato en mi barbilla. Sería muy sencillo odiarlo por sus duras palabras, pero era justo lo que yo necesitaba oír en ese momento. Vesper piensa de manera más práctica, aunque es mucho más sutil que Cato a la hora de consolar a nadie; si es que lo sucedido después de matar a la campeona del Ermitaño puede llamarse «consolar» a alguien.

En los Sedimentos hay bastante ternura, solo hay que saber dónde buscarla, aunque jamás me he acostumbrado a que nadie sea tierno conmigo. Mouse hace lo que puede, pero es un viejo gruñón. Me habría dicho que levantase el culo y me pusiera en marcha y me habría regañado por olvidar lo que hay que hacer durante las Pruebas. Mis manos no iban a acabar libres de sangre.

Mara lo comprendería. Hablé con ella bastante sobre los motivos por los que me oponía a ese tipo de entrenamiento en particular en el que tanto insistía Mouse. Antes de ese momento, Mara apoyaba a medias mi plan para entrar en las Pruebas del Tarot. Después..., empezó a intentar convencerme con todas sus fuerzas para que buscase otro modo. Jamás quiso algo así para mí. Me miro las manos: tengo la sangre de la campeona del Ermitaño bajo las uñas.

No quiero saber qué pensaría de mí Mara ahora.

—Hay un buen sitio en la siguiente manzana. —Vesper interrumpe mis lúgubres pensamientos—. El arco que da a la calle es lo bastante ancho como para que nos tumbemos encima. El Loco no tendrá motivo alguno para alzar la vista. Kestrel, en cuanto gire el recodo, puedes transportar a Cato justo detrás de él. Y tú, Cato, lo eliminas. Y luego ya pensaremos en los siguientes pasos.

Cato se gira y retrocede un paso uniendo las manos detrás de la cabeza.

—¿Ves, Kestrel? Nos estamos adaptando. Por eso los planes trazados hasta el mínimo detalle no suelen salir bien en el mundo real.

Yo me sonrojo y, luego, me maldigo por reaccionar así.

—Valiente cabrón estás hecho.

—La verdad no me va a hacer daño. —Se encoge de hombros, aunque con demasiada tensión como para transmitir indiferencia—. Alegra esa cara. Estamos a punto de asesinar al único campeón que tiene un interés personal en matarte violentamente. Todo va viento en popa.

—Esa arrogancia es un modo seguro de acabar muerto —murmuro. El Loco no es el único campeón que está interesado en mí, pero al menos sus motivos son claros. Quiere matarme. Yo aún no entiendo a qué está jugando la Muerte.

Estoy tan centrada en mis pensamientos que casi se me escapa la inquietud que se propaga por mi mente. Aminoro la marcha.

—Algo va mal. —¿Qué está pasando? Siento casi lo mismo que cuando el alba y el ocaso son inminentes, aunque más apagado, como una sombra en lugar de una cuenta atrás.

Cato abre la boca como si estuviese a punto de decir alguna impertinencia, pero acaba por negar con la cabeza.

—Mira, Kestrel, has sufrido una conmoción tras matar a la campeona del Ermitaño, pero de verdad que necesito que te tranquilices. Lo tenemos todo bajo control.

—No, no se trata de eso. —Giro la cabeza, intentando entender de dónde viene esta sensación—. Se trata de algo distinto.

«Ahí». Es una voz diminuta, habla tan bajo que resulta casi imperceptible.

La sigo y alzo la cabeza hacia el tejado que está a nuestra derecha. En él hay un invernadero, como en los tejados adyacentes, pero hay algo..., una sombra más intensa que las demás. Entrecierro los ojos, intentando ver qué oculta esa extraña oscuridad, y de pronto dos ojos se abren. Unos ojos brillantes, amarillos, letales. *El Loco*.

—¡Cuidado! —Al igual que antes, no hay tiempo para pensar, solo para actuar. Doy un salto al frente y me muevo por las sombras que nos rodean para derribar a Cato. Los dos caemos al suelo y nos hundimos en él. Volvemos a salir al otro lado de la calle en el mismo momento en que el Loco aterriza en el sitio donde estaba Cato.

Esta noche, el Loco es más criatura que humano. Tiene el cuerpo encorvado, con una forma que claramente no está hecha para caminar erguida, y las garras más grandes, que arañan los adoquines mientras él se afianza en el suelo. Pero su voz es la misma: emerge de esa horrible mezcla de humano y bestia, de hocico largo y dientes demasiado grandes como para cerrar del todo la boca.

—Me has robado a mi víctima. Tenía muchos planes para esa mujer. —Araña el suelo con las garras. Los tres nos encogemos ante el sonido, cosa que parece encantarle—. Es la última vez que me humillas, Luna.

Yo me pongo en pie y Cato me imita un segundo después.

—¡Que te follen! —La campeona del Ermitaño era eso, una campeona en las Pruebas, pero también una persona. No sé cómo conjugar mis sentimientos encontrados respecto a lo sucedido. Aunque la haya salvado del Loco, no la he salvado de mí misma. Sin embargo, preocuparse por una muerta es un modo seguro de acabar muerta yo también. Tengo que centrarme en el aquí y el ahora.

Alargo la mano hacia atrás. No hay motivo alguno para sentirme tan sintonizada con Cato ahora mismo, sobre todo porque he pasado la mayor parte del tiempo que hemos estado juntos con ganas de darle una patada en la boca. Y, sin embargo, sé que él también alarga la mano hacia mí en este mismo instante. Su mano se cierra sobre la mía: es cálida, reconfortante y cargada de intención.

—Estoy listo —dice con suavidad.

El Loco se gira hacia Vesper.

—Empezaré contigo. —Se agacha con el claro propósito de impulsarse para saltar sobre Vesper. Le bastará con un ataque, pues Vesper no lleva armadura alguna, como la Torre, por lo que las garras del Loco le desgarrarán la piel y su sangre pintará la calle.

—¡No! —La palabra me araña la garganta—. A quien quieres es a mí.

El Loco se echa a reír, aunque parece un gruñido.

—No hace falta adelantarse, Luna. Os voy a matar a todos.

El lenguaje corporal de Vesper no transmite pánico. Se mantiene inmóvil, con el ceño fruncido por la concentración.

—Casi lo tengo...

Hay un destello púrpura en las alturas y uno de los estandartes verdes que atraviesa la calle de lado a lado se suelta. Una repentina ráfaga de viento salida de ninguna parte lo envía directamente sobre la cabeza del Loco, entorpeciendo su vista.

Cato me acerca de un tirón hacia su pecho.

—¡Ahora, Kestrel!

Si sobrevivimos a esto, pienso arrancarle la cabeza por tratarme como si fuera una maldita marioneta. Me falta el equilibrio, por lo que me resulta difícil atraer a las sombras que nos rodean, pero lo consigo de todos modos. Aunque la luna creciente brilla en el cielo, las calles de esta parte del Distrito de Pentáculos están a *oscuras*. Tiro de Cato y, juntos, cruzamos la larga distancia que nos separa del Loco en un suspiro.

Cato me arroja al suelo sin miramientos y salta por encima de mi cuerpo. Tengo la sangre fría de ponerme en pie de un salto. Aunque Cato sea nuestro poder ofensivo, si tengo la oportunidad de ayudarlo en esta lucha, pienso aprovecharla. Miro de reojo a Vesper, que nos observa con atención. No hay forma de saber si podrá volver a valerse de su suerte, y menos en mitad de la contienda.

—No te acerques.

El Loco destroza el estandarte y se agacha en plena calle, jadeando.

—Buen truco. —Esquiva las dagas de Cato y le arrea un puñetazo en la cara. Se abalanza sobre él al tiempo que este retrocede y chasquea los dientes a pocos centímetros del lugar donde estaba su garganta.

—¡Cuidado, maldita sea! —Yo voy de un lado a otro buscando una abertura mientras ellos giran en círculo. Todo va mal. Nuestro plan se basaba esencialmente en tenderle una emboscada al Loco. Se suponía que sería una muerte sencilla. Una risa histérica amenaza con brotar de mi garganta. No hemos llegado hasta aquí para morir a manos de *este* monstruo.

—No estás ayudando —jadea Cato. Esquiva por los pelos un brutal zarpazo del Loco, pero se lleva un largo tajo en el pecho. Aunque no es muy profundo, supone una señal clarísima de que

estamos en aprietos. Por muy rápido que sea Cato, bajo su forma actual el Loco lo es aún más. Le da un golpe de revés a Cato, que sale volando hasta estamparse contra una pared cercana. Se desploma.

—¡No!

El Loco echa la cabeza hacia atrás y aúlla. Yo me encojo y me llevo las manos instintivamente a las orejas. En los Sedimentos hay muchísimos perros callejeros, que a veces se juntan en una manada que aúlla hasta echar los pulmones por la boca. Esto no se le parece. En absoluto. Es un sonido casi musical y tan *dañino* que me dan ganas de arrancarme la piel del cuerpo de puro terror. Es el rugido de un monstruo de caza en la oscuridad, tan cerca que noto su aliento en la nuca y saboreo la muerte en la lengua. Es el sonido de la desesperación.

No veo moverse a Vesper, pero de pronto aparece a mi lado.

—Tenemos que luchar —dice con voz ahogada. Me agarra de la nuca; tiene la mano sudorosa, pero el contacto es preferible a este hormigueo que me perseguirá durante el resto de mi vida—. Confía en mí.

—Confío en ti. —Es verdad. No tengo otra alternativa. Saco las armas y siento náuseas. Si Cato no lo ha conseguido, no sé cómo vamos a lograrlo Vesper y yo. Le lanzo una mirada a mi compañero, apoyado en la pared con expresión aturdida. Sigue vivo. Gracias a los dioses.

El Loco se abalanza en nuestra dirección, tan rápido que me va a ser imposible esquivar el golpe. Y, sin embargo, lo consigo. Con un destello púrpura, mi cuerpo se mueve por sí solo y gira hacia la derecha lo bastante como para evitar sus crueles garras. Me doy cuenta vagamente de que Vesper imita mis movimientos a mi espalda en una danza coordinada a la perfección.

—Deja de huir. —El Loco vuelve a atacar, con la boca literalmente llena de espuma por la rabia—. Cobarde.

Lo esquivo con otro destello púrpura, aunque esta vez me cuesta más. No hemos comprobado el alcance de la magia de Vesper. Lo peor que podría pasar ahora mismo es que se le acabe la suerte. Tenemos que matar al Loco lo más rápido posible.

La tercera vez que me ataca estoy lista. Le lanzo varios tajos con mis hoces, creando un remolino de hojas que no tarda en obligarlo a retroceder. Sin embargo, el Loco consigue mantener la distancia mientras lo persigo. Casi agradezco el vacío que me domina, tal y como ha sucedido antes. Ahora mismo, no tengo que *sentir* nada, ni miedo ni horror ni pena. Lo único que debo hacer es matar a este monstruo antes de que tenga la oportunidad de asesinarnos.

Mi confianza está a punto de suponerme la ruina. Tan concentrada estoy buscando la oportunidad de acabar con él que no espero que se abalance sobre mí. En lugar de intentar darme en la cara o en el cuerpo, el Loco se deja caer y me lanza una patada, entrelazando la pierna con la mía y la de Vesper para derribarnos. Vesper cae al suelo y soy capaz de *sentir* el momento en que su suerte me abandona, pues mis movimientos se vuelven menos seguros, dejando una abertura ante el Loco tan grande que podría pasar por ella una carretilla.

Mi enemigo aprovecha la oportunidad y me da un puñetazo tan fuerte en la cara que juraría que veo el rostro de la Luna: trágico, perfecto y muy muy decepcionado. Para cuando quiero darme cuenta, estoy tumbada de espaldas en mitad de la calle y el Loco acaba de alejar mis hoces de mí de una patada.

Sonríe y se sienta a horcajadas sobre mí. De entre sus colmillos gotea saliva hasta mi cara, una pútrida promesa de dolor. Alzo las manos y lo agarro del cuello para evitar que se me acerque más,

pero es demasiado fuerte. Se abalanza sobre mi garganta dejando caer su peso a plomo. Se me doblan los brazos a pesar de mis esfuerzos, así que lo único que puedo hacer es dirigir su ataque adonde yo quiera. Desesperada, intento esquivarlo empujándolo a la derecha. Así, sus enormes mandíbulas se cierran en torno a mi hombro en lugar de mi garganta.

A los doce años, me caí de un tejado mientras huía de los Bastos. Tuve suerte de aterrizar sobre un montón de basura, lo cual me ayudó a esconderme de ellos, aunque no sirvió para amortiguar el golpe. Me rompí el brazo y fue tan grave que agotó los pocos recursos que teníamos, porque Mouse no fue capaz de recolocármelo. Sufrí una agonía extrema, el tipo de dolor que obliga a un animal a arrancarse una extremidad a mordiscos para escapar. Esto es mucho peor.

Todo mi cuerpo queda laxo. Los colmillos del Loco entrechocan contra mis huesos, salpicando sangre por todas partes. Mis brazos caen inútiles a los costados, pues mi cuerpo ya no sigue las frenéticas órdenes de mi cerebro. Creo que grito, pero no consigo oír nada más allá del estruendo de mis oídos, de los hierros al rojo vivo que siento tras los ojos.

Es el fin. El siguiente ataque del Loco me dejará fuera de combate, y eso si tengo suerte. Si no la tengo, seré muy consciente del momento en que me mate, en que me haga pedazos...

El Loco se echa hacia atrás y esboza una sonrisa con el hocico ensangrentado.

—Sabes muy bien, Luna. Dame otro... —Suelta un chillido mientras un rayo de luz le brota del pecho. Algo húmedo me salpica la cara y se desploma, haciendo desaparecer el peso que me aplastaba las costillas y los pulmones.

Parpadeo deprisa, intentando apartar la película roja que me

cubre los ojos.

—¿Qué...?

—Kestrel. —Vesper se arrastra con gran esfuerzo hasta mí y apoya mi cabeza en su muslo—. Kestrel, háblame.

—Estoy bien. Gracias por preocuparos tanto por mí —dice una voz seca en las alturas.

Sigo parpadeando hasta que por fin soy capaz de ver suficiente como para identificar a Cato: está plantado ante mí jadeando. La cegadora luz de sus manos disminuye hasta no ser más que un suave resplandor.

—Lo has... —Intento continuar, pero se me traban las palabras. Noto una sensación rara en la mandíbula..., me da miedo que me la haya roto.

—Matado, sí. —Se inclina hacia delante y apoya las manos en los muslos. Respira con fuerza y sus ojos no se centran del todo. Por más jodido que esté, no me ha dejado morir. Me ha salvado.

—Aguanta, Kestrel. —Vesper me roza con suavidad el hombro y suelto un grito. Murmura—: Esto no pinta bien.

—Puedo volver a cargar con ella. —Cato se echa un poco hacia un lado. Tiene un feo moratón en la mejilla y el ojo izquierdo tan hinchado que está cerrado del todo.

—Nnnn... —Es todo lo que puedo pronunciar, pues el dolor me roba la voz.

Vesper me ignora.

—Tiene el hombro hecho pedazos. Hay que cortar la hemorragia antes de que...

—Ha gritado y acabo de iluminar todo el cielo nocturno. —Hinca una rodilla con un cuidado exagerado—. Cualquier campeón que haya estado lo bastante cerca como para ver u oír la pelea estará ya viniendo hacia nosotros. —Alza la mirada y entrecierra el ojo bueno

—. Si la Luna funciona igual que el Sol, dejar sus heridas bajo su luz la ayudará a curarse. Menos mal que no hay luna nueva. Tenemos que mantenerla con vida hasta el alba, el templo se encargará del resto.

—Eso no es...

—O podemos dejarla aquí y escapar nosotros. Esas son las dos opciones que tenemos, Vesper. Tú eliges.

Vesper suelta una maldición tan creativa que me impresionaría si fuese capaz de pensar en algo aparte del dolor que me recorre el hombro y la mandíbula. Quiero decirles que me abandonen, pero no quiero morir. Así, no. Joder, me duele todo.

—Está bien. Carga tú con ella. Pero primero voy a vendarle el hombro lo mejor que pueda.

—Date prisa.

Vesper me arranca un trozo de tela del mono y se encoge.

—Esto te va a doler. Lo siento. —La envuelve alrededor de mi hombro y la ata con fuerza. La presión explota tras mis ojos. Me tenso y clavo los talones en los adoquines. Vuelvo a gritar. Me duele. Me duele tanto que lo único que quiero es desmayarme. Joder, quizá la muerte sea preferible a esto.

Cato vuelve a alzarme en brazos, esta vez con bastante menos delicadeza. Creo. Resulta difícil estar segura, porque cada movimiento me desplaza el hombro y no puedo ni apretar los dientes para contener un grito por culpa de mi puta *mandíbula*.

—Chis —espeta—. Lo hago lo mejor que puedo, pero, si atraes a los demás campeones, *te* dejo aquí tirada.

La dureza de sus palabras me centra con más eficacia que cualquier otra cosa. Pego la cara a su hombro para amortiguar otro grito, pues su roce solo consigue que el dolor aumente aún más. Cato despidе un olor cálido y fresco, un aroma que resulta realmente

difícil de definir, a pesar de la sangre que nos cubre a ambos. Casi me distrae de lo terriblemente mal que ha ido esta noche.

Dos golpes. Es todo lo que ha necesitado el Loco para tumbarme, para dejarme indefensa y completamente dependiente de que mis aliados no me traicionen o abandonen.

No sé qué haría yo en su lugar. Yo volví a por Vesper, pero había un camino directo... y no quedaba tiempo para pensar en una alternativa.

Noto los movimientos de Cato al ponerse en marcha y oigo los inconfundibles pasos de Vesper justo tras él, que va orientando su rumbo con palabras suaves. Lo guía hasta otra puerta algo más lejos. Las sombras de los edificios a cada lado del camino se me antojaron muy familiares al principio de la noche, pero ahora encuentro poco consuelo en ellas. Solo consiguen que sienta frío.

—Debería haber una escalera... por aquí. —Se oye un chasquido en la puerta, que antes estaba claramente cerrada con llave—. Vamos.

—¿Cómo sabes todo esto? —Cato entra de lado para que mis pies no choquen contra la pared—. Eres Espada. Aunque no estemos en la corte propiamente dicha, no es que los Pentáculos distribuyan mapas y planos de todas sus tiendas entre los Espadas.

—El conocimiento es el arma más poderosa que se puede tener. —A juzgar por el modo en que Vesper lo ha dicho, está repitiendo algo que ha oído tantas veces que se le ha quedado grabado.

—Ajá. —Cato no suena impresionado—. Aguántame la puerta.

Siento el momento en que salimos al tejado. El frío me envuelve, contrarrestando el calor del cuerpo de Cato. Debería estremecerme, sentirme helada, pero la sensación se parece más a lo que imaginaba que sería hundirse en un estanque de agua limpia. Es... encantador.

«Hija». La voz flota en lo más profundo de mi mente, así que, en un primer momento, me parece que me la he imaginado. Es la misma voz que me advirtió del ataque del Loco. La misma que oí en aquel sueño que no era del todo un sueño. La Luna.

—Déjala aquí. Voy a buscar algo con lo que atrancar la puerta.

Cato suelta un suspiro.

—Esto te va a doler. Lo siento. —Me deposita en el suelo. Aunque parece hacer todo lo que puede por no moverme mucho, no hay forma de evitarlo. Al menos esta vez consigo no gritar. Por poco.

Cato me toca el hombro.

—Creo que por fin ha dejado de sangrar. —Suelta todo el aliento—. Espero que esto funcione, joder. —Habla en voz tan baja que está claro que no se dirige a mí y que no quiere que nadie más lo oiga. Pero yo sí que lo oigo.

«Yo también espero que funcione».

Este reconfortante frescor me recorre con más rapidez ahora que no tiene que competir con el calor del sol. Va aliviando poco a poco el dolor, disipando la sensación que irradia de mi cuerpo hasta que por fin consigo abrir los ojos por primera vez desde que el Loco me ha golpeado en la cara.

Aún siento la mandíbula demasiado dolorida como para hablar, así que me centro en permanecer tan quieta como sea posible y en percibir los cambios que va sufriendo mi cuerpo. El leve chasquido de algo recolocándose en su sitio debería provocarme una auténtica agonía, pero ahora mismo no me siento conectada con mi cuerpo. Una vez más, es toda una bendición.

Vesper aparece, jadeando y con la piel cubierta de sudor. Se deja caer a mi lado y suelta lentamente el aire.

—Está funcionando. Gracias a los dioses.

«Gracias a la Luna, más bien».

Una vez más, esa suave voz me responde, una caricia en un lugar que no soy capaz de definir.

«De nada».

A pesar de que la historia de los dioses precede a Caelria tal y como la conocemos, hay un debate candente sobre si son responsables de la magia que se les supone o si esta no es más que una expresión de la magia inherente de los elementos primordiales.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



20

Aunque la luz de la luna está curando mis heridas, pierdo la noción del tiempo. En algún momento, Cato y Vesper mantienen una conversación callada y tensa. De pronto, Cato vuelve a levantarme en brazos. Está *muy caliente*. Con la bendición que supone sentir el dolor como algo muy lejano, me pego a él y me limito a inspirar el bálsamo que es su aroma a verano. A verano del bueno, ese verano del que hablan los marineros del Peridoto en las historias que cuentan.

Empiezo a perder el conocimiento otra vez, pero me estremezco al oír un grito demasiado cerca. Al abrir la boca, Vesper me la tapa para amortiguar cualquier sonido que haga y me dice con voz suave al oído:

—Silencio, Kestrel. El Carro está cerca. Esta noche no podemos luchar contra él.

Otro grito, largo y tenso, cargado de dolor y miedo. Está *muy cerca*, tanto que juraría que, si giro la cabeza, veré lo que ha hecho el Carro para arrancarle ese alarido a alguien.

Sin embargo, no soy capaz de volverme. Parece que no tengo

control sobre mi cuerpo. Mis extremidades pesan demasiado, están impregnadas de una frialdad que batalla contra el agradable calor que emana de los brazos y el pecho de Cato. Siento miedo. Al margen de todo lo que suceda, siempre he contado con mi cuerpo; no sé qué voy hacer si no recupero el control sobre él.

Debo de tensarme, porque Vesper me agarra con más fuerza la parte inferior del rostro, tanta que se me escapa un gimoteo.

—No puedes gritar.

El dolor aumenta de repente y me dejo llevar por él. Esta vez abrazo la oscuridad. Espero que, cuando recupere el sentido, todo haya vuelto a la normalidad.

No debería haber modo alguno de percibir el paso del tiempo estando inconsciente, pero abro los ojos en el mismo instante en que el Sol asoma por el horizonte y la Luna se retira en una danza incesante, tal y como ha sido desde el inicio de los tiempos.

Nos encontramos de nuevo en el Distrito de Copas, cerca de la isla de los campeones. Reconozco el escaparate de la tienda en el que está apoyado Cato; hemos pasado por delante varias veces. Me siento *fatal*, pero es mejor que casi muerta. Y él tiene un aspecto horrible. Su pecho asciende y desciende con fuerza y noto el temblor de sus brazos bajo mi espalda y mis muslos. El sudor le cubre la piel, emborronando los símbolos que su clérigo le dibujó por todo el cuerpo y dando la sensación de que brilla. Parte de su sudor también mancha *mi* cuerpo, empapando mi mono justo por donde me sujeta.

—Déjame en el suelo. —Hablo con voz tensa pero inteligible. Aún me duele la mandíbula, aunque está claro que no he sufrido daños permanentes, gracias al poder curativo acelerado de la Luna.

—Me encantaría —jadea él—, pero más vale que te asegures de que puedes caminar. En cuanto te suelte, voy a sufrir calambres en

los brazos y de ninguna de las maneras podré volver a levantarte.

Yo intento revolverme, pero sus brazos son una jaula a mi alrededor.

—¿Dónde está Vesper?

—Estoy aquí. —De repente aparece ante mí.

Cato suena agotado, mientras que Vesper lo parece a simple vista. Tiene la piel cenicienta y unas ojeras profundas. Al menos no ha sufrido heridas; dejo escapar un lento suspiro de alivio.

Me han mantenido con vida. Durante toda la noche. Y han pagado un gran precio por ello.

Ni que decir tiene que mis heridas han eliminado cualquier fortaleza que yo aportase a esta alianza. Vesper y Cato deberían haberme dejado en la calle. Dioses, deberían haberme matado y haber acabado con todo. En cambio, lo que han hecho ha sido subirme hasta un tejado y dejar que la tierna mirada de la Luna me curase. Y, luego, han ido cargando conmigo por toda la maldita ciudad, evitando a los demás campeones.

—Déjame en el suelo —repito—, por favor.

Vesper se me queda mirando largo rato.

—Cato tiene razón. Si te suelta, no estamos en condiciones de ayudarte a cruzar el puente. Casi han dado la quinta campanada, así que no podemos retrasarnos. Tu cuerpo se había apagado, al parecer para acelerar la curación, pero yo carezco de cualquier conocimiento médico. Probablemente tengan que examinarte en el templo, pero debes *llegar* allí antes de la sexta campanada si quieres que eso suceda.

Ojalá pudiera decir con cierto grado de seguridad que soy capaz de caminar por mí misma. Aún siento mi cuerpo extraño y ajeno, cosa que espero que cambie una vez que pueda dormir en condiciones. En realidad, lo que más deseo es dejar que Cato cargue

conmigo durante la última manzana y pico que queda hasta la isla de los campeones y que me deje justo ante el umbral de mi templo, donde pueda recogerme la clériga. Sin embargo, eso sería un error del que no creo que nuestra alianza pudiera recuperarse.

—Tengo que caminar. Todos tenemos que caminar.

—Kestrel, te juro...

—Si no llegamos a pie —interrumpo a Cato—, quedará patente nuestra debilidad. Anoche eliminamos a dos campeones. —El recuerdo del sonido de mis hoces al hundirse en la carne de la campeona del Ermitaño amenaza con provocarme una arcada. Trago saliva varias veces hasta estar segura de que puedo continuar sin vomitar. Al menos, tanto Cato como Vesper me están escuchando—. Si parece que hemos estado a punto de morir para conseguirlo, todos y cada uno de los demás campeones que quedan nos atacarán.

—Es lo que yo haría —murmura Cato.

—Tienes razón. —Vesper alza una ceja—. Pero sigue abierta la pregunta de si puedes caminar una manzana entera y cruzar el puente sin desplomarte, porque *eso* sería aún peor que ver a Cato cargando contigo.

Tiene razón, pero da igual. No me queda alternativa.

—Lo conseguiré.

Los brazos de Cato eligen este momento para ceder. La única advertencia que tengo es un leve temblor y, de pronto, estoy cayendo. Me doy un tremendo golpe contra el suelo y estoy a punto de mordirme el labio para no gritar.

Mi hombro está curado... prácticamente..., pero el impacto de mi rabadilla contra los adoquines hace que sienta una vibración horrible por todo el cuerpo que me llega al cráneo.

—Mierda. Perdón, culpa mía. —Se inclina y apoya los brazos

temblorosamente en los muslos. Una gota de sudor recorre su prominente nariz y cae sobre la piedra entre sus pies—. Me recuperaré dentro de unos minutos. Solo necesito que el sol haga su trabajo.

—Por desgracia, a mí la Rueda de la Fortuna no me ayuda de ese modo. —Vesper se apoya contra la pared y cierra los ojos, resollando—. Pero está bien que te dé un poco el sol.

Yo me esfuerzo por ponerme en pie mientras ninguno de los dos me mira. Mis extremidades obedecen mis órdenes mentales lentamente, pero obedecen. Tiemblo como una criaturilla recién nacida, nueva en el mundo e insegura. Las rodillas me fallan y me tambaleo unos cuantos pasos hasta recuperar el equilibrio. Más o menos.

Agradezco el notable desinterés de Vesper y Cato en mi debilidad. Por parte de Vesper, lo comprendo: siempre actúa deliberadamente y es muy perspicaz como para no haberse dado cuenta de lo incómoda que me siento al verme impotente. Cato, por su parte..., es un gilipollas arrogante que, hasta anoche, había demostrado que no le importaba nadie más que él mismo. Aunque solo me haya salvado porque tenemos una alianza, ha mantenido su palabra. Y eso significa más que todos sus pavoneos y gilipolleces.

—Gracias. —Siento que las palabras salen de mi pecho con dificultad, desgarradas y ensangrentadas—. Gracias por salvarme.

—Tú me has salvado la vida. Habría que ser un monstruo para no devolverte el favor. —Vesper esboza una sonrisa tensa. La pierna debe de dolerle lo indecible, porque asoman varias arrugas a las comisuras de su boca, una mueca de angustia que no estaba ahí hace unas horas. ¿Cuánto tiempo llevará corriendo junto a Cato?

—Aun así, te lo agradezco. —Miro a Cato—. Y gracias a ti también, Cato.

Por primera vez desde que lo conozco, Cato se muestra tímido. Al ver que lo observo, suelta una maldición y se endereza.

—No vayas a pensar que soy un héroe. Esta alianza es mi mejor oportunidad para acabar con el Carro. Me interesa mantenerte con vida.

Sus palabras son lo que esperaba. El tono también, brusco e irritado. Y sin embargo...

—Gracias de todos modos.

Él desecha mi agradecimiento con un gesto.

—Si te vas a empeñar en caminar por ti misma, no pienso esperarte. —Echa a andar y no tardan en aumentar la distancia con nosotros gracias a sus largas zancadas hasta que gira el recodo que da al puente de la isla de los campeones. La única señal de que ha tenido una mala noche es la leve rigidez de sus movimientos, apenas detectable.

—No me extraña que no haya conseguido ninguna otra alianza. Valiente gilipollas. —No consigo que mis palabras suenen acaloradas, sino que me salen con cierto afecto.

Vesper resopla.

—Le dijo la sartén al cazo.

—¿Y eso a qué viene?

—Mi querida Kestrel, ni en las mejores circunstancias puede decirse que tú seas la alegría de la huerta.

—Tú no me has conocido en las mejores circunstancias. Ni tú ni nadie. —Sean cuales sean los desafíos a los que Vesper ha tenido que enfrentarse en su vida —y no soy tan ingenua como para pensar que ha llegado a ocupar el puesto de Paje de Espadas sin retos y quebrantos—, lo cierto es que ha crecido en el Distrito de Espadas. Ha tenido acceso a productos frescos, a agua y a todo lo que ha querido o necesitado. Si alguna vez ha pasado hambre, debe de

haber sido una excepción, no la regla.

—Tienes razón, por supuesto. —Vesper suspira—. Está claro que mi intento de gastarte una broma no ha salido bien. Lo siento. Sé que has pasado muchas dificultades.

—No quiero inspirarte compasión. —Hablo de manera demasiado brusca, pero no soporto el modo condescendiente con el que me mira ahora mismo—. Cato tiene razón: deberíamos ponernos en marcha.

Doy un paso al frente, vacilante. Siento los músculos de las piernas raros, demasiado sueltos. Ahora que estoy caminando, el impacto de cada pisada en el suelo me provoca un agudo dolor en el hombro. Es soportable, pero también presente e inevitable.

Vesper avanza cojeando, apoyándose pesadamente en el bastón. No hay duda de que intenta soportar el menor peso posible con el lado derecho del cuerpo.

—Por supuesto.

No sé si será de mala educación mencionar su discapacidad, pero tengo que saber lo cerca que está de su límite. Además, la primera noche se mostró bastante sincero con respecto al baile.

—¿Cuánto tiempo crees que aguantarás hasta que ya no puedas caminar en absoluto?

Vesper suspira.

—Tienes que aprender a ser menos directa. Es un rasgo que cansa enseguida, y no te va a servir de nada en el Concilium.

—O quizá tú tengas que aprender a dejar de lado los circunloquios. —Doy otro paso temblorosamente, esforzándome por mantenerle el ritmo, y eso que va muy despacio—. ¿Intentabas ir al mismo ritmo que Cato anoche?

—Sí y no. —Da unos cuantos pasos más—. Era él quien iba a mi ritmo cuando era posible.

—Sorprendente —murmuro. Aunque en realidad no, ¿verdad? Por más arrogante, creído e impúdico que sea Cato, se ha mostrado considerado, tanto conmigo como con Vesper.

—Como ya he dicho, a veces eres muy gilipollas. —Sin embargo, su voz no suena enfadada, sino más bien cansada—. Supongo que tu pregunta tiene sentido, teniendo en cuenta que somos parte de una alianza. Estas últimas tres noches me he esforzado al máximo. Había planeado esconderme durante una parte de las Pruebas, pero mi plan no ha funcionado.

—Sí, yo también. —Solo hemos recorrido media manzana y ya me cuesta respirar. No sé *por qué* me supone tanto esfuerzo caminar. Es como si me hubiese pasado toda la noche corriendo junto con Cato y Vesper en lugar de ir sana y salva en brazos... No, prefiero no pensar en eso ahora. O, francamente, nunca.

—Por decírtelo a las claras: no lo sé. No es la primera vez que sobrepaso mis límites, así que sé que no corro peligro de desplomarme, pero estoy tan cerca que va a ser un problema.

Yo también me siento bastante al límite. Me concentro en poner un pie delante del otro hasta que llegamos al recodo y aparece ante nuestra vista el puente que da a la isla de los campeones.

—Aunque Cato acabe de curarse al final del día, creo que yo no lo he conseguido. Y tú no cuentas con ninguna habilidad de sanación acelerada.

—Lo sé —dice entre dientes.

—Va a querer atacar al Carro esta noche, pero hemos sobrevivido por los pelos al Loco, y eso estando en plena forma. Además, Cato tiene, o tenía, mucha menos experiencia con sus poderes que el Carro. Necesitamos tiempo para recuperarnos y para idear un plan adecuado.

—Hay bastantes posibilidades de que no nos quede más

alternativa que luchar.

Si bien este ritmo no está específicamente diseñado para agotarnos, ha conseguido a las mil maravillas que nadie pueda descansar lo suficiente como para recuperarse de sus heridas y del agotamiento. Aunque la Luna me haya ayudado a curarme, ni mi hombro ni mi mandíbula están en *condiciones*. No es la primera vez que me rompo un hueso y, aunque la última vez tardé tanto tiempo en reponerme que me subía por las paredes, a pesar de las protestas de Mouse, una vez curada me sentía bien.

Ahora mismo no me siento bien. Me noto tan frágil que me preocupa que mi cuerpo se rinda cuando más lo necesito, o que mis huesos se hagan pedazos tras un golpe que, en otras circunstancias, solo me dejaría un moretón. Tengo miedo de que la próxima vez no me cure. Sin embargo, Vesper está en lo cierto. Por más que nos esforcemos en trazar un plan, hay bastantes probabilidades de que dé igual.

—Sí, tienes razón.

Vesper se tambalea, así que alargo al instante la mano para agarrarle el codo, pero me suelta un *gruñido*.

—No me toques.

Aparto de golpe la mano.

—Lo siento.

Por primera vez desde que nos conocimos, veo perfectamente sus pensamientos plasmados en su rostro: vergüenza, rabia, un dolor profundo que debe de ser físico, al menos en parte. Inspira hondo, y luego otra vez.

—No necesito tu ayuda.

—Vale. —Como no sigue caminando ni pronuncia palabra alguna, no puedo evitar llenar el vacío—: Es lo que decía sobre llegar andando hasta el patio, ¿no? Tienes que hacerlo con tus propias

fuerzas.

—Sí. —La palabra no es más que un jadeo—. Sí, exacto.

Avanzamos a trompicones unos cuantos pasos más en medio de un silencio incómodo. De nuevo pienso en todo lo que no sé de Vesper, lo diferente que ha sido su vida de la mía..., y lo parecida que ha sido en aspectos inesperados. Siento el aliento como fuego en los pulmones, los músculos temblorosos y los huesos frágiles; aunque todo eso es nuevo para mí, al menos en parte. Sí, siempre he pasado hambre, pero, al margen de las heridas que he sufrido a lo largo de los años, he sido capaz en todo momento de huir del peligro, trepar, luchar y jugar. Jamás he tenido que preocuparme por los límites de mi cuerpo, como Vesper.

—Puedes seguir sin mí —dice—. Llegaré antes de la sexta campanada.

Tenemos tiempo de sobra y solo hemos de cruzar el puente. Podría hacer lo que Cato y dejar a Vesper atrás, aunque yendo más despacio. Pero ya estoy negando con la cabeza.

—Iremos juntos.

Me esfuerzo por no pensar en lo lento que caminamos, en lo que significa eso de cara a la próxima jornada, tanto el evento como la siguiente matanza. ¿Cuántos campeones quedan? Hemos acabado con la campeona del Ermitaño y el Loco. Y el grito que hemos oído antes parece indicar que alguien más ha muerto. ¿Quién habrá sido?

La respuesta nos sale al paso cuando por fin cruzamos el puente y llegamos al círculo que forman los templos. Paseo la vista sobre los antiguos estandartes y me fijo en los nuevos.

El Carro ha matado a la Templanza, de quien no recuerdo ni un solo detalle, maldición. La Torre ha añadido otra víctima a su cuenta: esta vez ha sido la Justicia. Creo recordar a un tipo alto de piel canela con túnica y hombreras metálicas al estilo de los Espadas.

Miro de reojo a Vesper, pero no veo ninguna emoción en su semblante; supongo que será por el agotamiento o porque no conocía a la Justicia, y en realidad da igual.

Evito mirar hacia el templo del Ermitaño, pero, en cuanto me doy cuenta de ello, alzo la cabeza y estudio el estandarte de la Luna, *mi* estandarte. Es igual de hermoso que los demás, con la elegante imagen de una luna creciente en un cielo nocturno de un intenso color azul oscuro. El reflejo de la luna brilla en un río en la parte inferior.

Quizá deba sentirme victoriosa, pero por dentro estoy más vacía que en las épocas en las que he pasado verdadera soledad. No me queda espacio para nada, ni remordimiento ni alegría ni alivio. He hecho lo que ha sido necesario y seguiré haciéndolo hasta que acaben las Pruebas... y después.

Es de vital importancia que los miembros de la Cinque sepan cuál es su lugar. Su existencia es un mal necesario que ha de soportarse, no una invitación para regresar a un pasado que pretendemos dejar atrás del todo.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



21

Vesper y yo nos separamos y nos dirigimos a nuestros respectivos templos. Al cruzar el umbral e internarme en la fresca oscuridad, me inunda el alivio. Bajo los hombros y me tambaleo. *Lo he conseguido.* Esta vez. Siempre una vez más. Nunca hay garantías de futuro.

Me toco con cautela el hombro. El mono que llevo está desgarrado en la zona donde el Loco me rajó la carne y, debajo, tengo la piel cubierta de gruesas cicatrices a causa de sus dientes. Intento mover el hombro, el brazo. Sé que oí los huesos crujir entre sus mandíbulas, pero ahora solo siento un dolor apagado. Estoy increíblemente cansada, el tipo de agotamiento que parece pegado a cada extremidad, a cada gota de sangre, a cada centímetro de hueso.

Dormir. Una vez que haya descansado en condiciones, podré pensar con más claridad. Bajo a trompicones las escaleras, un camino ya familiar, hasta la pequeña habitación que ha sido mía los dos últimos días. Es mía y, a la vez, no lo es. Las ropas que me quité ayer han desaparecido, al igual que las de anteayer, y la cama está pulcramente hecha, algo en lo que no me había fijado hasta ahora.

Tardo el doble de lo normal en quitarme el mono. Lo deslizo por mi cuerpo abajo y salgo de él. En mi hombro brota un dolor tremendo, incluso por estos movimientos tan leves. Y el resto de mi piel... Me estremezco. Estoy llena de moretones y, lo que es más importante, de la sangre que empapó mi ropa, que ahora me cubre entera.

No puedo dormir así.

Cruzo el pasillo a duras penas hasta el baño. Ni siquiera me molesto en esperar a que se llene la bañera, pues meterme cubierta de restos humanos solo serviría para empeorar la situación. Así, lo que hago es coger un pequeño cubo que hay detrás del lavabo y echarme agua por la cabeza. Una vez y otra y otra. El remolino que desaparece por el desagüe tiene en un primer momento un cruel tono rojo, que luego se vuelve rosado y, por último, transparente. Es entonces cuando lleno la bañera y me meto en ella, donde me restriego la piel hasta dejarla rosa e irritada. Me lavo el cabello dos veces, aunque sigue sin parecerme suficiente. Nada me parece suficiente.

No sé cómo puedo estar tan aturdida y, al mismo tiempo, sentir tanto pánico. Cada una de estas emociones debería encontrarse en un lado opuesto del espectro, no ser capaces de coexistir en el mismo espacio. Y, sin embargo, no puedo dejar de temblar.

Esta noche han muerto dos personas por mis actos. Dos luchas que bien podrían haber acabado conmigo. La primera no la pude evitar, pero sí que pude haber optado por no atacar a la campeona del Ermitaño. No iba a por *mí...*, sino a por Vesper. Podría haberles dado la espalda, ahorrado fuerzas..., pero quizá Vesper hubiese muerto.

No había planeado tener aliados, pero ahora los tengo. Me estremezco. Si eso fuera todo, sería sencillo de asimilar, pero la

verdad es que no estaba pensando en alianzas cuando Vesper cayó al suelo. No pensé en nada más que en su protección, en detener a la campeona del Ermitaño. Fue por puro instinto, para evitar un futuro en el que no estuviera. Me *gusta* Vesper. Me gusta cómo funciona su astuta mente. Aunque sea de los Espadas, como yo, también está fuera de lugar en el grupo. Nos comprendemos. Salgo de la bañera y alcanzo una toalla temblorosamente.

He asesinado a alguien.

«Mara estará muy decepcionada conmigo». Me llevo el puño a la boca y cierro los párpados, esperando a que esta abrumadora presión que siento en los ojos se pase. Siempre me ha resultado divertido que haya dos personas en mi vida que me quieran tantísimo y que, al mismo tiempo, tengan expectativas diametralmente opuestas de mí. Ahora mismo siento que podría romperme en dos.

Dormir. Solo necesito la dichosa oscuridad de la inconsciencia. Regreso a trompicones por el pasillo hasta mi dormitorio, donde compruebo que mi ropa ha desaparecido de forma misteriosa, reemplazada por una muda limpia.

Aunque no tengo la menor gana de hacerlo, examino una vez más mi hombro. Las cicatrices son enormes y protuberantes, de un curioso color rojo. Las rodean unos crueles moretones de un profundo tono púrpura negruzco. Tardarán una eternidad en desaparecer, mientras pasan por todos los colores del arcoíris. A juzgar por el dolor de mi cara, tengo un cardenal parecido en la mandíbula. Me lo toco con cuidado. Está claro que mi única opción es dormir de lado. De todos modos, estoy más o menos entera, lo cual es un puto milagro. Si Cato no se hubiese recuperado en el momento justo..., si no hubiese cargado conmigo desde el Distrito de Pentáculos...

Me derrumbo sobre la cama, dejando que el mullido colchón me envuelva. Lo último que pienso antes de caer dormida es en por qué me llevó la Luna a su reino cuando se me agotaron los poderes, no cuando estaba exhausta. Luego, no pienso nada más.

—Campeona de la Luna, ha llegado el momento.

Abro los ojos y me incorporo instintivamente. En cuanto lo hago, me encojo, esperando un auténtico torbellino de dolor cuando mi cuerpo se queje por este movimiento tan brusco. Sin embargo, lo único que siento es una leve molestia en el hombro. Aparto el camisón y veo que el moretón ya ha adoptado un feo tono verduzco bajo las protuberantes cicatrices. Días de curación en apenas unas horas. Cómo me gustaría confiar en el proceso.

La clériga se planta en el umbral con otra prenda colgando del brazo.

—Los Bastos reunirán a los campeones dentro de dos campanadas. Tienes que vestirte y comer algo antes.

Los Bastos. Pongo un mohín. Ya sabía que se acercaba su fiesta, pero no me había parado a pensar mucho en ella. Me he pasado la vida haciendo todo lo que estaba mi poder para evitar a ese grupo, y ahora tengo que ponerles buena cara y comportarme como si no fuesen un régimen de terror en los Sedimentos.

—Estupendo. —Sacudo la cabeza intentando despejarme, pues sigo algo somnolienta—. Maravilloso. Me muero de ganas.

—Tendrás que aprender mentir mejor si quieres prosperar entre las Cortes Menores. —Me tiende la prenda—. Venga, a vestirte.

Agarro la larga pieza de tela de sus manos y la sacudo.

—Esto será una broma, ¿no? —Ella se encoge de hombros y yo suspiro—. Me gustaría conocer a la persona que decide qué ponerme, porque esto es absurdo.

—La Luna proveerá.

Dudo *muchísimo* que sea la Luna quien elige estos ridículos trajes, pero sé que llevo las de perder en esta discusión. Tengo prioridades más acuciantes en este momento, no voy a pelearme por otro atuendo que revela demasiado.

Yo pensaba que preferiría cubrir mis magulladuras y cicatrices, pero al parecer es justo lo contrario. Esta noche voy a llevar un vestido azul oscuro con un corpiño ajustado que deja mis brazos y hombros al aire y una falda vaporosa que evoca olas rompiendo sobre riscos. Permito que la clériga me anude el vestido a la espalda e intento dar un par de patadas al aire. Al menos puedo moverme. Me dispongo a introducir las dos monedas en los huecos del arnés cuando me pone una mano en el brazo. La miro.

—¿Pasa algo?

—Hace mucho tiempo que no veía una de esas. —Me tiende la mano—. ¿Me permites?

No quiero separarme de las monedas. No puedo decir que hayan marcado la diferencia en lo sucedido durante las Pruebas, pero me las dio Mara. Son como un pequeño trozo de mi hogar que llevo conmigo y odio tener que soltarlas, aunque la clériga no me ha dado ningún motivo para desconfiar de ella, así que se las tiendo.

Acuna las monedas en la palma de su mano como si estuvieran hechas de algo mucho más delicado que metal.

—Dejaron de acuñar estas monedas cuando yo era una niña. —Las deja con cuidado de nuevo en mi mano y me cierra los dedos en torno a ellas—. No permitas que nadie de la Corte Menor las vea, campeona de la Luna.

No tenía la menor intención de enseñárselas a nadie, pero la clériga habla con una vehemencia que parece excesiva. Sí, la ciudad dejó de acuñar estas monedas, pero tampoco es que hayan dado

caza a quienes aún las conservan. De cualquier modo, es importante para ella y no quiero que se preocupe.

—No lo haré. —Me meto las monedas en los bolsillitos del arnés, junto con las hoces—. Otra cosa, clériga.

—¿Sí?

Me muerdo el labio inferior, dudando si de verdad quiero formular esas preguntas a las que llevo días dando vueltas. Pensaba que tendría más oportunidades de hablar con la Muerte, pero cada vez que nos hemos cruzado mi confusión no ha hecho sino aumentar. No estoy más cerca de encontrar respuestas sobre mi madre que antes de las Pruebas y *se me acaba el tiempo*.

—¿Me hablarías de la época que pasaste en el templo de la Luna, antes de venir aquí?

No es la pregunta que quiero hacer en realidad, pero es un buen punto de inicio.

Ella empieza a trenzarme el cabello para apartarlo de la cara.

—Fue una época muy pacífica. Ninguna de las historias que cuenta la Corte Menor sobre los clérigos de los dioses antiguos que se propasaron con los niños bajo su cuidado sucedieron en mi templo. Ejecutábamos nuestros rituales nocturnos, nos aprendíamos los estados de la Luna y cómo servirlos en cualquier punto de su ciclo. Supervisábamos las ofrendas de quienes buscaban la protección de la Luna.

Conozco a mucha gente que sigue llevando a cabo los rituales de los dioses antiguos. No solo les rezan, tal y como hizo Mara la noche antes de la Criba. Aunque los templos sean menos accesibles estos días, las tradiciones no han desaparecido. Cuando estábamos juntas, Paloma, una amiga de Mara, estaba desesperada por quedarse embarazada y se pasó meses yendo al río durante la primera noche de su ciclo para suplicarle a la Emperatriz que le concediera un bebé.

Al final, lo consiguió, pero no sé si fue por obra y gracia de la Emperatriz o, sencillamente, por el propio curso de la naturaleza.

Sin embargo, no es este tipo de información la que estoy buscando. En realidad no.

—Y, cuando cerraron tu templo, acabaste aquí, ¿no?

—Sí. —Me coloca la trenza en su sitio y pasa al otro lado de mi cabeza—. Quienes eran demasiado jóvenes para terminar su formación fueron enviados a los Sedimentos. Los mayores... —Suspira—. No quedan muchos templos, ni mucho espacio para personas que solo han conocido una realidad. La mayoría de ellas no se adaptaron bien a su nueva vida y acabaron muriendo.

Por el modo en que pronuncia la palabra «muriendo», me da la impresión de que decidieron suicidarse. Han pasado muchos años, pero está claro que aún le duele.

—Y tú llevas aquí desde entonces.

Ella hace una pausa.

—Pregúntame por lo que quieres saber de verdad, campeona de la Luna. Se nos acaba el tiempo.

Me resulta un alivio poder formular una de las preguntas que tan desesperadamente quiero hacer.

—¿Me hablarías de la última campeona de la Luna?

—Ya te he dicho que está prohibido hablar de ella.

—Clériga. —Me giro hacia ella. Sabía que protestaría, pero ya he preparado un contrargumento, y creo que es imbatible—. Por favor. Si consigo entrar a formar parte de la Cinque, el Concilium y toda la ciudad me estarán observando. Se preguntarán si voy a seguir sus pasos, pero no sé *cuáles* fueron. Lo único que sé es que se supone que se volvió loca, que fue condenada por traición y ejecutada. Sin embargo, en una ciudad donde proliferan los rumores y cuchicheos, ¿cómo puede ser que nadie presenciase su juicio? ¿Cómo puede ser

que no haya una sola persona capaz de especificar qué crimen cometió?

No creí que fuera posible que su piel se volviera aún más pálida, pero ante mis palabras así sucede.

—Date la vuelta y deja que acabe de peinarte.

—Responde a mis preguntas, *por favor*.

—Responderé si te quedas quieta. —Sigue haciéndome la trenza del otro lado, aunque sus manos tiemblan más que antes—. Yo solo soy una humilde clériga. El Concilium no responde ante mí.

—Eso no es ninguna respuesta.

Da un paso atrás y me escruta con aire crítico. Tras dos vueltas más, ha terminado de peinarme.

—En su día hubo rumores, pero los Bastos se apresuraron a acallarlos. La gente tenía demasiado miedo como para hablar y, al cabo, pasó página. La vida sigue su curso, nos guste o no. —Encoge un único hombro, pero es un gesto demasiado tenso como para resultar creíble—. El vínculo de la última campeona de la Luna con la diosa era fuerte, más que el de los demás campeones supervivientes con sus dioses respectivos. Eso despertó la desconfianza del Concilium. Necesitaban que los campeones participasen en las Pruebas del Tarot, que muriesen diecisiete y que cinco de ellos ocupasen puestos de poder.

—¿Cómo que «necesitaban»? —Una elección de palabras que resulta curiosa por ser tan específica—. En la Corte Menor no se adora a los dioses antiguos, y tampoco lo hacen los gremios, al menos en la actualidad. ¿Por qué necesitan a los campeones?

Ella ignora mi pregunta.

—La última campeona no era como tú. En un primer momento era escéptica. La ausencia de los dioses antiguos la llenaba de amargura. Sin embargo, no tardó mucho en comprender.

—¿En comprender *qué*?

—Que, aunque los dioses operen de modos misteriosos, no son todopoderosos. Hay fuerzas en este mundo y más allá que son más que capaces de confinarlos. Necesitan la adoración de la gente.

Intento asimilar eso mientras me echa en los pómulos y cejas un polvo resplandeciente. Antes de las Pruebas, ¿qué sabía yo en realidad sobre el funcionamiento de los dioses? Aún quedan algunos templos de los arcanos mayores en los Sedimentos, pero su número disminuye cada año que pasa. Si bien se los sigue adorando, su culto se ha visto reducido a un puñado de supersticiones: una pequeña ofrenda en un alféizar para que la Muerte pase de largo una casa donde hay un enfermo, una visita secreta al río para suplicarle fertilidad a la Emperatriz, una superficie reflectante para espantar la mala suerte de la Rueda de la Fortuna.

Aun así, lo que dice la clériga no tiene sentido.

—Si el Concilium necesita que continúen las Pruebas, es que reconoce que hay que honrar a los dioses antiguos. ¿Por qué supondría un problema que la antigua campeona de la Luna honrase a su diosa? —Frunzo el ceño—. Imagino que con eso no basta para acusarla de traición.

—El Concilium teme a los dioses antiguos. Toda la Corte Menor los teme. Puede que la conexión de tu madre con la Luna hubiera pavimentado el camino hacia algo más, algo mayor. Y no podían permitir que algo así sucediese.

—¿Pero qué significa eso?

¿Por qué está todo el mundo empeñado en hablar con acertijos y darme información de lo más escueta que no responde a una sola de mis preguntas?

—Eso es lo único que sé. —Me pone una mano en el hombro bueno y me da un leve apretón. Está claro que esta conversación se

ha acabado—. Lo estás haciendo muy bien. Sigue utilizando los dones con los que te ha bendecido la Luna y alcanzarás la victoria.

Agradezco su confianza, aunque no estoy segura del todo de habérmela ganado. Sí, he sobrevivido hasta ahora, pero solo han transcurrido *tres días*, y he pasado inconsciente buena parte de dos de las tres noches. No soy en absoluto la guerrera victoriosa que imaginé cuando me convertí en la campeona de la Luna. De no ser por Vesper y Cato, probablemente ya me habrían matado. Estudio su semblante: no va a permitir que insista. Suspiro.

—No sé si lo estoy haciendo *bien*. Sigo viva, nada más.

La clériga baja la mano. Su empatía llena el espacio entre las dos.

—Con eso basta. —Me da la espalda y se aleja—. Nos vemos al alba. —Como si no le cupiese la menor duda de que voy a sobrevivir. Ojalá tuviera la misma confianza. Ojalá tuviera la menor idea de qué está sucediendo ahora mismo.

Inspiro hondo, hago rodar los hombros y salgo a la brillante luz de media tarde.

Que haya conflictos entre la Corte Menor es tan esperable como que haya conflictos entre el agua y el fuego. Sin embargo, en ciertos temas, esos conflictos han de dejarse de lado. Nuestros valores básicos son idénticos, como también lo son nuestros objetivos de cara al futuro. Hemos de recordar esto por encima de todo lo demás.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



22

No puedo dejar de rodar el hombro mientras cruzo el patio en dirección al templo del Sol. Ya está curado, sé que lo está, pero sigo teniendo una sensación *extraña*. Me duele un poco, lo noto demasiado tirante y juraría que algo cruje en su interior, donde nada debería crujir. Quizá esté todo en mi cabeza. No estoy para nada segura.

Cato sale de su templo cuando me acerco, bajo un fuerte rayo de luz solar. Resulta de lo más raro: todos estamos bajo el sol, pero él resplandece con algo más de intensidad. Su piel morena reluce como si estuviese iluminada por dentro. Al verme, me sonrío, con una expresión tan sincera que casi caigo redonda.

—Tienes mejor aspecto que anoche.

—Te refieres a que puedo moverme por mí misma en lugar de estar inconsciente en tus brazos, ¿no?

Él suelta una risita.

—Sí, algo así. —Repara en mi hombro—. Qué suerte que la luna esté creciente y te haya curado tanto en tan poco tiempo. De lo contrario, quizá te hubiésemos perdido.

No sé cómo reaccionar ante esta extraña ternura suya. Resulta más sencillo tratar con Cato cuando se muestra arrogante o cuando flirtea. Me parece que es la primera vez que no enmascara sus emociones y esta intimidad tan repentina entre ambos me descoloca.

—¿Cómo es que tu clérigo odia tanto las camisas?

Viste otro kilt, esta vez de un color púrpura intenso que resalta los trazos dorados que lleva pintados sobre la piel desnuda. Cubren sus anchos hombros y le bajan por los brazos, formando un diseño cada vez más intrincado y grueso, tanto que cuando llega a sus manos estas parecen estar cubiertas de oro. Tiene buen aspecto..., muy buen aspecto.

Cato entrelaza las manos tras la cabeza y marca músculo.

—¿Te gusta lo que ves?

—Aunque así fuera, no tengo impulsos suicidas. —Niego con la cabeza—. Te gusta demasiado flirtear.

—Y a ti demasiado poco. —Señala mi vestido, engalanado con adornos de plata—. La verdad es que hacemos muy buena pareja.

Otra vez no. Pongo los ojos en blanco, aunque hago un esfuerzo para no ruborizarme.

—No somos una pareja, Cato. Somos un *trío*.

Vesper elige ese momento para acercarse, apoyándose con fuerza en el bastón. Viste una casaca blanca que le llega justo por debajo de las rodillas, con rajas a ambos lados para que pueda moverse libremente. También lleva la acostumbrada férula en la pierna, así como lazos de color blanco y plateado en las trenzas.

Niego con la cabeza.

—El clérigo de Cato quiere que acabe muerto de frío y el tuyo te ha convertido en una diana con patas de cara a la competición de esta *noche*. ¿En qué está pensando esta gente? —Al menos cuento

con mis poderes de sombra para esconderlos.

Vesper se detiene justo ante nosotros.

—Hay otros puntos que hemos de considerar. —Habla en el mismo tono sarcástico de siempre, pero me parece que tiene que esforzarse más de lo normal, como si le pesase el cansancio mucho más que a mí—. Tenéis buen aspecto los dos. —Observa mi hombro, al igual que ha hecho Cato, y se estremece—. Más o menos.

Jamás pensé que echaría de menos el maldito mono, pero, si esta va a ser la reacción de todo el mundo al verme el hombro, sería preferible a este vestido.

—No tenemos mucho tiempo antes de la fiesta. Deberíamos repasar el plan de esta noche.

Después de lo increíblemente mal que han ido las dos noches anteriores, sería una gran idea que huyéramos y nos escondiésemos para que nos dé tiempo a recuperarnos.

Vesper habla antes de que yo pueda proseguir:

—Esta noche vamos a ir a por el Carro.

—No. —No sabía que pretendía protestar hasta que la palabra brota de mi boca. Los dos me miran con la misma cara de frustración, pero *alguien* tiene que ser la voz de la razón—. No lo digo porque quiera que vayamos a por la Muerte.

—¿Entonces por qué? —espeta Cato.

—Porque yo no estoy recuperada, y Vesper mucho *menos*. Os dejasteis la piel por mantenerme con vida. Los tres estuvimos a punto de morir anoche, y eso contra un campeón que no ha tenido veintidós años para aprender a usar sus poderes al dedillo. Si esta noche vamos a por el Carro, perderemos.

Vesper aprieta los labios y se endereza lentamente.

—Por mucho que seas mi aliada, ni se te ocurra ponerme palabras en la boca, Kestrel.

—Yo no te estoy poniendo palabras en la boca.

—No, pero estás intentando tomar decisiones por mí, solo porque supones cómo funcionan mis habilidades. —Niega con la cabeza—. Queda muy poco tiempo. Si queremos tener el menor control sobre quién llega a formar parte de la Cinque, hemos de ir a por el Carro. Esta noche.

Sé que debería dejarlo, pero no lo consigo. Estoy demasiado preocupada por ellos, por mí, por todos nosotros.

—Ahora mismo te estabas apoyando en ese bastón como si fueses a desplomarte si lo soltases. ¿Cómo cojones vamos a ir a por el Carro si cada paso que das te provoca agonía?

Sus oscuros ojos se vuelven pétreos.

—Ya me lo esperaba.

Me siento como si acabase de caer en una trampa. Una trampa que yo veía a la perfección y que aun así he ignorado por completo. Maldita sea. Aunque nos conocemos desde hace pocos días, tengo claro que la pierna de Vesper es un tema delicado y que no quiere compasión alguna. Pero no es eso lo que está pasando. Estoy... Inspiro entre dientes, frustrada.

—Quiero que *vivas*. No quiero que sufras. ¿Por qué va a ser eso malo?

Vesper no suaviza el gesto.

—No quieres que sufra porque mi sufrimiento *te* incomoda. He aguantado el ritmo hasta este momento y esta noche también lo haré.

La culpa que siento es como espinas en mi interior. Puede que tenga razón; no sé dónde están las líneas que no he de cruzar. Protejo a quienes me rodean lo mejor que puedo y, aunque jamás había planeado hacerlo con los demás campeones, no soporto la idea de que Vesper sufra más por precipitado. Cada vez que cierro

los ojos, me da vueltas la cabeza con los recuerdos de anoche, de *todas* las noches que llevamos participando en las Pruebas.

La horrible indefensión de estar oculta en las sombras mientras el Loco husmeaba el aire del pasadizo, aguantando la respiración con la esperanza de sobrevivir.

El momento en que aparecí ante la Muerte y salvé a Cato, la sorpresa y la rabia que asomó a sus ojos hundidos. El estremecimiento de Cato entre mis manos y, luego, su desmayo por haber abusado de sus poderes.

El instante en que Vesper se desplomó, la muerte escrita en el rostro de la campeona del Ermitaño, que alzó el cayado para golpearlo.

La lucha contra el Loco. El puñetazo que le dio Cato. Cuando apartó a Vesper de un empujón como si no pesase nada. Cuando me inmovilizó contra el suelo, provocándome aquel dolor devastador por todo el cuerpo.

Me giro hacia Cato.

—Sabes que tengo razón.

—Ah, ¿ahora se me permite votar? —Su mueca de arrogancia, marca de la casa, vuelve a aparecer, ya sin rastro de preocupación—. Encantador.

—Cato.

—Kestrel —dice imitando a la perfección mi tono exasperado—. Vesper tiene razón. —Como empiezo a protestar, alza una mano—. No tenemos tiempo para jugar al escondite. Solo quedan nueve campeones. No le conviene a nadie alargar las Pruebas más allá de lo necesario, así que esta noche la violencia aumentará drásticamente. De las últimas cinco Pruebas, solo *unas* duraron más de cinco días, y eso fue hace más de cien años.

Tengo suficiente lucidez como para mostrarme profundamente

irritada. Al parecer, todo el mundo se conoce al dedillo la historia de las Pruebas del Tarot. Todo el mundo menos yo.

—Pero...

—Además —me interrumpe—, Vesper no se va a recuperar por arte de magia después de una noche. Conoce su cuerpo mejor que tú. Cada día que prosigan las Pruebas le supondrá una carga añadida, porque no va a poder descansar en condiciones.

Me giro hacia Vesper, que no dice nada. Se limita a colocar ambas manos sobre la gema gigantesca que remata su bastón y a contemplarme. Está de acuerdo con Cato, aunque quién sabe qué pensará de sus palabras.

—Esto no me gusta —digo al fin.

—Tu opinión nos queda clara. —Vesper suspira—. Entiendo que no pretendes menospreciarme, pero esto es una alianza, somos *iguales*. En cuanto ese equilibrio deje de existir, quedará rota.

Cato se cruza de brazos.

—La alianza del Carro ha estado atacando a los campeones que van por libre. Esta noche irán a por el Mago. Será más fácil seguir al Mago que al Carro, y tendremos mayores probabilidades de sorprenderlos a ambos.

Cuatro muertes más. Cuatro estandartes más ondeando sobre las puertas de los templos de los dioses. Una vez que muera el Carro —y quizá el Mago—, nos quedan la Estrella, la Sacerdotisa, la Torre y... la Muerte. ¿A quién de todos ellos podría yo soportar como miembro de la Cinque? A la Torre, evidentemente, pero este no piensa romper su alianza con la Muerte. ¿Quién más prefiero que sobreviva? La Estrella es un monstruo, aunque más hermoso que sus contrapartidas. Y la Sacerdotisa parece cortada por el mismo patrón. No hay respuestas ideales. Odio todo esto. Cuánto lo odio, joder.

Cato y Vesper tienen razón: el Carro ha de ser el primero en

morir.

—Está bien —espeto—. Cuanto antes acabemos con esto, mejor.

Sin embargo, Vesper ya no me está mirando. Ha dirigido su atención al otro lado del patio, por donde se acercan dos personas, ambas con un lenguaje corporal innecesariamente agresivo. Se me encoge el estómago al ver esos tonos púrpuras y negros tan familiares.

—Bastos —susurro.

—Bastos —repite Cato con evidente desagrado—. Y de alto rango.

Veo enseguida a qué se refiere. En los Sedimentos, los Bastos visten los colores de la corte, pero no llevan metal. Estos dos sí: tanto los cinturones como los arneses que portan son de bronce. Los cintos parecen muchísimo más elaborados: dos gruesas bandas que les envuelven el torso. Deben de pesar muchísimo, joder.

—Nonnie, Caballero de Bastos. Beatriz, Paje de Bastos.

Miro de reojo a Vesper.

—No nos dijiste el nombre del Paje de Pentáculos cuando nos llevó a la fiesta ayer. ¿Estos dos son amigos tuyos?

—Por supuesto que no. —Arruga la nariz—. Por más aburrida que sea la Corte de Pentáculos, la prefiero sin dudarlo a la de Bastos.

—Pero eso es solo porque a los Bastos y a los Espadas les gusta ver quién la tiene más larga en cuanto a jurisdicción —dice Cato, y le pasa un brazo por los hombros a Vesper con aire despreocupado—. Habéis tenido más roces con ellos que con los otros.

—Muy osado por tu parte suponer que los Espadas no hayamos tenido roces con todo el mundo. —Vesper pone los ojos en blanco, aunque parece haberse relajado—. Aun así, no te equivocas. Los Bastos son unos dictadores codiciosos que piensan que, dado que

algún idiota les concedió el cargo de policías entre la población cuando se fundó Caelria, así como cierta afinidad con el fuego primordial, tienen la última palabra sobre cualquier asunto sin supervisión alguna. —Resopla por la nariz—. Son tan torpes como peligrosos.

Ahora me toca a mí soltar un resoplido.

—Ya, claro, porque los Espadas jamás han metido la pata en ningún juicio. Que sepáis si os miente alguien no os vuelve infalibles. Ni siquiera os molestáis en celebrar juicios en buena parte de la ciudad.

—Disculpa, Vesper, pero aquí estoy de parte de Kestrel. —Cato le da un apretón a Vesper y baja el brazo—. Los Espadas y los Bastos son dos caras de la misma moneda. Lo que pasa es que tu gente no tiene las manos tan manchadas como ellos.

Vesper abre la boca, pero parece pensarse mejor lo que estaba a punto de decir y acaba encogiéndose de hombros.

—El sistema no es en absoluto perfecto, con independencia de lo que crean los demás miembros de la Corte Menor.

Es la primera vez que oigo a alguien de la Corte Menor reconocer algo así, pero no es que antes de las Pruebas pasara mucho tiempo con ninguno de sus integrantes, ni tampoco de los gremios. En parte, suponía que estaban contentos con la situación actual, porque les beneficia.

—Los Pentáculos enviaron a su paje al evento. Los Bastos envían a su paje y a su caballero. ¿Cómo es que los Copas no enviaron a un miembro de la corte?

—Porque cuentan con el favor de la Estrella. La tienen en el bolsillo, es como si fuera su mascota en la Cinque. —Vesper advierte mi expresión conmovida y niega con la cabeza—. Debes de haberte dado cuenta de que, al igual que mi atuendo refleja mis

lealtades, el de la Estrella también. No es porque pertenezca a la Corte de Copas, sino porque ha sido su aliada desde las últimas Pruebas.

—A mí me sigue pareciendo una necedad. ¿No están demasiado seguros de que sobrevivirá?

—Puede. Y puede que no. La Estrella sabe jugar muy bien, tanto en las Pruebas como en la política. No hay motivo para pensar que no llegará a formar parte de la Cinque por segunda vez.

Siguiendo esta lógica, tanto la Muerte como el Carro deberían llegar también a la Cinque. Y lo mismo se puede decir del Juicio, aunque él murió la primera noche. Y al Carro pretendemos matarlo hoy mismo. Me gustaría tener la seguridad que tienen Cato y Vesper de que lo conseguiremos sin perder la vida en el intento, pero es difícil. Yo solo veo todas las posibilidades de que el plan se tuerza, del mismo modo que se ha torcido todo lo anterior.

Es casi un alivio que el Caballero de Bastos alce las manos y nos haga un gesto para que nos acerquemos. Lleva anillos resplandecientes en ambos pulgares: le Caballero de Bastos, pues.

—Parece que es hora de irse —murmuro.

—Por fin. —Cato nos indica con un ademán que nos adelantemos—. Acabemos con esto.

—Campeones... —Le Caballero de Bastos es de alta estatura, con la piel trigueña, el cabello liso negro y una complexión engañosamente menuda. Sonríe, pero hay algo en las profundidades de sus ojos castaños que me hace pensar que estaría muy feliz en medio de una reyerta. Es tan encantador como parecen serlo todos los representantes de las cortes, aunque no consigue disimular lo poco que nos respeta—. La Corte de Bastos os felicita por haber llegado tan lejos en las Pruebas del Tarot. Por favor, permitid que os mostremos nuestra hospitalidad esta tarde.

Aunque me digo que he de andarme con ojo con los Bastos, también paseo la mirada entre los campeones que quedan. La Estrella y la Sacerdotisa, juntas y vestidas como para ir a un baile en lugar de a una noche de violencia. El Carro, grande y robusto, tan a gusto y con su piel rubicunda aún más colorada bajo el calor del sol. El Mago, con aspecto preocupado, los hombros hundidos y la cabeza gacha. La Muerte, tan imperturbable como siempre, con lo que parece ser el mismo uniforme con el que lo he visto en cada ocasión: negro, negro y más negro, sin el más mínimo adorno.

Y la Torre.

Él tampoco mira a los Bastos, sino a *mí*, con una intensidad en sus ojos ónice con la que no sé lidiar. Hemos tenido unas cuantas conversaciones y, aunque me siento atraída por él y comparto sus planes a largo plazo, eso no cambia que estemos en bandos enfrentados. Quiere que la Muerte llegue a ser parte de la Cinque, y yo, no. Aunque sobrevivamos a las Pruebas, nos adentraremos en unas aguas políticas profundas y peligrosas, por lo que no hay tiempo para romances. Apenas hay tiempo para la lujuria, que de todos modos requiere un nivel de confianza que no tengo con *ninguno* de los campeones, ni siquiera con mis aliados.

Cato suelta un silbido.

—Maldita sea, Luna. No sé si quiere follarte o arrancarte el corazón del pecho con esa enorme espada suya.

—Quizá ambas —murmura Vesper.

No consigo apartar la mirada de la Torre..., de *Nero*.

—Ninguno de los dos me estáis siendo de ayuda.

—Tampoco lo pretendíamos. —Cato suena a que se lo está pasando de miedo, aunque parece ser siempre así excepto cuando se muestra irritado con Vesper o conmigo por llevarle la contraria—. Quizá debas follártelo. Si conseguimos romper su alianza con la

Muerte, a lo mejor logras matarlo. Con la Torre en nuestro bando, tendríamos la victoria garantizada.

Me centro en él.

—Será una broma.

—Por supuesto que no. —Se encoge de hombros, en absoluto arrepentido—. Todos usamos las herramientas que tenemos a nuestra disposición. El sexo no es menos virtuoso que la violencia o la manipulación. Cualquier cosa que nos sirva para ganar es válida. Si ayuda a que sobrevivamos, no pienso ponerte ni una pega al respecto.

Si las circunstancias fueran diferentes, apreciaría bastante esa manera tan práctica de pensar.

—No digo que el sexo no sea una herramienta válida, pero no irás a pensar que la Torre va a traicionar a la Muerte por acostarse *conmigo*. Mató a tres campeones durante la primera noche para asegurar esa alianza, dudo que vaya a romperla así como así.

—Te subestimas. Estoy seguro de que eres lo bastante buena en la cama como para hacerlo cambiar de opinión.

—Tampoco es eso lo que estoy diciendo —balbuceo—. Deja de retorcer mis palabras.

—Es que eres muy mona cuando te ruborizas.

—Estuvo a punto de matarla la primera noche —tercia Vesper—. Pero salió el Sol y la Muerte impidió que eliminaran a la Torre por haberse saltado las reglas. La segunda noche tengo muy claro que nos salvó del Loco antes de ir a por ti. Por no mencionar el modo en que la mira cuando bailan. —Vesper se abanica.

—No me estáis siendo de ayuda —insisto.

—Por supuesto que sí. Soy de gran ayuda.

Le Caballere de Bastos sigue hablando. Jamás me he sentido tan agradecida al ver que un miembro de la corte es incapaz de cerrar el

pico. Señala el puente que hay al sur.

—Os hemos preparado el transporte. Dirigíos a los carruajes, por favor.

—Lo más seguro es que los Bastos nos lleven hasta el estadio. Les encantan las demostraciones exageradas de violencia y no van a dejar pasar la oportunidad de presumir. —Vesper suspira—. Vamos a tener que caminar mucho para estar de regreso en la isla antes del alba.

—Me parece que está muy pensado —dice Cato—. En todos los sentidos.

—Como siempre. —Vesper echa a andar siguiendo a los demás campeones, que ya están saliendo del patio para cruzar el puente hacia el sur, donde aguardan varios carruajes. A diferencia de los que nos trajeron desde el estadio el primer día, estos no están en buenas condiciones ni van tirados por hileras de caballos a juego. Están polvorientos y deteriorados..., jamás he visto nada parecido.

Freno en seco. Veinticinco años de vida en los Sedimentos me insisten en que ponga tanta distancia con esos carruajes como sea posible.

—No pienso subir ahí. Son los que usan para llevarse a los prisioneros.

—Están siendo muy mezquinos. Quieren enviar un mensaje. —Cato me pone una mano en la espalda y me hace seguir adelante a pesar de mis intentos de detenerme—. Que no se den cuenta de que te molesta. Vamos.

No me queda alternativa. Eso está claro. Resulta curioso lo poco que me molestó que me pastoreasen los Pentáculos y los Copas, pero, claro, mi pasado con los Bastos ha sido muy conflictivo. Quizá no con *estos* Bastos en concreto, pero da igual. Prefiero morirme antes que entrar en esos carruajes, por mucho que Vesper y Cato

vayan a mi lado.

Aun así, lo hago. La sensación de estar atrapada aumenta cuando le Caballere de Bastos sube tras nosotros y cierra la puerta. Se sienta junto a Vesper, con una arrogancia tan natural que me pone de los nervios. Muestra demasiada confianza; está clarísimo que disfruta ocupando tanto espacio.

—Qué alegría verte aquí, Vesper.

—Nonnie —dice Vesper con sequedad—. Es asombroso que no te hayas matado en uno de estos eventos que organizas.

—Vamos, vamos, no estropees la sorpresa. —Nonnie nos señala con sus dedos hinchados a Cato y a mí, pero parece centrarse por completo en Vesper—. ¿Sabes una cosa? Cuando vi que te presentabas para ser le campeone de la Rueda de la Fortuna, no me lo creía. No habrías llegado a ser Paje de Espadas si tus padres no fueran el rey y la reina. Imaginé que tendrías suficiente cerebro como para comprender que no ibas a sobrevivir a las Pruebas.

Cato emite un sonidito que me distrae de mi ira. Al mirarlo de reojo, lo veo tan atento a Nonnie que se me pone de punta el vello en la nuca. Imagino que no va a echársele encima. Aunque los campeones estén por encima de la ley durante las Pruebas, hay límites. Por mucho que se considere a los civiles daños colaterales durante nuestras peleas, la Corte Menor jamás permitirá que un campeón le haga daño a uno de sus miembros. Si Cato ataca a Nonnie, lo matarán. La idea me deja fría y temblorosa. Tengo que hacer algo, y rápido.

Le pongo una mano en el muslo con cuidado, más que nada porque es la extremidad que tengo más cerca y porque quiero dejarlo tan conmocionado que se le pase la rabia. Cato da un respingo y me mira. Luego mira mi mano sobre su piel desnuda y, acto seguido, vuelve a mirarme a mí. Su sorpresa es idéntica a la

mía. Apenas puedo creer que lo haya tocado así. El gesto es de una intimidad que no estoy segura de haber pretendido..., pero tampoco me parece fatal.

Siento calor en la piel, por lo que aparto de golpe la mano. Aun así, he conseguido lo que pretendía. La expresión de Cato ahora es burlona, no asesina.

—¿Y qué nos dices de ti, Caballere de Bastos? ¿Cómo conseguiste *tú* el puesto que ocupas? Porque, que yo sepa, sois todos unos hijos de puta que operáis de la misma manera. ¿No era el rey tu tía o algo parecido?

Nonnie se crispa y sus ojos destellan, pero mantiene la vista centrada en Vesper.

—Así que ahora te juntas con esta calaña, ¿eh, Vessie? ¿No has conseguido una alianza legítima? —Le da con la pierna en la férula—. ¿Qué tal va tu vieja herida? Me ha parecido que cojeabas..., más de lo normal, quiero decir.

«Valiente hijo de perra».

Vesper suelta un suspiro de aburrimiento.

—Nonnie, tú como siempre, lo que les falta a tus insultos de creatividad lo compensas con abundancia.

Nonnie parpadea.

—Típico de Espadas, hablar con circunloquios en lugar de abordar sinceramente los temas.

Esto es demasiado. No consigo evitar que se me escape una risa amarga.

—Un Basto hablando de sinceridad..., será una broma. Tu gente es más corrupta que todas las cortes juntas. —No sé si me creo esa última parte, pero siento un odio muy profundo hacia los Bastos. El daño que hacen las demás cortes es más teórico que otra cosa. Sé que todas ponen su propio beneficio por encima de la seguridad y

salud del resto de la ciudad, pero con los Bastos lo he visto de primera mano—. ¿Has atacado a algún niño hoy o estás esperando a dejarnos para alcanzar el cupo?

Nonnie se gira lentamente hacia mí. Me recorre de arriba abajo de un vistazo, calculando mi valor como ser humano, que desprecia de inmediato.

—Yo a ti te conozco —dice al fin—. Eres la campeona de los Sedimentos.

—Jamás nos hemos cruzado tú y yo.

—Lo sé —dice restándole importancia con un ademán—, pero he oído hablar de ti. Este torneo te viene grande, niña. Quédate ahí sentada y calladita. —Señala a Vesper y a sí mismo—. Hay adultos hablando.

Me arde la piel; mi rabia crece de un modo que a buen seguro me va a meter en problemas. Abro la boca, pero Cato se me adelanta y habla con esa arrogancia indolente que tanto me cabreó el día que nos conocimos.

—Ya sé de qué vas: ladras mucho y muerdes poco. Te crees superior y lo que haces es abusar de la Rueda de la Fortuna, aquí presente. Qué patético todo.

—Si surge la oportunidad, ya verás si muerdo —dice Nonnie con una mueca de desdén—. Lástima que ninguno de vosotros valgáis el esfuerzo, teniendo en cuenta que todos habréis muerto antes del alba.

—¿Es una amenaza, querida Nonnie? —Vesper tiene una expresión que no le he visto antes. Es francamente cruel—. Yo en tu lugar me preocuparía más por la posibilidad de que tu hermana te apuñale mientras duermes para ocupar tu puesto. —Nos lanza a Cato y a mí una mirada de compasión fingida—. Veréis, los Bastos tienen un nivel de rotación laboral muy *alto* dentro de la corte.

—Vesper, siempre tan zorre.

—Mira quién fue a hablar —replica Vesper sin perder comba. Echa un vistazo por la ventana—. Anda, ya hemos llegado, por fin puede acabar esta tortura de conversación.

Nonnie prácticamente se baja de un salto del carruaje, con una ira tan patente que juraría que las hojas se pudren a su paso. Carraspeo.

—Qué agradable.

Cato suelta una risa en forma de ladrido.

—Y tanto, tan agradable como cualquier monstruo de las tierras salvajes. Al menos no tiene voto dentro de los Bastos. Una vez que formemos parte de la Cinque, no volveremos a tener que tratar con Nonnie.

—Qué bonito sería si fuera cierto. —Vesper suelta un suspiro y estira la pierna izquierda—. En realidad, Nonnie es preferible a los demás. Por más que su conversación sea una pesadilla, no se le da nada bien mentir. Vamos. —Sale del carruaje con paso firme y la espalda bien erguida.

—Kestrel. —Cato me detiene poniéndome una mano en el brazo—. Gracias.

Maldita sea, me estoy sonrojando de nuevo. Es notable lo fácil que le resulta a Cato ruborizarme, solo necesita unas cuantas palabras.

—Es que no quiero que mueras.

—Ajá. Estoy seguro de que eso es *justo* lo que estabas pensando al ponerme una mano en el muslo.

Me zafo de él de un tirón sin que proteste.

—Lo que estaba pensando es que, si atacabas a le caballere, te ejecutarían. Necesitamos que sigas con vida para acabar con el Carro, nada más. Me interesa mucho llegar con vida al final de las

Pruebas. —Dicho lo cual, huyo del carruaje.
La risa y las palabras de Cato me siguen:
—Como todos, Luna. Como todos.

No debe olvidarse la cautela con que hay que tratar a la Muerte, tanto como concepto como cuando uno de sus campeones llega a formar parte de la Cinque. No existen muchas formas de sacarle ventaja a quien tiene un vínculo tan fuerte con el final de la vida.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



23

Hace solo un par de días estaba cruzando estas mismas puertas con Mouse a mi lado. Los nervios me estaban dando náuseas y me preocupaban todos los escenarios que pudieran tener lugar durante la Criba. Volver ahora junto con los nueve campeones supervivientes se me antoja extraño. Se supone que hemos venido a que celebren una fiesta en nuestro honor, pero resulta difícil centrarse en eso al entrar en el estadio propiamente dicho y ver las gradas llenas hasta los topes de gente vestida de púrpura y negro. Aquí hay más Bastos de los que jamás he visto juntos en un único lugar.

Se me paralizan las piernas y mi columna se vuelve de piedra. Una vez más es la mano de Cato en mi espalda lo que me ayuda a avanzar, aunque sea con pasos pesados, por las escaleras hasta la grada más cercana a la arena. Estamos tan cerca que siento cómo al reflejarse en ella se intensifica el calor del sol que brilla por el techo abierto.

Hay mesas dispuestas para nosotros, todas tan cargadas de comida que el enorme derroche me distrae un instante. Hago un esfuerzo por volver a mirar a la multitud. Los Copas y los Pentáculos

permitieron que asistieran a sus eventos numerosos miembros de los gremios, pero no es el caso de los Bastos. Si hay gente por aquí que lleve otros colores aparte de esa abrumadora cantidad de tonos púrpura y negro es muy poca como para distinguirla.

—Esto no me gusta —murmuro.

—Esto no le gusta a nadie —espeta Cato. Su postura ya no me parece relajada. Mira en derredor, como si esperase un ataque en cualquier momento.

Deberíamos estar a salvo. Aún quedan horas hasta el ocaso y los miles de Bastos presentes no deberían ser fuente de preocupación. Aunque en los Sedimentos los Bastos sean depredadores naturales, ahora mismo soy una campeona. Estoy lo más cerca de ser intocable que se puede ser en Caelria, al menos sin pertenecer a ninguna familia noble de la Corte Menor.

Los otros campeones están tomando asiento en las tres mesas dispuestas. El Mago se dirige a la mesa con la Muerte y la Torre. El Carro se une a sus aliadas, la Sacerdotisa y la Estrella. Vesper y Cato se acercan a la tercera mesa, dejándome el sitio central. Y ya está. No hay nadie más. Somos los que quedan. Si las luchas de esta noche son lo bastante agresivas, las Pruebas quizá hayan acabado por la mañana. Habría que dividir por la mitad nuestro número, pero desde que empezaron las Pruebas al menos cuatro campeones han muerto cada noche. Definitivamente, es posible. Incluso probable.

Si bien yo no puedo controlar quién llega a la Cinco, si vamos a por el Carro y los demás campeones luchan por los puestos restantes... Me estremezco. Esto no me gusta.

Cato se inclina hacia mí cuando me hundo en la silla.

—El único modo de tener una oportunidad de vencer al Carro es luchar con él en un recinto estrecho para que no pueda aumentar su inercia.

—Esto va a ser muy difícil, sobre todo si el Mago hace alguna necedad como echar a correr en medio de la calle. —Vesper tamborilea con los dedos sobre la mesa—. Aunque ha sobrevivido todo este tiempo, quizá haya comprendido lo mismo que nosotros e intente alguna maniobra astuta. Podríamos tratar de que cometa algún error parecido.

—Si descubriese nuestra intención, también podría hacer lo contrario de lo que queremos. —Alargo la mano hacia el vaso que tengo delante, pero Vesper me agarra de la muñeca. Miro en su dirección—. ¿Qué pasa?

—No confíes en nada de lo que te den los Bastos.

Parpadeo. Evidentemente, ya sabía que tenía que andarme con ojo con los demás campeones —o al menos con la Estrella—, pero por más que odie a los Bastos en el fondo creía que envenenar a alguien es una línea que no se atreverían a cruzar. Qué ingenua y necia he sido. Los Copas nos encerraron en una torre para aumentar las probabilidades de que todo acabase en una matanza. No puedo demostrar que los Pentáculos hayan prendido fuego a *su* edificio, pero tampoco que no lo hayan hecho. Por supuesto que los Bastos nos han preparado alguna maldad.

—Si sobrevivimos a esta noche y las Pruebas continúan, ¿qué nos tiene preparado la Corte de Espadas?

—Lo descubriremos a la vez. —Vesper me suelta lentamente la muñeca—. Que yo sepa, cada vez que se celebran las Pruebas, las cortes negocian para ver quién es el primero que organiza un evento para los campeones. Quieren tener la oportunidad de entretener a los campeones de los dioses, aunque la mayoría de ellos no vayan a llegar a la Cinque. Contamos con nuestra propia magia y nuestros propios dioses, pero tememos el poder y la valía de los arcanos mayores.

—O sea, que esta vez los Espadas han perdido. —Cato resopla y aparta nuestras copas—. No puede decirse que dé buena impresión, ¿verdad?

—Al contrario —dice Vesper con la mirada perdida—. Mi madre se ofreció a ocupar el puesto menos codiciado. Eligió con toda intención organizar el último evento que celebra la Corte Menor para los campeones.

Me muerdo el labio inferior, intentando entender su estrategia. Sentí cierto asombro con la fiesta de los Copas, aunque sus excesos me dieron náuseas. Con el transcurso de los eventos, ese asombro ha ido disminuyendo. Lo que ha aumentado ha sido el agotamiento. Los tres tenemos heridas que no se han curado del todo, y seguro que los demás campeones también. No estamos en las mejores condiciones y difícilmente vamos a poder apreciar un espectáculo ostentoso más. Si sobrevivimos a esta noche, lo último que quiero es ponerme otra prenda que deje poco a la imaginación y desfilas con ella por la Corte de Espadas.

Cato se inclina en la mesa y entrecierra los ojos.

—¿A qué está jugando la Reina de Espadas?

—Pues tendrás que preguntárselo tú cuando la veas. —Vesper se encoge de hombros, aunque con aire tenso—. La reina jamás aborda directamente un problema si puede esquivarlo. Los Espadas han tenido pocos aliados entre los últimos miembros de la Cinque y mi madre pretende cambiar eso.

Le tengo mucho más que cariño a Vesper, pero eso no significa que quiera la atención del Rey y la Reina de Espadas.

—¿Somos un problema que hay que resolver?

Los dos me miran perplejos.

—Piensa, Kestrel. —Cato me da un golpecito con el dedo en la frente—. Los miembros de la Cinque representan cinco votos dentro

del Concilium. Rara vez se alinean los intereses de las facciones caelrianas, pues la Corte Menor suele estar en el lado opuesto al de los gremios. En esa ecuación son los gremios los que pierden, porque solo tienen cinco votos frente a los ocho de la Corte Menor. Asegurarse los votos de la Cinque le garantiza a la Corte Menor hacer lo que quiera. Por otro lado, si nos marginan, se arriesgan a que nos unamos a los gremios y acabemos con sus planes.

Vesper enarca las cejas.

—No solo eres guapo, también eres listo.

—Sí, ya te lo había dicho. Lo que pasa es que presto atención. — Se reclina en el asiento—. He estado en suficientes sesiones de voto junto con el Carro como para comprender cómo funciona el sistema. Siempre vota lo mismo que los maestros gremiales del Diamante y del Granate porque le han proporcionado parte del territorio fronterizo que hay entre ellos, y además prefieren mirar para otro lado cuando el Carro aterroriza a la gente que vive allí.

Lo que dice tiene sentido, pero...

—Y, entonces, ¿por qué no nos agasajan los maestros gremiales? —Se juegan más que la Corte Menor, al menos cuando se trata de votar.

Vesper se encoge de hombros.

—Eso sucedería si las Pruebas se alargasen más allá del evento de mañana de los Espadas, aunque no tendrán la oportunidad de llevarnos a cada territorio, porque algo así dificultaría que regresásemos a la isla de los campeones antes de la sexta campana. Los equipos volverán a rotar por los territorios de la Corte Menor, pero esta vez con todos los gremios y cortes presentes.

Suena como una pesadilla. Por malo que sea que te acechen en la oscuridad, las fiestas lo empeoran todo mucho más. Nadie dice qué es lo que significan. Los mismos que me quieren matar me

sonríen a la cara y me hablan con amabilidad. Estoy harta de esta puta falta de sinceridad tan innecesaria, pero supongo que así es la vida en la colina. A quien no tiene que luchar para sobrevivir cada hora de cada día le queda mucho tiempo para gilipolleces.

Un murmullo se extiende entre las gradas por encima de nosotros, pasando de mesa en mesa hasta convertirse en un rugido. Yo me tenso, lista para huir, pero no se trata de ningún ataque, al menos en el sentido tradicional de la palabra.

Dos mujeres bajan lentamente por la escalera por la que hemos venido. Una parece igual de alta que la Torre y tiene pinta de poder levantar por encima de la cabeza sin el menor esfuerzo a cualquiera de los caballos que han tirado de nuestros carruajes. Su piel canela es tersa, exceptuando algunas arrugas en torno a su boca y ojos. Lleva un cinto de bronce tan ancho que le cubre la cintura entera y parece tener una escena tallada en la parte delantera, aunque desde esta distancia no consigo apreciar los detalles.

La mujer que va a su lado es mayor, o eso creo, porque resulta difícil adivinar la edad de los nobles de la Corte Menor. También está más delgada y no hay ni rastro de canas en su larga cabellera negra. Aunque Vesper no hubiera dicho que el rey es la tía de le Caballere de Espadas, me habría fijado en el gran parecido que tienen: la misma piel trigueña, la misma complexión menuda, los mismos ojos negros.

—La más alta es Alma, que ocupa el puesto de Reina de Bastos —me informa Vesper en tono quedo—. La más baja es Dahlia, que ocupa el puesto de Rey de Bastos, y es la tía de Nonnie. No se puede confiar en ninguna de ellas.

—No creo que fuésemos a confiar de ningún modo. —Cato suelta una risita—. Son *Bastos*.

—Aun así, vale la pena repetirlo: no confiéis en ellas.

—Tomo nota de tu advertencia.

Cuesta creer que Cato sea el que parece más tranquilo ahora mismo. Está tenso, pero no tiembla de inquietud, como Vesper y yo. No comprendo a este hombre. A veces se muestra veleidoso, como si no le importase una mierda nada ni nadie; otras veces es tan intenso que me da miedo que me abrase.

Cuando el rey y la reina llegan a nuestra grada, se aproximan a las tres mesas. De cerca, me sigue resultando difícil calcular la edad que tienen. Parecen mayores de lo que pensaba, pero no tanto para que los años los hayan desprovisto de su fuerza y porte, como sí ha sucedido con Mouse.

—Bienvenidos, campeones. Es un honor contar con vuestra presencia en nuestra humilde corte. —Mientras el rey habla, vuelvo a pensar cuántos años tendrá. En su voz hay cierto temblor que suele ser propio de los ancianos, pero no encaja con su aspecto. Esboza una sonrisa serena... hasta que sus ojos castaños reparan en nuestra mesa. Entonces su mirada se vuelve severa..., casi de odio.

La reina se mueve pidiendo la atención de todo el mundo.

—Hemos preparado una tarde entera repleta de entretenimientos para todos nosotros, pero, antes de empezar, la Corte de Bastos desea aprovechar esta oportunidad para que nos conozcamos mejor. Aunque ya nos hemos encontrado con algunos de vosotros en el pasado, hay otros que nos siguen resultando un misterio. Por favor, permitidnos indagar un poco en vuestra vida.

Ya, ni que tuviéramos alternativa. Nos han obligado a tomar parte en fiestas con los Copas y los Pentáculos. Los miembros de la corte y de los gremios, así como los propios campeones, conversaron bastante durante esos eventos. ¿En qué va a ser diferente, aparte del hecho de que el rey y la reina han hecho acto de presencia?

Al parecer, me voy a enterar pronto, porque el rey se acerca a nuestra mesa. La reina, por su parte, se dirige a la mesa donde está la Muerte. Le Caballere de Bastos aparece de donde quiera que se haya escondido y se sienta junto a la Estrella. No veo al paje por ninguna parte, lo cual debería resultar tranquilizador. Sin embargo, una sensación de cautela me hormiguea bajo la piel. Todo esto es muy *extraño*. Me parece que algo va rematadamente mal.

El rey se lleva sus regordetes dedos a los labios.

—Vosotros, queridos míos, sois un problema.

Vesper, a mi lado, parece haber dejado de respirar. Cato, por su parte, suelta una carcajada. No sé si pretende atraer la atención del rey, como si fuera ese el modo con el que lidia con cualquier ataque sorpresa. Tampoco me da la oportunidad de reaccionar, pues se inclina hacia delante y apoya ambos codos en la mesa.

—No es la primera vez que oímos algo así.

—Espada, pero no cualquier Espada. Le *Paje* de Espadas. —Chasquea la lengua—. Te has extralimitado. Si tu madre se entera de este plan tuyo, habrá consecuencias. Todo esto es muy irregular.

—Tendréis que hablar con la Reina de Espadas para descubrir qué es lo que sabe —dice Vesper en tono tenso—. Yo tomo mis propias decisiones.

Sin embargo, el rey ya no le hace caso y posa su mirada, aparentemente distraída, en mí.

—Los Cinco provenientes de los Sedimentos han sido siempre fuente constante de problemas. Que te presentes aquí con el mismo título que esa mujer de los Sedimentos que fue ejecutada por traición... Has elegido muy mal, chica.

Hay algo curiosamente reconfortante en nombrar las cosas por su nombre. Aunque los Bastos sean unos cabrones, su aparente negativa a prestarse a juegos de palabras los coloca en lo alto de la

jerarquía. Por más cuidadosos que hayan sido los Copas y los Pentáculos conmigo, *esta* es la verdad. Soy de los Sedimentos y, como tal, siempre me considerarán por debajo de ellos, al igual que a mi madre.

—La Muerte es de los Sedimentos.

El rey asiente.

—Y no yerro al afirmar que ha sido una auténtica espinita clavada desde que llegó a la Cinque. Yo albergaba la esperanza de que uno de los jóvenes acabase con él, pero, a medida que avanzan las Pruebas, parece cada vez menos probable. Aun así, no voy a volver a permitir que entre en la Cinque ninguno de los vuestros. Otra vez no.

Cato se vuelve a reír, ahora con más fuerza.

—Lástima que no tengáis ni voz ni voto a la hora de decidir quién llega a la Cinque. Si queráis decidir, deberíais haberos presentado para participar en las Pruebas, anciana.

El rey centra su atención en Cato.

—¿Te crees muy especial? Eres igual que la mayoría de los campeones. Naciste de la nada y estás resuelto a abrirte paso hasta alcanzar el poco poder disponible. No eres único, Sol.

Espero que Cato reaccione irritándose, pero en sus ojos aparece una luz salvaje que me preocupa.

—Esta conversación ha sido maravillosa, pero, tal y como ya he dicho, no tenéis ni voz ni voto a la hora de decidir quién llega a la Cinque. Estáis malgastando el tiempo.

El rey se limita a esbozar una sonrisa tan fría que tengo que esforzarme para no encogerme.

—Ah, la necedad de la juventud... Te crees intocable. Por mucho que eso sea cierto en el sentido más literal, porque sería un gran sacrilegio hacer daño a cualquiera de los campeones durante las

Pruebas, ninguno de vosotros vive aislado. Me pregunto si esa protección con que contáis se extenderá también a vuestros seres queridos. —Ladea la cabeza fingiendo pensárselo—. Supongo que habrá que verlo.

Es una amenaza de lo más efectiva. Los tres nos quedamos inmóviles, respirando cada vez con más tensión. Como defensores de la ley, los Bastos están por todas partes en Caelria, desde los Sedimentos hasta lo más alto de la colina, por lo que no hay que subestimar su alcance.

A mí se me encoge el estómago. El rey va de farol, tiene que ir de farol. Mouse es demasiado listo como para que lo atrapen los Bastos, y Pika y Quoll han aprendido todo lo que saben de mí. Los pequeños son demasiado jóvenes como para hacer nada más que mendigar por las esquinas, y aun así nos esforzamos mucho para que no tengan que hacerlo. Y Mara los vigila a todos. No hay motivo alguno para pensar que los Bastos vayan a tener la oportunidad de tocar a mi familia. No hay motivo alguno para pensar que van a encontrarlos siquiera.

Cómo no, es Vesper quien rompe este largo silencio.

—Ha sido un placer, Dahlia. En serio, los Bastos sabéis cómo demostrar hospitalidad. Sin embargo, creo que hemos terminado. — Se pone lentamente en pie—. Voy a retocarme el maquillaje.

Dahlia también se levanta.

—Si sobrevives a esta noche, saluda a tu madre de mi parte. — Se gira y se acerca a la Reina de Bastos moviéndose despreocupada y delicadamente, como si no acabase de amenazarnos.

—Vaya zorra —murmura Vesper. Se gira y se aleja, siguiendo la curva de nuestra grada hacia la puerta. Parece saber adónde va, pero, claro, Vesper siempre lo sabe. Sin duda, ha memorizado hasta el último recodo y grieta de este estadio.

—Eso ha sido muy retorcido —dice Cato en tono suave mientras observamos a Vesper atravesar la puerta—. Y efectivo. Todos tenemos seres queridos, y los Bastos son tan numerosos como ratas en esta puta ciudad.

No está diciendo nada que no haya pensado yo ya, pero... me estremezco.

—Mi gente y yo llevamos la vida entera esquivando a los Bastos. Los Sedimentos abarcan toda la longitud de la muralla. No hay motivo alguno para pensar que el rey vaya a saber dónde localizar a mi familia. Ha sido un farol. —Eso espero. De verdad, eso espero.

«¿Y si saben que soy pariente de la última Luna?». No me ha parecido que su comentario fuese en esa dirección, pero no soy tan buena como Vesper a la hora de descifrar lo que dice la gente. Dijo que los Bastos rotan mucho por los puestos más elevados, pero el rey claramente es lo bastante mayor como para haber presenciado las últimas Pruebas. Yo no he cometido traición, no he hecho nada que pueda llevar a nadie a acusarme de haberme vuelto loca por culpa de mi diosa, pero ¿qué pasaría si los Bastos anunciaran a toda la ciudad que soy la hija de una traidora? Me hormiguea la piel. Cato y Vesper me descartarían como aliada, no les quedaría *otra*. Y los demás campeones se centrarían en eliminarme tan deprisa como fuera posible. Nadie querrá arriesgarse a que otra Luna loca entre en la Cinque..., ni siquiera la Muerte, quizá muchísimo menos la Muerte. Debe de estar ganando tiempo... Oigo mis latidos entre cada uno de mis pensamientos desbocados, cada vez más rápidos a causa de mi creciente pánico. Al margen de lo poderosa que sea mi magia de sigilo, no soy infalible.

—Mi madre es intocable, teniendo en cuenta que no pertenece a la Corte Menor ni a un gremio. —Cato me transmite este dato con vacilación, sacándome de mis pensamientos.

—¿Qué? —A pesar del sudor que me corre por la columna, consigo sonar casi normal.

—Los Bastos no pueden tocarla. El Carro está tan paranoico que ha llegado al extremo de encerrar a todas sus concubinas mientras duren las Pruebas. Nadie puede verlas siquiera hasta que todo esto acabe. Mi madre está a salvo, tiene que estarlo.

Ya había oído el rumor de las concubinas del Carro, pero su territorio está en el otro extremo de donde vivo en los Sedimentos. Jamás he tenido que preocuparme de que su gente rapte a alguna de mis conocidas en plena calle porque a él le parezca hermosa. Ya me di cuenta de que Vesper chinchaba a Cato justo con eso el primer día en el carruaje. Luego me percaté de su insistencia con que el Carro debe morir, aunque no había pensado en lo que implicaba. Su madre no eligió ese destino, y él tampoco. Ahora que he conocido al Carro, me sorprende que haya dejado vivir a Cato después de raptar a su madre en plena calle.

—Por eso quieres matarlo. —Para proteger a su madre.

—Ha hecho daño a mucha gente. —No me mira a los ojos—. A mucha gente, Kestrel. No voy a fingir que tengo el impulso altruista de proteger a todo el mundo, pero es que estamos hablando de mi *familia*. Ha sido un gran riesgo entrar en las Pruebas sin contárselo. Si el Carro sobrevive, matará a mi madre y a todos mis seres queridos.

Por supuesto que Cato tiene seres queridos, no sé por qué no se me había ocurrido antes. *Todos* tenemos seres queridos. Es que no esperaba que sus motivos para eliminar al Carro fuesen idénticos a los que tengo yo para eliminar a la Muerte. Su madre sigue viva. Por mucho que yo ansíe desesperadamente encontrar respuestas sobre la muerte de mi madre, ella ha muerto. Las respuestas que halle no le devolverán la vida.

—Lo siento. No lo sabía.

—Ni se te ocurra. —Niega rápidamente con la cabeza, de pronto sin rastro de vulnerabilidad—. No necesito tu puta compasión, ni tampoco quiero despertarte lástima.

Es casi lo mismo que me dijo Vesper. Desde luego, es lo mismo que *yo* he sentido cuando otra gente ha tenido ideas preconcebidas sobre mí debido al lugar del que provengo.

—No me inspiras lástima. —Trago saliva para reprimir otra disculpa, pues no servirá sino para cabrear más a Cato—. Esta noche mataremos al Carro. No volverá a tener otra oportunidad de hacerle daño a tu madre. Y, cuando todo esto acabe, si quieres que te ayude a destruir hasta el último pedazo de esta farsa de corte, estaré encantada de echarle una mano.

—Claro que sí, Kestrel. Me encantaría que me echaras una mano. —Su leve sonrisa desaparece de repente—. Tenemos un problema.

Sigo su mirada y veo que Nonnie cruza la misma puerta por la que ha pasado Vesper hace poco. No tiene motivo alguno para seguir a Vesper..., a no ser que quiera hacerle daño. Me pongo en pie.

—Yo me encargo.

—Kestrel —me agarra del brazo—, no puedes hacerle daño a ningún miembro de la Corte de Bastos. Te pondrás en peligro tanto a ti misma como a Vesper. Hagas lo que hagas, no ataques.

Me zafo de un tirón y echo a andar a toda prisa, pasando junto a las otras dos mesas. En pocos segundos llego a la puerta, que da a un pasillo tenuemente iluminado de techo bajo. Oigo pasos en la lejanía y sigo el sonido en silencio.

Al acercarme a un recodo, oigo las voces de Vesper y Nonnie. Haciendo lo que ya he visto que es una de las típicas gilipolleces de la Corte Menor, ambos hablan con tono neutro, como si mantuviesen

una conversación normal, pero sus palabras son inherentemente violentas.

—Deberías haber muerto la primera noche —dice Nonnie con despreocupación, como quien habla del clima—. Lo único que te ha mantenido con vida es ser representante de la Rueda de la Fortuna. Sin embargo, su suerte no durará eternamente.

—Nonnie, de verdad que no soporto más esas amenazas inofensivas. Deja de malgastar mi tiempo y quítate de en medio.

Nonnie suelta una suave risa.

—Así que crees que son inofensivas, ¿eh?

Se oye un forcejeo. Un grito de dolor, que se ve sofocado enseguida.

«No».

Me pongo en marcha al instante y giro el recodo a tiempo de ver a Nonnie inclinado sobre Vesper, que ha caído al suelo. Le Caballero de Bastos le está pisando la pierna de la férula. Al tiempo que me abalanzo sobre ellos, Nonnie apoya todo su peso sobre ese pie y muestra una expresión entusiasta al ver que Vesper no puede contener otro gemido de dolor.

—¡Basta! —Arremeto contra Nonnie, que retrocede varios pasos hasta chocar contra la pared. Es bastante más grande que yo, aunque de complexión delgada, pero tiene de su parte tanto su entrenamiento como una buena alimentación. Me agarra de los antebrazos y aprieta. *Duele*.

Sin embargo, no es la primera vez que me enfrento al dolor, no va a conseguir disuadirme. Le doy un empujón, haciendo que vuelva a estrellarse contra la pared.

—Ni se te ocurra... tocar... a Vesper.

La expresión de sorpresa de Nonnie desaparece, para dar paso a una mueca burlona.

—Mira, Vesper, tu mascota ha venido corriendo a salvarte, tal y como le has enseñado. ¿Sabe que no es más que un puñal en tu mano, que vas a utilizarla y desecharla cuando ya no te sirva?

A mi pesar, sus palabras se cuelan en mi cerebro, me calan hondo, despertando las sospechas que no me había atrevido a considerar. Da igual que Vesper me esté utilizando; yo estoy haciendo lo mismo. Aun así, esa lógica no disminuye el efecto de las palabras de Nonnie.

—Cállate.

No me doy cuenta de que no estamos a solas hasta que un brazo delgado me rodea el pecho y me aparta de un brusco tirón de le Caballere de Bastos. Intento volver a abalanzarme sobre él, pero es como luchar contra una marea. No consigo ni moverme.

—Ya está bien. —La seca voz de la Muerte nos petrifica. Sin vacilación alguna, el campeón prosigue—: Tu tía te está buscando, Nonnie.

Nonnie palidece tanto que su rostro se pone verdoso. Se desliza junto al muro con la mirada fija en algún punto por encima de mi cabeza, justo donde debe de estar la Muerte clavándole la mirada.

—No vayas a pensar que tú estás a salvo —espeta Nonnie, aunque es una amenaza muy poco creíble. Gira en redondo y se aleja en cuanto está fuera del alcance de la Muerte.

La Muerte se gira hacia Vesper.

—¿Necesitas ayuda?

—No, gracias. —Vesper se pone en pie con gran esfuerzo. Me fijo en que se encoge en cuanto apoya el peso en el pie izquierdo. Nonnie le ha hecho daño, maldita sea. Vesper inspira hondo—. Haz el favor de soltar a mi aliada, Muerte. Aún no se ha puesto el sol.

—La Luna y yo tenemos que hablar. —Dado que Vesper no se mueve, la Muerte suspira—. No voy a hacerle daño, Rueda. Tienes

mi palabra.

«No te vayas».

Me trago esas palabras. Puede que esta sea mi única oportunidad de hablar con la Muerte antes de que acaben las Pruebas. Cada vez que lo busco, desaparece. Me da igual lo que digan Vesper y Cato, no puedo aceptar que forme parte de la Cinque. Quizá al final no me quede alternativa, pero no pienso proponerle ninguna alianza. Sabe cosas que yo desconozco y, ahora mismo, por el motivo que sea, quiere hablar conmigo. No voy a dejar pasar esta oportunidad.

Vesper me hace una pregunta muda y asiento bruscamente. Aún tarda unos segundos en desaparecer por el recodo. La Muerte espera unos largos instantes hasta que sus pisadas se desvanecen. Es entonces cuando me suelta.

Me cuesta bastante controlar mi corazón desbocado y pensar. Necesito ganar tiempo, estudiarlo. El agotamiento que aqueja a los demás campeones a esas alturas de las Pruebas a él no parece afectarle; tiene el mismo aspecto que durante la Criba. De hecho, puede que lleve la misma armadura que cuando subió al escenario. O bien a quienquiera que sea su clérigo o clériga le da igual la moda, o bien él se niega a seguirla. Su cadavérico rostro sume sus ojos en sombras, por lo que tengo que hacer acopio de toda mi fuerza de voluntad para no apartar la vista.

—Si quieres volver a intercambiar preguntas, más vale que sea más de una. No quiero que perdamos el tiempo. —Mi tono es pura bravuconería. No puedo obligarlo a responderme; me lo ha dejado ya más que claro.

—No me interesa andarme con jueguecitos. —En este interior tan reducido, parece mucho más alto, más espectro que humano—. Tienes que dejar de ser tan imprudente.

Si hubiese tenido que adivinar el motivo por el que quería hablar conmigo, jamás se me habría ocurrido que fuera *este*. Sueno... preocupado. Parpadeo.

—¿De qué hablas?

—Sabes bien de lo que hablo. —Entrecierra sus oscuros ojos—. Atacar a le Caballero de Bastos habría sido una maniobra estúpida esta noche, y mucho más en mitad de las Pruebas. Ejecutaron a tu madre por traición. ¿Tantas ganas tienes de unirte a ella en la otra vida?

—*Tú* ejecutaste a mi madre. Quiero saber por qué. Y quiero que me digas el motivo *real*, no las gilipolleces que contó la Corte Menor tras su muerte.

Él se estremece, tan levemente que se me habría escapado de no estar centrando toda mi atención en él.

—Sí —dice al fin—. La maté. Pero fue porque no me quedaba alternativa. En cuanto entré en las Pruebas, mi vida dejó de pertenecerme, al igual que le sucedió a ella. Ella tomó sus decisiones y nosotros tuvimos que lidiar con las consecuencias.

Lógicamente, cuando dice «nosotros» debe de referirse a la Cinque, el grupo de aliados que ganaron las Pruebas y ocuparon puestos de poder. Sin embargo, me da la sensación de que se refiere a *él* y a *mí*.

—Atacar a un miembro de la Corte Menor no es cometer traición. —Al menos, estoy bastante segura de que no lo es.

—Sea traición o no, las consecuencias son las mismas. —Tuerce sus finos labios—. Das muestras de ser inteligente, así que empieza a comportarte como tal. A los Bastos les interesa mucho asegurarse de que en la nueva Cinque no intentarán cambiar el orden establecido en Caelria. Los Espadas son sus enemigos naturales, desde los inicios de la ciudad, y los Sedimentos son su patio de

juegos, donde pueden operar sin mucha supervisión y poner en práctica métodos que luego usan contra el resto de la población. A los demás también se nos ha de doblegar.

Me estremezco. No está diciendo nada que yo no sepa ya, tanto por experiencia como por mis conversaciones con Vesper y Cato. Aun así, no sé por qué *me* lo cuenta.

—No pueden matar a una campeona durante las Pruebas. Ellos mismos serían ejecutados.

—Tienes razón. —No parpadea—. Pero hay otros modos de imponer su dominio sin tener que matarte. Y, si eres *tú* quien ataca primero, acabar con tu vida estará más que justificado.

Me vuelve a hormigear la piel, como ya ha pasado con la llegada del rey y la reina al estadio. Es una advertencia. No entiendo por qué proviene de la Muerte, pero no soy tan necia como para ignorarla.

—Crees que intentarán ejecutarme por haberle dado un empujón a le Caballere de Bastos.

—Eso no ha sido más que un roce, pero no hay testigos que puedan dar fe de cualquier versión exagerada que cuente Nonnie, así que las demás cortes no permitirían ninguna reacción extrema, y los Bastos lo saben. —Niega con la cabeza—. No, lo que harán será intentar provocarte, a ti y a todos nosotros, esta tarde. Una y otra vez. No se lo permitas.

—¿Por qué me cuentas esto? Soy tu rival en las Pruebas. Mataste a mi madre. ¿Acaso no te interesa que muera?

—No, Kestrel, no me interesa que mueras. —De pronto no parece dar ningún miedo. Se lo ve *agotado*, un hombre que ha perdido toda esperanza—. Ya le fallé en su día a tu madre. No pienso volver a fallarle permitiendo que mueras.

De repente no puedo respirar. El modo en el que habla me indica

que hay algo más profundo de lo que pensaba. Como si mi madre y la Muerte no fueran solo supervivientes de las Pruebas que hubieran establecido una alianza beneficiosa para ambos. Como si mi madre no hubiese sido una aliada a la que la Muerte dio la espalda voluntariamente. Como si mi madre le *importase* de verdad. Retrocedo un paso.

—¿Qué relación tenías con mi madre?

—Hazme esa pregunta cuando hayas entrado a formar parte de la Cinque. Entonces te responderé.

La falta de respuesta viene a ser una confirmación. Cada vez que Mouse hablaba de la Muerte y los demás, lo hacía con rencor. Este hombre fue el aliado de mi madre y, luego, le dio la espalda y se convirtió en la espada de la Corte Menor que le cortó la cabeza. Y nada más.

El resto de lo que ha dicho la Muerte cala por fin hasta lo más hondo de mi ser: «Cuando hayas entrado a formar parte de la Cinque». Eso solo sucederá si sobrevivo... Si los dos sobrevivimos. Por primera vez me atrevo a considerar qué sucederá realmente si la Muerte sobrevive a las Pruebas. No estaba dispuesta a escuchar a Cato y a Vesper cuando hablaban de él. Estaba demasiado dominada por la necesidad de encontrar respuestas, por vengar a mi madre. Quizá debiese haberles prestado más atención.

Odio todo esto. Todo lo que creía saber ha quedado destruido, trozo a trozo, en cuanto me puse en pie para entrar en la Criba y convertirme en la campeona de la Luna. Mis planes, mis suposiciones sobre otros campeones, mis certezas sobre la Muerte.

—Lo dices en serio, ¿verdad? No quieres que muera. —No hay forma de negar esta evidencia que no deja de repetirse durante las Pruebas. La Muerte detuvo a la Torre: desvió el golpe cuando se dio cuenta de que me iba a alcanzar. Y ha interferido para asegurarse de

que Nonnie no pida que me corten la cabeza.

—Lo digo en serio. —Se endereza, y de pronto vuelve a ser la Muerte, frío e intocable, aunque sigue mirándome con demasiada atención, casi como si examinase todos los rasgos de mi cara—. Cuando se ponga el sol, tienes que huir, aunque eso suponga dejar atrás a tus aliados. El Carro ha decidido que el Sol presenta una amenaza demasiado grande como para ignorarla. Esta noche intentarán matar al chico... y, por extensión, a ti y a la Rueda de la Fortuna.

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿Tenéis una alianza secreta? —balbuceo—. ¿Y por qué debería creerte?

—La Muerte no miente. Ya te lo he dicho. —Empieza a darse la vuelta—. Y tengo que mantener mi palabra: no te haré ningún daño.

En lugar de aclarar nada, esa frase solo me plantea más preguntas.

—¿Por qué has dado tu palabra? Si de verdad no puedes mentir, ¿no deberías haber moderado un poco esa frase? Si cometo traición, *te* obligarán a empuñar la espada que me cercene la cabeza. —¿Y por qué le ha dado su palabra a Vesper? No significa nada para él. A menos que...—. ¿Es una promesa que le hiciste a mi madre? ¿Le prometiste que no me harías daño?

¿Pero por qué iba a hacer tal cosa? Y, si así *fue*, se le da de puta pena protegerme. A lo largo de los años he sufrido muchísimo.

Se me queda mirando durante tanto tiempo que tengo que hacer un esfuerzo para no removerme.

—Huye, Kestrel. Huye en cuanto se ponga el sol. Tan rápido como puedas y muy lejos. Tu vida depende de ello.

Una de las supersticiones que se mantiene a pesar de los esfuerzos de la Corte Menor por erradicarla es la de hacer una pequeña ofrenda con una gota de sangre y una flor. Se supone que este minúsculo sacrificio basta para apartar la mirada de la Muerte.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



24

Aún estoy temblando para cuando regreso a nuestra mesa. Vesper muestra la misma contención que siempre, como si no hubiese sufrido un ataque por parte de le Caballere de Bastos hace nada. No comprendo cómo es *capaz* de mantener la compostura. Si bien yo reacciono con rapidez, pero cuando se me baja la adrenalina lo único que veo es el peligro que acabamos de esquivar por poco. ¿Qué habría pasado si yo no hubiera seguido a Vesper? ¿Qué habría sucedido si la Muerte no me hubiera seguido a *mí*?

Vesper me mira con preocupación.

—¿La Muerte te ha amenazado?

—En realidad, justo lo contrario. —Les cuento con rapidez todo lo que me ha dicho. Repetirlo no me ayuda a entenderlo mejor, aunque sí que calma mi corazón desbocado. La Muerte es seguramente el campeón más peligroso que queda, y encima mató a mi madre. No tiene ningún motivo para darme consejos, ni para querer que yo siga con vida. Tiene que ser un truco... Pero sus actos indican lo contrario—. Tú ganas, Cato. Ya habíamos acordado ir a por el Carro esta noche, aunque de todos modos parece que no

tenemos alternativa.

Hay que reconocerle que no se pavonea.

—No sé qué pretende la Muerte, pero está claro que los dos tenéis alguna conexión. —Mira de reojo a Vesper y, luego, vuelve a mirarme a mí—. Tú no lo ves como un aliado, y tampoco te ha propuesto una *alianza* exactamente, pero, joder, si de verdad quiere protegerte, podría ser un arma muy peligrosa que usar contra tus enemigos.

Sé lo que va a decir Vesper antes de que hable.

—Estamos al final de las Pruebas. Sería una necedad no aprovechar semejante arma.

—La necedad sería pensar que la *Muerte* es un arma a nuestra disposición. —Sin embargo, me amilano enseguida. Me sigue dando vueltas la cabeza, pero no puedo aferrarme a mi determinación de acabar con la Muerte. Sé que mató a mi madre y, aunque Mouse lo describió como un ejecutor frío e impasible, está claro que la Muerte lamenta haber sido quien le cortó la cabeza. Jamás se lo perdonaré, pero este misterio es más profundo de lo que yo pensé en un primer momento—. En cualquier caso, estoy de acuerdo. Hemos de centrarnos en el Carro, y luego veremos cómo está la situación al alba.

Cato asiente.

—Primero tenemos que pasar por lo que sea que hayan ideado los Bastos. Manteneos firmes y no reaccionéis, pase lo que pase esta tarde.

Es más fácil decirlo que hacerlo. Cada día hay más complicaciones de las que ocuparse. No es que esperase hacer amigos entre la Corte Menor, pero me inquieta que los Bastos hayan venido a esta fiesta con la clara intención de atacarme específicamente a mí.

Aunque no solo a mí.

—¿Nonnie te ha hecho daño en la pierna? —pregunto, más que nada para distraer los nervios que me cosquillean en la garganta. —Odio no conocer todos los factores de una situación concreta. Aunque la vida en los Sedimentos sea dura, existen reglas, como en cualquier otro sitio. Lo único que hay que hacer es aprenderlas. No obstante, la Corte Menor parece jugar con reglas distintas a las que hemos de seguir nosotros. Eso ya lo *sabía*, no soy ninguna idiota, pero no me esperaba que amenazasen a los campeones durante las Pruebas.

—Me las arreglaré esta noche —dice Vesper en tono tenso.

Cato emite un sonido de insatisfacción.

—No es eso lo que te ha preguntado, Vesper.

La Rueda suspira y se hunde más en la silla.

—No hay modo de mutilarme la pierna más de lo que ya está. El numerito de Nonnie me dejará un moratón, y me duele bastante, pero no es peor de lo que me han hecho en el pasado. Tampoco es que me haya arrojado delante de un carruaje. —El modo en que pronuncia esa última frase hace pensar en una piedra erosionada después de que la hayan acariciado durante décadas con el pulgar, suavizando sus aristas, aunque sigue siendo una piedra, dura e implacable.

Una vez más, Cato formula la pregunta que yo no me atrevo a hacer:

—¿Eso es lo que te pasó en la pierna? ¿Te atropelló un carruaje?

—Esta conversación es tremendamente aburrida. —Ninguno de nosotros dice nada, así que Vesper pone los ojos en blanco—. Pues sí, la verdad es que sí. Yo tenía seis años. Una de mis tías pensó de forma equivocada que si yo me hacía una horrible herida mi madre se distraería lo suficiente como para acabar con ella sin problema.

Subestimó a mi madre, pero yo pagué el precio de todos modos. El carruaje me aplastó la pierna y esto es todo lo que pudieron hacer los médicos más expertos de la Corte de Pentáculos para salvarla. Me dijeron que fue un milagro que volviera a caminar. Hay días en que incluso lo agradezco. —Una vez más parece que habla de memoria, recitando los hechos como si le hubiesen sucedido a otra persona.

Seis años. *Seis*. La misma edad que Fawn. Aunque Vesper tenía mejores cuidados y alimentación que Fawn a esa edad, eso no cambia que fuese muy joven. Fawn casi no me llega a la cadera. La encontramos deambulando por las calles hace algunos años, buscando a su madre. Sospecho que la mujer ha muerto, pero no sería la primera vez que unos padres abandonan a sus niños y se largan a otra parte de los Sedimentos, al otro lado de la ciudad. Nadie controla las idas y venidas de la gente como nosotros.

No entiendo cómo puede mirar alguien a un chiquillo y no querer protegerlo. Idear fríamente un plan que podría acabar con una criatura para obtener un título nobiliario..., hacerle algo así a un *familiar*...

—¿Sigue con vida esa tía?

Vesper esboza una leve sonrisa.

—No. Mi madre la obligó a confesar y la ejecutó ella misma.

Quiero hacerle otras preguntas, saber si la imponente Reina de Espadas se sentó junto a su cama hasta que se recuperó. Si Vesper se sintió a salvo en su propia corte después de lo sucedido. Si...

No es asunto mío. Nos ha contado todo esto porque Cato se lo ha preguntado, no porque quisiese compartirlo con nosotros.

Vesper carraspea para indicar que no quiere hablar más del tema.

—Hay varias formas de salir del estadio. Será mejor que no

huyamos por el mismo sitio por el que hemos llegado. Lo más seguro es que los Bastos nos impidan el paso, aunque técnicamente no se les permite interferir. Es probable que los demás campeones intenten salir por ahí, lo cual nos pondría en aprietos.

—Estoy de acuerdo —dice Cato. Sigue mirando a Vesper del mismo modo en que a veces lo he visto mirándome a mí, como si los datos que acaba de descubrir lo hubiesen hecho cambiar de opinión sobre él. No sé cuál será su nueva opinión, pero está centrado en el plan, y de momento con eso basta.

—Eso nos deja dos opciones. —Señala la arena—. Suelen sacar a sus gladiadores de esas tres puertas que están justo frente a nosotros. Por ahí salimos después de la Criba. Cada puerta lleva a un laberinto de celdas y pasillos, pero he memorizado la disposición. Puedo guiarlos.

Nos separa bastante distancia de esas tres puertas. Suponen el mismo problema que huir por el camino por el que hemos llegado, pero estoy de acuerdo con que es la mejor de las vías de escape.

—¿Cuál es la segunda opción?

—Es menos viable, pero ¿ves esos huecos que rodean la parte inferior del estadio?

Sigo su mirada. Lo que en un primer momento pensé que eran sombras proyectadas por el sol son en realidad aberturas. Son estrechas, de menos de treinta centímetros, y se encuentran entre cada viga.

—¿Qué son?

Es Cato quien responde:

—A veces inundan el estadio para que los gladiadores luchen sobre barcos hechos a medida, pero luego hay que vaciarlo todo. Esos huecos se pueden cerrar durante las luchas acuáticas para mantener el agua dentro. Se vuelven a abrir para extraer tanto el

agua como los restos de los barcos. Y los cadáveres, supongo.

Yo alzo las manos. Antes de las Pruebas, sabía de la existencia del estadio —todo el mundo lo conoce—, pero no tenía toda la información. No hay que conocer hasta el último detalle del monstruo que te persigue para saber cómo evitarlo. Si los Bastos nos hubieran capturado a mí o a los míos, no habríamos tenido que preocuparnos por acabar *aquí*. Lo más probable es que hubiésemos perdido una mano: el castigo por robar. Sin embargo, esto es demasiado. Me duele la cabeza solo de pensar en el derroche del que habla Cato.

—O sea, que *inundan* el estadio.

—Es un sistema bastante inteligente, en realidad. Tienen un modo de desviar el agua del río para llenarlo, y lo drenan del mismo modo, pero río abajo. —Vesper sigue estudiando la arena ante nosotros—. El sistema lo ideó un Pentáculo. A los Bastos jamás se les ocurriría algo así.

Por extraño que parezca, eso me tranquiliza un poco. No desvían agua potable hacia este lugar para su maldito entretenimiento. La gente que se atreve a beber de los ríos Saevus o Verso está desesperada o quiere acabar con su vida. Las aguas debieron de estar limpias en su día, antes de la fundación de Caelria y la creación de la muralla que nos protege de las tierras salvajes.

En la actualidad, todos los detritos de los gremios del Cuarzo, el Diamante y el Granate se vierten al río, por no mencionar las alcantarillas. Las aguas contaminan buena parte de la bahía, sobre todo con marea baja. En casa estamos tan cerca del Distrito del Peridoto que tengo que recordarles constantemente a los niños que no se escabullan para ir a darse un baño. Como si las mareas no fueran de por sí lo bastante peligrosas, lo más seguro es que quien sale del agua haya contraído alguna enfermedad por culpa de los

químicos y basuras con los que se entra en contacto.

Entiendo lo que sugiere Vesper, pero niego con la cabeza.

—Si el plan es salir por ahí, más nos valdría quedarnos y dejar que los demás campeones nos rajen el gaznate. Acabaremos con alguna enfermedad horrible.

—Estoy de acuerdo, pero vale la pena considerar todas las opciones en caso de que algo se tuerza. Si te rajan el gaznate, la muerte es segura. Si contraes una enfermedad, solo tienes unas probabilidades altísimas de morir.

Probabilidades altísimas. Eso no supone ningún alivio. Trago saliva para contener una réplica mordaz instintiva.

—Podemos huir por las puertas de los prisioneros.

Un gran chirrido acalla todas las conversaciones del estadio. Al mirar en derredor veo el ansia con que los Bastos contemplan la arena. Ni siquiera parecen humanos. Tienen una expresión casi violenta, anticipando el éxtasis.

El Rey de Bastos se pone en pie ante todos nosotros y alza los brazos. Al hablar consigue proyectar la voz de un modo que sospecho que llega hasta los rincones más alejados del estadio.

—Gracias por asistir a este espectáculo durante las Pruebas. Hemos preparado algo especial tanto para vosotros como para los campeones. Espero de verdad que lo disfrutéis. —Sonríe con frialdad, tan ávida de violencia como los demás Bastos del público—. Todos sabemos cómo funciona el estadio, pero para quien esté aquí por primera vez lo explicaré.

Cato y Vesper están tan tensos a mi lado que prácticamente vibran. La tentación de seguir mirando en derredor es fuerte, pero consigo centrarme en el rey. A fin de cuentas, eso es lo que ella quiere.

—Dado que la población de Caelria amenaza constantemente

con consumir todos nuestros recursos, incluso con nuestros beneficiosos acuerdos comerciales, los Bastos no dejan de intentar implantar planes que aborden el problema de la sobrepoblación.

Se oyen vítores a mi alrededor, el rugido de miles de gargantas. Me estremezco. Jamás me he sentido tan en peligro como en este momento, rodeada de Bastos listos para ver sangre derramada.

El rey hace un grácil gesto para ordenar que la multitud guarde silencio. Una vez lo consigue, continúa:

—Nuestros hermanos del Concilium no han considerado oportuno seguir nuestro consejo, aunque poner en práctica la decisión de los Espadas recae sobre los Bastos. —Esboza una leve mueca desdeñosa que no va del todo dirigida a Vesper, aunque la connotación es la misma—. Por ello, a los prisioneros condenados a muerte se les concede la oportunidad de decidir el método. Aunque la mayoría elige la senda de los cobardes, muchos prefieren caer como guerreros, con honor.

Honor. Menuda broma. El honor es un privilegio de quienes pueden elegir. La mayoría de nosotros no tenemos esa opción. Si estamos entre el honor y la supervivencia, la supervivencia siempre gana.

—Nuestros prisioneros de esta noche son culpables de asesinato, violación y terrorismo contra nuestra querida ciudad.

Me tenso. ¿Qué cojones entienden ellos por *terrorismo*? Jamás he oído que se acuse de algo así a una persona. ¿Y cuántos violadores llegan a ser detenidos, por no mencionar condenados a muerte? Si una víctima es lo bastante ingenua como para denunciar una agresión de este tipo, los Bastos suelen reírse en su cara y acaba más traumatizada de lo que estaba.

—¿Empezamos?

El rugido que se oye como respuesta sacude hasta el mismísimo

suelo bajo mis pies. Estos Bastos no ven a los prisioneros como personas. Los ven como *entretenimiento*. Siento un nudo en el estómago. Las tres puertas se abren y de cada una sale un trío de personas: nueve en total. Tantas como campeones quedan en las Pruebas. Es imposible no ver la relación, pero es la exclamación ahogada de la Sacerdotisa la que me lleva a comprender del todo. Se ha tapado la boca con una mano y tiene los ojos desorbitados, fijos en una mujer que podría ser su hermana: la misma piel oscura azulada, la misma complexión menuda. ¿Qué está sucediendo?

Entonces Cato se queda inmóvil.

—Ese de ahí es Calvin. ¿Qué cojones está haciendo aquí? —Sigo su mirada hasta un hombre alto de piel pálida y cabello rubio.

Vesper suelta una maldición en voz baja.

—No, joder, *no*. Dea es inocente. *Fui yo quien la declaró inocente*. No debería estar aquí.

La Muerte debía de saber que esto iba a suceder. Está sentado, inmóvil y frío, con el rostro impasible. La Torre tampoco muestra ninguna emoción, pero siempre me ha costado descifrar qué es lo que siente. La Estrella y el Carro parecen *aburridos*; este último incluso suelta una risotada estridente.

—Buen intento, Dahlia, pero todos sabíamos que esto iba a suceder. Yo ya me he asegurado de que no ibas a echarles la mano encima a mis favoritas.

¿Sabían que esto iba a pasar? Vuelvo a mirar a la Muerte, a la Estrella, al Carro: no hay ninguna sorpresa en sus caras. ¿Hicieron los Bastos algo parecido en las últimas Pruebas? De ser así..., ¿por qué no me advirtió Mouse? Este espectáculo es demasiado público como para que no lo supiera.

«¿Por qué no me advirtió?».

El Carro se inclina hacia delante con una sonrisa.

—La verdad es que no recuerdo ni el nombre de aquel.

—Se llama Luce —susurra Cato, que suena asqueado—. Era marinero antes de..., antes. Le gusta hacer coronas de flores para los niños.

En la arena, algunos de los prisioneros enarbolan armas. No tengo ni idea de dónde las han sacado, pero por supuesto los Bastos no se iban a contentar con verlos matarse entre ellos con las manos. Repaso frenéticamente el rostro de los prisioneros en busca de alguien a quien reconozca. Ahí abajo habrá alguien que me importa, alguien cuya muerte me dolerá. La crueldad de este espectáculo resulta inimaginable, incluso para los Bastos.

Y entonces la veo. Una mujer flacucha de piel pálida y cabello castaño: *Mara*.

—No. —No puede ser. Mara tiene las manos más rápidas que haya visto en mi vida. Jamás la han atrapado los Bastos, ni una sola vez. Me prometió que protegería a Mouse y a los pequeños. Me...

Y está aquí, en el estadio, condenada a morir ante mis ojos.

Empiezo a ponerme en pie, pero Vesper me agarra de la mano y entrelaza los dedos con los míos, apretándomelos tan fuerte que me rechinan los huesos. Sin embargo, no me duele tanto como para apartar la vista de Mara, que corre a toda velocidad por entre la arena blandiendo una daga. El arma parece diminuta en sus manos. Mara no es ninguna luchadora, nunca lo ha sido. No sabe ni dar un puñetazo. En su día intenté enseñarle a pegar y...

—Joder. Joder, joder, joder. Tenemos que... —Vuelvo a intentar ponerme en pie, pero Cato me pone la mano en el muslo y me sienta, clavándome sus fuertes dedos en la piel.

—No lo hagas —dice con voz estrangulada. Su atención oscila entre Calvin y Luce, con un intenso horror en sus ojos castaños. Los dos están espalda contra espalda, claramente ideando una

estrategia. No va a funcionar: si están aquí es que van a morir. Aun así, espero equivocarme. Cato carraspea, pero la voz le sale tan ronca que apenas comprendo sus palabras:

—No puedes ayudarlos. Ninguno de nosotros puede.

—Esto está *mal*. —Inspiro bruscamente entre dientes al tiempo que la Sacerdotisa suelta un grito. Quienquiera que fuera esa mujer para ella ya ha muerto. Calvin la ha matado cuando ella se le abalanzaba—. Tenemos que detener esto.

—No podemos —susurra Vesper. Si ahora mismo mostrase compostura, no lo soportaría, pero tiene la voz quebrada—. Lo único que podemos hacer es presenciarlo.

—Y una mierda. —Intento quitarme la mano de Cato del muslo—. Suéltame. —Creía estar segura de que los Bastos no tendrían ningún modo de encontrar a mi familia. ¿Habrán atrapado a Mara en lugar de a Mouse?, ¿en lugar de a Quoll o a Pika? Está en el estadio, luchando por su vida, por mi culpa.

Cato me clava los dedos en el muslo con más fuerza todavía.

—Si interfieres, les das motivos para matarte.

—No me importa. —Tengo que hacer algo. Mara no es ninguna luchadora. Es tan rápida que nunca ha *tenido* que luchar. La mayoría de sus víctimas ni siquiera se dan cuenta de que les ha robado hasta mucho después. Solía jugar a birlarme objetos de los bolsillos. Si yo no me daba cuenta lo bastante rápido, empezaba a contar en voz alta. Y yo casi nunca me daba cuenta lo bastante rápido—. No merece morir.

«Así es la Corte Menor. Dicen que somos ratas, pero son ellos la plaga que asola la ciudad».

Una sombra cae sobre nuestra mesa. Los tres nos sobresaltamos y, al alzar la vista, contemplamos a la Torre. Este planta las manos en la mesa y se inclina, ocultando con su ancho cuerpo la violencia

que se está desatando en la arena a su espalda.

—Mírame a mí, Kestrel. No los mires a ellos.

—¿Qué haces? —susurro.

—Están intentando hacerte daño. No dejes que ganen. —Sus oscuros ojos rebosan de empatía—. No te apartes de la silla. Mantén la vista centrada en mí, no en el estadio. —Desvía la mirada hacia Vesper y Cato—. No os mováis.

—Cabrán. —Cato se inclina hacia delante, y ahora me toca a mí detenerlo con el brazo. Podría zafarse sin problema, pero se queda inmóvil en el mismo momento en que le toco el pecho—. Quítate de en medio.

—Ver cómo sucede no cambiará nada. Ahorraos la imagen de su muerte.

No entiendo cómo puede mostrarse tan sereno ahora mismo.

—¿Sabías que esto iba a pasar?

—Me lo contó la Muerte. —Pone una mueca de dolor cuando se oye un grito a su espalda—. Todos mis seres queridos han muerto. No se me ocurrió... —Niega con la cabeza—. No se me ocurrió advertirte.

La Muerte lo sabía. Por eso me estaba advirtiéndome antes. Sabía que los Bastos iban a matar a uno de mis seres queridos delante de mí porque, si interfiero, podrán acabar conmigo, tal y como claramente desean.

Y... Mouse. Mouse lo sabía. Tenía que saberlo. Todo lo que sabía se lo contó mi madre, y no me cabe en la cabeza que mi madre le ocultase algo así. Sobre todo porque los Bastos también raptaron a alguno de sus seres queridos. Mouse debía de estar al tanto... y me lo ocultó a sabiendas.

«¿Le habrá tendido una trampa a Mara?». Odio plantearme la idea siquiera. Y odio más el hecho de no poder estar segura. Si le

mandó alguna tarea a Mara y, luego, trasladó a la familia de improviso... Es algo que ya ha hecho antes, por lo general sin explicación. Yo jamás puse en duda sus motivos. *¿Por qué no lo hice?*

—¿Cómo puedes estar tan tranquilo? —digo entre dientes—. Hay una persona que está muriendo ahora mismo porque tiene alguna relación contigo.

—Sí, así es —dice en tono quedo—. Pero no he sido yo quien la ha puesto ahí, ni tampoco puedo salvarla. —Hay mucho dolor bajo esas palabras que dice como si estuviese vacío. No, vacío no, entumecido. Todo su asentamiento murió y la Torre se siente culpable por ello, tenga motivos para hacerlo o no. La muerte de quienquiera que hayan raptado los Bastos no puede competir con ese dolor. Sin embargo, cuando escruto su rostro, porque en parte quiero desesperadamente demostrar que este hombre no es un monstruo, *sí* que veo pena en las profundidades de su mirada.

—No pueden ganar, Kestrel —añade—. No quieren que nadie les dé voz dentro de la Cinque a quienes no la tienen. *No permitas que ganen.*

—Regresa a tu asiento.

Tan centrada estaba yo en la Torre que no me he dado cuenta de que Nonnie se ha acercado. Apenas le llega al hombro, pero consigue mostrarse amenazante de todos modos. No obstante, la Torre parece imperturbable. Gira su oscura mirada vacía hacia Nonnie.

—Lo mejor que podrías hacer ahora mismo es marcharte. De inmediato.

Nonnie aprieta la boca y sus oscuros ojos se desorbitan.

—No puedes tocarme.

—Aún no —conviene tranquilo la Torre. Demasiado tranquilo—.

¿Has visto alguna vez a un humano destruido por la magia de la Torre, caballere? Es muy desagradable. Si vuelves a cruzarte en mi camino, puede que en alguno de esos paseos nocturnos que tanto te gustan gires un recodo y... te topes conmigo.

Nonnie palidece aún más, pero consigue controlarse.

—Está bien. Haz lo que quieras. No supone ninguna diferencia. —Gira su desagradable rostro hacia mí, Vesper y Cato—. Todos van a morir, aunque seáis tan cobardes como para no presenciarlo.

—Nonnie, si no te largas ahora mismo, encontraré el modo de arrancarte la piel. —La voz de Vesper no es la de siempre, suena casi tan vacía como la de la Torre, impregnada de la misma amenaza—. Tardaré un rato, y probablemente sobrevivirás, pero me parece que será interesante descubrir cuánto dolor aguanta un ser humano antes de desmayarse.

—Espero que mueras esta noche, pedazo de zorre. —Nonnie gira en redondo con un revuelo de su larga melena y se aleja, siguiendo la curva de la grada inferior hasta la mesa que ocupan los demás miembros de la Corte de Bastos. Desde allí nos observan como si el entretenimiento fuéramos *nosotros*, y no el derramamiento de sangre en la arena. Porque justo eso es lo que somos. Para ellos, todo esto no es sino un juego. Ven morir a la gente en este estadio todo el puto tiempo y se entretienen con el sufrimiento que *ellos* mismos provocan.

—Kestrel. —La voz de la Torre me trae de regreso a la realidad. La intensidad con la que pronuncia mi nombre me recorre como un terremoto—. Mírame.

No puedo evitar alzar la vista hacia esos ojos oscuros que tiene, tan oscuros que no consigo diferenciar entre el iris y la pupila.

—Mara no merece morir.

—Ninguno de ellos merece morir. —Continúa mirándome a los

ojos para inmovilizarme en mi asiento tan efectivamente como la mano de Cato, que me va a dejar una marca en el muslo, o como los dedos de Vesper, que van a reducir los míos a polvo—. Esto es lo que quiere la Corte Menor. Las únicas personas a las que considera reales son su propia familia. Todos los demás somos herramientas que pueden ser usadas y desechadas.

—Eso no es...

Alguien grita, interrumpiendo la protesta de Vesper. Otra persona solloza, pero apenas un instante. Y la Torre sigue clavándome la mirada, como si pudiese mantenerme en el sitio por mera fuerza de voluntad, hablando con ese tono firme insoportablemente empático:

—En cuanto se ponga el sol, tienes que huir. El Carro pretende acabar con tu alianza esta noche. No se lo permitas.

—Ya me lo ha dicho la Muerte. —Aún no he tenido tiempo de procesarlo del todo—. Si tanto te preocupa, ¿por qué no lo matas *tú*?

—Esta noche tenemos otra presa.

Estoy a punto de replicar a esa frase tan absurda, pero entonces veo a Mara justo detrás del brazo de la Torre. Está corriendo, en medio de una nube de arena, moviendo frenéticamente los brazos. Una hoja aparece en medio de sus omoplatos como por arte de magia. Un segundo no pasa nada y al siguiente la tiene clavada en su cuerpo. Le sale un chorro de sangre por la boca y cae, cae, cae. Muere antes de desplomarse sobre la arena.

No puedo reprimir mi chillido de protesta, no puedo evitar cubrirme la boca con la mano libre, no puedo detener el dolor abrasador en mis ojos. Aunque los Bastos no hayan empuñado el arma que la ha matado, son responsables de su muerte.

Me giro hacia la mesa a la que se sienta la Corte de Bastos, tomándome mi tiempo para mirarlos a todos a los ojos, advirtiéndolo

el gozo que sin duda les provoca presenciar el dolor que han causado entre los campeones, o al menos entre la mayoría de ellos. No sé cuál de las nueve personas del estadio tiene relación con la Torre, pero, si los Bastos pretendían minar su confianza, han fracasado miserablemente. También han fracasado con los antiguos miembros de la Cinque, que contemplan la masacre impertérritos.

—Kestrel. —El tono autoritario de la Torre atrae mi atención de nuevo hacia él, a mi pesar—. Prepárate para huir.

Tan absorta he estado en todo lo que estaba sucediendo que no me he fijado en el descenso del sol, como sí he hecho los días anteriores. Nos queda muy poco tiempo, minutos como mucho. Vuelvo a mirar de reojo a los demás campeones. El Mago se ha hundido en su asiento, con la cabeza entre las manos. La Sacerdotisa tiembla visiblemente. La Estrella se toquetea los guantes de encaje con expresión aburrida, como si sus manos fuesen lo más interesante que puede presenciar ahora. La Muerte y el Carro están tensos e inmóviles, con la cabeza ladeada, como si intentaran escuchar algo que nadie más oye. Como si siguiesen el descenso del sol hasta el momento en que comience la matanza.

—Kestrel —dice la Torre—. Dame tu palabra de que huirás. Prométemelo.

Como si mis palabras significaran algo aparte del aliento que hace falta para pronunciarlas. No confío en él, y él tampoco confía en mí, joder. Sin embargo, al alzar la vista hacia sus intensos ojos, quien me devuelve la mirada no es la Torre. Es *Nero*. Porque no solo es la Torre, ¿verdad? Es un hombre que ha vivido una vida antes de presentarse a ser campeón de los dioses antiguos. Ha perdido mucho, incluso más que yo.

—Huiremos. —No puedo dejar de temblar —. Te prometo que huiremos.

Es importante señalar que mucho de lo que representan los dioses antiguos no es inherentemente malo, siempre que se separe de su culto arcaico. El Carro, por ejemplo, representa la ambición, la fuerza de voluntad, la concentración. Todos esos rasgos son admirables.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



25

El sol se pone.

En los días anteriores, al anochecer hemos estado todos desperdigados por alguna de las fiestas, mezclados con los ciudadanos de cada corte. Siempre me he centrado tanto en sobrevivir, en escapar, que jamás me he fijado en lo que hacían los demás campeones. Ahora sí lo veo.

Habría apostado a que el Mago estaría demasiado consternado como para reaccionar con rapidez. Y, sin embargo, aparta la silla y echa a correr por las escaleras por las que hemos venido.

La Muerte y la Torre cruzan la mirada. Todo sucede muy rápido. En cuanto sus ojos se encuentran, la Torre vuelca nuestra mesa, tirándonos de espaldas... y creando así una barrera entre nosotros y lo que sucede en la arena. La Torre se lanza por encima de los tres y aterriza al otro lado sin problema, tras lo que echa a correr junto con la Muerte detrás del Mago. No sé qué poderes tendrá este último, pero no me cabe duda de que al alba habrá un estandarte ondeando sobre su templo.

Me pongo en pie y ayudo a Vesper a hacerlo.

—Tenemos que movernos ya. —El Carro se levanta lentamente, con la atención fija en nuestro grupo. Es la peor situación posible. Estamos en el maldito *estadio*. Es un espacio abierto, incluso esta grada. El Carro tiene posibilidades de sobra de acumular inercia... y apenas hay sombras en las que ocultarse.

Cato me agarra del brazo y me aparta de la mesa volcada de un tirón, y a Vesper conmigo.

—Es hora de irse.

Aquí hay demasiado espacio, demasiado *ruido*. Los Bastos dan pisotones en el suelo entre vítores y abucheos. *No* piensan irse a ninguna parte. Dioses, les encanta este espectáculo. Han seleccionado a propósito a gente a la que matar en un intento de hacernos daño y ahora quieren ser testigos.

Quieren vernos morir.

—Que te diviertas, querido —le dice la Estrella al Carro, que estira los brazos por encima de la cabeza. No tiene la menor prisa. ¿Por qué iba a tenerla? La Sacerdotisa se planta tras la Estrella y contempla la escena con expresión indescifrable; probablemente se alegra de que el plan de esta noche sea acabar con nosotros en lugar de con ella.

Yo empujo a Vesper para que vaya frente a mí. Escaleras o arena. No hay opciones buenas. Se mueve más despacio de lo normal, a trompicones, con el rostro contraído de dolor. «Te voy a matar, Nonnie». Le ha hecho daño a Vesper, mucho más de lo que pensaba.

—Yo te ayudo. —Rodeo su cintura con un brazo, ignorando la maldición que lanza, y prácticamente va en volandas hasta la arena, que nos queda más cerca que la puerta, en lo alto del estadio. Espero que sea más fácil cruzar por ahí, aunque no vamos lo suficiente rápido.

Cato incluso se detiene y se gira porque se ha adelantado demasiado.

—¡Deprisa!

«Vamos a morir».

No. Maldita sea, no. No he llegado tan lejos para caer ahora. Si muero en este estadio, los Bastos habrán ganado. Este horripilante espectáculo que se han montado habrá tenido éxito y nadie de la próxima Cinque intentará detener sus abusos. Nadie defenderá a los Sedimentos. Tenemos que sobrevivir, porque ellos tienen que pagar.

La barrera que hay entre la grada inferior y la arena apenas me llega a la cadera. Los Bastos no quieren que algo tan mundano como la seguridad les impida disfrutar de sus deportes sangrientos. Los muy cabrones. Con cada latido de mi corazón, mi mente me grita que corra, que me apresure, que interponga toda la ciudad entre el Carro y yo. Ni siquiera sé si es posible, pues hasta ahora solo he saltado distancias cortas valiéndome de las sombras. De cualquier modo, el riesgo es demasiado alto, ya que, si lo intento y fracaso, quedaré incapacitada. No puedo confiar en que Cato vaya a protegerme otra noche más. Y, desde luego, no estoy tan loca como para pensar que se va a sacrificar para salvarme, joder.

El Carro suelta un bramido a nuestra espalda, más bestial que humano. Cato da un respingo y centra su atención por encima de mi hombro.

—No lo vamos a conseguir.

—Sí lo vamos a conseguir. —Empujo a Vesper en su dirección—. Llévale en brazos.

Hay que reconocerle a Cato que no me lleva la contraria. Las protestas de Vesper se ven acalladas cuando Cato le alza en brazos. Ningún miembro de nuestro trío es muy alto, pero Vesper tiene un aspecto muy frágil en brazos de Cato. Siento una horrible punzada

en el pecho, pero el zumbido en mi cabeza es demasiado alto como para pensar en ello.

Cato salta sobre el murete de piedra que nos separa de la arena. Yo apoyo una mano en él y me impulso con menos elegancia. El entrenamiento de Cato queda del todo patente cuando lo veo correr a toda prisa por la arena, como si el terreno fuese tan plano como los adoquines del exterior. Como si no intentase tragarse sus pies a cada paso, tal y como está sucediendo con mis botas. Mi único consuelo es saber que el Carro también verá dificultado su avance.

Otro bramido, esta vez más cerca. Aunque mi mente grita que no mire por encima del hombro, eso es justo lo que hago.

Los Bastos han iluminado tan bien el espacio que rodea la arena que no necesito utilizar mi visión mejorada para presenciar la transformación del Carro: veo con toda claridad cómo crece a cada paso que da. Su cuerpo se hincha. Los músculos de sus brazos, su pecho y sus hombros se abultan de un modo que debe de resultarle doloroso. Aunque no parece darse cuenta. Está centrado por completo en mí. Lleva mi muerte reflejada en sus siniestros ojos azules.

No se molesta en apoyarse para rebasar el murete que rodea la arena. Se limita a saltarlo y aterriza limpiamente en medio del estadio, con tanta fuerza que el suelo se sacude bajo mis pies, haciendo que me tambalee.

—Kestrel, *muévete*.

No me había dado cuenta de que había dejado de correr. El miedo me llena de espinas y veneno por dentro, amenazando con convertir mis piernas en plomo y mi cerebro en serrín. No quiero morir. Todavía me duele el hombro tras el ataque del Loco. Dioses, *no quiero morir*.

«Pues no mueras. Lucha. Sobrevive. Vive».

La voz, suave y firme, se cuela en mi torbellino de pensamientos. Es innegable que se trata de la *Luna*. Si contempla cada lucha que tiene lugar bajo *su* dominio, entonces debe de estar contemplándome ahora mismo.

Aprieto el paso, balanceando los brazos para ganar tanta velocidad como pueda y alcanzar a Cato. Si este no cargase con Vesper en brazos, yo no tendría ninguna oportunidad de llegar hasta él, pero ha reducido el ritmo lo suficiente como para que lo alcance a medio camino entre nuestros asientos y las puertas de los prisioneros.

—Rápido —jadeo—. Hay demasiada luz. No puedo...

—Lo estoy *intentando*. —Toma impulso... y cae al tropezar con las piernas de un cadáver. Y no se trata de cualquier cadáver: es Calvin, cuya melena rubia está ahora negra a causa de la sangre—. Joder.

Cato intenta ponerse en pie, pero se lo impide Vesper, que pretende hacer lo mismo. En los pocos segundos que tardan en levantarse, el Carro ha llegado hasta nosotros. En el brevísimo tiempo que ha pasado desde que lo he mirado, ha crecido; ahora debe de rondar los dos metros y medio. Sus protuberantes músculos casi resultan cómicos de lo grandes que son; lo serían si no fuera porque pretende matarnos.

No se detiene a luchar. Lo que hace es apuntar su enorme cuerpo hacia mí y aumentar de velocidad, cargando más rápido de lo que jamás he visto moverse a nadie. Me va a aplastar.

Cada vez más deprisa. Cada vez más cerca. No hay ningún lugar al que huir, ningún lugar en el que esconderse en medio de esta arena repleta de cadáveres. Entre un paso y el siguiente, parte de la luz por la arena se atenúa, proyectando sombras a nuestro alrededor.

«Cato».

El Carro esboza una sonrisa, seguro de que va a matarme, y alza su enorme pie para hacerme pedazos. Yo agarro las sombras con todas mis fuerzas. No me preocupa adónde ir, solo sé que tengo que salir de aquí.

Un parpadeo.

El Carro está tan cerca que veo el blanco de sus ojos, el sudor en su sien.

Un parpadeo.

Aterrizo de rodillas sobre la fría arena a trescientos metros de donde estaba hace un segundo.

El Carro arrampla el lugar que yo ocupaba hace un instante. Pasa tan cerca de Vesper y Cato que se me sube el corazón a la garganta, pero, en vez de girarse para ir tras ellos, continúa avanzando y traza un gran arco siguiendo la curva más cercana del estadio. De pronto, lo entiendo: pretende mantener la inercia. Ahí radica la fuente de su magia, lo que lo vuelve imparable. Yo ya lo sabía, por supuesto, me enteré después de la Criba, pero esta batalla es diferente.

Le cuesta cambiar de rumbo. Quizá podamos aprovecharnos de ello. Atraigo las sombras hacia mí una vez más, en esta ocasión para saltar junto a Cato y Vesper.

—Le cuesta mucho girar.

—Lo sé —jadea Cato, y ayuda a Vesper a levantarse con un tirón —. Tenemos que separarnos.

Abro la boca para protestar, pero Vesper ya está asintiendo.

—Dispersaos, ¡ahora!

El Carro da otra vuelta. Resulta difícil de decir, pero creo que ahora es más grande que hace unos pocos segundos. Cada paso me sacude hasta los huesos. Mi mente, solícita, me ofrece una imagen

del aspecto que tendrá mi cuerpo cuando me haya arrollado: aplastado, ensangrentado, apenas reconocible como el de un ser humano.

Si algo así sucede, si esta noche el Carro nos mata a los tres y el Mago también cae, las Pruebas habrán acabado. Se reconocerá a los nuevos Cinco, tan horribles y egoístas como los anteriores, y las concubinas del Carro seguirán atrapadas; entre ellas, la madre de Cato.

Las muertes de Calvin, Dea y Luce habrán cumplido su propósito. La muerte de Mara habrá sido para *nada*. Tantísimas personas que han vivido y amado ahora han muerto solo porque tuvieron la desgracia de significar algo para los campeones de las Pruebas del Tarot.

Tenemos que acabar con el Carro. Nuestro plan original de atraparlo en un recinto estrecho no funcionará aquí, así que o bien llegamos a esas malditas puertas, o bien encontramos el modo de detener su inercia en medio del estadio.

—*iKestrel!*

Me arrojo a un lado por puro instinto y mi hombro izquierdo se lleva la peor parte. El dolor brota del fondo de mi garganta, tan intenso que sufro una arcada. El Carro pasa tan cerca que siento cómo se desplaza el aire y oigo su respiración, húmeda y pesada.

Me pego las piernas contra el pecho para empequeñecerme, pero mi mente va a mil por hora. Esto no funcionará. ¿Qué creíamos que íbamos a conseguir? ¿De verdad pensábamos que podíamos ganar?

Y, aun así, el sonido de los vítores de los Bastos se propaga por cada rincón del estadio. Suenan como una bestia hambrienta que se alimenta de nuestro dolor y miedo. Creía saber hasta dónde llegaba mi capacidad de odiar, pero me equivocaba.

Me pongo en pie de golpe y lanzo una mirada frenética en derredor. Ya he recorrido tres cuartas partes del camino hasta las puertas que nos sacarán de aquí. Cato ha virado a la izquierda, en un claro intento de atraer al Carro y alejarlo de Vesper y de mí. Y Vesper está..., joder, apenas ha avanzado un par de metros desde donde Cato la ha dejado.

Atraigo las sombras y, tras entrar en ellas, atravieso la gran distancia que nos separa en un instante sin tener realmente un plan. Tengo que poner a Vesper a salvo. No he conseguido salvar a Mara, pero ni en sueños pienso dejar que Vesper muera.

Cuando aparezco a su lado, Vesper retrocede de un salto y está a punto de desplomarse. Tiene la piel cerúlea y los ojos desorbitados.

—No lo voy a conseguir. —Suelta un suspiro tembloroso—. Nonnie sabía lo que se hacía. No me responde la pierna.

—Calla la puta boca. —Le paso un brazo por la cintura y avanzo a empellones hacia las profundas sombras que hay junto a la puerta.

El desgaste al saltar sola apenas es perceptible, pero, al igual que ya pasó la otra noche, llevar conmigo a Vesper resulta mucho más difícil. No sé si es porque estoy cargando con otra persona o porque representa a otro dios, no hemos tenido tiempo de entender las reglas de *nada*. Jadeo cuando aparecemos, pues siento los pulmones contraídos.

—Voy a por Cato.

—Espera. —Vesper me agarra del brazo con los dedos como garras—. No puedes saltar con tanta gente. Te volverás a desmayar.

Tiene razón, y odio que la tenga. Ahora mismo la prioridad es que seamos veloces. Si Cato tiene que cargar conmigo, podemos darnos por muertos.

—Salté varias veces antes de desmayarme.

—No podemos arriesgarnos. —Vesper suelta una maldición—. No deberías haber saltado ahora mismo.

Por más ganas que tenga de esconderme tras esa puerta, de atraer todas las sombras hasta que seamos invisibles tanto para el Carro como para los Bastos, me niego a dejar a Cato. Anoche me salvó, aunque podría haberme dejado atrás. No pienso recompensar esa lealtad abandonándolo aquí para salvar el pellejo.

—Tú encárgate de abrir la puerta. —Me zafo de Vesper.

El Carro está centrado en Cato. Debe de haber pasado a su lado ahora mismo, porque está trazando un gran círculo, cambiando de dirección para volver a encaminarse hacia él.

Cato, por su parte, es un resplandeciente sol con forma humana, es como si hubiese absorbido toda la luz del estadio. Sus manos son más brillantes que el resto de su cuerpo y su fulgor aumenta con cada segundo que pasa. Puedo ver claramente la determinación en su ceño, la intensidad de sus ojos, el tinte asesino de su amplia sonrisa. Ya no piensa volver a huir.

Lo que va a hacer es luchar, y eso significa que nuestra alianza también luchará. Maldición. Echo la mano hacia atrás y le toco el hombro a Vesper.

—Cambio de planes. ¿Puedes usar tu suerte contra el Carro desde aquí?

—No lo sé. Puedo intentarlo. —Vesper me agarra la mano—. Kestrel..., ¿estás segura?

—No. —Pero aun así empiezo a caminar hacia Cato y el Carro sacando las hoces. Tanto me he acostumbrado a su peso en la espalda que prácticamente me he olvidado de que las llevo. Pero ya no. Ahora parecen una extensión de mis manos, con sus hojas aserradas listas para cortar y cercenar.

No recuerdo lo que sentí al hundirlas en el cuerpo de la

campeona del Ermitaño. No puedo permitirme lamentar su muerte..., ni la muerte que está a punto de suceder. No hay espacio para vacilaciones.

Un paso más y me encuentro al lado de Cato. Planto bien los pies, tanto como soy capaz. Puedo hacer esto. No me queda elección. Cato me dirige una sonrisa fiera y demente.

—Vamos a luchar.

—Vamos a luchar. —Si mi voz tiembla, Cato no lo menciona. No queda tiempo. El Carro vuelve a dirigirse hacia nosotros. La arena que se traga mis pies no parece afectarle lo más mínimo, aparte de ascender en forma de nubecillas a su paso. Esta vez viene directo hacia mí. Necesito hasta el último resquicio de valor para mantenerme inmóvil hasta el último instante. Luego me aparto girando y lo ataco con ambas hojas.

Le acierto. *Debería* haberle abierto el torso con dos tajos profundos. Las heridas *deberían* bastar para que aminorase la marcha, para incapacitarlo. Sin embargo, lo que sucede es que mis hoces rebotan contra una piel que más bien parece piedra. El impacto me reverbera por los brazos y mi hombro grita de dolor cuando mis huesos entrechocan contra partes que se supone que no han de rozar.

Caigo de rodillas. Me duele. Dioses, me duele todo más de lo que creía posible. Al alzar la vista, veo que Cato también está de rodillas, en una posición idéntica a la mía... y con idéntica desesperanza. Sus manos brillan tanto que debe de haber intentado usar sus rayos contra el Carro. Este último está trazando otro arco más amplio y sus pasos siguen los mismos movimientos confiados. No está herido *en absoluto*.

—Mierda. No le hemos hecho ni un arañazo. —Cato apoya las manos en el suelo—. Mierda, mierda, *mierda*. Hemos perdido.

Le Caballere de Bastos se echa a reír.

Es imposible que yo oiga a Nonnie entre los agresivos gritos de la multitud de Bastos, que ahogan todos los sonidos individuales. Y, sin embargo, al mirar hacia la mesa ante la que se sienta en la Corte de Bastos, veo una sonrisa victoriosa en el rostro de Nonnie. Porque cree lo mismo que cree Cato: que estamos a punto de morir.

El Carro no gira hacia nosotros. Al parecer, ha decidido que Vesper es un objetivo más fácil y va directo en su dirección. Vesper, con valor y necesidad a partes iguales, ha extendido el brazo y muestra una expresión de concentración. Está intentando reunir toda la suerte de la que dispone para salvarse. No obstante, el Carro no cae. No se le dobla la rodilla. No se le tuerce el tobillo. Sonríe, comprendiendo claramente lo que intenta hacer Vesper. Segundos. Faltan *segundos* para que le dé alcance.

«Usa tus sombras, hija. Acaba con él».

No sé qué significan esas palabras. No sé qué hacer. Por mero instinto, alargo las manos y grito, volcando hasta la última pizca de energía que tengo en las palmas de mis manos, tal y como me enseñó Mouse. Aunque unos rayos de sombra no lo detengan —no he sido capaz de invocarlos hasta ahora, así que ¿por qué iba a tener éxito?—, no puedo quedarme aquí arrodillada viendo a Vesper morir.

Me hormiguean las manos, una sensación que se convierte en picor y, luego, en dolor. No hay tiempo ni margen para comprender qué me está sucediendo. Las sombras salen de mis manos. No es un rayo, limpio y cortante. Lo que brota de mis palmas es un torrente que parece líquido.

Las sombras caen en cascada por la arena, creando un espacio aún más oscuro que el negro, un espacio que se traga la luz a su alrededor, incluida la de la Luna. El charco negro se desplaza por el

suelo con un movimiento errático y *anómalo*.

Pero me da igual. Si nos sirve, no me importa. Me concentro en el Carro, que carga hacia Vesper. Hay un destello púrpura y el gigante tropieza: se le traba el pie con uno de los cadáveres. La suerte de Vesper ha hecho aparición. Sin embargo, la inercia del Carro lo mantiene en movimiento y la caída se convierte en una carrera aún más veloz. No hay nada que lo detenga, maldición.

De todos modos, mis sombras son más veloces.

El charco de sombras se extiende, cada vez más fino, por toda la arena. Dos hilos lo mantienen pegado a mis manos, por las que brota mi magia formando un vertiginoso caudal. Siento los ojos increíblemente pesados, los huesos imposibles de soportar. Estoy llegando al límite. No sé cómo parar. No he tenido acceso a este poder antes, así que, si hay algún modo de regularlo, de hacerlo más preciso, lo desconozco. Lo único que siento es desesperación.

Mis sombras interceptan al Carro tres pasos antes de que este llegue hasta Vesper. Se alzan ante él, siguiendo mi voluntad, y se dividen hasta formar un círculo a su alrededor. Por primera vez desde la puesta de sol, el Carro se detiene a trompicones. Su pecho asciende y desciende con fiereza y tiene el cuerpo cubierto de sudor. Veo que se encoge levemente, si bien no hasta el tamaño que tiene durante el día, pero sí hasta ser más pequeño que esa monstruosa criatura de dos metros y medio en la que se había convertido.

—¡Mátalo! —chilla Cato.

«No sé cómo hacerlo». Intento obligar a mis sombras a que lo cubran, pero lo único que estas hacen es acercarse más, estrechar el círculo alrededor de sus pies. El Carro se inclina y toca las sombras con un dedo.

No pasa nada.

—No —susurro—. No, por favor.

El Carro alza la cabeza con una sonrisa salvaje.

—Con eso no basta, Luna. —Se endereza y da un paso al frente, metiéndose en las sombras... Y ahí se queda. Baja la vista y frunce las cejas con gesto confuso—. ¿Pero qué cojones...?

Como si ese contacto hubiera sido todo lo que necesitaban, las negras sombras avanzan hasta ocupar el resto del círculo. No suben por el cuerpo del Carro, pero este parece ahora más pequeño...

—Está encogiéndose.

Yo doy un salto. ¿Cuándo se me ha acercado tanto Cato? Empiezo a girarme hacia él, pero me rodea con los brazos y me sujeta los codos con sus cálidas manos para obligarme a mantenerlos extendidos.

—No pares, Kestrel. *Mira*.

Obedezco.

El Carro se *está* hundiendo. Su cuerpo desciende otro par de centímetros, y luego cinco. Le entra el pánico y se agacha para tirar de sus propias piernas, pero es como si las tuviera atrapadas bajo la mismísima tierra. Y, lo que es peor, al forcejear, se hunde con más rapidez. En apenas un parpadeo, sus piernas han desaparecido y lo único visible es su torso.

Es entonces cuando empieza a gritar. Es un sonido horrible, demasiado cercano y estridente. Tardo varios segundos en comprender por qué: todos los Bastos a nuestro alrededor guardan silencio. El estadio entero contempla horrorizado el espectáculo. Mis sombras se están *comiendo* al Carro.

Me pesan muchísimo los brazos, joder. Si no fuera por la fuerza de Cato, que los sostiene, ya los habría dejado caer. Ya habría caído *yo misma*. Demasiada magia, muy poco tiempo, una gran falta de control.

—Cato...

—No pares. Aún no.

Detrás del Carro, Vesper se pone en pie con gran dificultad y saca una daga de alguna parte, una pequeña hoja que brilla en la oscuridad, lo bastante afilada como para matar. Avanza a trompicones, con la muerte del Carro escrita en sus ojos castaños.

—¡No toques las sombras! —Mi voz sale ronca, pero Vesper me oye por encima de los gritos—. No sé cómo controlarlas.

Estoy temblando tanto que Cato tiene que cambiar de postura: sujeta mis muñecas con una mano y me rodea la cintura con la otra para que no me desplome.

Vesper se detiene justo al borde del charco de sombras y mira al Carro. Ahora, lo único visible son sus hombros y su cabeza. No ha dejado de gritar. Es un sonido horrible, el tipo de sonido que seguramente me perseguirá en sueños durante los años venideros, si es que sobrevivo. A pesar de ello, el hermoso rostro de Vesper no muestra expresión alguna. En el espacio entre dos inspiraciones, el Carro desaparece: se lo han tragado las sombras.

Yo me estremezco y suelto la magia. O lo intento, porque en realidad no lo consigo.

—Cato, no puedo parar. —Cierro los puños, pero las sombras continúan derramándose. El pánico llamea en mi garganta—. Ayúdame a detener la magia. Oh, dioses. Ay, mierda.

—Respira, Kestrel. —Orienta mis manos hacia el suelo con un gesto tierno pero firme—. Cierra los ojos.

Vaya frase más absurda, sobre todo porque ahora los Bastos están volviendo a la vida. Ya no hay vítores, tampoco abucheos. No, lo que se oye ahora es un murmullo que me pone de punta el vello de la nuca. Ese murmullo supone malas noticias para nosotros. Tenemos que salir de aquí.

—Cierra los ojos —repite Cato.

Ahora pega el cuerpo por completo contra mi espalda y siento un calor infernal manando de él, aunque no me duele, sino que me reconforta lo bastante como para obedecer.

—Vale.

—Bien. —Suelta una exhalación temblorosa, pero su voz es firme —: ¿Qué es lo que sientes en las manos?, ¿calor?, ¿frío?

—Las siento... pesadas.

—Atrae esa pesadez hacia ti y, al mismo tiempo, cierra la abertura.

¿Abertura? ¿De qué está hablando? Pero no hay ni margen ni tiempo para preguntar. Inspiro entre dientes y me esfuerzo por seguir sus órdenes. Siento las manos muy pesadas, como si fuesen de plomo, como si intentase levantar algo sin usar los dedos. Aprieto... el espacio entre mis manos y el peso disminuye, y sigue disminuyendo. En pocos segundos me siento casi normal.

—Bien hecho. ¿Puedes correr?

La pregunta me sorprende tanto que abro los ojos. El charco de sombras ha desaparecido, así como el caudal que brotaba de mis manos. Siento la cabeza pesada y extraña, pero, cuando sacudo las manos, mi cuerpo me obedece.

—Creo que sí.

—Bien, porque vamos a tener que salir corriendo. —Me obliga a abrir la marcha de un empujón—. ¡Vesper, la puerta!

—¡Estoy en ello! —Vesper regresa a toda prisa a la puerta. Ahora parece caminar con más firmeza que yo. Para cuando Cato y yo le damos alcance, la puerta ya se está abriendo. Tras ella hay un pasadizo estrecho y sucio. Vesper nos dedica una débil sonrisa.

—Me has salvado. Otra vez. Gracias.

—Ya le darás las gracias luego. —Cato me mete por la puerta de un empujón y la cierra tras cruzarla—. Los Bastos están cabreados y

lo más probable es que los demás campeones no anden muy lejos.
Tenemos que salir de aquí de una puta vez, pero que ya. ¡Vamos!

Las Pruebas tienen múltiples propósitos, pero hay uno del que apenas se habla: los campeones representan verdaderamente a sus respectivos dioses..., incluyendo sus tradiciones, sus mezquinas disputas y su crueldad.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



26

Mis pensamientos son difusos, extraños. Me siento como si me hubiera pasado toda la vida como una rata, en el sentido más literal de la palabra: escabulléndome de una seguridad percibida a otra, aunque ninguna de ellas fuera real. A mi espalda solo existe el peligro, un peligro que me respira en la nuca.

Si estuviera sola, ya habría perdido. Cuando me escoltaron hasta la salida tras la Criba, sentí una sobrecarga de los sentidos, por lo que, aunque me esfuerce por recordar la ruta, los detalles han ido desapareciendo con el paso de los días. Sin el increíble conocimiento de Vesper del estadio, cualquiera que nos persiguiese nos habría dado caza a placer. En cambio, tardamos solo unos minutos en recorrer los pasadizos y llegar a una puerta que lleva a la calle. No estamos a salvo, ni de lejos, pero empiezo a respirar con más tranquilidad cuando ponemos algo de distancia con el estadio repleto de Bastos a nuestra espalda.

—¿Por dónde vamos? —Cato mira en derredor. Yo sigo su mirada. Las calles están vacías de momento, pero imagino que eso se acabará en cuanto los miles de Bastos empiecen a salir del

estadio a la noche. Se supone que no pueden tocarnos, pero las *suposiciones* ahora no importan. ¿Quién iba a castigarlos? ¿Informarían los centinelas de lo sucedido durante las Pruebas? Estamos en el Distrito de *Bastos*. Con otro par de campeones muertos, las Pruebas acabarían esta noche y, a buen seguro, nadie haría muchas preguntas. Odio haber sido tan ingenua como para pensar que las reglas se aplicarían a otros que no fuesen los campeones.

—Tenemos que salir del Distrito de Bastos tan rápido como sea posible. —Aún me siento horriblemente mareada, pero no creo que corra peligro de desmayarme. Esta vez.

Vesper asiente. El sudor le cubre la cara, aunque en las últimas noches no ha dejado de moverse más rápido y durante más tiempo. Nonnie le ha hecho daño de verdad. Aprieto los puños a los costados. Hay muchos motivos por los que odio a los Bastos en general, y a la corte en particular, pero en mi cabeza siempre habían sido figuras uniformes. No se puede confiar en los Bastos en conjunto. Son como los perros salvajes que deambulan por las calles de algunos barrios, tan probable es que te muerdan como que te den un lametón. Solo hace falta verlos morder a alguien una única vez para hacer todo lo posible por no acabar llevándote un mordisco.

Ahora es personal. Quiero que Nonnie sufra. Quiero que se hunda. Y quiero ser *yo* la causa de todo su dolor y sufrimiento.

—Vesper.

—Estoy bien. Dame un segundo. —Se gira y empieza a avanzar calle abajo—. No estamos lejos del río y de un puente que da al Distrito de Espadas. No creo que sea necesariamente más seguro, pero los Bastos no nos seguirán. —Echa un vistazo hacia el estadio—. Eso si *nos* siguen. Se supone que no pueden. Pero también se supone que no pueden contravenir las reglas que dictan los Espadas.

—No hay motivo para quedarse aquí a comprobarlo. —Cato se gira hacia donde ha señalado Vesper y echa a andar. Apenas hemos recorrido una manzana cuando hace una pregunta para la que no tengo respuesta—: Kestrel, ¿qué cojones ha sido eso? ¿Has matado al Carro?

Me estremezco ante el recuerdo del peso que he sentido en las manos, el recuerdo de los gritos del Carro.

—No lo sé.

—¿Sabías que podías hacer eso con tus sombras?

—Evidentemente, no —espetea Vesper—. Basta mirarla a la cara. Todo esto la ha traumatizado.

—Eh, que estoy *aquí* mismo. —Me paso una mano por el rostro, intentando concentrarme—. Todo está conectado con las sombras, las puedo atravesar, así que quizá haya enviado al Carro a algún otro sitio.

Vesper frunce el ceño.

—Atraviesas las sombras entre lugares que ves, sin crear nuevas sombras con las manos. Esto parece ser un poder diferente.

Cato ya está negando con la cabeza.

—Todo proviene de la misma fuente, al igual que mi luz. Lo que cambia es cómo concentro la magia, no la magia en sí misma.

Me contemplo las manos. Tienen el mismo aspecto que siempre, cubiertas de líneas que representan la vida y el amor, con otro centenar más pequeñas que las conectan. Y también cicatrices. Si mi destino está realmente escrito en esas líneas, hace mucho que una vida de estrecheces lo ha empantanado.

Pika me convenció en cierta ocasión para que fuéramos a un adivino que leía la palma de la mano en el Distrito del Peridoto, junto al puerto. Era un hombre viejísimo y canoso, tanto que habría jurado que tenía más de cien años. Nos leyó el porvenir por un par

de monedas, literalmente. Al parecer, Pika está destinada a tener una vida larga y feliz, con pareja y unos cuantos críos.

En cuanto a mí, el adivino observó la palma de mi mano tanto tiempo que empecé a sentir el miedo subiéndome por la columna. Cuando alzó la vista, con sus ojos castaños tan apagados que parecían lechosos bajo la tenue luz, se limitó a cerrar mis dedos y decirme que me aguardaba un gran destino. Por más que intenté convencerlo de que me dijese más, se negó y no tardó en acompañarnos a la salida. En aquel momento me lo tomé a broma, pero ahora empiezo a dudar.

¿Acaso vio en la palma de mi mano la muerte del Carro gracias a la magia de la Luna? No me extraña que me mirase como si fuese uno de esos monstruos que campan por las tierras salvajes.

—No sé si lo he matado —digo en tono quedo—. Chillaba como si se estuviese muriendo.

—Puede. —Cato sigue mirando en derredor, centrándose en las puertas, los tejados, las calles que se cruzan con la nuestra—. No lo sabremos a ciencia cierta hasta que cuelguen un estandarte del templo del Carro.

Otro estandarte, otra muerte en mi conciencia. Esta ha sido desde lejos, no como con la campeona del Ermitaño, pero eso no me hace más inocente. Al menos, la campeona del Ermitaño murió rápido.

—Ahí está el puente. —El alivio en la voz de Vesper me saca de mis pensamientos. No puedo permitirme caer en distracciones. La lucha contra el Carro se me ha antojado eterna, pero en realidad ha acabado a los pocos minutos. Aún tenemos que sobrevivir toda la noche hasta el alba.

El puente es sencillo, lo cual resulta casi chocante, teniendo en cuenta que estamos en los distritos de la Corte Menor. No hay nada

muy ornamentado ni ridículo. No es más que una franja de piedra arqueada sobre la corriente de agua que pasa por debajo. No hay ninguna cobertura propiamente dicha, pero deberíamos poder pensarlo con rapidez.

Una sencilla esperanza. Pero también falsa.

—Quietos ahí.

Cato suelta una maldición y gira en redondo, llevándonos a Vesper y a mí con él. Imagino que nos vamos a encontrar con los Bastos, pero la pareja que sale de entre las sombras es mucho peor.

La Muerte. La Torre.

Esto pinta *mal*. El Carro ha muerto —probablemente— y, si estos dos están aquí, eso significa que el Mago también. No tengo ni idea de dónde se encuentran la Estrella y la Sacerdotisa ahora que hemos matado —quizá— a su aliado, pero no están aquí. Solo hace falta que mueran dos personas más para que acaben las Pruebas.

Escruto el rostro de la Muerte, pero está demasiado tenso y contenido como para que comprenda a qué está jugando. Si realmente quiere matarme, ¿a qué han venido todos los dimes y diretes de antes? ¿Por qué dio su palabra de no hacerme daño? ¿Por qué me da caza ahora?

«La Muerte no puede mentir».

Qué idiota soy por habérmelo creído. *Sabía* que no podía confiar en él. *Sabía* que traicionó a mi madre, que era su aliada. ¿Por qué he creído remotamente en su palabra cuando dijo que no quería matarme? Me cago en la puta, que estamos en las Pruebas del Tarot. Solo puede haber cinco ganadores y, si la Muerte ha decidido que yo he de morir para que él viva, acabará conmigo sin vacilación.

Tal y como hizo con mi madre.

Agarro a Cato del hombro y alargo la mano hacia Vesper. Aunque sigo algo mareada, puedo conseguir que salgamos de aquí. Luego

podemos escondernos y... No sucede nada. Siento las sombras *justo aquí*, pero es como si estuvieran a un lado del río y yo en el otro. No puedo entrar en ellas, ni llevar conmigo a Cato y Vesper.

—Mierda.

—Se acabó el tiempo. —La Muerte y la Torre avanzan al unísono, ambos con su enorme espada desenvainada y lista para acabar con nuestras vidas.

Cato nos empuja a Vesper y a mí para que retrocedamos y alza las manos, de las que brotan unos rayos de luz solar. La otra noche, esos rayos eran como enormes ríos de magia que contuvieron a los dos espadachines, pero esta vez más bien parecen puñales. La Muerte le sale al paso con un restallido de poder que me sacude hasta los huesos. Sin embargo, la Torre no apunta a Cato. Viene a por *mí*. Otra vez.

Traza un arco con su sable y dirige el golpe hacia mi puta cabeza. Yo me aparto rodando, pero me doy cuenta de que intentan separarnos. Al ver los ojos desorbitados de Vesper, tengo que rodar una vez más, retirándome hacia el otro extremo del puente.

—¿Qué estás *haciendo*? —Me pongo en pie a toda prisa y saco las hoces. Uno sus empuñaduras para crear un báculo largo con una hoja en cada extremo. La primera vez que lo hice me pareció un arma demasiado agresiva, pero, frente al sable de la Torre, ya no estoy tan segura de si tener más alcance supondrá diferencia alguna.

—Huye, Kestrel. —Vuelve a atacarme. El muy cabrón ni siquiera tiene la respiración alterada—. Esto va a acabar pronto.

Llego incluso a retroceder un paso antes de asimilar del todo sus palabras. De pronto, lo comprendo todo con una oleada de rabia. La Muerte no me ha mentado, ni tampoco la Torre. No quieren matarme a *mí*. Quieren matar a Cato y a Vesper.

—No. No voy a permitir que los matéis.

De haber visto algún tipo de disfrute en su rostro, odiaría a la Torre, pero lo que hay en sus oscuros ojos es desesperación.

—Han de morir dos más. —No vuelve a atacarme, pero se interpone entre mis aliados y yo—. Casi hemos terminado.

—*Ellos* no. —Doy un paso lateral. Vesper se pega a la espalda de Cato. Saltan chispas púrpuras mientras emplea hasta el último resquicio de su suerte para mantener la espada de la Muerte a un pelo de distancia de él. Se le acabará la suerte antes de que se agoten sus fuerzas. La Muerte no necesita darle un golpe mortal para ganar. La Muerte *es* el golpe mortal.

Si yo pudiera tocar a Cato y a Vesper, lograría que saliésemos de aquí. De alguna manera. Antes no he podido recurrir a mis sombras, pero ahora me impulsa una verdadera desesperación. Aunque no pensase que estos hombres fueran a hacerme daño, ni siquiera después de todo lo que ha pasado, la protección con la que yo cuento no se extiende a Vesper y Cato. No puedo permitir que mueran. Me niego.

—Kestrel. —La Torre adopta una postura que lo hace parecer más imponente, con su sable cruzado—. No lo hagas. Por favor.

—No tengo alternativa. —Atraigo las sombras hacia mí. Acuden lenta y farragosamente, pero *acuden*, y entro en ellas. O lo intento, porque esta vez las noto diferentes, densas y viscosas, respondiendo muy despacio. En lugar de transportarme justo detrás de Cato y Vesper, lo que sucede es que caigo.

Y caigo y caigo y caigo.

Me golpeo contra el suelo con una fuerza que debería romperme los huesos, aunque solo doy un pequeño bote. Apoyo las manos en el lugar donde he aterrizado, pero se me hunden como si hubiese barro, a pesar de que claramente estoy *en* un suelo firme. Sin

embargo, mis manos se hunden aún más. De pronto se me ocurre la horrible idea de que podría hundirme del todo, atravesar esta barrera y seguir cayendo durante toda la eternidad.

—¿Dónde *estoy*? —Mis palabras no causan ningún eco. Parpadeo una y otra vez, pero no hay suficiente luz como para ver. La oscuridad me oprime la piel de un modo casi físico y la noto fría y caliente al mismo tiempo.

Aunque mi cerebro intenta desesperadamente escapar de mi cráneo por mis orejas y echar a volar en mitad de la noche, soy tan capaz de identificar las pruebas que tengo delante como cualquiera. He atraído las sombras hacia mí y, al entrar en ellas, en lugar de salir al instante en mi destino, he acabado... ¿dentro de las sombras?

Lo mismo que le ha sucedido al Carro.

Si yo estoy viva, eso significa que quizá él también. Esa mera idea basta para que me ponga en pie. Mis botas se hunden, pero no lo bastante como para evitar que camine. El problema es que no veo nada. Hasta ahora no había tenido que atravesar el espacio entre las sombras y no tengo ninguna garantía de poder salir de aquí andando. He entrado usando magia, así que cabe pensar que será la magia lo que me saque de aquí. La cuestión es *cómo* conseguirlo.

Sin estímulos externos, no hay nada que me distraiga de mis latidos desbocados, de la dificultad con que el aire entra y sale de mis pulmones. Al menos aquí hay aire. Si hubiera peligro de asfixiarse, ya estaría muerta.

Esa certeza sería más tranquilizadora si no confirmase también que el Carro estará agazapado en algún lugar de estas impenetrables sombras. Tengo que actuar y ha de ser pronto.

La oscuridad me distrae tanto que he de cerrar los ojos. Eso me ayuda mucho, pero ahora soy más consciente aún de la extraña quietud de este lugar. No hay viento ni insectos ni ningún ruido de

fondo proveniente de la gente que viva cerca. Ni siquiera en el templo de la Luna hay tanto silencio como aquí.

Y aún me gusta menos cuando *oigo* algo.

El lento rumor de unos pasos, regulares y constantes, mucho más familiares de lo que me gustaría. Las pisadas del Carro, la *sensación* de que está aquí, nutrirán mis pesadillas en los años venideros. Eso suponiendo que vaya a vivir tanto. Si no salgo de aquí, no llegaré a ver ni el alba.

«Vamos, vamos, vamos».

Intento hacer lo contrario de lo que me dijo Cato: atraer mi poder hacia mis manos. Con las sombras que me rodean no hay forma de ver mi destino, así que la única oportunidad que tengo es imaginarlo a la perfección. Solo que... lo cierto es que no recuerdo la calle en la que estábamos antes de llegar al puente.

Es una calle como otra cualquiera; al menos, entre las calles de los distritos de la Corte Menor. Escaparates muy bonitos, calles limpias, ventanas de vidrio e invernaderos y depósitos de agua en los tejados. Intentar recordar el puente tampoco me ayuda: piedra, piedra y más piedra, y el río por debajo. Todo ello no son más que imágenes fugaces, no un recuerdo real. «Mierda».

—Te oigo respirar, Luna. ¿Has venido a acabar lo que empezaste? —Se oye una risa ronca—. Bien. Sospecho que, si te arranco la cabeza de los hombros, esta maldita magia desaparecerá.

Inspiro entre dientes y comprendo demasiado tarde que intenta hacerme reaccionar para localizarme. Retrocedo a trompicones, alejándome de la dirección de la que provenía su voz, aunque no veo nada. Podría estar a pocos centímetros delante de mí y no lo sabría.

Me muevo tan lenta y silenciosamente como puedo. Al llevarme las manos a la espalda para desenvainar mis hoces..., descubro que

no están. Claro. Las tenía en las manos al entrar en este lugar; al caer en este lugar, mejor dicho. ¿Me habrán acompañado en el viaje? Dioses, espero que sí.

Los pasos del Carro se acercan cada vez más, pero no puedo echar a correr. Si lo hago, jamás podré regresar a este lugar para tener la más mínima posibilidad de recuperar mis armas.

En contra de todos mis instintos, me agacho poco a poco hasta quedar de rodillas y empiezo a tantear este extraño espacio, que no puede considerarse del todo un suelo, en busca del tacto familiar de mis empuñaduras.

—Vamos, no seas cobarde. —No acelera el paso; al menos eso es una buena noticia. Se mueve lo suficiente como para activar parte de su magia, pero, si no echa a correr, no podrá usarla al máximo. Es lo bastante listo como para haber comprendido lo mismo que yo: no hay garantía alguna de que este terreno se extienda indefinidamente. Podría estar a pocos centímetros de distancia de un acantilado.

La mala noticia es que sigue caminando directo hacia mí. No sé cómo de lejos está, pero por desgracia no es mucho. Me muerdo el labio inferior. Prefiero sacrificar algo de sigilo para ir más rápida. Mis nuevos poderes amortiguan el sonido de mis movimientos, pero no lo borran por completo. En este extraño lugar en el que solo hay silencio, no me había dado cuenta hasta ahora.

—Te oigo, pequeña. —Suelta una risa oscura y malvada—. Si no fueras una campeona, te convertiría en una de mis concubinas. Así aprenderías cuál es tu lugar. —Como Luce, el marinero desventurado. Como la madre de Cato, que ha debido de sufrir mucho, en vista del odio tan fuerte que alberga su hijo.

Aprieto los dientes y sigo tanteando. Teniendo en cuenta que este suelo parece absorber cada movimiento, no puede ser que las

hoces hayan caído muy lejos.

—¿No tienes nada que decir? Típico. Eres igual que la última Luna.

Me quedo petrificada. Está hablando de mi madre, su aliada, aunque, cuanto más descubro de este monstruo, menos comprendo cómo pudo aliarse con *él*. Por más que ansíe saber todo lo que la Muerte pueda contarme de la mujer que me trajo al mundo, de pronto no me apetece saber qué pensaba de ella el Carro. Decirlo en voz alta solo servirá para que consiga ubicarme. No quiero correr ese riesgo, pues está demasiado cerca.

—Pero no era una cobarde, como tú. Cuando vino a proponerme una alianza, comprendí que podría rajarle la garganta si intentaba traicionarme, pero ganamos. —Se está confiando. Creo que me tiene justo donde quiere. Ojalá se equivocara. Sin una sola arma, no podré derrotarlo. El Carro prosigue—: Luchó bien. Mató casi a tantos campeones como yo mismo. Fue una pena que se volviese loca y que la Muerte tuviese que acabar con ella como si fuera un perro rabioso.

—¡Cállate! —Me tapo la boca con una mano. «Maldición».

Él se ríe.

—Parece que te he dado donde duele. Ya me parecía que me sonaba tu cara. ¿Eres su prima?, ¿su hija? Eres demasiado joven para ser su hermana. La gente no vive tanto en los Sedimentos.

«Que te follen».

Siento una punzada de dolor brotando en la punta de los dedos, pero reprimo el gemido que intenta salir de mis labios. Mis hoces. Las *dos*, porque las uní para luchar contra la Torre. Aunque estoy sangrando, no tengo tiempo de ocuparme de la herida. Palpo con cuidado la parte plana de la hoja y cierro los dedos en torno a la empuñadura. Ahora sí que tengo una oportunidad.

—Deja de huir, ratita. Nos estás haciendo perder tiempo a los dos.

Huir es lo único que me gustaría hacer. Bastante me ha costado pensar que he matado al Carro con mis sombras. Tener que hacerlo con mis hoces...

Pero no hay alternativa. No sé cómo salir de este extraño lugar y no puedo concentrarme en descubrir el modo de escapar sin que él me persiga por la oscuridad. Tengo que luchar para sobrevivir. Tengo que *matar* para sobrevivir.

Es normal preguntarse qué pasa cuando morimos, pero no hay ninguna figura misteriosa de la Muerte que nos vaya a llevar a otro mundo. Lo único que sucede es que regresamos a la tierra primordial con la que fuimos creados hace eones.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



27

Los lentos pasos del Carro suponen un horrible contrapunto a la estampida que siento en el corazón. Me agacho en este suelo tan blando e intento calcular la distancia que nos separa. Tengo las manos sudadas de sujetar las hoces. Por más tentador que resulte mantenerlas en forma de vara, no puedo confiar en que mis golpes vayan a ser muy certeros... Por otro lado, si me acerco, estaré al alcance de su temible fuerza.

No sé qué hacer. No me he entrenado para asesinar a nadie, ni siquiera de este modo. Aunque hubiese cedido a las presiones de Mouse para aprender a matar, mi tutor no podría haber previsto que tendría que matar *así*.

Quizá pueda razonar con el Carro. No se sabe si mi muerte lo liberará de este lugar, o si quedará aquí atrapado y sufrirá una muerte lenta. Si yo pudiera... ¿qué?, ¿proponerle que voy a sacarlo de aquí? Ni siquiera sé si puedo salir yo misma, mucho menos transportar a otra persona. Esto no es como saltar de sombra a sombra. No sé dónde estoy realmente. Si el Carro fuera listo, no eliminaría a quien podría ser su única posibilidad de escapar. Sin

embargo, está claro que ahora mismo no piensa más que en ejercer violencia.

Eso significa que no puedo permitirme pensar en ninguna otra alternativa.

Aguanto la respiración y me echo a un lado. Él sigue caminando derecho hacia el lugar donde me ha oído por última vez. Si consigo colocarme a su espalda, quizá tenga una oportunidad.

—Me robaste una víctima, ratita. —Ahora está resoplando, como si le costase mucho más esfuerzo que a mí caminar por este espacio. Bien. De eso puedo aprovecharme.

Me domina la resolución. Dejé atrás el punto de no retorno cuando me uní a las Pruebas. Esto no es más que otra parte de mí misma que entrego voluntariamente a cambio de seguir viva. Sé bien lo que hay que hacer para sobrevivir, me lo ha enseñado la vida que he llevado. Esta noche he vuelto a aprender la lección al ver morir a Mara —dioses, Mara, lo siento— solo porque tenía un vínculo conmigo. Y no he hecho nada, porque mi objetivo principal era más importante que salvarla. Por mucho que finja que Cato y Vesper, me tenían inmovilizada, que la Torre me cerraba el paso, lo cierto es que apenas me he resistido. Me he quedado sentada viéndola morir.

—¿Dónde estás? —Ruge. Justo delante de mí.

Suelto un jadeo. No puedo evitarlo. Pensaba que lo había ubicado, no me imaginaba que estuviera tan cerca, que fuera tan rápido.

—Te encontré. —Se oye un gruñido de esfuerzo, un movimiento. «A la izquierda. Ahora».

Sigo esa orden por instinto y me arrojo a la izquierda. He de mantener los brazos bien abiertos para no cortarme con mis armas. Al aterrizar oigo los puños del Carro estrellándose contra el suelo a mi espalda, probablemente en el lugar donde me encontraba hace

un instante.

«Otra vez a la izquierda».

No hay tiempo de pensar, solo de actuar. Vuelvo a saltar a la izquierda, ruedo sobre mí misma y acabo agachada. Otro impacto. Está siguiendo el sonido de mis movimientos del mismo modo que yo sigo el de los suyos.

—¡Deja de huir! —Su pie me impacta en la cadera y caigo de espaldas. Ruedo sin parar, no muy segura de adónde voy, pero tengo que poner tanta distancia entre los dos como sea posible. Sin embargo, el Carro es demasiado rápido. Aunque jadee del esfuerzo, mantiene mi ritmo. Da un pisotón a unos centímetros de mi cara.

Por puro instinto, lanzo un tajo con la mano derecha. La hoz alcanza su pierna, creo. El Carro suelta un aullido y retrocede a trompicones.

—¡Serás zorra!

Le rajo. No se está moviendo lo suficiente como para ser invulnerable, lo cual significa que tengo una oportunidad. Me echo hacia atrás y retrocedo medio a gatas. Iría mucho más rápida si soltase las hoces..., pero eso me dejaría indefensa.

«Quieta».

La voz de la Luna no es un susurro. Suena como si estuviera justo detrás de mí, como si me hablase directo al oído. Obedezco su orden, concentrada en el Carro, que se tambalea un poco, aunque enseguida se estabiliza.

—Solo por eso me voy a tomar mi tiempo antes de matarte.

«Arriba».

Me incorporo hasta quedar de cuclillas y exhalo muy despacio. Me sudan las palmas de las manos, me tiemblan los muslos, pero mi mente por fin se ha calmado. Puedo hacer esto. Tengo que hacer esto. Se trata de él o yo. Morir ahora implicaría que todo el sacrificio,

el dolor y la muerte no han servido para nada. No voy a permitir que sea así.

«No respire».

Aguanto la respiración y aguzo el oído en un esfuerzo por detectar su ubicación exacta. Mis energías no durarán para siempre. Tengo que acabar con esto lo antes posible.

El Carro avanza hacia mí, ligeramente hacia la derecha, aunque resulta difícil saberlo a ciencia cierta, teniendo en cuenta cómo se propaga el sonido en este lugar.

—Maldita zorra.

«Está justo delante de ti».

Me abalanzo hacia él trazando con las hoces un arco feroz, apuntando hacia el lugar donde debería estar su vientre. Mis armas chocan contra algo carnoso y se enganchan, pero la inercia juega a mi favor y lo atravieso por completo. La sangre me salpica la cara al tiempo que algo pesado y húmedo aterriza en el suelo.

—Zooooo... —Su voz se va apagando hasta que se desploma entero con un golpe aún más pesado en el suelo. El aroma a muerte impregna este lugar: sangre y mierda y pena.

Me giro justo en el momento en el que sufro una arcada y escupo lo poco que he comido hoy después de despertar. Menos mal que no veo nada, porque no quiero presenciar la violencia que acabo de ejercer, por más necesaria que haya sido. Me he pasado la vida entrenando para entrar a las Pruebas y sobrevivir a ellas, y resulta que no tengo estómago para el asesinato.

Giro en redondo y me alejo. Al no ver, mi sentido del olfato parece más agudizado, así que no quiero pasar más tiempo con este horrendo olor a muerte y acabar vomitándolo todo.

Tardo muchos pasos en convencerme de que ya no capto el hedor que despide el Carro. Me tiemblan las piernas y me da vueltas

la cabeza. Podrían haber pasado minutos, horas o días desde que he entrado en las sombras. No tengo modo alguno de saberlo.

—¿Luna? —Mi voz suena muy débil—. ¿Estás ahí?

«Estoy aquí, hija».

Hundo los hombros un poco. No estoy sola en este espacio entre mundos, no del todo.

—¿Qué hago para salir de aquí?

«Lo mismo que para entrar».

Algo horrible y caliente en mi pecho amenaza con explotar.

—¿Te importa dejarte de gilipollices crípticas de una puta vez y decirme cómo salir de aquí?

La Luna guarda silencio durante tanto tiempo que empiezo a temer que me haya abandonado. Justo cuando estoy a punto de suplicarle que regrese, su voz vuelve a colarse en mi mente, fría y tranquilizadora:

«Visualiza tu destino y da un paso al frente».

Inspiro hondo una vez, y luego otra. ¿No es eso lo que ya sospechaba que debía hacer? Lo que pasa es que, con el Carro buscándome, no podía *pensar*.

Una vez más cierro los ojos e intento visualizar el puente donde estaban Cato y Vesper. Y, una vez más..., no puedo. No es más que un puente, piedra sobre agua. Todos los puentes de Caelria se parecen tanto que podrían ser idénticos; al menos para una rata de los Sedimentos que rara vez los ha visto, y mucho menos cruzado.

Puedo visualizar sin problema los Sedimentos, o al menos mi hogar en ellos. Me conozco cada recodo y cada hueco, cada grieta y cada rincón podrido. Pero tardaría bastante tiempo en llegar desde los Sedimentos hasta el Distrito de Bastos. Demasiado tiempo, maldición. Tengo que regresar al templo de la Luna antes de la sexta campanada.

«Se acerca al alba».

Abro de golpe los ojos. ¿Tanto rato ha pasado? Entonces no tengo alternativa. Solo hay un destino posible: el único lugar en el que he pasado suficiente tiempo durante los últimos días.

La isla de los campeones. Específicamente, justo delante del templo de la Luna. Casi siento los adoquines bajo los pies. Puedo visualizar sin problema las columnas de mármol desvaídas con intrincados relieves en ellas. Quiero descansar, quiero tenderme en esa cama que ahora es mía y alejarme del mundo unas cuantas horas. Quiero...

Doy un paso al frente. En lugar de este terreno pantanoso, poso el pie sobre un suelo de piedra. Mis piernas eligen ese momento para ceder y caigo de rodillas dolorosamente. Alzo poco a poco la mirada y me encuentro con el patio que tan bien conozco. El sol está a punto de rebasar la escarpada muralla por el este. He sobrevivido otra noche, aunque lo tenía todo en contra.

¿Ha sobrevivido también Vesper?, ¿y Cato?

Levanto más la mirada y cuento los nuevos estandartes que cubren las entradas de los templos. Se me escapa un sollozo al comprobar que los del Sol y la Rueda de la Fortuna siguen sin estandarte. Están vivos. No sé cómo lo han conseguido, pero así es. Anoche murieron dos campeones: el Carro, a mis manos, y el Mago, a manos de la Muerte. Quedan siete.

Esta noche será la última. Tiene que serlo. No sé si puedo continuar mucho más, pues el agotamiento me pesa. No me extraña que todo el mundo esté tan empeñado en acabar las Pruebas tan deprisa como sea posible. Los humanos no deberían enzarzarse en un ciclo de violencia como este.

Al oír pasos, levanto la cabeza y veo que la Estrella y la Sacerdotisa cruzan el puente más cercano. Parecen tan relajadas

como si acabasen de salir del... evento de los Bastos. Me niego a llamarlo «fiesta». Las dos se ríen al verme. La Estrella se acerca casi flotando; se mueve tan grácilmente que su vaporoso vestido apenas toca el suelo.

—Así que la pequeña rata de los Sedimentos ha sobrevivido otra noche. —Se inclina hacia delante, pero retrocedo de golpe antes de que pueda tocarme con sus manos enguantadas—. Qué nervios. Te veo muy dispuesta a escabullirte para ponerte a salvo, independientemente de quién sufra por ello.

—Lláname cautelosa. —No consigo sonar cortante. Estoy demasiado cansada. Y, lo que es más, sus palabras minan la poca confianza que tengo en que Cato y Vesper comprendan que no pretendía abandonarlos en plena lucha. Es imposible que ella sepa lo que ha sucedido en el puente, pero la preocupación me reconcome.

—Cautelosa... y cobarde. —La Estrella se encoge de hombros—. Tal y como yo lo veo, no hay ninguna diferencia.

—Pues míralo de otro modo.

Se echa a reír y gira en redondo.

—Que descanses, Luna. Las Pruebas van a acabar esta noche.

La veo alejarse. No ha dicho nada más que lo que yo ya sospechaba, pero aun así me sorprende. Miro a la Sacerdotisa, que sigue cerca de mí.

—¿Ibas a decir algo?

Dirige la vista hacia el templo del Carro, sobre el que ondea mi estandarte.

—Has hecho bien matando al Carro. —Se me debe de notar la conmoción en la cara, porque la Sacerdotisa esboza una sonrisa amarga—. Vamos, Luna, todos somos campeones dentro de las Pruebas. Todos tenemos el mismo objetivo: sobrevivir hasta el final y formar parte de la Cinque. El Carro y la Estrella son aliados

formidables, al margen de sus defectos personales..., y los del Carro no eran pocos.

Por primera vez me pregunto quién será ella. Pensaba que no era más que otro monstruo frívolo, idéntica a la Estrella, y quizá sea así. Sin embargo, la mujer que murió en el estadio le importaba, estoy segura de ello..., pero no estoy segura de que eso suponga diferencia alguna. Niego con la cabeza.

—Si lo que esperas es que los cinco nos matemos entre nosotros para que la Estrella y tú vengáis, no va a pasar.

Ella ladea la cabeza, estudiándome.

—Lo comprobaremos esta noche, ¿verdad? No tengo la menor intención de fracasar.

—Igual que todos los demás campeones.

—Aun así. —Echa un vistazo por encima de mi cabeza y se envara—. Buena suerte, Luna. —Parece decirlo con sinceridad. Gira en redondo y se aleja en dirección a su templo.

La Muerte y Nero se acercan por mi espalda. No me hace falta verlos para saber que se trata de ellos: son los únicos que conseguirían que la Sacerdotisa huyese. La Muerte pasa a mi lado, se detiene un instante como si quisiera comprobar hasta el último detalle de mi apariencia, y sigue caminando sin mediar palabra. Nero se detiene a mi izquierda, justo fuera de mi campo de visión, pero estoy demasiado cansada como para girarme hacia él, maldita sea. Ni siquiera tengo fuerzas para seguir de pie. Siento que mis rodillas están enraizadas al suelo, inmovilizándome en este lugar y manteniéndome erguida... más o menos.

Cato y Vesper entran a trompicones en el patio. Vesper apoya todo su peso en Cato..., o quizá es él quien se apoya en Vesper, resulta difícil de decir. Los dos van empapados, con la ropa pegada al cuerpo. El brillo de Cato ha desaparecido y Vesper ha perdido la

mayoría de los adornos que llevaba en el pelo. Se los ve tan mal como yo me siento por dentro.

Cato me lanza una mirada que me *atraviesa*. Le dice a Vesper algo que no entiendo, se suelta y pasa a mi lado sin mirarme por segunda vez. Me duele. Me duele más de lo que podría imaginar. Ni siquiera me había dado cuenta de que este gilipollas arrogante ha empezado a importarme de verdad. Y ahora es demasiado tarde.

Vesper se detiene a poca distancia de mí.

—Nos has abandonado.

—No pretendía hacerlo. —Me llevo los dedos a la cara y me sobresalto al comprobar que están ensangrentados—. He matado al Carro. Esta vez de verdad.

—Una amenaza menos, supongo. —Vesper hunde los hombros—. Que duermas bien, Luna.

Luna. No Kestrel. No sé por qué, pero eso me duele aún más que el desprecio deliberado de Cato.

—Vesper...

Pero Vesper pasa a mi lado y se dirige lentamente hacia su templo, perdiéndose en su interior. Piensan que los he abandonado, que he huido para salvarme. No puedo echarles la culpa por ello, porque es justo lo que parece. No saben que las sombras me han atrapado en su interior. Y, aunque lo supieran, ¿por qué habría de importarles? Lo único que importa es el resultado, y el resultado es que Vesper y Cato han tenido que enfrentarse solos a dos de los campeones más aterradores de las Pruebas.

—Mierda —susurro.

Unas manos fuertes me agarran por los codos y me levantan... Y me sujetan cuando mis rodillas amenazan con volver a ceder.

—Calma.

No consigo librarme de inmediato, lo cual atestigua lo destrozada

que estoy. Nero me ayuda a mantenerme erguida y yo soy tan necia que me atrevo a descansar entre sus fuertes brazos un segundo, y luego otro más.

—Estoy bien —digo demasiado tarde y de forma nada convincente.

—No, no lo estás. —Prácticamente, carga con todo mi peso mientras nos dirigimos hacia el templo de la Luna. Observo las sombras de la entrada, más cansada que nunca en mi vida, pero aun así reticente a entrar.

—¿Qué ha pasado en el puente? —No sé si espero de verdad que me lo diga o solo estoy ganando tiempo.

—Se han tirado al agua.

Lo miro sorprendida.

—¿Qué?

—A nosotros también nos ha sorprendido. —Se encoge de hombros—. No deberían haber sobrevivido a la caída, y desde luego no deberían estar tan bien después de haber pasado un rato en el río Verso. Ahora mismo deberían estar sufriendo fiebres.

Miro de reojo al templo de la Rueda de la Fortuna.

—Supongo que tenían la suerte de su lado. —Gracias a los dioses por la suerte de Vesper. Debió de agarrar con fuerza a Cato a pesar de todo para asegurarse de que él también quedaba protegido.

—Por ahora. —Siento que Nero me estudia, aunque no lo miro—. ¿Esa sangre es tuya?

—No, del Carro. Lo he matado. —Cada vez que digo esas palabras, siento un nudo en la garganta. Otra muerte que mancha mis manos. Aunque haya sido por desesperación y mucho menos despiadada que la de la campeona del Ermitaño, eso no cambia que sea un asesinato. Resulta curioso que no pensara que quitar una

vida fuese a afectarme tanto—. No tenía alternativa.

Nero me mira con atención, algo inseguro.

—Vale.

Pero yo ya estoy negando con la cabeza.

—No, eso no es verdad. He *tomado* una decisión. Quería salvar a Vesper matando a la campeona del Ermitaño. Quería atrapar al Carro, aunque en el momento no sabía lo que estaba haciendo. En el reino de las sombras podría haber huido, solo necesitaba espacio para visualizar mi destino. El Carro habría acabado muriendo. Habría sido culpa mía de todos modos, pero ahora mismo su sangre no me cubriría la piel.

—El reino de las sombras. —Arquea las cejas—. Así que hay un espacio intermedio cuando saltas.

Probablemente no debería haberle contado eso. Quizá mañana me arrepienta.

—Es horrible. Es frío, blando, silencioso. No quiero regresar nunca. —Me estremezco—. El Carro me ha atacado, tal y como dijiste que haría. —Dicho lo cual, hago una pausa—. Si la Muerte y tú habíais decidido que yo sobreviviese, ¿por qué no matasteis al Carro y se acabó?

—Es lo que íbamos a hacer. —Lo dice con franqueza, como si jamás hubiese habido alguna duda al respecto—. Pero primero había que acabar con el Mago.

—¿Por qué?

—Pregúntale a la Muerte.

—Es difícil preguntarle nada, porque me está evitando. —Y le está saliendo bastante bien, excepto por el momento en que intervino cuando me enfrenté a Nonnie. Vuelvo a negar con la cabeza. Siento el cerebro líquido en el cráneo, enfermo—. Si no quiere que muera...

—No quiere, no.

—... y tú tampoco quieres que muera.

—No, yo tampoco.

Hago un aspaviento con las manos.

—¿Y por qué no os aliáis con nosotros y listo? Solo quedan siete campeones. Lo más seguro es que otros dos mueran esta noche, y con eso se acabó todo. ¿Por qué no colaboramos para acabar con la Estrella y la Sacerdotisa? —Me siento dividida. No puedo matar a la Muerte, ni siquiera sé si aún quiero matarlo. Aunque no confío en él, si dice la verdad... Dioses, cómo me duele la cabeza.

Nero se encoge de hombros.

—La primera condición de mi alianza con la Muerte, aparte de la primera noche, es obedecerlo sin rechistar. Parece que existe un motivo para todas las decisiones que toma, incluyendo esta.

—Eso no me basta. —No puedo evitar pensar en lo que me dijo la Muerte. Dijo que no había tenido más alternativa que ejecutar a mi madre, pero no me lo creo. Aunque yo afirme haber tenido que matar al Carro para salvarme, ha sido una *decisión consciente*.

Nero me agarra la mano.

—Pues no puedo decirte nada más. —Me acerca de un tirón hacia sí. Es tan alto que tengo que echar el cuello hacia atrás para ver sus ojos de ónice—. La Muerte y yo pensamos lo mismo sobre ti. Vas a sobrevivir, Kestrel. Nos aseguraremos de ello.

Debería retirar la mano. No solo porque su contacto me quema la piel de un modo que tiene poco que ver con el calor y mucho con la toma de conciencia; sino también porque tocarlo me hace darme cuenta de hasta qué punto mi cuerpo está cubierto de sangre. No me muevo.

—Estoy muy cansada.

—Lo sé. Yo también. —Hunde los hombros un poco, un gesto

que lo vuelve algo más humano—. Ya casi hemos acabado.

Dos muertes más. Dos muertes más y terminamos.

Tengo que entrar en el templo, restregarme la piel hasta que el recuerdo de haber matado al Carro se desvanezca e intentar dormir con la esperanza de que la imagen del cuchillo en la espalda de Mara no me siga hasta ese espacio entre mundos.

—¿Qué le sucedió a tu asentamiento?

Él inspira entre dientes, sorprendido. Por un instante, creo que no me va a responder, pero, al cabo da un cabeceo casi para sí mismo, me dice:

—Vivir en lugares que no están amurallados acarrea un gran riesgo. Lo saben todos los habitantes de los asentamientos. No tenemos más alternativa que ser conscientes de ello, porque estamos pegados a las tierras salvajes. Sin embargo, hemos encontrado nuestro camino, tenemos nuestros propios métodos de protección. No son tan seguros como... —Deja morir la voz y vuelve la mirada hacia la lejana muralla—. Pero de algo sirven.

Quiero saber qué pinta tiene esa protección, pero no es esa la pregunta que hay que hacer ahora, así que guardo silencio y espero a que continúe. No tengo que esperar mucho.

—Yo no estaba presente. Había viajado a otro asentamiento al norte para comerciar. Cuando regresé... —se le quiebra la voz un poco—, habían matado a mi familia. Mis hermanas, mis padres, mis tías y tíos, todos mis seres queridos estaban *muertos*. —Aprieta con fuerza mi mano, pero luego recuerda dónde está y afloja el agarre—. Si yo hubiera estado allí, habría evitado que sucediese.

No le digo que, de haber estado allí, probablemente habría muerto con los demás. Cada pocos años, los marineros que llegan del norte o del este hablan de algún asentamiento arrasado sin previo aviso. Es uno de los riesgos que implica vivir tan cerca de las

tierras salvajes. Supongo que las protecciones con las que contaban fallaron. Nero no podría haber hecho nada para evitarlo, pero no puedo responder con tanta frialdad a su dolor y culpa.

—Lo siento.

—Sí. —Inspira hondo, y luego otra vez—. Yo también. —Cuando vuelve a mirarme, parece haber regresado del dolor del pasado—. En parte, por eso quiero entrar en la Cinque. Quiero darles a los asentamientos más poder de negociación, sí, pero debe de haber un motivo por el que las murallas llevan tanto tiempo en pie, un motivo por el que son infalibles. Aunque los asentamientos no *quieren* murallas, estoy seguro de que hay algún tipo de magia que podrían usar para protegerse.

Justo por eso es diferente de los demás campeones. No solo porque él también es un forastero —como yo, aunque no exactamente igual—, sino también porque quiere hacer un cambio que beneficie a muchos, no solo a quienes están cerca de él. «Porque no queda nadie cerca de él». Me estremezco.

—Lo haremos.

—¿El qué?

—Lucharemos por los asentamientos fluviales y por los Sedimentos. Protegeremos a la gente. —Por un momento, una genuina esperanza brota en mi pecho. No resultará sencillo, pero estoy segura de que, juntos, encontraremos el modo de hacerlo. Sin duda valdrá la pena. Dioses, necesito que valga la pena. Jamás habría imaginado que el precio fuese tan alto—. Te lo prometo.

Él alarga la mano, casi vacilante, y enreda un mechón de mi cabello entre sus dedos. Los dos contemplamos ese punto de contacto adicional entre ambos. Eleva la mirada hasta mi boca y ahí se queda.

—Kestrel...

Esto es demasiado. No sé qué hacer. No sé cómo sentirme. La sangre del Carro sigue manchando mi cara, mi cuerpo, los cabellos que Nero está tocando ahora mismo. Cada conversación que tengo con este hombre ahonda en una conexión que no sé gestionar. No esperaba encontrar a alguien como él durante las Pruebas, alguien que me impulsa a soñar con algo *más*, alguien que me hace creer que los sueños podrían hacerse realidad. Todo esto me da miedo.

Me aparto de él y Nero me suelta sin vacilación alguna. Aun así, me duele ser quien ha puesto distancia entre los dos.

—Tengo que dormir o, mejor dicho, darme un baño y dormir.

—Nos vemos esta tarde, Kestrel. —El modo en que pronuncia mi nombre, casi como si lo saborease, me hace estremecer—. Que duermas bien.

Una noche más. Dos muertes más. Y, por fin, todo esto acabará.

Aunque un lego en la materia sea capaz de equiparar la supuesta sinceridad de la Muerte con la de los Espadas, estas no podrían ser más distintas. La incapacidad de mentir de los Espadas proviene de su vínculo con el aire primordial. No se puede esconder aquello que el aire toca.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



28

Me lavo hasta dejarme la piel arrugada e irritada. Cuando por fin llego a la cama, tardo mucho en dormirme. No dejo de pensar en todo lo que ha sucedido, una vida entera en solo cuatro días. No creí que ninguno de los demás campeones fuese a llegar a importarme, pero no puedo negar que tanto Vesper como Cato me importan. Tampoco esperaba que el deseo hiciese su aparición, mucho menos hacia uno de los campeones más peligrosos. Joder, y desde luego no pensaba que la Muerte custodiase los secretos de mi madre con la misma fiereza con la que le quitó la vida. Al parecer, es más cuidadoso con sus secretos de lo que jamás fue con *ella*.

Me giro y me tapo hasta los hombros con las mantas. La conmoción en el rostro de la campeona del Ermitaño destella en mi mente. Sus ojos castaños quedan vacíos a causa de la muerte. No tengo ninguna imagen de la muerte del Carro, aunque sí muchos sonidos que amenazan con invadirme el cerebro: sus gritos de terror, el chapoteo de sus entrañas al caer al suelo. Me estremezco.

Y Mara. Siento la garganta caliente y oprimida, como si un puño iracundo impidiera que pase el aire. Se suponía que Mara no iba a

ser parte de todo esto, ni siquiera quería que entrase en las Pruebas. Si le hubiese hecho caso a ella, en lugar de a Mouse y a mi propia ambición, seguiría con vida. Saco el par de monedas que me dio y contemplo la de la Rueda de la Fortuna. Si se la hubiera quedado, ¿la habría salvado la suerte de su diosa?

Quiero echarle la culpa a los Bastos. Fueron ellos quienes la secuestraron, quienes la arrastraron hasta el estadio y quienes la involucraron en una matanza por el vínculo que tenía conmigo. Sin embargo, lo cierto es que los Bastos no habrían buscado a ninguno de mis seres queridos si yo no hubiese entrado en las Pruebas como campeona. De no haber sido Mara, habrían raptado a Mouse, a Pika o a Quoll. Dioses, podrían haber secuestrado a alguno de los pequeños. Me llevo un puño a la boca. Tengo muy pocos seres queridos en esta ciudad y los he puesto a todos en peligro.

«Mouse lo sabía».

No puedo librarme de esa sensación. Los miembros de la Cinque no se sorprendieron ante el plan de los Bastos porque ya habían pasado por lo mismo durante las últimas Pruebas. O por algo lo bastante similar como para que la Muerte y los demás esperaran semejante muestra de crueldad. Mi madre le contó a Mouse hasta el último detalle de sus Pruebas, con lo que no hay ningún motivo lógico para que le hubiese ocultado esa parte, *sobre todo* porque lo ponía a él en peligro.

¿A quién mataron para hacerle daño a mi madre?

Abro los ojos y contemplo el techo. ¿Fue mi padre? Mouse jamás habla de él y, cuando fui lo bastante mayor como para comprender que preguntar por el hombre que había contribuido a mi existencia le hacía daño a él, dejé de indagar por completo. ¿A mí qué más me daba? O bien mi padre había decidido abandonarnos a mi madre y a mí, o bien había muerto. Mouse era la única figura paterna que

necesitaba. Pero ¿y si los Bastos mataron a mi padre durante las últimas Pruebas? Creía estar preparada para cualquier eventualidad al entrar en estas Pruebas, pero, con cada hora que pasa, cada vez está más claro que hay tantas cosas que desconozco que podría llenar con ellas el mar Cojumbroso entero.

Cuando por fin me vence el sueño, lo hace con sigilo, colándose por las grietas de mi mente y cubriéndome con una oscuridad muy bienvenida. Sueño que huyo, balanceando los brazos, moviendo las piernas, a través de una oscuridad infinita.

Cuando despierto, me enderezo de golpe. No tengo modo de saber cuánto tiempo he estado dormida, pero siento que podrían haber sido minutos... o días. Parpadeo y me restriego los ojos con los nudillos. Un rápido examen interno me dice que el sol sigue en las alturas, por lo que tengo tiempo antes de reunirme con los pocos campeones que quedan y ver por fin el Distrito de Espadas.

Bajo de la cama y cruzo el pasillo hacia el baño. Para cuando acabo, mi cerebro ya empieza a despertarse en condiciones. Al volver al dormitorio, encuentro otro atuendo impecable preparado para mí.

No es un vestido, cosa que ya de por sí es un pequeño milagro. No he tardado en odiar el verme obligada a correr con falda larga. Estos pantalones son más normales que nada que me haya puesto desde que me convertí en la campeona de la Luna. Están hechos a medida y son de un negro tan profundo que me recuerdan a las sombras que brotaban de las palmas de mis manos anoche, algo que me incomoda.

Me estremezco y me pongo la parte superior. Si bien los pantalones son prácticos, esta camisa no lo es. Las mangas son exageradamente voluminosas y lo único que impide que me traguén las manos son los puños ajustados. El escote es tan pronunciado

que, si no fuera por la estructura del corpiño, mis pechos estarían en peligro de salirse con cada movimiento. El conjunto es de un tono gris resplandeciente, lo cual he de reconocer que es hermoso, por poco práctico que resulte.

La clériga llega antes de que decida qué hacerme en el pelo. Entra con delicadeza en la habitación y me observa con una sonrisa.

—Estás preciosa.

—Gracias. Me siento como una absoluta idiota, pero ya me estoy acostumbrando a esa sensación. —Tomo asiento en el taburete, tal y como he hecho todos los días de las Pruebas. Aunque antes la he acribillado con preguntas sobre su pasado como clériga de la Luna, ahora elijo un enfoque diferente—: ¿Qué puedes decirme de la Torre?

Detiene las manos.

—La Torre es tremendamente peligroso.

—Sí, ya me he dado cuenta. ¿Qué más sabes?

—¿Me preguntas por el dios o por el campeón?

Me ruborizo y me maldigo por dentro por ello.

—Por ambos, creo. Comprendo que no sabes mucho sobre *esta* Torre, pero ¿qué me dices de la anterior?

Un instante después vuelve a... lo que sea que esté haciendo... con mi pelo.

—La Torre es uno de los dioses más incomprensidos. La gente lo teme, y con razón. Los cambios bruscos y a veces violentos resultan aterradores, aunque desemboquen en un futuro mejor. —Escoge una pinza para el pelo de una mesita junto a nosotras—. Pero no siempre es así. A veces se acaba peor que como se empezó.

A pesar de la influencia creciente de la Corte Menor, el culto a los dioses antiguos ha prevalecido en buena parte de la ciudad. Siento un nudo en el estómago al pensar en Mara delante de aquel altar

improvisado a la Rueda de la Fortuna. La gente sigue rezando para pedirle suerte a ella, o fertilidad a la Emperatriz, o seguridad a la Muerte. Jamás he oído que nadie le rece a la Torre.

—¿Y qué me dices del último campeón?

—Campeona. Era temible, extremadamente osada. Disfrutaba del cambio que trae la destrucción. —Otra pinza, y otra más—. Eso fue lo que acabó matándola, no otro campeón. Estaba tan decidida a destruir a la Muerte que se derrumbó encima un edificio entero.

—Eso no lo sabía. —Mouse me habló de la última campeona de la Torre, pero solo de pasada. Se centró mucho más en los campeones con los que había interactuado mi madre, así como en los que formaban parte de la Cinque. No hay motivo alguno para ponerme emotiva por la muerte de la última Torre. Dioses, ni tampoco por la posible muerte de *esta* Torre.

Solo nos conocemos desde hace un par de días, podría contar nuestras conversaciones con una mano y me sobrarían dedos. Sin embargo, la Torre me ve de un modo distinto al de los demás campeones, incluyendo Cato y Vesper. Nero quiere que la situación de Caelria cambie, igual que yo. Creció lejos del entorno de los demás campeones, como yo. Y tiene esa sonrisa torcida y esa sutil amabilidad. No quiero que muera.

—Lista. —La clériga da un paso atrás y me lleva hasta el espejo para que me mire.

Como siempre, mi peinado es una obra maestra. Trenzas de diferentes tamaños enroscadas de un modo que parece desafiar toda lógica. Y, lo que es más importante, no molestan ni permiten que nadie me las agarre durante una pelea.

—Gracias.

—Lo más seguro es que esta noche sea la última de las Pruebas.

—Lo sé. —Me pongo de pie y me aliso el corpiño con las manos

—. Estoy lista.

—Que vaya bien la lucha. Sobrevive.

—Lo haré. —Me coloco el arnés de las hoces, no muy segura de si esas palabras son mentira. Me quedo mirando las monedas que me dio Mara mientras acaricio el relieve con los pulgares. Aunque los dioses antiguos jamás han hecho nada para ayudarnos antes de las Pruebas, no puedo evitar preguntarme si ella no seguiría viva de haberse quedado con la moneda de la Rueda de la Fortuna. Quizá hubiese tenido buena suerte.

«¿Quién preferirías que hubiera muerto en su lugar?, ¿Mouse?, ¿Pika?».

Me estremezco y aparto de mí ese espantoso pensamiento. No quiero que muera ninguno de mis seres queridos. Jamás lo he querido. Pero, claramente, lo que yo deseo no importa en absoluto. Meto las monedas en sus respectivas ranuras en el arnés y me dirijo a la estancia principal.

Mis hoces me esperan sobre la mesa de medialuna, al igual que todos los días anteriores. Sé a ciencia cierta que no las dejé ahí cuando entré a trompicones justo después del alba, pero bastantes cosas confusas suceden en este lugar como para preocuparme de que mis armas se muevan mágicamente.

Salgo del templo. El sol no está a la vista, se oculta tras un banco de nubes bajas. Suelto un suspiro de alivio por pura costumbre. Han pasado semanas desde la última vez que llovió y nuestras reservas estaban cada vez más bajas. No tenemos elegantes depósitos de agua, como la gente de la colina, pero nuestros barriles nos sirven de sobra. Mouse no tendrá que gastar dinero en agua. Bien.

La sensación de que alguien me observa me provoca un hormigueo en la piel. Al pasear la vista en derredor, mi mirada

aterrizza sobre Cato, que está cerca de su templo con los brazos cruzados. Tiene tan buen aspecto como siempre. Lleva un kilt de un intenso tono dorado y una larga pieza de tela sobre un hombro. Su piel resplandece formando patrones que no alcanzo a identificar en la lejanía.

Doy un paso hacia él, decidida a explicarle todo lo sucedido anoche, pero, al instante, Cato gira en redondo y se aleja hasta desaparecer tras la esquina del templo.

De verdad piensa que lo abandoné. Se me hace un nudo en el estómago. Debería darme igual, pues solo lo conozco hace un par de días. Aunque me haya salvado la vida en unas cuantas ocasiones, desde luego ya le he devuelto favor. Eso debería bastar para que me conceda el derecho de explicarme, pero al parecer no es así.

Me dirijo al templo de la Rueda de la Fortuna. No pienso perseguir a ese pedazo de arrogante del Sol, pero tampoco voy a permitir que Vesper me evite.

Sale justo cuando me acerco. Parece que el agotamiento también le ha hecho mella, como a mí. Viste una larga prenda plateada que podría ser una túnica o un vestido, con bordados que forman un diseño laberíntico que me da dolor de cabeza si intento recorrerlo con la mirada. Su armadura de hombro es de un brillante tono plateado, pero se curva de una manera que no parece funcional en absoluto, y lleva plumas de un color carmesí intenso pegadas de modo que le cubren el pecho.

Trago saliva. De pronto tengo la garganta seca.

—Estás despampanante.

Vesper aprieta los labios con fuerza.

—Los cumplidos no te van a servir para nada. —Sin embargo, no se marcha, que es lo único que puedo pedirle.

—Anoche intenté llegar hasta vosotros —digo en tono quedo. Me

vibra todo el cuerpo de pura desesperación, pero me esfuerzo por evitar que no me tiemble la voz—. Quise agarraros a ti y a Cato, pero en cuanto entré en las sombras... quedé atrapada. Estaba dentro de una oscuridad absoluta, de una quietud total. El Carro seguía ahí dentro, aún vivo. Empezó a perseguirme y me resultó imposible concentrarme para huir de allí. —Carraspeo—. Después de matarlo, no recordaba suficientes detalles del puente como para llegar hasta vosotros, así que tuve que regresar aquí.

Vesper sigue apretando los labios, pero suelta un suspiro.

—Lo comprendo, pero entiéndelo *tú* también. Estábamos atrapados y vimos cómo desaparecías, fuese tu intención o no, y tuvimos que saltar del puente para salvarnos. Esa caída... —Se estremece—. Y el río fue incluso peor. Casi nos ahogamos en dos ocasiones antes de que pudiésemos alcanzar la orilla. Fue horrible.

—Lo siento.

Vesper asiente lentamente.

—Supongo que yo también lo siento. No debió de resultarte sencillo enfrentarte tú sola al Carro. Me alegro de que sigas con vida.

Una vez más, un puño imaginario me atenaza la garganta con fuerza.

—Yo también me alegro de que sigas con vida. No quiero perder a nadie más.

Vesper cambia de postura y se apoya en el bastón.

—Independientemente de cómo me sienta yo, Cato no tiene ganas de hablar contigo hoy. Nuestra alianza está destruida por completo.

No es eso lo que quería oír, pero tampoco me esperaba algo distinto.

—La Torre y la Muerte no quieren hacerme daño. Es más seguro

para vosotros seguir conmigo. Podríamos dar caza juntos a la Estrella y la Sacerdotisa.

—Eso quedó descartado anoche. —Vesper niega con la cabeza—. Pero sigo pensando que sería mejor que nos mantengamos juntos. Ya hablaré yo con Cato. Tú mantén la distancia hasta el ocaso, a ver si puedo calmarlo lo suficiente como para que entre en razón.

—Todo va a acabar esta noche —digo en tono quedo—. De un modo u otro. No quiero que mueras, Vesper. No quiero que muráis ninguno de los dos.

Vesper sonríe.

—Yo tampoco quiero que mueras. Hablaré con él. —Da un golpecito con el bastón en el suelo y se aleja en dirección al templo del Sol.

No sé qué se supone que he de hacer ahora. Siento un extraño alivio al oír el ya conocido sonido de los carruajes al acercarse. Esta vez solo hay dos, de color bermellón y blanco con detalles plateados. Los caballos también son blancos y deben de haber costado una pequeña fortuna; o quizá una gran fortuna. No supero la ridiculez que supone tener un grupo de caballos iguales, que *a su vez* combinan con los carruajes. Lo considero del todo innecesario.

La mujer que sale del primer carruaje me resulta vagamente familiar, pues la vi en la Criba. Es la Reina de Espadas, la madre de Vesper. Resulta interesante que los Espadas hayan sido la única corte que nos envía a su reina o rey. ¿Habrá aceptado la reina este papel en el último minuto como respuesta al espectáculo que montaron ayer los Bastos? No, Vesper dijo que lo tenía todo planeado, que había decidido que la suya fuese la última de las Cortes Menores en celebrar su fiesta. Si lo tenía todo pensado desde hace tanto tiempo, entra dentro de lo razonable que también haya planeado estar presente al inicio.

La reina lleva una ornamentada armadura que, por una vez, sí que parece funcional. Sus rizos canosos se tornan negros en las puntas y su piel morena se ve tersa y con aspecto saludable. *Parece* haber descansado.

En lugar de darnos un pequeño discurso, como los demás días, la reina va pasando de un campeón a otro y conversa brevemente con cada uno. Hace una semana, me habría preguntado si de verdad tiene algún interés en nosotros, pero ahora comprendo que esto no es más que una estrategia. Quedan siete campeones y cinco llegarán a formar parte de la Cinque, por lo que merece la pena dedicar algo de tiempo y energía a la posibilidad de ganar aliados entre los que sobrevivirán.

Soy la última a la que se acerca, sin contar a Cato y Vesper, que aún no han regresado.

—Hola, campeona de la Luna.

—Hola.

Esboza una sonrisa jovial.

—Vas muy bien en estas Pruebas. Espero de verdad que te hagas con la victoria. Al Concilium le vendría bien una bocanada de aire fresco.

«Una bocanada de aire fresco, siempre que no implique que vos dejéis vuestro cargo». Me trago esas palabras. Por más agotada y frustrada que me sienta, atacar a la reina sería un error. Me quedan pocos aliados, y ninguno entre la Corte Menor. Aunque Elisio se mostrase receptivo a mis críticas, eso no significa una mierda a la hora de pasar a la acción. Así pues, no hay ningún motivo para insultar a la Reina de Espadas, porque podría ser una aliada en el futuro.

—Estoy de acuerdo. Los últimos miembros de la Cinque apenas hicieron nada para fomentar cambios positivos. Yo pretendo hacerlo

mejor.

Ella se echa a reír, fuerte y vivazmente.

—Qué ambiciosa. Me gusta. —La reina mira en derredor y da un paso al frente, bajando la voz—. Te debo un favor, campeona de la Luna.

Parpadeo.

—¿Disculpad?

—Me dicen que salvaste la vida de mi hije, no solo una vez, sino dos.

«Vesper». Me acaloro.

—Compartimos una alianza.

—Aun así. —Lanza un vistazo hacia el lugar por el que se ha perdido Vesper—. Mi hije es brillante más allá de toda medida y ha afrontado admirablemente los desafíos que implica ser parte visible de nuestra familia. Ha elegido bien al tenerte como aliada. No hay duda de que eres leal y más que capaz de mantenerte firme, dos cualidades muypreciadas en cualquier aliado.

No estoy segura de qué se supone que he de responder. Es la segunda vez que alguien da a entender que Vesper me ha elegido por motivos oscuros para que me convierta en su perro de presa. Si yo de verdad fuese tan capaz, no habríamos necesitado a Cato. «Pero sí que mataste a la campeona del Ermitaño y al Carro». Una vez más, aparto esa horrible voz susurrante de mí e intento centrarme en la mujer que tengo delante.

—Gracias.

—No, gracias a ti. —Empieza a darme la espalda—. Creo que disfrutarás de la tarde que os hemos preparado los Espadas.

Lo dudo mucho, pero me reservo mis dudas mientras la reina se aleja. Al parecer, sabe adónde han ido su hije y Cato, porque ella también rodea el templo del Sol.

Advierto la presencia de Nero a mi espalda antes incluso de que este hable, por lo que no me sobresalto cuando dice:

—Hoy tienes buen aspecto, Kestrel.

Al girarme veo que lleva otra variante del mismo atuendo: ropa que parece una armadura negra y gris con una capa muy teatral que le cubre solo un hombro. Tiene el mismo buen aspecto que desde el principio, casi intocable.

—Tú también..., esto..., tienes buen aspecto. —Su piel hasta se ve rosada, señal de haber descansado bien. Sonríe y me muestra ese hoyuelo devastador que tiene.

—Gracias.

Antes de que pueda ponerme más en evidencia, la Reina de Espadas vuelve a aparecer junto con Cato y Vesper.

—Por aquí, por favor. —Lleva a nuestro pequeño grupo hasta los carruajes y abre la puerta del primero con una floritura. Cato y Vesper no dudan en subir, pero la Sacerdotisa y la Estrella los siguen antes de que yo pueda dar ni un solo paso.

La Torre me da un golpecito con el hombro, algo tan inesperado que me lo quedo mirando.

—Parece que vamos a ir en el segundo carruaje —dice.

Debería alegrarme por tener la oportunidad de hablar con la Muerte, y quizá obtener por fin algunas respuestas sobre su comportamiento en las Pruebas, pero está claro que la Reina de Espadas pretende ir con nosotros. Por muchísimas preguntas que tenga, sé que no he de formularlas delante de ella.

Subimos al segundo carruaje sin más aspavientos. Este espacio, ya pequeño de por sí, resulta claustrofóbico una vez se cierra la puerta. Aquí dentro hay demasiadas personalidades extremas, aunque todo el mundo se muestre reservado. En cuanto el carruaje empieza a moverse, es la Muerte quien habla:

—¿Me permites que te pregunte qué has planeado, Octavia?

La Reina de Espadas, Octavia, esboza una sonrisa serena.

—Solo lo mejor, Muerte. Como siempre, preferimos que la Cinque vea con buenos ojos a la Corte de Espadas. Nuestro evento en honor a los campeones reflejará nuestra manera de pensar, al igual que sucedió durante las últimas Pruebas.

La Muerte suspira, un indicativo casi mudo de su exasperación.

—Muy bien.

La reina centra su atención en la Torre.

—Tu participación en las Pruebas ha sido muy llamativa, campeón de la Torre. ¿Qué harás si llegas a formar parte de la Cinque?

Sigo la mirada de la reina, clavada en la Torre, y me pregunto si este le contará algo de lo que hemos hablado entre nosotros. Puede que no sea ni el momento ni el lugar, teniendo en cuenta que aún no somos parte de la Cinque, pero, si hay la más mínima posibilidad de poner a la Reina de Espadas de nuestra parte, hablar en privado con ella, tal y como estamos haciendo ahora, podría ser una oportunidad para ello.

Sin embargo, Nero se limita a encogerse de hombros. Tanto su lenguaje corporal como su expresión son herméticos.

—Supongo que lo veréis cuando suceda.

La sonrisa de la reina se mantiene serena, pero advierto algo debajo de ella, una tensión que va aumentando en su cuerpo. Aunque apenas es perceptible, he aprendido a prestar atención frente a depredadores potenciales. Da igual lo encantadora y sabia que sea la Reina de Espadas, es una depredadora de la cabeza a los pies. «Puede que Nero haya hecho bien al morderse la lengua».

Por suerte, la travesía acaba pronto. No estoy segura de qué esperaba, pero, al salir del carruaje con los demás, me encuentro

delante de una casa de baños. Y no es una casa de baños cualquiera: es una de los *Rubíes*.

La Reina de Espadas abre la marcha hacia el edificio. Pasamos junto a un hombre vestido con los colores de los Rubíes que nos saluda en la entrada con un cabeceo. Me domina la curiosidad al recorrer un amplio pasillo de ventanales rectangulares que dejan pasar el sol de media tarde.

El Gremio del Rubí es famoso por sus casas de baño —entre otras cosas— y, aunque cualquiera puede pagar para usarlas, hay algunas cuyo uso está restringido a miembros del gremio. Las historias que corren sobre sus profundas piscinas de agua caliente, sus sesiones de masaje y muchas otras cosas que suceden dentro son tan extravagantes que las tenía por meros desvaríos.

Al menos así lo creía hasta que cruzamos una puerta y entramos en una enorme estancia repleta de piscinas que desprenden vapor. Aprieto las manos para reprimir el impulso de agacharme y comprobar la temperatura del agua. Apostaría a que les sentaría de miedo a mis agotados músculos.

Sin embargo, parece que este no es nuestro destino. La reina atraviesa los estrechos huecos que dividen las piscinas siguiendo un camino de baldosas de un color levemente diferente, un gris algo más claro que el de los demás suelos y paredes, hasta llegar a otra puerta.

Esta da a una serie de pasillos extrañamente curvos. Yo memorizo el camino en caso de que esto sea parte de un plan para atraparnos aquí y acabar así con las Pruebas.

Tras una tercera puerta, entramos en una pequeña estancia con varios sofás, sin duda diseñada para que la gente pase el tiempo charlando. Todo el espacio está decorado con tranquilizadores tonos azules y grises con algunos toques marrones. Hay incluso una mesa

estrecha con varias bandejas de comida para picar, todo bocados que pueden comerse con las manos. Echo un ojo al picoteo, pero paso de largo y miro por la única ventana que hay frente a la puerta, que da a un patio con jardín repleto de follaje.

«Por supuesto que hay jardín en su casa de baños. ¿Por qué no iba a haberlo?».

—Por favor, disfrutad de la hospitalidad de los Espadas. —La reina habla con voz suave y agradable, creando una atmósfera íntima. Se gira en el mismo momento en que siete Rubíes entran en la estancia. Van vestidos con su tradicional túnica color rojo rosado y son hermosos más allá de toda medida. La reina sonríe—. Habéis asistido a los... eventos... que celebraban los Copas, Bastos y Pentáculos. Os han agasajado, acosado y, en general, pedido más de lo que han dado.

Vaya, es muy buena. De pronto comprendo de quién ha heredado Vesper esa mente tan aguda. Desde luego, las otras tres cortes nos hicieron sentir como si nosotros fuéramos el entretenimiento. Al darle la vuelta a esa expectativa, la Reina de Espadas se ha ganado la simpatía hacia su corte al instante. Muy lista.

Con el mismo tono relajante, la reina prosigue:

—Lo único que nosotros os pedimos es que nos recordéis con cariño una vez que lleguéis a formar parte de la Cinque. —La reina señala a sus ayudantes—. Cuando estéis listos, vuestro acompañante os llevará hasta una habitación donde os darán un masaje y un baño privado. Si requerís servicios más *personales*, estarán encantados de cubrir vuestras necesidades. Esperemos que disfrutéis del tiempo que paséis aquí antes del ocaso.

¿Un masaje y un baño privado? ¿Sexo? Está claro que no pienso recurrir a eso último, aunque utilizar a los Rubíes para

proporcionarlo es una maniobra muy muy inteligente. No es que los Rubíes sean del todo apolíticos —sobre todo, teniendo en cuenta que Fox forma parte del Concilium—, pero se mezclan en política lo menos posible. Lo que habla cualquier Rubí con sus clientes es sagrado. Ningún Rubí que se precie arriesgaría su pertenencia al gremio traicionando esa confianza.

Me giro hacia Cato, resuelta a arrinconarlo y hablar con él, a pesar de que Vesper prefería que no lo hiciera, pero este ya se está acercando a la reina y, luego, sigue a un acompañante fuera de la estancia. Vesper me lanza una mirada de disculpa y va tras él.

Estoy tan sola como el primer día de las Pruebas. En aquel momento no me molestaba. ¡Cómo me gustaría que ahora tampoco! Qué necia he sido. He probado lo que se siente al tener una alianza, amigos, algo infinitamente más complicado..., y ahora me ha sido arrebatado, justo cuando he dejado de desconfiar de su existencia. La desesperación me acecha, más oscura que la noche más profunda, esperando el momento en que baje la guardia. Estoy completamente sola.

Es necesario vigilar de cerca a los gremios. Aunque afirman apoyar a los dioses primordiales, es posible que sigan adorando a los dioses antiguos. Sobre todo, los Rubíes...

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



29

Los campeones —excepto Vesper y Cato— son las únicas personas en la estancia, aparte de los acompañantes Rubíes y la Reina de Espadas, que está ahí plantada, ociosa, con una copa de vino en la mano. El sitio es demasiado pequeño como para prestarse a intrigas, pues oigo sin problema cada palabra de la conversación entre la Estrella y la Sacerdotisa, que se están sirviendo sendas copas de vino. Aun así, busco instintivamente a la Muerte. Si pudiera hablar con él, aunque tengamos que andarnos con ojo sobre qué decimos, quizá pudiese...

Pero ya es demasiado tarde: la Muerte está saliendo de la estancia con un acompañante. Suelto un suspiro tembloroso y noto mi corazón como si acabase de correr una gran distancia. No paro de darles vueltas a mis ideas, cada vez más rápido. Todo esto es demasiado, lleva siendo demasiado desde el momento en que subí al escenario, desde que se lo ofrecí todo a la Luna. Estoy condenadamente cansada.

Me acerco a la fila cada vez menor de asistentes que esperan junto a la Reina de Espadas.

—Estoy lista.

—Disfruta de tu tiempo con los Espadas, campeona de la Luna.

—La reina señala a una mujer alta de piel aceitunada y cabello ondulado—. Sophia se ocupará de ti.

No sé por qué me sorprende que conozca el nombre de la ayudante. Sería algo propio de Vesper, un pequeño gesto tan considerado como calculado. Asiento y salgo de la habitación con Sophia, que me guía en silencio por el edificio hasta que llegamos a dos puertas que parecen estar demasiado cerca una de otra. Con un rápido vistazo, compruebo que *todas* las puertas van en parejas.

En cuanto entro en la habitación, comprendo por qué. La risa que se me escapa no es ni amable ni alegre. Es seca y tan amarga que incluso la saboreo.

—Por supuesto. Sabía que esto era demasiado bueno para ser verdad.

La estancia es más grande de lo que esperaba... porque las dos puertas del pasillo dan al mismo sitio. El único resquicio de intimidad lo proporciona una tela semitransparente que recorre el espacio. Cuelga sobre la piscina que hay dentro, rozando el agua, aunque sin llegar a *dividirla*. Van a meter aquí a otro campeón y, luego, el sol se pondrá y estaré atrapada. Malditos sean.

El suelo de la estancia es de baldosas, parecido al de los baños principales. También veo media docena de mesas con velas encendidas, que proporcionan una atmósfera oscura e íntima. Se supone que esto es relajante. No lo sé.

Inspiro hondo una vez, y luego otra. Todo va a ir bien. Será fácil apagar de un soplo estas velas, con lo que se creará suficiente oscuridad como para esconderse. Puedo usar las sombras...

Se me encoge el estómago y tengo que cerrar los ojos para concentrarme en respirar durante unos cuantos segundos. El

recuerdo de aquella implacable oscuridad me golpea. Si intento usar las sombras para moverme, ¿acabaré *allí* dentro de nuevo? La idea me pone la piel de gallina por todo el cuerpo. Aunque ahora sepa cómo salir, no puedo dominar este miedo, que me exige que evite ese lugar imposible.

—Campeona de la Luna.

—¿Sí?

Miro hacia Sophia, plantada junto a una mesa del mismo tamaño que la cama del templo.

—Voy a salir para que te desnudes. Puedes dejar tu ropa y tus armas aquí. —Señala un banco que no he advertido del primer vistazo—. Por favor, luego ponte bocabajo para que empecemos. — Se desplaza por la habitación y enciende una vela más en cada mesa. Casi de inmediato se propaga por el espacio un aroma suave y relajante. Con cada inspiración que doy, mis pulmones se van distendiendo un poco más. Esto no tiene sentido. No dejo de darle vueltas a la cabeza, pero todo mi cuerpo se relaja, músculo a músculo, hasta que me siento laxa, casi inerte.

—Deja que las velas cumplan su cometido. —Esboza una dulce sonrisa—. Los campeones habéis pasado por mucho. Nos ocuparemos de vosotros. Túmbate y relájate. Volveré enseguida.

Podría protestar. *Debería* protestar. Si hay algo peor que la posibilidad de tener que luchar por mi vida en este espacio cerrado es hacerlo desnuda. Pero aún faltan horas para el ocaso y estoy increíblemente cansada de luchar.

Con un profundo suspiro empiezo a desnudarme. El banco está apoyado contra la pared opuesta a la puerta, a algo más de un metro de la mesa, así que puedo rodar sobre mí misma y agarrar las hoces en un instante. No voy a estar indefensa. Independientemente de los trucos que intenten poner en práctica los Espadas, esto es

preferible a lo que nos hicieron los Bastos. Y, aun así, una mosca atrapada en miel sigue estando tan muerta como una a la que aplastan de un manotazo en el aire.

Doblo mi ropa y deposito con cuidado las hoces sobre ella, con las empuñaduras hacia mí, listas para que las agarre a toda prisa.

—Odio esto —susurro. Sabía que las Pruebas serían difíciles, pero no esperaba el asco que me despierta la violencia. No esperaba que esa violencia salpicase a las personas a las que más quiero en todo el mundo.

Me meto bajo la suave manta que hay sobre la mesa y, en cuanto me tumbo, las velas aromáticas parecen multiplicar por diez su intensidad. Noto mi cuerpo flácido y raro. La sensación aumenta tanto que me envuelve el cerebro, tornando mis pensamientos lentos y nebulosos. Como buena necia que soy, no me visto de inmediato para salir corriendo de la habitación, sino que me quedo aquí tumbada, flotando.

Un sonido me impulsa a girar la cabeza, lenta, muy lentamente. Veo que las velas del otro lado de la pálida tela que divide la habitación en dos también se han encendido y llega hasta mí una voz grave, pero no comprendo las palabras que pronuncia. Solo cuando el aroma de las velas aumenta y la puerta se cierra advierto que hay otro campeón tras la tela divisoria.

Bajo la neblinosa luz de las velas atisbo una figura alta de hombros anchos y... Oh, dioses, es Nero.

Intento tensarme, pero la orden se pierde en alguna parte. Solo puedo quedarme tumbada, indefensa. La silueta de Nero se quita la camisa y se inclina para bajarse los pantalones. Se me acelera el corazón, pero es la única reacción que me permite este relax forzado. Eso y una breve inspiración.

No hay modo de que Nero lo haya oído por encima del suave

murmullo del agua en la piscina. Sin embargo, se gira hacia la tela divisoria con un movimiento que no es tan rígido como acostumbra.

—¿Kestrel?

Me dispongo a responder justo cuando se abre la puerta y entra Sophia. Es mejor así. Ahora mismo no estoy pensando con claridad por culpa del aroma de esas velas, que me enfanga los pensamientos y los instintos.

La sensación aumenta mientras Sophia se unta aceite caliente en las manos y empieza a darme el masaje. No puedo ni *pensar* mientras alivia mis contracturas. Que una desconocida me toque así mientras estoy tan vulnerable debería bastar para que me tensase de pánico, pero el miedo no penetra el muro de vidrio que me rodea. Veo ese miedo, sé que debería estar experimentándolo, pero no llega hasta mí.

En algún momento, Sophia hace que me dé la vuelta y empieza a masajearme el cuello y la parte frontal del cuerpo. Me siento muy bien. Demasiado bien. Se detiene en la parte superior de mis muslos.

—¿Te gustaría...?

De pronto comprendo a qué se refiere, lenta y pesadamente. Niego con la cabeza de inmediato.

—No. —Por mucho que respete a los Rubíes, no puedo aceptar este tipo de servicio en *estas* condiciones, compartiendo habitación con la Torre, separada por un lienzo. Carraspeo—. Pero gracias.

—Por supuesto. —Sonríe—. Cierra los ojos. Casi he acabado.

No tomo la decisión consciente de obedecer, pero los ojos se me cierran de todos modos. Cuando Sophia acaba con mis piernas, dedica algo de tiempo a trazar unos círculos delicados en mis sienes con las yemas de los dedos. Tras una última caricia en la parte superior de la cabeza, se aparta de mí. Soy vagamente consciente

de que la puerta se abre y vuelve a cerrarse. Se ha marchado de la habitación.

Me resulta muy tentador dejarme llevar, pero mi instinto de supervivencia no ha desaparecido por completo. Dormirme tan cerca del ocaso sería extremadamente necio por mi parte, así que hago un esfuerzo por moverme y bajo de la cama..., pero estoy a punto de caer de culo porque mis pies aceitados resbalan sobre las baldosas. Esto no va a salir bien. Miro despacio en derredor y reparo en una pequeña caja con viales de cristal junto a la bañera.

Tardo el doble de tiempo de lo normal en llegar hasta el borde de la bañera y meterme en el agua caliente. Sin embargo, una vez que me he sumergido hasta las caderas, me resulta difícil mantener la misma urgencia que me ha obligado a moverme. Me hundo en el asiento curvo de piedra, de una altura perfecta para que el agua me llegue justo hasta la barbilla. La sensación que me ha provocado el masaje y las velas aumenta hasta que tengo el cuerpo tan laxo que bien podría flotar.

—Qué listos han sido.

No me sobresalto. Estoy demasiado relajada como para reaccionar a la voz de Nero.

—Odio esto. —Giro la cabeza lo suficiente para mirar entre las sombras titilantes de la tela divisoria. No veo a Nero, pero suena demasiado cerca como para sentirme tranquila. Demasiado cerca para estar en el mismo baño al otro lado de esta ridícula tela. Me recorre un escalofrío al pensarlo.

—¿Qué parte es la que odias? —Habla más bajo que nunca, con un tono acaramelado.

—Todo. —Alzo la mirada hacia el techo y me cuesta percatarme de que también está embaldosado. La luz de las velas titila sobre los mosaicos azules de un modo muy elegante. Es muy hermoso. Todo

en esta casa de baños es hermoso y relajante. Ojalá hubiera tenido dinero para venir antes a un sitio así, para traer a Mara antes de que... Siento una punzada en el pecho y digo:

—Nada de este lugar es lo que parece. Ni nadie. Todo el mundo miente, juega a jueguecitos y espera que hagamos lo mismo.

—Lo que haga todo el mundo da igual.

Parpadeo lentamente.

—Claro que no da igual. Tienen el poder.

—Aun así, da igual. —Cambia de postura y su voz también cambia, como si ahora estuviese de cara a la tela que nos divide—. No puedes controlar lo que hacen, Kestrel. Solo puedes controlar lo que haces tú, quién eres tú. Eso no te lo pueden arrebatarse, por más jugadas que hagan.

—No quiero participar en esto —susurro—. Entré en las Pruebas buscando respuestas. Pretendía hacer de Caelria un lugar mejor para la gente que no tiene voz, poder ni dinero. No quiero tener que asesinar ni perderme en circunloquios constantes porque, de lo contrario, la gente pensará que soy una necia y que se me puede aplastar sin dudarlo.

—Tú puedes ser quien quieras y lo que quieras. —Lo dice con naturalidad, como si pronunciarlo en voz alta pudiese hacerlo realidad—. La Corte Menor no te puede arrebatarse eso, por más que se esfuerce.

—Nada es como yo pensaba, como se suponía que iba a ser. —Inspiro hondo, lenta y deliberadamente—. Estoy muy cansada, Nero.

—Tus motivos para entrar en las Pruebas son más válidos que los de la mayoría de los demás campeones. Los Sedimentos te necesitan. Tu familia te necesita. —Sueno tenso por primera vez desde que empezó esta conversación.

—Mi familia... —Suelta una risa estrangulada—. La mujer que

murió en el estadio anoche era mi mejor amiga. Más que una amiga, en realidad. Ella no quería que entrase en las Pruebas, pero me apoyó aunque no estaba de acuerdo con mi decisión. Prometió cuidar de mi familia mientras yo no estaba. —Cada palabra es un cuchillo clavándose en mis pulmones. Un cuchillo que se retuerce, se retuerce, se retuerce—. Y ahora ha muerto.

—Lo siento. —Suenas como si lo sintiese de verdad.

—La persona que los Bastos trajeron al estadio... ¿qué relación tenía contigo?

Nero guarda silencio durante unos instantes.

—Era un posadero. Yo tenía suficiente dinero para viajar hasta Caelria después de la muerte de mi familia, pero se me acabó poco después de llegar. Me dejó quedarme en su granero a cambio de limpiar los establos. Ya tenía un chico al que pagaba por hacer esa tarea, así que no le hacía falta darme un espacio seguro para dormir ni tres comidas al día. Lo hizo porque era bueno. Y ahora ha muerto.

La sensación de mi pecho se agrava.

—Lo siento.

—Sí, yo también.

El agua está caliente y huele muy bien. Lo único que quiero es hundirme y no volver a salir jamás a la superficie.

—¿Es esto lo que implica ser miembro del Concilium?, ¿ser lo bastante poderoso como para cumplir nuestra misión, pero no para mantener a salvo a nuestros seres queridos? —digo con voz tomada—. Ser miembro de la Corte de Espadas no salvó a Vesper cuando era joven. *Nadie* está a salvo.

—No te atrevas a rendirte.

—No voy a rendirme. —Al menos eso creo. No quiero morir, así que la única opción que me queda es vivir. Matar. Sobrevivir—. Yo solo quiero cerrar los ojos durante un rato.

—Kestrel...

No quiero oír nada más. Podemos seguir dándole vueltas a lo mismo y tener en mente nuestras metas para seguir adelante, pero ahora no quiero dar ni un paso más. Me meto bajo el agua sin cerrar los ojos. Mi objetivo no es la oscuridad, sino el silencio. Bajo la superficie, justo eso es lo que me sale al paso. Sin preguntas, sin respuestas más allá de mi alcance. Me limito a estar ahí, con la presión del agua a mi alrededor. No es como el espacio entre las sombras, donde no hay nada que me ancle a la realidad. La luz parpadea sobre la superficie de la bañera en las alturas y el peso del agua es muy real. Me hundo hasta el fondo y me acomodo sobre la piedra, ligeramente rugosa, una piedra dura que no cede ante mi contacto.

Me arde el pecho, pero ignoro la sensación. No quiero dejar esta paz perfecta. Aún no, hasta que no me quede otra alternativa. La realidad siempre viene, quiera yo o no. Esta vez también lo hará, pero no hasta que yo lo decida.

Atisbo un leve movimiento en mi campo de visión que me lleva a girar la cabeza, pero soy demasiado lenta. Entreveo la sombra de un cuerpo pálido y noto unas manos fuertes agarrándome de los brazos y subiéndome hasta la superficie de un tirón.

Jadeo al sentir el dulce aire abrasándome los pulmones y contemplo los oscuros ojos de Nero, frenéticos.

—¿Qué haces?

—¿Qué haces *tú*? —Me zarandea, con tanta fuerza que sospecho que me saldrán moretones. Eso si no sobrevivo tanto como para que la Luna me cure—. No puedes rendirte.

—No me estoy rindiendo. —Intento apartarlo de un empujón, pero me quedo en blanco en cuanto toco su piel desnuda. Viste lo mismo que yo, es decir, nada en absoluto. Contemplo mis manos

sobre su pecho. Está más pálido aún que yo, su piel es tan blanca como la Luna—. Nero... —No sé qué decir. No sé nada en absoluto.

Él afloja su agarre, aunque solo un poco.

—Kestrel. —Inspira hondo, expandiendo su pecho bajo mis manos. Echa la cabeza hacia atrás y cierra los ojos, con gesto de dolor—. Kestrel, por favor.

Uno de los dos tiene que apartarse ya. Esto es el colmo de la imprudencia, prácticamente un suicidio. Aunque el sol siga en el cielo, la luna se alzaré pronto y, cuando lo haga, se espera que luchemos a muerte.

—Nero —susurro. La verdad florece en mi interior, esa misma que llevo ignorando con todas mis fuerzas desde el momento en que me desperté tras ser tocada por la Luna y comprendí que nada de las Pruebas era lo que yo esperaba—. Tengo mucho miedo.

Él inspira hondo y, de alguna manera, se acerca más a mí. Baja las manos de mis brazos a mis caderas. En este momento se convierte en alguien diferente. No es solo un campeón, ni siquiera es la Torre, que debería ser un enemigo, pero es la única persona a quien entiendo. Apoya los dedos en la curva de mi culo. Su contacto es ligero, casi inexistente, ni lo sentiría de no ser porque hasta el último resquicio de mi ser está concentrado en él.

Pero sí que lo siento. La leve presión que ejerce me atraviesa como un rayo. Su corazón se desboca bajo mi mano. Si yo no estuviera ahogada por el estruendo de mi pulso, quizá oyese el suyo.

Finalmente, Nero abre los ojos, con las pupilas dilatadas.

—De mí no tienes que tener miedo.

—Lo sé. —Y es verdad.

Lenta y agónicamente, Nero lleva una mano a la parte baja de mi espalda y alza la otra para apartarme el cabello húmedo de la cara con una caricia. No quita la mano una vez que lo consigue, sino

que acuna mi rostro, mirándome a los ojos con toda intención.

—No voy a hacerte daño.

«¿Y si quiero que me lo hagas?».

No soy tan temeraria como para decir *eso* en voz alta, al margen de lo que esté sucediendo aquí. Ahora me siento cómoda en mi propia piel por primera vez desde que me entregué a la Luna. Ni siquiera me había dado cuenta de lo extraño que era todo hasta este momento en que me siento *yo misma*: Kestrel, una mujer que conoce su fuerza y su determinación. Una superviviente.

Pero no soy solo Kestrel. Ya no.

—Yo tampoco quiero hacerte daño —digo suavemente—. Me da miedo lo que pase esta noche.

—No tendrás que decidir nada. Te lo prometo. —Me acaricia el pómulos con el pulgar, tocándome como si estuviera hecha de vidrio en lugar de fango, sangre y acero.

No puede hacerme esa promesa, pero en ese momento lo quiero un poco por la clara intención de sus palabras, porque lo dice con sinceridad. La expresión de Nero es totalmente franca y su deseo lleva mi nombre.

Me muerdo el labio inferior y tiemblo cuando su mirada se posa en mi boca. Me he acostado con varias personas a lo largo de los años, pero nadie me ha mirado como me mira él, como si fuera a morir si dejo de tocarlo. No hay ningún artificio, no hay ningún juego ni flirteo en la profundidad de su deseo. Me quiere a mí. Me necesita incluso.

Al final deja la decisión en mis manos. No tengo razón alguna para confiar en él, para creer que, si doy un paso atrás y salgo del baño, me respetará y me dejará marchar. De todos modos, sé que es así. Por eso deslizo las manos hasta sus hombros, recorriendo con los dedos las cicatrices que cubren su pálida piel. Le acuno el cuello

con la mano, aplicando una leve presión, y Nero se inclina como un junco ante un vendaval. Su rostro desciende hacia el mío.

Y, aun así, no salva esa última distancia diminuta entre los dos. Me deja la elección a mí. Me permite llevar la voz cantante. Como si hubiese podido haber un destino diferente desde el momento en que me sonrió cuando contemplamos juntos el alba por vez primera.

Y, así, beso a Nero.

Ciertamente hay algunos miembros de la Cinque que son más favorables para la ciudad que otros. Lo mejor sería que a ciertos dioses —la Torre, el Diablo o la Luna— no se les permitiese acumular poder durante los veintidós años que transcurren entre unas Pruebas del Tarot y otras. Por supuesto, nosotros no podemos interferir, pero vale la pena señalarlo...

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



30

La boca de Nero sabe como el final de absolutamente todo. Mi mundo entero se hace pedazos. Él me aprieta contra sí y me devuelve el beso, como si no fuera a tener ninguna oportunidad más de experimentar esto. Quizá sea así. Yo podría morir esta noche. Podría morir él, aunque me parece menos probable. Dioses, podríamos morir *los dos*.

Esto es un error, pero jamás me he encontrado con un hermoso error que no quisiera hacer mío. No ha salido bien ni una sola vez, y esta tampoco lo hará. Me da igual.

Me suelta solo un instante, pero para agarrarme por los muslos y alzarme, de manera que pueda rodearle la cintura con las piernas. Pensaba que estaba preparada para sentir su cuerpo contra el mío, pero no hay modo alguno de prepararse para esto. Es pura fuerza y músculos marcados, y me sostiene sin la menor dificultad mientras me devora la boca. Resulta abrumador. Jamás me he sentido tan viva.

Le hundo las manos en el cabello y giro su rostro en el ángulo exacto que necesito para devorarlo yo también. Gime pegado a mis

labios, un sonido ribeteado de un ansia tan profunda que me arrebató el aliento.

Aunque yo hubiera sido tan necia como para imaginarme besándolo, deseando más, jamás habría podido anticipar *esto*. Nero se ha mostrado muy contenido desde el momento en que nos conocimos. Y sus deslices no han sido más que eso..., deslices. Esto es totalmente diferente.

Me alza aún más y me recorre con la boca desde el cuello hasta el pecho. Los dos estamos mojados por el baño, resbaladizos por el aceite del masaje, pero su agarre es férreo. Mordisquea la parte inferior de mi pecho derecho y, luego, atrapa mi pezón con la boca.

Ahora me toca a mí gemir y retorcerme para él. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me tocaron con deseo en lugar de con violencia. El ansia florece en mi interior, exigiéndome que tome, tome y tome más de él, porque esta oportunidad no volverá a aparecer. Yo no debería estar *aquí* ahora mismo, pero la advertencia se desvanece cuando Nero cambia ligeramente de postura y me acaricia el coño con las yemas de los dedos.

Nos quedamos petrificados. Creí que ya habíamos pasado el punto de no retorno, pero me equivocaba. Está aquí, ahora, en este momento. Nero me contempla con sus ojos completamente negros, lamiéndose los labios.

—¿Kestrel?

—No pares. —Muevo las caderas, intentando guiarlo para que me toque con más firmeza.

Vacila solo un instante. Luego atraviesa el agua hasta el borde de la bañera, donde me deja y me abre del todo los muslos. Y entonces se limita a... contemplarme, como si quisiera memorizar cada momento.

Yo también lo contemplo. Es tremendamente hermoso, con los

hombros anchos y el pecho esculpido. Bajo la titilante luz de las velas, encuentro con la mirada lo mismo que han hallado mis dedos: cicatrices. Muchas, muchas cicatrices. Apenas las noté cuando estábamos frente a frente, pero ahora no veo otra cosa. Líneas de tajos que cruzan su pecho y su vientre, algunas tan grandes que es todo un milagro que haya sobrevivido. Tiene una cicatriz en la cadera izquierda que parece una quemadura, pero no lo sé a ciencia cierta.

—Nero...

—Quiero saborearte. —Se arrodilla sobre el asiento tallado de la bañera y recorre con los dedos la parte interior de mis muslos. Parece hacerlo con reverencia, pero eso no es posible. Esto no es más que sexo. Sexo imprudente y temerario.

Inclina la cabeza y abarca mi coño con la boca. Todo pensamiento, toda capacidad de hablar desaparece con el lento roce de su lengua. Echo la cabeza hacia atrás y gimoteo. Llevo las manos a sus cabellos y me lo acerco al clítoris.

—Ahí. Por favor. Necesito...

No hace falta que se lo diga dos veces. Me besa, chupa y, finalmente, alcanza el ritmo que me altera la respiración y me arranca pequeños gemidos con cada aliento. La presión aumenta cada vez más de un modo abrumador, convirtiéndome en una criaturilla que se deshace entre gimoteos, que le suplica que no pare. Y Nero no para. Me agarra de los muslos y me mantiene con las piernas separadas mientras me lleva hasta un orgasmo que me arquea la espalda y me arrebató todo lo malo que me ha sucedido, al menos durante unos segundos.

No basta. Lo necesito dentro de mí y lo necesito ahora mismo. Tiro de su cabello con demasiada fuerza.

—Ven aquí.

Nero me obedece, con los ojos desorbitados y la parte inferior de la cara mojada con mi deseo. Lo vuelvo a besar, deleitándome con mi propio sabor en su lengua. Aunque me siguen temblando las piernas, soy yo quien lo obliga a sentarse en el borde de un empujón. Casi me caigo cuando cambio de postura para ponerme a horcajadas sobre él, pero Nero me agarra y evita que quede como el culo.

Con un rápido vistazo a su cara, compruebo que no hay en ella ni rastro del humor que podría ahogar mi deseo. Solo veo ansia, tanta ansia que podría tragarse el mundo entero y seguir pidiendo más. Yo no puedo darle el mundo, ni siquiera puedo darle una noche entera. Lo único que puedo darle es este instante, tendrá que bastar.

Agarro su carne, larga y gruesa.

—¿Sí?

—Sí. —La palabra le sale atormentada, como si lo tuviese agarrado por la garganta con dedos trémulos.

Subo un poco para colocármela justo en la abertura. Aunque mi anterior orgasmo me ha dejado empapada, la tiene tan gorda que va a costar encajarla. Nero aprieta la frente contra la mía mientras me la voy introduciendo con dificultad. Su respiración está más alterada que cuando luchó conmigo la primera noche.

Sus dedos se crisan sobre mis caderas. No intenta guiarme, solo me acompaña en el movimiento.

—Por los dioses, Kestrel, joder. —No sabía las ansias que tenía de hacer que este hombre perdiese el control hasta que lo veo. Hasta que soy yo quien se lo hace perder. Le doy un beso en la comisura de la boca, en la mandíbula.

—Confía en mí. —Sigo murmurando incoherencias mientras acabo de deslizármela dentro del todo. Él se tensa.

—No te muevas.

—¿Qué?

Nero se echa hacia atrás y cierra los ojos.

—Dame... un segundo.

No quiero. Quiero mover las caderas y llevarlo hasta el clímax a su pesar. Nadie me había deseado tanto en mi vida. Me siento poderosa de un modo que no durará, pero me da igual. Agarro su rostro y me lo acerco para besarlo de nuevo. Rozo levemente sus labios con los míos, y luego otra vez. La tercera vez, Nero susurra mi nombre y yo pierdo el control.

Me sujeto a sus hombros para afianzarme y nuevo las caderas. La baldosa se me clava en las rodillas, pero el dolor me asegura que esto es real, que no es mentira. Rara vez es la vida una única cosa, así que no confiaría en nada bueno que no viniera acompañado de algo malo.

Nero baja la vista al punto en el que estamos unidos, con la mandíbula tensa.

—Kestrel...

—Confía en mí. —Deslizo mi mano libre por mi vientre hasta acariciarme el clítoris—. Yo me ocupo del placer de los dos.

Suelta un suspiro tembloroso y me agarra del culo, manteniendo el mismo ritmo aunque yo esté a punto de flaquear porque se acerca un segundo orgasmo. Esta vez, al correrme, lo arrastro hasta las profundidades conmigo. Me dejo caer sobre su pecho, agotada por completo, y Nero me rodea con brazos trémulos. Pronto llegará el remordimiento, pero no puedo negar el absoluto alivio que supone dejarme llevar en este instante sin ningún tipo de expectativa. Nero me acaricia la espalda con una mano, un roce lo bastante tierno como para que se me agriete levemente el corazón.

—Kestrel.

—Nero. —Sonríó, pegada a su pecho—. Probablemente esto ha

sido un error.

—Sin la menor duda. —Pero no suena como si ya estuviese pensando en las posibles consecuencias, sino que habla con indolencia, pues el placer perdura. Detiene la mano justo en el centro de mi espalda—. ¿Qué tienes aquí?

Ya sé a qué se refiere: a la cicatriz que me recorre horizontalmente la columna.

—Uno de los muchos encontronazos que he tenido con los Bastos a lo largo de los años. Ella blandía una maza y yo no fui lo bastante rápida, aunque conseguí escapar.

Me da un beso en la sien.

—Lo siento.

—Mis cicatrices no son nada comparadas con las tuyas. —Me echo hacia atrás lo justo como para tocar la que le cubre el hombro. Es una cicatriz protuberante, no tan limpia como las otras, las plateadas—. Aquí parece que intentasen arrancarte el brazo de un mordisco.

Si le resulta raro estar teniendo esta conversación mientras sigue dentro de mí, no hace el menor movimiento para poner espacio entre los dos. Yo tampoco. Nero se encoge de hombros.

—Cuando vives en un lugar sin murallas, a veces los habitantes de las tierras salvajes se cuelan. —No hay mucho más que decir, pero tomo nota mental de volver a abordar el tema en la siguiente cita..., si es que sobrevivimos, si conseguimos entrar en la Cinque. Como si esa mera idea abriese una puerta, la realidad cae como un jarro de agua fría. Había perdido la noción del tiempo entre los brazos de Nero, pero el ocaso se...

«Ay, mierda».

Ya se ha puesto el sol. Ni siquiera me había dado cuenta. Estaba demasiado ocupada corriéndome gracias a la polla de Nero como

para pensar en el hecho de que, básicamente, le estoy ofreciendo la garganta al mayor depredador de todos los campeones.

Me echo hacia atrás, resuelta a poner tanta distancia entre los dos como sea posible. Las velas están demasiado lejos, la habitación es demasiado pequeña. Joder, voy a morir.

Caigo al agua y me hundo, pero solo un instante. Un instante demasiado largo. He visto lo rápido que se mueve Nero cuando quiere. Lo único que tiene que hacer es inmovilizarme bajo el agua y dejar que esta se me meta en los pulmones y acabe con todo lo que tanto me he esforzado por conseguir.

Sin embargo, cuando vuelvo a salir del agua, con las manos alzadas en gesto defensivo, veo que está justo donde lo dejé. Y lo que es peor en muchos sentidos: parece realmente sorprendido y... ¿dolido?

—Si te mueves, te mato —jadeo. No es una amenaza ni remotamente convincente. En el estado en que me encuentro ahora mismo, ¿qué podría hacerle yo?

«Húndelo en las sombras», susurra una voz en el fondo de mi mente.

Pero me niego. No pienso volver a hacerle eso a nadie *jamás*. Al menos si tengo alternativa, cosa que quizá no tenga ahora mismo.

¿Por qué no se ha movido?

Retrocedo hasta que mi espalda toca la tela que separa las dos mitades del cuarto.

—Por favor, no me obligues a hacer esto.

Nero se inclina hacia delante y apoya los codos en los muslos. No parece preocuparle en absoluto el hecho de estar desnudo, ni que yo vea las pruebas de todo lo que acabamos de hacer en su cara y su regazo.

—Prometí que no te haría daño. Iba en serio.

—Las Pruebas acabarán esta noche. No me irás a decir que no se te ha ocurrido aprovechar nuestra proximidad. —Su gesto de dolor se acentúa, así que le espeto—: ¡El sol ya se ha puesto!

—Lo sé. Ha sido mientras te corrías con mi lengua —habla lenta y francamente, sin presumir por haberme distraído.

—No... —Eso es imposible. Pero no puedo estar segura, ¿verdad? No estaba prestando atención. Estaba demasiado concentrada en estar presente en mi cuerpo, en perseguir el placer que me provocaba el contacto de este hombre—. No lo entiendo —susurro.

Aun así, Nero sigue sin moverse. Se percibe la angustia en su expresión.

—Aunque no hubiera sido parte del plan de la Muerte, no te habría hecho daño, Kestrel. Ya te lo dije, los dos queremos una Caelria diferente.

Dado que está claro que no pretende atacarme, bajo las manos.

—Por si no te has dado cuenta, todo el mundo de este maldito lugar miente más que habla. ¿Por qué ibas a ser tú diferente?

—Porque yo no soy de este lugar..., ni tú tampoco. —Se mueve despacio, deslizándose por el borde de la bañera hasta quedar plantado en medio. Todavía está a más de un metro de mí, pero me sigue pareciendo demasiado cerca—. No somos miembros de la Corte Menor ni de los gremios, ni de nada parecido. Puedes confiar en mí.

—No, no puedo —digo a las claras, aunque entonces me doy cuenta de lo demás que ha dicho—. ¿A qué te refieres con «el plan de la Muerte»? Sé que dijo que no me haría daño, pero no te refieres a eso, ¿verdad?

Una vez más percibo algo en su rostro, como si no hubiera querido contar tanto.

—No es nada.

Desde luego que es *algo*. Sigo presionando:

—Cuéntamelo, Nero. Cuéntamelo todo ahora mismo, joder. ¿Qué está planeando la Muerte? ¿Te va a dar una recompensa por follar conmigo?

—No. —Niega vehementemente con la cabeza—. Si se entera, no le va a hacer gracia.

—¿Entonces *qué*?

Está claro que no quiere contármelo, pero, si no vamos a luchar a muerte, más le vale empezar a darme respuestas. Al cabo, Nero suspira.

—Tras la primera noche, me obligó a darle mi palabra de que no te haría daño. Desde entonces, ha conseguido que tanto la Estrella como la Sacerdotisa le hagan la misma promesa a cambio de unirse a su alianza.

—¿*Qué*? —La Muerte ya me dijo que no pretendía hacerme daño, pero obligar a otros a hacer la misma promesa es harina de otro costal—. La Muerte no tiene ninguna alianza con la Sacerdotisa y la Estrella. Se habían aliado con el Carro.

—Así es, pero tú le mataste.

Yo ya estoy negando con la cabeza.

—Eso no tiene ningún sentido. ¿Por qué no unirse a nuestra alianza y asesinar a la Sacerdotisa y la Estrella? Es un plan demasiado complicado.

—¿De qué alianza hablas, Kestrel? —Lo dice casi con ternura—. El Sol y la Rueda de la Fortuna te han dado la espalda.

—Por culpa de *vuestro* ataque.

—Eso no cambia nada. —Se encoge de hombros, pero cede al ver mi expresión, sea la que sea—. La Muerte tiene sus propios planes, pero no los comparte conmigo. Yo solo puedo sacar conclusiones de lo que hace. Desconfía profundamente de los

Espadas, por lo que no permitirá que ningún miembro de esa corte vuelva a tener voto en el Concilium. Jamás habría aceptado una alianza con nadie que tenga que ver con los Espadas, por eso no lo ha hecho.

«Va a matar a Vesper».

Me pongo en marcha antes de acabar de formular ese pensamiento. Nero no intenta detenerme, pero sí que sale del agua y me sigue por la estancia. Yo agarro una toalla y me apresuro a secarme.

—¿Qué haces?

—No podéis matar a Vesper.

Él suspira.

—Esta noche, yo no voy a matar a nadie. —Nero me toca el hombro—. Quédate aquí. Estaremos a salvo. Las Pruebas habrán acabado al alba.

Lo aparto de un manotazo.

—Nunca he sido una persona capaz de darle la espalda a la gente que le importa solo porque resulte conveniente y no lo voy a ser ahora. Vesper y yo tenemos una alianza.

—¿Seguro? No tardó en alejarse de ti cuando apareciste anoche. —Me mira con atención, pero no intenta volver a tocarme—. No confía en ti. Y tampoco el Sol: si la Muerte le hubiese propuesto una alianza a cambio de tu vida, habría aceptado sin dudarlo.

Tiene toda la razón. Al margen de todo lo demás, Cato es un superviviente y está resuelto a sobrevivir para proteger a su madre. Yo no pretendía traicionar su confianza, pero las intenciones importan menos que los hechos.

—Yo no controlo sus decisiones.

—Kestrel...

—No. —Me pongo la ropa y maldigo este corpiño que se me

queda atascado en los hombros... hasta que Nero me lo coloca de un tirón. Lo asesino con la mirada—. No necesito tu ayuda.

—La tienes igualmente. —Por una vez, casi parece nervioso—. No me he acostado contigo para engañarte. No pretendía que sucediese. De verdad que pensaba que estabas ahogándote y trataba de salvarte. Y entonces...

Y entonces. Por más que ahora quiera estar enfadada con él, no lo consigo. Nero intentó resistir la atracción entre ambos. Yo no.

—Lo sé.

—Bien. —Suelta el aire lentamente—. No vas a permanecer en esta estancia hasta el alba, ¿verdad?

—Anoche no tuve más alternativa que quedarme quieta mientras mataban a uno de mis seres queridos. —Siento una punzada en el pecho al recordar la cara de Mara. ¿Es eso cierto? ¿Podría haber hecho algo? En cuanto me presionaron para que me quedase en mi asiento, cedí al instante. Es algo con lo que tendré que lidiar durante el resto de mi vida. Carraspeo—. Vesper y yo tenemos una alianza. No permitiré que la Muerte le haga daño, ni a Cato tampoco.

Tras lo que parece ser un rápido debate interno, Nero asiente.

—Está bien. Dame un momento para vestirme y te ayudaré.

Yo parpadeo.

—¿Disculpa?

—No pienso luchar contra la Muerte. —Alza una mano—. Dio su palabra de que no haría daño ni a la Estrella ni a la Sacerdotisa, pero yo no. Si las matamos antes de que caigan la Rueda de la Fortuna y el Sol, todo habrá acabado.

—No puedo confiar en ti.

Él se encoge de hombros.

—No tienes motivos para desconfiar de mí. *He* mantenido mi palabra.

—Estás rompiendo tu alianza con la Muerte. —«¿Por mí?». No consigo pronunciar esa última parte. Sí, hemos alcanzado un entendimiento porque los dos somos foráneos. Sí, acabamos de acostarnos. Pero... estamos hablando de la *Muerte*. La Torre está arriesgando su vida por mí.

Él esboza una leve sonrisa.

—Supongo que sí.

No hay nada más que decir. Puedo confiar en él o puedo no hacerlo. Agarro mis botas.

—Vístete rápido. Quiero largarme de aquí lo antes posible.

No hace falta que se lo diga dos veces. Nero aparta la tela divisoria y se acerca a su ropa pulcramente doblada en un montón. Estoy a punto de caer en la tentación de contemplar cómo se viste, pero el tiempo apremia, así que me aparto y me pongo las botas. Luego me coloco el arnés de las hoces y ya estoy vestida. No tengo un aspecto tan elegante como esta mañana, pero me da igual.

Al girarme compruebo que Nero también se ha vestido, aunque no se ha puesto esa capa tan teatral e innecesaria que llevaba. Toca la empuñadura de su espada, que asoma por detrás de su hombro, como si quisiera asegurarse de que sigue ahí.

Yo me dirijo a la puerta.

—Vamos.

La capacidad de Vesper de aprovechar sus conocimientos sobre los barrios de la colina depende de que ponga distancia con los demás campeones. Sin mi magia para moverse entre las sombras, no habrá podido alejarse suficiente de quienes lo persiguen.

Ha pasado casi una hora desde el ocaso. Es demasiado. Es demasiado, maldita sea. El miedo intenta adueñarse de mis extremidades, mi corazón y mis pulmones, pero lo ahuyento. No puedo permitirme tener miedo. Debo actuar.

La suerte es algo nebuloso y difícil de cuantificar. ¿Es por suerte por lo que la tormenta estalla segundos después de que alguien haya llegado a casa o es mera coincidencia? El caos es aterrador por nuestra incapacidad para controlar. Por eso, la gente intenta instintivamente atribuir el azar a un dios invisible. Por ello, continúa el culto a la Rueda de la Fortuna.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



31

A pesar de mi miedo de no encontrar a Vesper, en cuanto salimos de la casa de baños —que ahora parece estar vacía—, se oye una lucha lejana. Nero da un paso al frente y abre la marcha. No sé cómo sentirme al respecto, pero no hay tiempo para discutir. Corremos por la calle bajo la brillante luz del sol, que se adivina en la lejanía.

«Cato».

Si me ve llegar con la Torre, lo interpretará como otra traición, aunque me da igual que me odie con tal de que siga vivo. No puedo controlar lo que sucedió anoche. Tampoco los tratos que esté haciendo la Muerte entre bambalinas. No puedo controlar *nada*. Pero eso no va a impedir que lo intente. Se trata de mis aliados. De mis... amigos. No sé qué venganza quiere cobrarse la Muerte con los Espadas, pero Vesper no va a pagar el precio, me niego.

Nero se adelanta enseguida, pues sus piernas son más largas y devoran la distancia que nos separa de la batalla, más estridente a medida que pasan los segundos. Cuando gira un recodo, aprieto el paso todo lo que puedo, forzando a mi cuerpo maltratado a

mantenerle el ritmo. Con independencia de las promesas que me haya hecho, no puedo confiar en él. Lo primero que hizo fue forjar una alianza con la Muerte, aunque este no quiere que yo muera, por lo que quizá con eso baste para que Nero se niegue a matar a Cato y a Vesper. Pero no puedo estar segura.

Tan centrada estoy en aguantar su ritmo que no me doy cuenta de que se ha detenido y casi choco contra su espalda. Me tambaleo en un intento de mantenerme en pie. La escena que tengo ante mí corta las palabras bruscas que podría haberle dicho: Vesper y Cato están espalda contra espalda mientras el trío de los campeones restantes los rodea. Son depredadores a la espera de que bajen la guardia. Yo saco las hoces y dejo atrás a Nero. No sé cómo arreglar la situación, pero Vesper y Cato no van a luchar solos. Si puedo...

Solo he dado un par de pasos cuando algo se lía alrededor de mis tobillos y caigo sobre los adoquines. Mis hoces repiquetea por el suelo lejos de mi alcance. Giro hasta quedar bocarriba, lista para defenderme, pero Nero ya está pasando por encima de mí con la espada desenvainada.

¿Va a matar a mis aliados? ¿Los va a proteger?

No estoy segura y, como no estoy segura, me abalanzo sobre mis hoces. La primera no está muy lejos, pero, al pasear la vista en busca de la otra, veo que está debajo de la delicada bota de la Estrella, que alza una ceja.

—De verdad, querida, ahora mismo te estás portando de manera muy exagerada. La Muerte se ha esforzado mucho para asegurarse de que sobrevives, a pesar de tu empeño en lo contrario. Sería una pena que no hubiera servido para nada.

Podría asesinarla ahora mismo. Aunque su arma es el veneno, tiene que tocarme para inculármelo. Además, ha prometido que no va a hacerme daño, lo cual la pone en desventaja.

Vesper suelta un grito, apartando mi atención de la Estrella. Tardaría demasiado en rajar por completo a la muy perra. Tengo que intervenir en la pelea. Me pongo en pie y, dando por perdida la segunda hoz, corro tras Nero hacia el lugar donde la Muerte se enfrenta a mis aliados. Aunque me atreviese a moverme entre las sombras, ahora mismo Cato emite demasiada luz.

«¿Seguirá ahí dentro el cadáver del Carro, podrido y hediondo?».

Da igual. *No* puedo hacerlo. Mi incapacidad me provoca alivio, una vergüenza que me llevaré a la tumba.

La Muerte enarbola la espada y consigue separar a Vesper de Cato. Vesper se arroja a un lado, sin rastro de sus destellos púrpura: la suerte no está de su parte. Malditos sean los dioses. Bastará un único corte para que la magia de la Muerte se ponga en funcionamiento y le arrebate a Vesper la vida de sus ojos castaños, de la tensa curva de su sonrisa, de la sagaz maraña de planes de su impresionante mente. No quiero que muera. No quiero que muera *nadie* más.

Es un deseo imposible. Las Pruebas solo pueden acabar de una manera: con cinco campeones vivos y diecisiete muertos. Es que no quiero que muera ninguno de mis seres queridos. Quizá sea extremadamente egoísta por mi parte, pero así soy yo. He cometido el error de dejar que Vesper se me acerque demasiado, de empezar a disfrutar de la arrogancia despreocupada de Cato, de caer en brazos de Nero, encontrando en ellos una comodidad y un placer que jamás habría imaginado.

Aprieto el paso y cruzo el espacio que me separa de Nero, que acaba de llegar hasta Cato. Sin pensarlo siquiera, lo aparto de un empujón. Él se desplaza varios pasos e hince la rodilla, aún con la espada en ristre.

En cuanto a Cato..., alza la mano de golpe e interrumpe el rayo

mortal de luz solar que estaba a punto de lanzarle al pecho a Nero. Sus ojos se desorbitan.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Estás con *ellos*?

—¡No! —No salvo la distancia que nos separa, solo alzo la mano libre. Detrás de Cato, Vesper vuelve a arrojarse al suelo y a rodar para evitar los golpes de la Muerte—. La Muerte quiere acabar con Vesper. Necesita nuestra ayuda.

En lugar de girarse en redondo, Cato mira de reojo a Nero, que se pone lentamente en pie. Lo ve como un enemigo, y no piensa darle la espalda a ningún enemigo, ni siquiera para ayudar a Vesper. Si vuelve a orientar sus rayos solares hacia Nero y este no se defiende... Me muevo antes de que Cato tenga oportunidad de hacerlo, saltando delante de Nero con los brazos extendidos.

—¡Detente!

—Si no te apartas...

—No vas a hacer nada —dice Nero detrás de mí, y su fría voz se propaga rápidamente por el aire nocturno—. Si la tocas, la Muerte acabará contigo.

A Cato empiezan a temblarle las manos y sus oscuros ojos se desorbitan.

—Han de morir dos, Kestrel. Y yo no pienso sacrificarme.

—¡Yo no quiero que te sacrifiques!

La Muerte lanza un tajo y no acierta a Vesper por poco. Vesper no debería ser capaz de evitar todos los ataques, pero siempre se las arregla para quedar a un centímetro del filo de su espada. ¿Cuánto va a aguantar así? Sobre todo, si Cato decide luchar con Nero y conmigo.

«Mátalo. Es una amenaza».

Ignoro esa voz. Es cierto que Cato es una amenaza, pero me niego a creer que lo sea para *mí*. Trata de sobrevivir, al igual que

todos nosotros. Cato quiere a su madre tanto como yo a Mouse y a los pequeños. Durante las Pruebas, me ha protegido una y otra vez, manteniéndome con vida. Sin su ayuda, yo habría muerto. Me da igual que esta noche me haya dado la espalda, pues entiendo por qué lo ha hecho. Me da igual lo que me susurra la voz de la Luna, no pienso matarlo; al menos si tengo alternativa. Agarro su brazo con la mano libre.

—Cato, *basta*.

—Apártate de mi camino. —Me agarra de las muñecas y me arroja contra los adoquines del suelo con tanta fuerza que se me escapa el aire de los pulmones y siento un crujido en el cráneo que me provoca náuseas.

—¡No! —Alargo una mano, pero ya es demasiado tarde. La Muerte va a matar a Vesper. Cato va a matar a Nero, o quizá Nero vaya a matar a Cato. Sea cual sea el resultado, voy a perder a alguno de mis seres queridos. Agarro a Cato del tobillo—. ¡Detente, por favor!

Él me dirige una mirada rayana en el odio.

—¡Te largaste! Ahora no puedes exigir nada. —Libera el tobillo de un tirón y sigue acercándose a Nero, que aguarda con la espada alzada ante él en un ángulo que conozco bien.

Sin embargo, el arma se le cae de los dedos, de pronto laxos, golpeando el suelo con un repiqueteo que parece reverberar en esta encrucijada repentinamente silenciosa.

Nero suelta una tos húmeda y se lleva los dedos a los labios.

—¿Qué...? —Se desploma. La Estrella está justo detrás de él, poniéndose despreocupadamente los guantes de encaje.

—*Hay* que prestar más atención al entorno, querido. Hice un trato con la Muerte..., pero no contigo.

—No. *No*. —Recorro a gatas los adoquines que nos separan, sin

apenas darme cuenta de las rozaduras en mis rodillas, ya magulladas, hasta estar agachada junto a Nero. No, junto a Nero no. Junto a *su cadáver*. La sangre le cubre los labios y sus ojos han quedado vacíos ante la presencia de la muerte. Alargo una mano temblorosamente..., pero Cato me agarra de la muñeca.

—Ha usado veneno —murmura.

—Venga ya. No soy ninguna aficionada. Es interno. No brota de la piel de la preciosa princesa.

Alzo la vista hacia la Estrella, que parece ajena por completo a la violencia que acaba de ejercer, igual que siempre. Se dedica a revolotear de aquí para allá soltando comentarios maliciosos y manipulando a quienes la rodean. ¿Cómo puede ser que *ella* viva y Nero muera? Nero era más honorable de lo que ella llegará a ser jamás. Ella ya ha tenido una oportunidad como miembro de la Cinque y no ha hecho nada para ayudar a nadie más que a sí misma.

Detrás de ella, la Sacerdotisa desaparece de repente. Solo intuyo su silueta acercándose a la Estrella por la espalda. En el sigilo con el que se desplaza quedan claras sus intenciones. En lugar de mirarla, me centro en la mujer que acaba de asesinar a Nero.

—Vas a pagar por esto.

—Por desgracia, pequeña, eso solo sucede en las historias que cuentan los Rubíes. —Se inclina con aire engreído—. En pocos instantes, la Muerte acabará con la Rueda de la Fortuna y toda esta tarea tan cansina habrá terminado. —Su sonrisa se ensancha—. De verdad, deberías aprender a jugar mejor.

La Sacerdotisa está casi encima de ella. Atisbo el leve destello de una hoja en su mano. No es del todo invisible, pero está claro que usa sus ilusiones para ocultar sus movimientos.

—Oye, Estrella.

La Estrella pone los ojos en blanco.

—¿Qué pasa?

Tengo la boca demasiado seca. No puedo pensar, no puedo sentir nada en absoluto.

—Quizá deberías prestar más atención a lo que te rodea.

—¿Qué...?

La Sacerdotisa le hunde una daga a la Estrella en la espalda. La rubia grita y cae de rodillas. La Sacerdotisa la arroja de un empujón al suelo y la apuñala una y otra vez. Me doy cuenta vagamente de que lleva guantes de cuero para asegurarse de no entrar en contacto con la piel de la Estrella. Sus ilusiones se desvanecen, dando paso a una furia y dolor tan profundos que penetran la horrible burbuja que se ha formado a mi alrededor.

—Sé que fuiste tú quien les dijo a los Bastos que fueran a por mi hermana, *zorra*. —Vuelve a apuñalar a la Estrella—. Te conté que la había escondido. Eres la *única* a quien se lo conté. —Otra puñalada. La Estrella no se mueve, pero no seré yo quien interfiera.

Cato gira en redondo hacia donde la Muerte acecha a Vesper con la espada alzada, a punto de cortarle la cabeza.

—¡Se acabó! —grita—. ¡Solo quedamos cinco!

Por un instante veo que la Muerte se está pensando si debería matar a Vesper de todos modos. Sin embargo, retrocede de una larga zancada y envaina la espada con diligencia.

—Muy bien.

Se ha acabado, pero... esto está *mal*.

—No tenía que salir así. —Acuno el rostro de Nero entre mis manos—. No puede haber muerto. Era intocable. Era el más fuerte de todos los campeones. Ni... ni siquiera era de la ciudad. Vino aquí por la injusticia a la que se enfrentan los asentamientos fluviales. Quería que Caelria... y Zaersia... fueran un lugar mejor. Quería darles

voz a quienes no la tienen. —No puedo dejar de hablar—. Había sobrevivido a mucho y ha acabado muriendo aquí... —Siento algo húmedo alojado en el pecho que apenas me deja respirar—. No. Esto está mal. No debería haber salido así. Nero va a ser parte de la Cinque.

—Kestrel.

Me dispongo a escupirle en la cara a Cato, pero no es él quien se agacha junto a Nero..., junto al cadáver de Nero. Es la Muerte. Por primera vez tiene un aspecto humano, agotado y dolido, con los hombros hundidos y los labios apretados. No intenta tocarme.

—Tienes que ponerte en pie —dice.

—¿Por qué? —No sueno como yo misma. Tengo la voz tomada, líquida, lista para vomitar ácido ante la menor provocación—. ¿Por qué molestarse en nada? Se ha acabado.

Hay tanta compasión en sus ojos castaños que me dan ganas de golpearlo.

—Ahora eres parte de la Cinque. Los Espadas han colocado a gente para que siga el transcurso del combate. El último estandarte ya estará desplegado sobre el templo de la Torre, porque siempre apostan a un mensajero a la espera de ver cuándo quedan cinco. La Corte Menor sabía que era probable que las Pruebas acabaran esta noche, así que sus miembros estarán preparados para venir pronto.

—¿Y por qué iban a venir?

Él tuerce la boca.

—Para felicitarnos.

—Me da igual. —Vuelvo a fijarme en el hermoso rostro de Nero, que ahora está congelado con una expresión vacía. Jamás volverá a dedicarme esa sonrisa torcida. Jamás tendré la oportunidad de conocerlo de verdad. Dioses, *me he acostado con él* y ahora ha muerto, fuera de mi alcance para siempre.

—Kestrel. —Al percibir el tono brusco de la Muerte, alzo la cabeza de golpe por puro instinto. Él extiende las manos y me agarra de los hombros—. *Ahora eres parte de la Cinque*. La Corte Menor buscará cualquier debilidad que pueda aprovechar contra ti. Si te encuentran así de rodillas, entenderán que pueden conseguir que te arrodilles.

—Que te follen. —Al percibir un movimiento por el rabillo del ojo, me giro. Cato, la Sacerdotisa y Vesper me dan la espalda, una muralla humana que me oculta a ojos de quien se acerque por la calle—. ¿Qué...? ¿Por qué?

—Porque-somos-la-Cinque. —Me aprieta los hombros, clavándome sus huesudos dedos—. Al margen de lo que creyeras que significaba, esto es más y a la vez menos que la verdad. Nuestros votos suelen ser decisivos en los conflictos entre distritos. Tanto los maestros gremiales como la Corte Menor harán todo lo que puedan para asegurarse de que tu voto *los* beneficia. Si creen que eres débil, se esforzarán mucho más por doblegarte.

Trago saliva, intentando respirar para deshacer el horrible nudo que tengo en la garganta.

—¿Y qué te importa a ti lo que yo haga? Que piensen lo que quieran.

Él suelta el aire de un siseo y mira a un lado. Cuando vuelve a dirigir su mirada hacia mí, hay algo distinto en su expresión, algo cruel.

—Entraste en las Pruebas para encontrar respuestas sobre tu madre y para ocuparte de esa pequeña familia que tienes en los Sedimentos.

Intento echarme hacia atrás, pero me agarra con demasiada fuerza.

—No hables de ellos.

—Sé de su existencia y los demás miembros del Concilium se enterarán pronto, si es que no lo saben ya. El único modo de proteger a esos niños, a ese viejo es siendo *fuerte*. La gente fuerte no permite que sus oponentes la vean de rodillas ni sufriendo abiertamente. Guárdate tus emociones, contrólas. Puedes darte el lujo de sentirlo todo cuando estés a solas, en privado.

—Te odio —digo con tono apagado.

—Lo sé. Y, ahora, en pie.

No puedo evitar cerrarle los párpados a Nero con las yemas de los dedos. Esto no debería haber sucedido. Si le hubiera hecho caso y me hubiese quedado en la casa de baños..., ¿qué habría ocurrido?, ¿estaría pasando el duelo por Vesper y Cato en su lugar? Odio que estas fuesen mis opciones. ¿Por qué no deja de morir la gente que me importa? Mi madre, Mara, Nero. ¿Quién será el siguiente?

El leve repiqueteo de los cascos sobre la piedra me indica que la Muerte tenía razón: estamos a punto de tener compañía. La Corte Menor ha venido a comprobar si de verdad han terminado las Pruebas. Me restriego las mejillas, pero tengo los dedos secos. A pesar de las horribles emociones que me recorren, no he derramado ni una sola lágrima por Nero. Soy tan mala como los demás. Cierro los ojos y hago acopio de toda la fuerza que me queda. Se ha acabado. Por más que odie a la Muerte, comprendo que tiene razón. Ya habrá tiempo para el dolor cuando esté sola.

—Suéltame.

La Muerte espera un instante y, luego, se aparta.

—Hablaemos cuando estés lista.

Lo último que quiero hacer es pasar otro segundo más en presencia de este hombre, pero estoy tan entumecida que ni siquiera respondo. Además, me debe varias respuestas. Hace un día, incluso hace unas pocas *horas*, habría estado dispuesta a pagar

cualquier precio por esas respuestas, aunque ahora no estoy tan segura.

Cuatro carruajes de diferente color se las arreglan para llegar al mismo tiempo a pesar de venir cada uno desde una dirección. El desprecio que siempre he sentido por la Corte Menor —y por los maestros gremiales y cualquier persona que tenga el privilegio de vivir en la colina en lugar de en los Sedimentos— se vuelve afilado y se me clava en el pecho: odio. Aunque ya conocía su forma, esta sensación me resulta abrumadora y consume mi dolor, mi pena, todas mis emociones, convirtiéndome en un lienzo negro.

Los carruajes se detienen y, uno tras otro, se apean los reyes y reinas de cada corte. A pesar de que estamos en mitad de la noche, todos van vestidos como si acabasen de salir de una fiesta. Las mejores telas, los tintes más intensos, cada prenda hecha a medida de unos cuerpos a los que jamás les ha faltado nada por tener la suerte de haber nacido donde han nacido.

La Reina de Espadas es la primera en acercarse, con los brazos bien abiertos.

—Las Pruebas del Tarot han terminado. Los arcanos mayores han sido honrados como se merecen. Bienvenidos sean los miembros de la Cinque.

Nos llevan a los cinco campeones que quedamos hasta los carruajes. La Sacerdotisa va con los Copas y su lenguaje corporal se suaviza a cada paso que da. La Muerte me lanza una larga mirada que se me antoja una advertencia y, al tiempo, algo completamente distinto. Luego se dirige al carruaje de los Bastos con la espalda recta y los hombros relajados, sin mostrar ni un ápice de la repulsión que demostró sentir hacia ellos anoche mismo. Cato se acerca al Rey y la Reina de Pentáculos sin mirar atrás, quienes lo conducen hasta su carruaje mostrando una gran sonrisa, claramente disfrutando de

la oportunidad de hablar con él en privado.

Los únicos que quedan son los Espadas. No sé si son mejores o peores que los demás. No puedo ni *pensar*. Lo único que quiero es huir, perderme entre las sombras hasta que tenga el tiempo y el margen suficiente como para procesar lo rápido que ha pasado esta situación de mala a incomprensible.

Vesper no pronuncia palabra mientras seguimos a la Reina de Espadas hasta el carruaje que nos espera. Apenas me fijo en el rey. Debe de ser de mi altura, tiene la piel morena, lleva gafas y esboza una sonrisa amable en la que no confío ni por un momento, ni siquiera cuando le da un fuerte abrazo a Vesper.

—Lo has conseguido.

Vesper le devuelve el abrazo con idéntica vehemencia. Está claro que se quieren, que se quieren mucho. Quizá eso no me dé igual en el futuro, no lo sé. En este momento no consigo que nada de esto me importe.

—Lo he conseguido. —Vesper me mira por encima del hombro con cautela—. Gracias a Kestrel.

—Sí, la Luna ha hecho toda una demostración de fuerza. —El rey se apoltrona en el asiento frente a Vesper y a mí con una sonrisa despreocupada. La reina tiene tanto carisma como fuerza, pero el rey es un personaje distinto: proyecta un aire intelectual y distraído que no sé cómo categorizar del todo.

—Ahora no, padre —dice Vesper en tono quedo sin mirarme siquiera.

El rey enarca las cejas, pero, sorprendentemente, le hace caso. Pasamos el resto del viaje en silencio. Menos mal, porque creo que yo no sería capaz de hablar con coherencia ahora mismo, y desde luego no tengo el menor interés en charlas intrascendentes. No se me ocurre preguntarme adónde vamos hasta que el carruaje

aminora la marcha y se detiene.

La Reina de Espadas no abre de inmediato la puerta. Con una mirada bastante amable, dice:

—Antes te he dicho que los Espadas te debemos un favor, campeona de la Luna. Parece que ahora te debo dos. Te agradecemos que hayas cuidado de nuestro paje. —Hay ternura en sus ojos—. Nuestro hijo.

Yo parpadeo lentamente.

—No quiero vuestro favor.

—Aun así, lo tienes —dice el rey con tono despreocupado, y le da unas palmaditas en la rodilla a la reina—. Vamos a darles un momento.

Los dos salen y cierran la puerta con suavidad. De pronto percibo que algo va *mal* en este silencio. Tengo un nudo cada vez más grande en la garganta que no me deja respirar. Vesper no me toca, no hace ningún movimiento para evitar que salga de aquí.

—Lo siento.

La sorpresa me hace respirar temblorosamente.

—¿Y por qué lo *sientes*?

—He jugado mal mis cartas. —Sigue sin mirarme. Mantiene la vista clavada en el asiento vacío que tenemos enfrente—. No entendí lo profunda que era la desesperación de Cato, ni que la Estrella aceleraría los acontecimientos. Joder, ni siquiera vi que la Sacerdotisa fuera a traicionar a la Estrella. Sabía que la Muerte tenía una cuenta pendiente con mi corte, pero debería haber previsto que querría eliminarme. Si tú no hubieras venido corriendo a salvarme *otra vez*... —Cierra los ojos y aprieta los puños—. No voy a fingir que entiendo cómo te sientes, Kestrel. No quiero frivolizarlo. Sin embargo, parte de la culpa de lo sucedido es mía, y lo siento. Siento el papel que he desempeñado en todo ello.

Yo me restriego el pecho, como si pudiese meter la mano entre mi piel y mis huesos para sacarme esa sensación afilada que tengo dentro.

—Yo he tomado mis propias decisiones.

—Como todos. Aun así, lo siento. —Inspira hondo—. Una vez que se haya ido el carruaje, habrá una breve ceremonia y, después, nos permitirán regresar a nuestros respectivos templos. Habrá una gran celebración en los próximos días, algo parecido a las fiestas de los Pentáculos o los Copas, aunque asistirán tanto la Corte Menor como los gremios. Se esperará que negocies con el Concilium para reclamar un territorio propio o que reclames el de alguno de los miembros de la Cinque caídos.

Le clavo la mirada.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

Sigue sin mirarme directamente. Su perfil resuelto está repleto de emociones para las que no tengo nombre.

—Porque estás a punto de entrar en otros juegos, aunque estos no cuentan con reglas rígidas ni dependen exclusivamente de la violencia, en su mayor parte. Mis padres te ofrecen su favor, y son gente de palabra. No van a salvarte de las maquinaciones del Concilium, pero su favor te proporcionará cierto alivio. No será lo mismo con los demás miembros de la Corte Menor ni los maestros gremiales; todos ellos van a buscar debilidades que puedan aprovechar. Si no se salen con la suya con sobornos y halagos, pondrán todo su empeño en encontrar a tus seres queridos para utilizarlos contra ti.

Inspiro hondo, asimilando sus palabras, y acto seguido dejo escapar una risa amarga. Por supuesto que no se ha acabado. Elegí este camino sin comprender del todo cuál era el precio. No puedo echarle la culpa a nadie más que a mí misma.

—¿Crees que van a ir a por mi familia?

Vesper asiente bruscamente.

—Creo que es posible. Ya lo habrían hecho si los hubieran encontrado. Por eso, los Bastos secuestraron a Mara en lugar de a alguien más cercano.

Mara *era* muy cercana. Pero Vesper tiene razón, por poco que me guste oírlo. Ya me preocuparé mañana de ello. Ahora mismo no puedo pensar con claridad.

—Lo tendré en mente.

Vesper vuelve a asentir.

—Independientemente de lo que sea cierto, aquí me tienes, Kestrel. Hasta ahora me has salvado la vida en tres ocasiones. Estamos a punto de entrar en *mi* terreno. Todo mi conocimiento y mis habilidades son tuyos.

Curvo los labios a modo sonrisa, pero no me hace falta verle la cara a Vesper para comprender que es una expresión horrible.

—Al menos hasta que haga algo que no case con tus intereses y objetivos.

Vesper se encoge.

—Eso no es justo.

—Tampoco es falso.

Suspira.

—No, tampoco es falso. Pero si nuestros caminos llegan a divergir, tendré la buena educación de advertirte.

Esa frase me parece tan cierta como la de que el Rey y la Reina de Espadas cuidarán de mí. Alargo la mano por delante de Vesper y abro la puerta.

—No hagamos esperar a la honorable Corte Menor.

Una vez que han acabado las Pruebas, la Corte Menor ha de centrarse en que todo regrese a la normalidad lo antes posible. Han de hacerse ciertas concesiones a la hora de celebrar el éxito de los campeones, pero los Bastos deben prohibir todo aquello que se asemeje al culto.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



32

Por suerte, la ceremonia es breve. Cada uno de los campeones que han sobrevivido es ungido en nombre de su dios. Nos dicen que repitamos el juramento de proteger Caelria y de mantener el orden, dándonos cada frase como si fuese veneno que tragar. Mantener el orden..., valiente broma. Lo único que les interesa mantener es su poder. Yo ya lo sabía al llegar, pero en algún momento del camino todo se ha emborronado. Permití que se me acercasen algunas de estas personas, aunque sabía que no debía hacerlo, y todo lo que he recibido a cambio de mis esfuerzos han sido traiciones y dolor.

El único punto positivo de toda esta farsa es que se lleva a cabo en el patio de los campeones, por lo que estoy a tiro de piedra del templo de la Luna. Necesito esforzarme al máximo para no apartarme de las conversaciones intrascendentes que me rodean y cruzar a toda prisa la puerta para sumirme en una bendita soledad. Quizá pueda pensar con claridad si consigo tener suficiente espacio y tiempo. Quizá.

Suelto un genuino suspiro de alivio cuando el sol asoma por la muralla. La Reina de Pentáculos alza la voz para que se oiga por

encima del murmullo de las conversaciones.

—Permitamos que nuestros campeones disfruten del descanso que tanto necesitan. —Nos dedica una sonrisa radiante a cada uno—. Dentro de una semana, toda la Corte Menor se reunirá para celebrar una fiesta en honor de los nuevos miembros de la Cinque.

Una semana. Me parece demasiado tiempo, pero qué sabré yo. Nada, al parecer.

—Kestrel.

Me envaró. Parece que esta noche no puedo escapar de ninguna manera a la presencia de la Muerte.

—¿Qué?

Se detiene a mi lado, pero no tan cerca como para que su hombro roce con el mío.

—Te debo una conversación.

Sí, es cierto. Por pocas que sean las ganas que tengo de hablar con nadie ahora mismo, es mi oportunidad de encontrar las respuestas que busco sobre mi madre. Quizá así esta victoria parezca menos hueca.

—¿Cuándo?

—Cuando tú quieras.

Lo que yo *quiero* es que me dé esas respuestas inmediatamente, pero, aun en medio de todo lo que está sucediendo, reconozco lo cerca que estoy de venirme abajo.

—Mañana.

Él asiente.

—Muy bien. Vendré a buscarte cuando den las doce campanadas.

Me aparto sin mediar palabra. No hay nada que quiera decirle a ninguno de los presentes, nada que no contravenga la advertencia de Vesper de andarme con cuidado a la hora de mostrar mis

debilidades.

Entrar en el templo de la Luna no me proporciona alivio alguno. Esta quietud es opresiva y el suave resplandor de la estancia se me antoja grotesco. En el altar del centro reposan mis hoces; están aquí aunque las dejé en otra parte. Toco las empuñaduras, pero sigo de largo y bajo las escaleras que dan a la planta residencial.

Allí me espera la clériga, con una sonrisa temblorosa y brillo en sus pálidos ojos.

—Lo has conseguido.

¿Seguro? Porque me parece que el juego fue amañado a mi favor. La Muerte ha intervenido sin cesar para asegurarse de que yo sobrevivía a las Pruebas. ¿Por qué lo habrá hecho? Imagino que no será por el sentimiento de culpa por haber asesinado a mi madre; no me parece que sea capaz de semejante emoción.

—¿La Muerte es amigo de la Luna?

Le cambia la cara.

—La Muerte ejecutó a la Luna anterior.

—Eso no es ninguna respuesta.

—Ah, ¿no? —Ladea la cabeza—. Está bien. No voy a fingir que sé lo que piensa la Muerte, como tampoco sé lo que piensa ningún otro ser vivo. La Muerte toma sus propias decisiones. Si quieres una respuesta, tendrás que preguntarle a él.

—Planeo hacerlo, créeme. —Paso junto a ella en dirección al baño—. Ahora quiero estar sola.

Cuando miro hacia atrás, la clériga ha desaparecido como si jamás hubiera existido. Siento un escalofrío por toda la columna. Para ser una anciana, desde luego es muy enérgica. Casi me distraigo del peso opresivo que amenaza con aplastarme contra el suelo.

Entro en el baño y cierro la puerta para poder apoyarme contra

ella. Estoy sola. Por fin estoy sola. Aunque no me parece suficiente, no hasta que abro los grifos y el agua empieza a llenar la bañera. Me quito las botas, pues es lo único que puedo hacer ahora mismo, y me meto en la bañera mientras se llena. Pego las piernas al pecho, abrazándolas tan fuerte como puedo, hundo la cara entre las rodillas y dejo escapar las lágrimas que no han dejado de acumularse en mi interior desde que Nero cayó, desde que me di cuenta de que no volvería a respirar. Los sollozos me rasgan la garganta al salir, tan violentos, furiosos y llenos de pena que parecen más animales que humanos.

—Lo siento, Nero. Lo siento mucho. —Si no me hubiese pasado de la raya..., si le hubiese hecho caso cuando me dijo que esperásemos al alba dentro de la casa de baños..., si no hubiese corrido tras él para intentar separarlo de Cato... Fue la Estrella quien le dio el golpe mortal, pero no habría tenido oportunidad de hacerlo si no hubiera estado tan pendiente de *mí*. Durante las noches anteriores, en las demás batallas, jamás había bajado la guardia.

Y Mara. Estaba en el estadio, fue secuestrada por los Bastos, solo por su vínculo conmigo. Era vulnerable porque le pedí que cuidase de mi familia mientras no estaba. Otro de mis seres queridos que acaba muerto porque yo participé en las Pruebas.

Bien podría gritar que es culpa de la Corte Menor, que fueron sus miembros quienes organizaron las Pruebas y, por tanto, los culpables. Pero lo que nos ha traído hasta aquí son *mis* propios actos. Aunque no les haya dado el golpe de gracia a Nero o a Mara, soy responsable de todos modos.

Se me escapa un gemido, y luego otro. Los disimulo lo mejor que puedo, pero no sé si la clériga está lo bastante cerca como para oírme. Mi único consuelo es que me ha demostrado que no se mete en los asuntos de los demás.

Vomito mi pena antes de que se enfríe el agua caliente. Parpadeo con las pestañas mojadas y saboreo la sal de mis lágrimas mientras quito el tapón de la bañera, entumecida. Me cuesta bastante desprenderme de la camisa y los pantalones porque la tela se vuelve rígida cuando está empapada.

Me pongo un albornoz que encuentro colgado en la pared y salgo al pasillo, que está vacío. Cuando llego a mi dormitorio, me derrumbo bocabajo sobre el colchón. No esperaba dormir, pero la oscuridad se me lleva consigo.

No me sorprende comprobar que ya no estoy en mi dormitorio cuando abro los ojos, sino en un extraño lugar intermedio. Es el reino de las sombras y, al mismo tiempo, no lo es. Para empezar, porque *veo*. Y, para continuar, porque no estoy sola.

La Luna no tiene el mismo aspecto que la última vez que la vi, tras desmayarme por haber usado demasiada magia. Su piel es más brillante, resplandece por dentro con una fría luz, sus ojos son ahora de un azul oscuro intensísimo y tiene el pelo alborotado por una brisa que yo no siento. Sonríe.

«Bien hecho, hija».

—No pensaba que fuera a ser así. —Me llevo una mano al pecho—. Me duele.

«Sobrevivir suele implicar dolor».

Vuelvo a mirar en derredor, mayormente para ganar algo de tiempo. Aún me siento embotada por haber llorado tanto durante tanto tiempo. La Luna no tenía respuestas sobre mi madre, pero puede que *alguna* respuesta sí que tenga, si es que sé qué pregunta he de hacerle.

—¿El campeón de la Muerte es mi aliado?

La Luna se lo piensa unos instantes.

«Le gustaría serlo. Queda por ver si tendrá éxito en su objetivo».

Es una respuesta y, al mismo tiempo, no lo es. Empiezo a notar que así es como habla la Luna.

—Y tú, ¿eres mi aliada?

«Igual que lo fui durante las Pruebas. —Se encoge de hombros—. Mis poderes se han visto minados en gran medida por culpa de los actos de la Corte Menor. Solo puedo ayudarte de modos indirectos, pero habré de hacer lo que sea mejor para mi hija».

Sigue refiriéndose a mí como «hija». No sé si me gusta, pero no puedo negar que siento una punzada en el corazón cada vez que pronuncia esa palabra.

—¿Y qué hago ahora?

«Lo que quieras. Eres parte de la Cinque, una representante de los dioses. Los únicos límites a lo que puedes hacer residen en tu imaginación».

Suelto una risa amarga.

—Sí, claro. Entonces ¿puedo hacer que se levanten los muertos? —No pretendía hacer esa pregunta. Sé que no debería darme a mí misma falsas esperanzas, pero el dolor que siento por Nero y Mara está vivo en mi interior y aúlla para que le haga caso. Nada de esto tiene *sentido*. Es normal que lamente haber perdido a Mara, pero a Nero apenas lo conocía. Su muerte no debería dolerme tanto.

La Luna vuelve a encogerse de hombros.

«Todo es posible con suficiente poder».

Me quedo inmóvil.

—¿Puedo alzar a los muertos?

«Levantar a los muertos no entra dentro de mi alcance».

Hundo los hombros.

—Claro, por supuesto. ¿Por qué me habré molestado en preguntarlo? —Aunque así fuera, aumentar mi poder es una tarea imposible. Es la *Luna* quien me dio mi magia. Si quisiera que tuviese

más poder, me lo habría concedido—. Me gustaría volver a dormir.

«Como desees, hija».

Esta vez doy la bienvenida a la oscuridad que me envuelve. La nada jamás me ha parecido tan dulce como ahora, cuando me arrastra, aunque solo sea durante un rato.

Es de vital importancia aislar a los miembros de la Cinque y asegurarse de que no cuenten con una plataforma, en caso de que intenten alentar el culto a sus respectivos dioses. Lo más probable es que esto suceda durante el primer año tras el final de las Pruebas. Hay que mantenerlos vigilados.

Fragmento de *Los arcanos mayores:*
tratado sobre la historia de los dioses antiguos



33

Cuando abro los ojos, siento la certeza, ya familiar, de saber dónde se encuentra exactamente el sol en el cielo. Por algún motivo, pensaba que esa habilidad terminaría con las Pruebas. Me provoca cierta paz durante unos segundos hasta que me asalta el recuerdo de los acontecimientos de anoche, así como de la semana pasada.

La campeona del Ermitaño. El Carro. Mara. Nero.

No maté a Nero con mis propias manos, pero tanto da. Lo llevé hasta aquel lugar y fui yo quien lo distrajo, por eso no vio venir a la Estrella. No era mi intención que lo atacasen, pero las intenciones importan menos que el daño hecho. Y ya no puedo enmendar lo que ha pasado.

Nero está muerto, al igual que Mara. Ni siquiera los dioses son capaces de hacer que los muertos se levanten. Si pudieran... Pero no es el caso.

Me pongo las ropas que me ha dejado la clériga —un vestido bastante sencillo de un tono gris intenso— y paso de largo junto a la comida que me ha traído para subir las escaleras. Las hoces están justo donde aparecieron ayer por la mañana, cruzadas

modestamente sobre el altar, pero no las toco.

Lo que hago es asomarme a la puerta del templo y observar los estandartes que ondean sobre los templos de los campeones caídos. No sé por qué esperaba que a estas alturas los hubieran quitado. Quizá ese recordatorio de los que han muerto no moleste a los demás, no tengo ni idea.

Al atisbar un movimiento, me giro. La Muerte se me acerca. Va vestido exactamente igual que todos los demás días de las Pruebas, con una armadura de cuero negro, lleva una pequeña caja bajo el brazo. Se detiene justo al borde de la sombra que arroja el templo de la Luna.

—Te prometí una conversación.

—¿Pasas? —Se nos advirtió que no entrásemos en los templos de los demás durante las Pruebas, pero no sé si esto es terreno sagrado de cada dios o si solo se trata de las reglas que había que seguir durante las Pruebas. Hay *muchísimas* cosas que ignoro.

—Ninguna puerta puede mantener fuera a la Muerte. —Suenas tan cansado como me siento yo—. ¿Tengo tu permiso?

Me aparto del camino. Aunque esta conversación podría proporcionarme las respuestas que me he pasado buscando toda la vida, no siento nada en absoluto.

La Muerte entra en el templo lo justo como para que no nos vea nadie desde el exterior y gira en redondo lentamente, echando un vistazo a la estancia. Parece resultarle familiar, como si ya hubiera estado aquí antes, hace muchísimo tiempo.

—Esto es tuyo. —Me tiende la caja.

No la cojo.

—No he visto esa caja en mi vida. —Es menos ladino que la Estrella y no tiene motivo alguno para haber inoculado algún veneno en la caja ni nada que vaya a *matarme* ahora. Además, se ha

esforzado mucho por mantenerme con vida. Sin embargo, eso no significa que confíe en él.

—Lo sé. —No se mueve, sigue tendiéndome la caja—. Pertenecía a tu madre. Quería que la tuvieras.

Parpadeo.

—De ser así, ¿por qué me la das ahora? La tienes desde hace veintidós años.

—Ábrela y obtendrás tus respuestas.

Acepto la caja con cuidado y la coloco sobre el altar, junto a mis hoces. Es un rectángulo no muy grande y la tapa se desliza a un lado. Dentro hay dos objetos: un pergamino con un lazo desvaído y deshilachado y un retrato pintado sobre un guijarro.

Lo primero que cojo es el retrato. La mujer que representa es idéntica a mí en todos los aspectos excepto en el color del pelo, que no tiene castaño, sino negro, y en el de sus ojos, de un intenso color café, a diferencia de los míos, que son avellana. Sin embargo, tenemos los mismos ojos, los mismos pómulos, la misma forma de la cara, la misma piel pálida por haber pasado demasiado poco tiempo bajo el sol.

«Mi madre».

Parece muy *joven*. Solo era un par de años mayor que yo cuando entró en las Pruebas, cuando me tuvo. Jamás me he planteado en serio ser madre, pero, joder, tampoco pienso intentarlo pronto.

«Dioses, tengo que buscar un boticario».

La pérdida se abre paso en mi interior. Lo único peor que perder a Nero sería perderlo y, *además*, estar embarazada de él. Vuelvo a dejar el retrato en la caja temblorosamente y abro con cuidado el pergamino, que cruje, pero tengo que volver a dejarlo tras leer tres palabras:

Mi queridísima Kestrel

Mi madre me escribió esta carta a mí. Cierro la caja y me giro hacia la Muerte.

—¿La has leído?

—No, era para ti. Me he limitado a guardarla hasta poder entregártela, tal y como ella quería.

Noto algo en su voz. Podría interpretarlo como frialdad, pero sé que no es así. Es la misma emoción que tengo alojada en el pecho. Han pasado veintidós años y a la Muerte le sigue afectando su pérdida.

—Amabas a mi madre. —Creo que es ir demasiado lejos, aunque no mucho, porque la Muerte ha guardado esta caja y la ha mantenido a salvo durante más de dos décadas. No sé por qué no me la ha dado antes, pero estoy a punto de averiguarlo.

—Sí.

Dejo escapar lentamente el aliento. Esperaba que lo negase, aunque al parecer quiere decirme la verdad.

—Teníais una relación.

—Así es.

—¿Eres mi padre? —la pregunta me sale casi con violencia.

La Muerte contempla la caja durante varios segundos.

—Tu padre murió hace mucho tiempo. Lo siento.

No sé si lo que siento es alivio o decepción. Mouse ha sido mi padre en todos los aspectos excepto el biológico. No necesito ningún sustituto, y menos si se trata de este hombre tan aterrador, pero al menos lo que ha hecho durante las Pruebas tendría más sentido si fuera mi padre.

—Me gustaría que me contaras lo que sucedió después de que mi madre entrase a formar parte de la Cinque. Quiero saber toda la

historia.

Él asiente.

—Es lo que te había prometido. —La Muerte permanece tan inmóvil que parece un espectro. No me mira a los ojos, pero tampoco aparta la vista de mí—. Tu madre y yo entramos juntos en las Pruebas. Éramos jóvenes e idealistas y pensábamos que dos votos en la Cinque bastarían para cambiar Caelria. Solo una semana después de las Pruebas, nos convencieron de que era imposible.

—¿Cómo sucedió?

Él frunce el ceño, pero no me reprende por interrumpirlo.

—Los Bastos son quienes manipulan más directamente; pero en realidad los Pentáculos, Copas y Espadas tienen el mismo interés en que todo siga como hasta ahora, que haya el mismo equilibrio.

—Pero ese equilibrio *no* existe. La Corte Menor lo tiene todo y los Sedimentos no tienen nada.

Él inclina la cabeza.

—Exacto. Los maestros gremiales tienen un abanico más amplio de prioridades, pero en última instancia son lo mismo. No estábamos preparados para descubrir que lo que viene tras las Pruebas es tan peligroso como las propias Pruebas.

Resulta un alivio centrarse en el pasado lejano en lugar de en el dolor de los últimos días. Es posible que la sombra de mi madre me siga durante toda la vida, pero tengo pocos recuerdos de ella en persona. Toda la pena que su ausencia me causa se debe a que no la conocí, algo distinto a lo que estoy sintiendo en este momento.

—¿Por eso no vino a buscarme en el mes que transcurrió entre su victoria y su muerte?

—No estábamos seguros de cómo protegerte. Yo pretendía elegir un terreno y aumentar sus defensas llenándolo de partidarios nuestros y llevarte *luego* allí, pero jamás tuvimos la oportunidad de

hacerlo. —Por fin se mueve: pasa la mano sobre las hoces sin llegar a tocarlas—. No me di cuenta de que la había perdido hasta que fue demasiado tarde.

Me estremezco.

—¿A qué te refieres?

—Mientras yo me centraba en la seguridad, ella empezó a sufrir... —la Muerte suspira— paranoia. Pensaba que podía oír a la propia Luna. Estaba convencida de que la Corte Menor les había hecho algo en el pasado lejano a los dioses, de que los había atrapado o herido para hacerse con el poder.

Sabiendo lo que sé ahora sobre la actual Corte Menor, no me sorprendería que fuese verdad, pero no me quito de la cabeza lo último que ha dicho.

—¿Tú no oyes hablar a la Muerte?

Él se queda inmóvil, clavándome sus oscuros ojos.

—Kestrel —dice lentamente—, no pretendo afirmar que sé adónde se fueron los dioses, y está claro que siguen teniendo alguna conexión con este mundo, porque aún pueden imbuir a sus campeones de poder cada vez que se celebran las Pruebas, pero no te equivoques, ya no están presentes.

Pero yo *puedo* oír a la Luna, incluso la he visto dos veces. Me esfuerzo por mostrarme impasible.

—Soy muy consciente de ello.

Él se me queda mirando, tanto rato que tengo que esforzarme por no retorcerme a causa de esta mentira por omisión. Por fin, la Muerte prosigue:

—Osprey empezó a comportarse de manera errática y yo no me percaté de ello, a pesar de mis esfuerzos. De haber comprendido hasta qué punto estaba afectada... —Niega con la cabeza—. Pero no fue así. Es un error que me atormentará durante el resto de mi vida.

¿Qué sucede, Kestrel?

—¿Osprey? —Es el nombre de mi madre. Mouse jamás me lo ha dicho. Siempre la llamaba Luna, el nombre con el que murió.

—Sí, Osprey. —La Muerte suaviza la mirada.

Siento una quemazón en los ojos, pero no sale nada de ellos.

—¿Qué sucedió luego?

—Tu madre esperó hasta que me marché de nuestro nuevo territorio para completar una... misión. —Sigue antes de que pueda preguntarme qué misión era; tampoco sé si es asunto mío—. Entonces fue a la parte de la muralla que abarca toda la bahía e intentó calcinarla.

Intento encontrarles algún sentido a sus palabras, pero no sucede. Lo que está dando a entender es incomprensible.

—¿Mi madre intentó destruir la *muralla*?

—Sí. —Hunde los hombros y, de pronto, parece haber envejecido una década—. La atraparon los Bastos y se la llevaron de inmediato para someterla a juicio. Para cuando yo me enteré de lo sucedido, ya la habían condenado por traición.

—¿Pero por qué iba a intentar destruir la muralla? —Pienso en las cicatrices del cuerpo de Nero, en las historias que contaban los marineros que viajaban por los ríos desde Perfodia y Grexium cuando yo era niña—. La muralla es lo único que protege a la ciudad de las tierras salvajes, así como de los monstruos que campan por ellas. Sin la muralla, habría una matanza.

—Lo sé. —Acaricia la caja con los dedos—. No me contó sus planes, ni por qué creía que derribar la muralla beneficiaría a los dioses, o a cualquiera en realidad. Después de que la condenaran, no permitieron que nadie se acercase a ella hasta la ejecución. —Se le quiebra un poco la voz—. Nos despedimos momentos antes de que yo la matase.

Pues sí que la amaba. Nada de lo que he visto de este hombre, por más aterrador que sea, me indica que mienta. Aunque me resulte sorprendente lo que me ha contado hoy, creo que es verdad. Carraspeo.

—¿Y la caja?

—La encontré en un lugar que significaba mucho para los dos. Claramente, tu madre la había escondido antes de dirigirse a la muralla, lo cual indica que sabía que era una misión imposible.

«¿Y entonces por qué se arriesgó? Los dioses llevan lejos de nosotros desde tiempos inmemoriales. ¿Por qué le parecía tan vital que regresaran como para arriesgar la vida?». No pregunto nada de todo eso, pues está claro que la Muerte no lo sabe, y bastante dolor hay ya en esta estancia como para añadir más.

—Lo siento.

Él me mira a los ojos y responde a una pregunta que yo ni siquiera sabía cómo formular.

—Después de su muerte, después de que yo la matase, decidí interpretar mi papel a la perfección porque la Corte Menor siguió vigilando a todos los miembros de la Cinque durante meses a la espera de que cometiésemos traición, igual que nuestra aliada. Para cuando me sentí lo bastante a salvo como para ir a buscarte, habías desaparecido.

Retrocedo un paso.

—¿Qué?

—Mouse te escondió de mí, de cualquiera que investigara el pasado de Osprey. —Me sigue clavando la mirada—. No tengo la menor duda de que lo hizo para protegerte, y está claro que funcionó, pero te habría entregado el regalo de tu madre hace mucho tiempo de haberte encontrado.

—Mouse... me escondió. —Cada nueva revelación va

resquebrajando más el suelo que creía sólido bajo mis pies. Antes de las Pruebas, habría dicho que Mouse jamás me había mentido. Sin embargo, no me habló de la parte de los Bastos en las Pruebas. Y nos hemos mudado en varias ocasiones, siempre de manera inesperada y con prisas. ¿Era porque la Muerte se estaba acercando demasiado?—. ¿Pero por qué me buscabas?

—Por el mismo motivo por el que él te escondió. —Por fin, me da la espalda, liberándome de su mirada—. Eres la última parte de Osprey que habita este mundo. Mouse la quería tanto como yo, aunque de un modo diferente. Los dos pretendíamos protegerte. Queda por ver si a él le salió mejor de lo que me habría salido a mí.

No sé cómo procesar todo esto. Mi vida entera se ha basado en unas creencias inquebrantables y la Muerte acaba de echarlas por tierra todas en una única conversación. Es cierto que Mouse hizo todo esto para mantenerme a salvo, pero estábamos en los Sedimentos, sin ningún recurso, y empezó a entrenarme muy joven...

Las barreras que yo mantenía se han convertido en polvo. Es la única excusa que tengo para hacer la pregunta que va a partirme en dos:

—¿Sabías que la Estrella iba a matar a Nero?

Él se sobresalta.

—No. El plan era eliminar a la Sacerdotisa y a la Rueda de la Fortuna. La Torre, Nero, era un aliado fuerte, con objetivos similares para Caelria. Habría sido un miembro muy valioso de la Cinque.

Cada inspiración y exhalación me duelen como si respirase fuego. No sé si esta revelación mejora las cosas o las empeora.

—Deberías haber matado a la Estrella. Era una amenaza mayor que Vesper.

—Eso aún está por ver. Ella está muerta y Vesper ha entrado a

formar parte de la Cinque. Ahora, los Espadas tienen tres votos en lugar de dos, lo que bien podría inclinar la balanza a su favor por primera vez en décadas.

—Eso tú no lo sabes.

—Llevo entre la Corte Menor casi tanto tiempo como tú con vida. —Me mira a los ojos—. Sé que te cae bien ese Espada, pero sería un error entregarle tu confianza. A cada oportunidad que se presente, se pondrá de parte de su corte.

Quizá, o quizá no. No consigo lamentar que al menos Vesper y Cato hayan sobrevivido. Puede que incluso llegue a dar las gracias por ello, si es que mi dolor disminuye en algún momento. Vuelvo a centrarme en la caja: el pergamino aguarda, un pergamino que escribió mi madre de su puño y letra.

—Gracias por contarme todo esto.

—Ándate con ojo, Kestrel. —Se gira hacia la puerta—. El peligro no termina con las Pruebas. Solo cambia de rostro.

La demostración de los Bastos me lo dejó bastante claro, pero agradezco la advertencia. Casi ha llegado a la puerta cuando digo:

—¿Muerte?

—¿Sí?

—¿Cómo te llamas? ¿Cómo te llamas de verdad?

Hace una pausa tan larga que creo que no me va a responder.

—Adder. —Dicho lo cual, se marcha, perdiéndose en la cálida luz de la tarde.

Rodeo con los brazos la caja y me la llevo a mi habitación. No hay rastro de la clériga, lo cual es un alivio, pues ahora mismo me siento demasiado alterada como para interactuar con nadie. El pergamino suelta un leve crujido cuando lo despliego. La nota es bastante corta, escrita con letra delicada. Mi madre tenía una letra muy hermosa. Paso el dedo sobre mi nombre, inspiro hondo y me

tumbo en la cama a leerla.

Mi queridísima Kestrel:

Te echo enormemente de menos cada día que pasa. Pensábamos que conocíamos los riesgos de entrar en las Pruebas, pero el peligro es mucho más evidente. Confío en que Mouse te mantenga a salvo, pero no pienso complicarle aún más la tarea atrayendo a los lobos hasta ti. Y menos después de que los Bastos hayan dejado claro hasta dónde piensan llegar para controlar a los miembros de la Cinque.

Hay mucho que decir y muy poco tiempo. Si estás leyendo esto es que ya no sigo con vida. Lo siento mucho, amor mío. Qué más querría que estar ahí para ti, pero ya no solo se trata de mí, tengo que pensar en toda la ciudad.

La Corte Menor pretende acabar con el culto a los dioses antiguos, un descenso lento e inevitable hacia la oscuridad. Pero los dioses no se han ido, Kestrel. La Luna me habla. Me habla del desequilibrio que han creado los elementos primordiales, me explica cómo corregirlo para beneficiar a todo el mundo, no solo a quienes tienen privilegios por la suerte de haber nacido donde han nacido. Seré el instrumento de la Luna a la hora de arreglarlo todo, aunque no sobreviva.

Mantente a salvo, hija. Si pudiera cumplir un único deseo, sería que crecieras feliz, amada, segura. Tengo que creer que así será, que mis actos me aseguren que vivirás en un mundo donde es posible.

Te quiero más de lo que puede expresarse con palabras.

Tu madre

Leí y releí sus palabras una docena de veces en busca de pistas entre líneas. Mientras que su insistencia en lo mucho que me quería ha curado una herida tan antigua que la había olvidado, el resto del contenido de la carta supone otro misterio del que no quiero ser parte.

Si los dioses no se han ido a ninguna parte, ¿por qué no están presentes, a pesar de lo mucho que les reza la gente? ¿Cómo iba a mantenerme a salvo que mi madre intentase derribar la muralla? Por no mencionar que no tengo la menor idea de cómo pretendía conseguir *tal cosa*. Sí, hay asentamientos por el río, pero no son lugares protegidos. Las cicatrices de Nero y su resolución por luchar por la seguridad de la gente que vive fuera de las murallas de Caelria son la prueba viviente de ello.

Nero.

Enrollo con cuidado el pergamino de nuevo y lo devuelvo a la caja. En parte, no creía que fuera a sobrevivir a las Pruebas y, ahora que ha sucedido, el precio que tengo que pagar es demasiado alto, joder. Es demasiado alto para mí y para los demás campeones. Para la gente que me importa. Pero al menos hemos honrado a los putos dioses. Los hemos *alimentado*, porque no sé cómo denominar de otro modo este espectáculo que hemos llevado a cabo. Me estremezco.

Pensaba que descubrir la verdad sobre mi madre cambiaría... algo. No obstante, hasta las respuestas más francas de la Muerte —y de mi propia madre— solo han servido para dar lugar a más preguntas.

Van sonando campanadas hasta que siento que el sol se pone, dando paso en el cielo a la luna. Entonces me pongo en pie y subo las estrechas escaleras, cruzo la estancia principal y salgo por la puerta.

No tengo un destino concreto en mente, pero de pronto vuelvo a encontrarme en el jardín por el que pasé la primera noche. Hay varios bancos de piedra colocados estratégicamente bajo los árboles, sin duda para proporcionar un poco de alivio al calor del sol en los días de verano. La piedra sigue caliente. Me acomodo en uno de ellos y apoyo las manos a ambos lados.

Inhalar. Exhalar. Una y otra y otra vez. Aunque me siento fatal, mis pulmones siguen funcionando y mi corazón sigue latiendo.

—Lo he conseguido —susurro, con la Luna como único testigo en las alturas—. Soy miembro de la Cinque.

Ahora he de sobrevivir a este privilegio.

Agradecimientos

Esta serie no existiría sin el anónimo lector del tarot que me encontré en una tienda de Bourbon Street en la que entré borracha una noche en medio de una crisis laboral allá por 2013. Creo que no me miró ni una sola vez, pero me hizo una lectura tan intensa que me quedé conmovida durante días. Sin embargo, gracias a los consejos que me dio, tomé varias decisiones muy difíciles y aprendí varias lecciones aún más duras, lecciones que me llevaron a este libro.

He de darle las gracias a mi agente, Laura Bradford. No soy una escritora fácil de representar, porque suelo aparecer diciendo: «Sé que no hemos hecho esto nunca, pero ¿qué tal si...?», lo cual la obliga a seguirme la corriente y encontrar la mejor manera de avanzar. Gracias, Laura, por entender lo que estaba intentando hacer con este cambio tan brusco en mi carrera. Y gracias por apoyarme en todo.

Ningún libro se crea de la nada, y desde luego este no existiría sin Stephanie Stein y Gillian Green. Las dos comprendisteis lo que estaba intentando crear mucho antes de que hubiese acabado de escribir este libro. Me ayudasteis a hacer realidad mi visión mucho

mejor de lo que habría soñado. Estoy ORGULLOSÍSIMA de esta historia, y en buena parte gracias a vuestros comentarios y preguntas en el momento justo.

Gracias a los equipos de Tor, a Julianna Kim, Rafal Gibek, Tanu Srivastava, Steven Bucsek, Tyrinne Lewis, Lauren Moye, Emily Mlynek, Desirae Friesen, Sarah Reidy, Eileen Lawrence, Claire Eddy, Will Hinton, Lucille Rettino y Devi Pillai. ¡Muchísimas gracias a Jen Edwards por el magnífico diseño interior y a Lesley Worrell por la fenomenal portada!

Cuando me estaba convirtiendo en una lectora voraz, fueron las escritoras de fantasía quienes me tuvieron leyendo hasta altas horas de la noche, privándome de sueño, porque tenía que saber qué iba a suceder. Este libro no existiría sin esas series y la huella que dejaron en mí durante mi juventud. Gracias infinitas a Jacqueline Carey, por la serie *Kushiel's Legacy*; a Sara Douglas, por la serie *Wayfarer Redemption*; a Elizabeth Hayden, por la serie *Symphony of Ages*, y a Juliet Marillier, por la serie *Sevenwaters*.

Hay una serie de libros en concreto que inspiraron *Las Pruebas del Tarot*. La serie *Arcana*, de Kresley Cole, me permitió imaginar cómo sería un mundo inspirado en el tarot y me animó a crear el mío propio. *Los juegos del hambre* me sirvieron para pensar muchísimo en qué función tendría una competición mortal y a quién serviría en realidad. La muralla de Caelria está en buena parte inspirada en *Juego de tronos* (escuchadme, si George R. R. Martin no llega a terminar la serie, mis personajes favoritos vivirán felices para siempre, así funciona). En *The Space Between Worlds*, Micaia Johnson representa como nadie a los trabajadores sexuales y sabía que quería algo parecido en mi libro.

Muchísimas gracias a Arthur Wang, creador del mazo del tarot True Black. Ha sido uno de mis favoritos desde que salió. La Luna

me hizo compañía en mi escritorio desde los primeros esbozos de este libro. Me sirvió para crear la propuesta, venderla, escribir el libro, editarlo y acabarlo.

Un enorme gracias a los miembros de mi Patreon por saber guardar un secreto mucho mejor que yo. Me habéis proporcionado un espacio para hablar del proyecto muchísimo antes de que se anunciase públicamente. En concreto, dos de vosotros habéis dejado huella en el libro. Gracias a Atazothic por darme algo de inspiración sobre las pequeñas tradiciones que honran a los elementos primordiales y a Liz P. por ayudarme a encontrar un nombre para la Criba.

Tiendo a ser una persona muy visual, así que las ilustraciones cumplen un papel muy importante en mi proceso de creación. Gracias a Sally Pham, Grace Zhu y Simon Pape por crear ilustraciones iniciales que me ayudaron a inspirarme y seguir escribiendo. Me cago en la puta, gracias a Mark y Cyril por darle vida a este libro en el tráiler animado. Aún no puedo creer lo asombroso y perfecto que ha quedado. ¡Sois los mejores!

Gracias a Jenny Nordback por ser mi cómplice criminal, y cuando digo «criminal» lo que quiero decir es «literaria». Tu emoción ante las primeras versiones de este libro me emocionó a mí también. Jamás dudaste de que lo conseguiría. Gracias a Asa María Bradley por echarle un vistazo a una de las primeras versiones y hacerme comentarios tan positivos. Gracias infinitas a Nisha Sharma, Andie J. Christopher, Tamara Berry y Daniela Romero por sus asombrosas conversaciones durante los largos meses que tardé en escribir el primer borrador. Gracias a Amber V. Nicole y a Sav R. Miller por proporcionarme todo el tiempo clips de anime.

Y, por último, pero en absoluto menos importante, gracias a Tim. ¡Tío, lo logramos! Jamás dudaste ni una sola vez que podía —y

debía— dar un enorme volantazo a mi carrera. Eres inmune al síndrome del impostor y me inspiras esa misma confianza cuando más la necesito. Gracias por estar junto a mí en lo bueno y lo malo, por no cansarte de mí cada vez que digo «ah, así que quieres matarme» ante la primera incomodidad que se presenta. Y literalmente por todo. Te quiero.

**Las cartas siempre han estado en su contra.
Pero la fortuna favorece a los valientes.**



Kestrel ha entrenado toda su vida para competir en las Pruebas del Tarot. Cuando su madre las ganó, se aseguró un lugar entre los cinco gobernantes de la Cinque... y lo pagó con su vida cuando la ejecutaron por una supuesta traición contra la Corte Menor.

Sin embargo, en las Pruebas la traición no es solo una posibilidad: es una certeza. Y para ganar el juego Kestrel no solo debe averiguar qué hacer para vencer, sino también a quién necesita para sobrevivir.

«Una novela trepidante e irresistible, con un ritmo que te deja sin aliento y una tensión que se mantiene a lo largo de todo el libro».

Sable Sorensen, autora de *Dire bound*. *Alma de lobo*

Katee Robert es una autora no binaria superventas cuyas novelas figuran en las listas de best sellers de *The New York Times* y *USA Today*. Es especialmente conocida por la serie Dark Olympus y otras novelas de romance y fantasía de alto voltaje erótico. *Entertainment Weekly* ha calificado su escritura de «increíblemente *hot*». Sus libros han vendido más de dos millones de ejemplares. Vive en el noroeste del Pacífico junto a su marido, sus hijos y sus perros.



Penguin
Random House
Grupo Editorial

Título original: *The Tarot Trials*

Primera edición: octubre de 2026

© 2026, Katee Robert

Diseño de maqueta de Jen Edwards

Mapa de Virginia Allyn

Cartas y marcos: © AlyonaZhitnaya / Shutterstock

Iconos de copas, bastos, espadas y picas de Jen Edwards

Guardas y cantos de Lesley Worrell

© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2026, Jesús Jiménez Cañadas, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial, basado en el diseño original de Lesley Worrell

Ilustración de portada: medallones de las esquinas, © L. J. Anderson; fondo y marco, © Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro

Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-01-03792-4

Compuesto en leerendigital.com

Facebook: penguinbooks

X: @penguinlibros

Instagram: @plazayjanes

Spotify: penguinlibros

YouTube: penguinlibros

TikTok: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores
recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.



Penguinlibros.club



Penguin
Random House
Grupo Editorial

   Penguinlibros

Índice

Las Pruebas del Tarot

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Agradecimientos

Sobre este libro

Sobre Katee Robert

Créditos